



# Night School

Persecución

C.J. Daugherty

Lectulandia

Todo parece venirse abajo...

Allie está furiosa y desorientada. Siente la constante amenaza de un espía infiltrado en la Academia Cimmeria. Pero no es la única que se encuentra así: todo parece venirse abajo en la escuela. Los estudiantes no entienden qué está ocurriendo, los profesores se enfrentan unos a otros y las Reglas han comenzado a perder fuerza.

Cuando Nathaniel revela su plan, la directora Isabelle deja de tener control sobre la academia, pero también sobre la Night School y toda la organización que la sustenta. El miedo ha invadido el lugar y la amenaza está próxima. No se puede confiar en nadie: ya nadie está salvo.

Esta vez Nathaniel no representa una amenaza para los alumnos de Cimmeria; ellos mismos se han convertido ahora en la verdadera amenaza.

**Lectulandia**

C. J. Daugherty

# **Night School. Persecución**

**Saga: Night School - 3**

ePub r1.0  
Eibisi 23.04.14

Título original: *Night School: Fracture*

C. J. Daugherty, 2014

Traducción: Victoria Simó

Editor digital: Eibisi

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



ANIVERSARIO  
EDICIÓN CONMEMORATIVA



*Para Jack*

*Una y otra vez nos vemos obligados a saltar desde lo alto de precipicios.  
Y a inventarnos unas alas mientras caemos.*

**Kurt Vonnegut**

# Uno

Cuando el frío seco de febrero la azotó, Allie se estremeció y se pegó un poco más al viejo pino que le servía de refugio a la vez que se guardaba el teléfono en el bolsillo.

Llevaba casi veinte minutos esperando. Si aquello se alargaba mucho más tiempo...

Tragó saliva con fuerza.

La verja se erguía ante ella, alta e imponente, coronada por puntas de lanza de hierro negro. Por lo que ella sabía, no había otra vía de acceso a los terrenos de la Academia Cimmeria. Situada a más de un kilómetro del edificio principal, al final de un largo camino, la verja se abría y se cerraba por control remoto. Solo la directora y unos pocos vigilantes de mucha confianza estaban autorizados a manipularla.

Circulaban pocos coches por los terrenos del colegio; casi todos los profesores y buena parte del personal vivían en el interior de las instalaciones. Por otro lado, los camiones de reparto y los furgones de correo entraban y salían a diario, al igual que el equipo de guardias que trabajaba para Raj Patel. Allie llevaba varias semanas llevando registro del escaso tráfico y sabía que cada día, justo antes de las cuatro, llegaba una camioneta de reparto. La hora se aproximaba. Con un poco de suerte, la camioneta cruzaría la verja antes de que la descubrieran.

El escondite que había escogido estaba muy cerca del sitio donde habían asesinado a Jo. El recuerdo de aquella noche la atormentaba. Habían transcurrido ya ocho semanas, pero si cerraba los ojos volvía a ver la escena al detalle: el blanco manto de nieve, la luna azul, el frágil cuerpo desmadejado en la carretera, como una muñeca de trapo... La sangre que se desplegaba alrededor de su amiga como los pétalos de una flor mortífera.

Allie abrió los ojos.

Solo vio un camino desierto.

Soltó un suspiro entrecortado.

***¿Seré capaz de hacerlo?***

Se había formulado la misma pregunta una y otra vez desde su llegada a la puerta. Una parte de ella solo quería echarse a llorar. Una parte de ella quería correr de vuelta a su cuarto. Pero no hizo ni una cosa ni la otra. No; se armó de valor.

Tenía que salir de allí. Si quería averiguar lo que estaba pasando, debía escapar del colegio y buscar respuestas por su cuenta.

Una brisa helada agitó los árboles, provocando una lluvia de gotas gélidas. Tiritando, Allie se ciñó la bufanda al cuello. Durante unos instantes, el murmullo de las ramas ahogó el rumor del motor. Cuando Allie reparó en el sonido, los faros del coche ya se divisaban a lo lejos.

Acuclillada para evitar que los haces de luz delatasen su presencia, adoptó la pose



de una atleta (como ella antes del ataque) que se prepara para echar a correr y esperó. En esa postura, le dolía todo el cuerpo —sobre todo la rodilla—, pero ignoró el malestar. No era el momento de escuchar las protestas de su cuerpo, sino de volar como una flecha.

Como una sombra más, invisible con su abrigo y sus vaqueros negros, Allie observaba sin aliento la carretera que se extendía más allá de la verja. Esperaba ver llegar una furgoneta blanca, pero apareció un deportivo oscuro y achatado.

Le dio un vuelco el corazón. Muchos de los hombres de Raj conducían vehículos como aquel. Debía de ser el coche de un guardia.

El flamante automóvil negro se acercó muy despacio a los barrotes de hierro y, por fin, se detuvo.

Allie tomó una decisión al vuelo: lo haría de todos modos. Le daba igual quién condujera aquel coche. Saldría corriendo.

Se preparó. Era la ocasión que estaba esperando. Quizá su única oportunidad.

Allí no pasaba nada. La rodilla le dolía horrores. Aquella inmovilidad la estaba matando. No aguantaría en aquella postura mucho más tiempo.

Cerrando los ojos, rogó a la puerta que se abriese de una vez, pero la verja siguió como estaba. Algo iba mal.

***¿Y si se han enterado? ¿Y si es una trampa? ¿Y si Raj ya ha ordenado a sus hombres que me capturen? ¿Y si ahora mismo están viniendo a por mí?***

Se le secó la boca y notó una sensación de ahogo.

Por fin, la gran verja se estremeció y, con un chirrido metálico, empezó a desplazarse.

Moviendo los labios en silencio, Allie contó ocho respiraciones antes de que la reja se abriera de par en par. A la luz del ocaso, apenas lograba distinguir nada más allá de la entrada, como si el mundo del otro lado se hubiera esfumado.

Sacó el móvil del bolsillo y lo dejó caer al suelo. No le hacía ninguna gracia quedarse sin teléfono, pero los hombres de Raj podían localizar la señal; el aparato solo sería un estorbo. Debía confiar en que Mark cumpliría su promesa.

Solo tenía que esperar a que el coche se internara en los terrenos del colegio. Entonces podría salir sin que el conductor la viera.

Pero el tiempo se alargaba horriblemente y el coche seguía sin arrancar. El motor ronroneaba como un gato que juega con su presa. Desde donde estaba, Allie no veía al conductor.

***¿Qué demonios pasa? Le entraron ganas de gritar de frustración. ¿Por qué no te pones en marcha de una vez?***

Justo cuando empezaba a temerse que la hubieran descubierto, los neumáticos del Audi negro arañaron la gravilla del camino. Despacio, el coche avanzaba hacia las dependencias del colegio.

Casi al momento, la verja comenzó a cerrarse otra vez, pero Allie no se atrevió a moverse. El coche estaba demasiado cerca; el conductor la vería por el espejo retrovisor.

Siguió aguardando, frenética, con la mirada clavada en la entrada, rogando al coche que se perdiera de vista. Pero el vehículo se movía con lentitud deliberada. Casi como si el conductor estuviera buscando a alguien.

Allie se mareó solo de pensarlo e inspiró a fondo para tranquilizarse.

***No es momento de perder la cabeza, Allie, se reprendió. Concéntrate. Si supieran que estás aquí, saldrían del coche.***

Mirando el lento avance de la puerta, contó tres respiraciones. Cuatro.

Cinco.

Apenas quedaba espacio para salir. El coche aún no se había perdido de vista, pero Allie no tenía elección. Si no echaba a correr ahora mismo, se quedaría dentro.

Y no se lo podía permitir.

Abandonó su escondrijo de un salto y salió disparada de entre los árboles, forzando las piernas, ignorando el dolor de rodilla, con los pulmones ardiendo. Casi no quedaba espacio entre la verja y la valla. Y el hueco se reducía por momentos. ¿Había calculado mal? ¿Era demasiado tarde?

Y de repente allí estaba, empujando los fríos barrotes como para impedir que siguieran avanzando. No le sirvió de nada. La puerta era automática y se movía a velocidad constante. Indiferente a todo.

Allie no titubeó. Se coló en el hueco, pero los barrotes le estiraron de la chaqueta como unos dedos huesudos y le estrujaron los hombros con tanta fuerza que siseó del dolor.

Con un grito ahogado, se retorció para liberarse y, finalmente, llegó a trompicones al camino del otro lado. Tras ella, las puertas se cerraron con un golpe metálico.

Era libre.

## Dos

Aquella mañana, Allie no se había despertado con la intención de escapar. Solo tenía pensado saltarse las clases.

Lo hacía muy a menudo últimamente.

Ya no consideraba que los estudios fueran una prioridad en su vida, así que, ¿para qué molestarse?

Más de una vez la habían arrastrado de vuelta a clase, enfadada y contra su voluntad, de modo que ahora Allie se había aficionado a buscar escondrijos para evitar que la desagradable situación se repitiese. El laberíntico caserón victoriano estaba lleno de recovecos y nichos ideales para atrincherarse. Los escondites favoritos de Allie eran las habitaciones vacías y las escaleras de servicio, que nadie solía frecuentar. La cripta, la capilla... Realmente, opciones no faltaban.

Hoy, después de tragarse unas cuantas lecciones, había saltado por la ventana de su cuarto y había recorrido de puntillas el estrecho alféizar hasta alcanzar la zona más baja del techado. Desde allí, se había encaramado a aquella parte del tejado en la que, hacía un tiempo, Jo se puso a bailar como una loca con una botella de vodka en la mano. Aquel día, Carter y Allie le salvaron la vida.

Allie se quedó varias horas sentada a la intemperie, a solas con sus recuerdos, observando las idas y venidas de sus compañeros y del personal del colegio por los jardines. Era increíble que nunca mirasen hacia arriba. En el tejado abundaban las chimeneas y los adornos de hierro forjado, así que lo tenía fácil para observar sin ser vista, como una gárgola viviente.

De esa guisa, perdió todo el día, como tantos otros recientemente, hasta que de repente oyó unas voces allí cerca. Al principio, Allie se asustó, pensando que la habían pillado, pero enseguida comprendió que la charla procedía de su propio dormitorio; las palabras se colaban por la ventana abierta.

Sujetándose a un desagüe en forma de dragón, Allie se inclinó hacia el borde del tejado para oír mejor.

—¿La has encontrado? —la voz de Isabelle reflejaba preocupación.

—No —Raj hablaba en un tono tan quedo que Allie tuvo que aguzar el oído para distinguir las palabras—. Mis hombres la están buscando por los jardines.

No la encontrarían. Nunca lo hacían. La idea le produjo una leve satisfacción. Puede que se le diera fatal salvar vidas, pero aún era capaz de burlar a un equipo de seguridad de élite.

En aquel momento, Isabelle volvió a hablar. Ahora, su voz sonaba más cerca. Allie dedujo que debía de estar plantada ante la ventana, mirando hacia fuera.

—¿Está...? ¿Qué crees tú? —titubeó la directora—. ¿Rachel te ha dicho algo?

Un suspiro.

—¿Mejor? —dijo Raj—. ¿Peor? Vete a saber. Seguramente igual. Rachel está preocupada por ella. ¿Sigue viendo al doctor Cartwright?

Allie frunció el ceño. El doctor Cartwright era el comecocos que Isabelle la había obligado a visitar después de la tragedia.

—Ya no —repuso la mujer—. Acudí a unas cuantas sesiones, pero el psicólogo dijo que no cooperaba. La describió como «apática».

**No deberían estar hablando de mí en ese tono**, pensó Allie, molesta. **Se supone que esas cosas son privadas.**

Pensó en las pesadillas y en los horribles pensamientos que la atormentaban a menudo; en todo aquello que le había confesado al doctor Cartwright antes de cerrarse en banda.

No quería que Isabelle y Raj supieran cómo se sentía.

«¿Cómo vas a reanudar las clases como si tal cosa después de ver morir a tu amiga? —le había preguntado Allie al psicólogo una de las pocas veces que había accedido a hablar con él—. ¿Qué te importan los verbos franceses después de algo así? ¿O la Armada Española?».

«Lo haces y ya está —le había dicho el psicólogo—. Pones un pie delante del otro, cada día. Haces un esfuerzo. Sigues adelante».

«Y una mierda», había respondido Allie como si escupiera veneno.

Él no sabía lo que era tener miedo de quedarte dormida por culpa de las pesadillas. Era imposible que lo supiese.

Nadie lo sabía.

Raj se rio sin ganas, como si él también opinara que Allie estaba apática perdida.

—El doctor Cartwright piensa que no ha aceptado la muerte de Jo; busca a alguien a quien culpar —prosiguió Isabelle. Allie se asomó un poco más para no perderse ni una palabra de aquella información privilegiada—. Dice que buscar culpables es un mecanismo de defensa; hace que la fase de negación se prolongue indefinidamente. Hasta que no haya superado esa fase, no podrá aceptar lo que pasó ni aprenderá a vivir con ello.

**Lo que tú digas**, pensó Allie exasperada. **Tengo motivos para estar enfadada. Tú eres el motivo.**

Sin embargo, muy en el fondo, sabía que Isabelle tenía parte de razón y eso le daba aún más rabia.

La directora siguió hablando.

—Pero Allie ha decidido que el psicólogo no le cae bien. Tenía sesión esta tarde y... —Allie se la imaginó encogiéndose de hombros con aire fatigado— como era de esperar, no la encuentro por ninguna parte.

Raj alzó la voz. Aunque no le veía la cara, Allie se dio cuenta de que estaba enfadado.

—Esto no puede seguir así, Izzi. Tienes que tomar medidas. Ahora mismo, todos mis hombres la están buscando, cuando deberían estar patrullando por el colegio. Aún no sabemos qué se propone Nathaniel. Podría atacar en cualquier momento. Allie nos está haciendo perder un tiempo precioso. No podemos seguir así. Se está comportando como...

—Como solía comportarse —lo interrumpió Isabelle—. Hacía este tipo de cosas cuando su hermano desapareció. Está enfadada y no la culpo. Yo también estoy enfadada. Pero no tengo dieciséis años, así que he aprendido a canalizar la ira. Ella no.

Los interrumpieron unos golpes en la puerta.

**¿Quién será?**

Allie escuchó atentamente y se asomó un poco más, dejando que la cabeza y los hombros le colgaran por el borde del tejado. Por desgracia, Raj e Isabelle se habían retirado hacia la puerta. Oyó un murmullo de voces, pero estaban demasiado lejos como para distinguir lo que decían.

Al cabo de un momento, la puerta se cerró de un portazo. Luego... silencio.

Se habían ido.

Decepcionada, Allie se echó hacia atrás para afianzarse en el tejado; al hacerlo, desplazó la mirada hacia abajo.

Había dos guardias de seguridad plantados en el jardín. Y la estaban mirando.

A Allie le dio un vuelco el corazón.

**Mierda.**

Espantada, se alejó a trompicones, resbalando sobre las tejas húmedas. Cuando se creyó a salvo, se inclinó hacia delante para echar un vistazo. Debajo, los guardias llamaban por gestos a alguien que Allie no alcanzaba a ver. Al cabo de un momento, Raj se reunió con los guardias, que señalaban a Allie, allí en el tejado. Cruzándose de brazos, el jefe de seguridad la miró con expresión sombría.

Allie tragó saliva.

**Tengo que buscar otro lugar donde esconderme,** pensó.

Se puso en pie y echó a correr por el tejado hacia el lugar donde la pendiente alcanzaba la cornisa y, apoyada sobre el trasero, se dejó caer como si resbalara por un tobogán. La falda del uniforme era corta y plisada, nada apropiada para andar por ahí de escalada. Cuando la prenda se le arrugó a la altura de la cintura, el agua le empapó los leotardos oscuros. Aferrada al canalón con la punta de los dedos, Allie recorrió el alféizar de piedra. Al llegar a la ventana de su cuarto, saltó al escritorio.

Una vez dentro, se irguió victoriosa, pero Isabelle ya estaba allí, plantada ante ella con los brazos cruzados.

La directora no quiso escuchar sus excusas.

—Esto ya pasa de castaño oscuro —lo dijo en tono de reprimenda, pero Allie

advirtió una nota de tristeza en su voz—. No puedes seguir haciendo esto, Allie.

Una parte de ella se sintió culpable por estar lastimando a Isabelle, pero enseguida mandó a paseo sus remordimientos y se encogió de hombros con desdén.

—Ya. Lo que tú digas. Estoy muy arrepentida. No volveré a hacerlo y tal.

Isabelle suspiró con impaciencia. Parecía tan triste que Allie casi se deja conmovir. Se dirigió hacia la puerta para perder de vista el semblante apenado de la mujer.

La directora recuperó la compostura.

—Estoy de tu lado, Allie.

—¿Ah, sí?

De pie junto a la puerta, Allie miraba a Isabelle como si fuera un bicho raro.

—Allie... —Isabelle intentó cogerle el brazo, pero luego se lo pensó mejor y dejó caer la mano—. Me tienes muy preocupada. Y quiero ayudarte. Pero no puedo hacerlo si tú no me dejas.

Hacía unos meses, Allie habría acudido a Isabelle en busca de ayuda y consuelo. Cuando aún estaban unidas. Cuando aún confiaba en ella.

Aquellos tiempos habían quedado atrás.

Miró a la directora con desapego.

—Por desgracia, Isabelle, la gente que acepta tu ayuda acaba muerta. Así que... no, gracias.

Isabelle se quedó como si hubiera recibido un bofetón. Cuando hizo una mueca dolor, Allie salió a toda prisa.

Aguantándose las lágrimas, bajó cojeando por la escalinata principal. Le dolía la rodilla, y el sonido de sus pasos desacompañados (*tu-tum, tu-tum*) resonó en el silencio como una carcajada cruel.

Con la cabeza gacha, ignoró por completo el revestimiento de madera que cubría las paredes de la Academia Cimmeria. No se volvió a mirar los magníficos óleos, algunos de los cuales la doblaban en altura, con sus imágenes de hombres y mujeres de antaño ataviados con suntuosas sedas y joyas. No hizo ni caso de las lámparas de araña, cuyos cristales destellaban con los últimos rayos de sol, ni de los altísimos candelabros, ni siquiera de los tapices de pálidas doncellas y caballos en plena cacería del zorro.

No vio nada de todo aquello cuando entró en el salón de actos y cerró la puerta a su espalda. La enorme sala estaba desierta, iluminada tan solo por la tenue luz de la tarde que se filtraba por los ventanales alineados a un lado de la estancia alargada. Los pasos de Allie resonaron huecos cuando echó a andar por el gran salón, la cabeza echando humo de tanto dar vueltas a las endemoniadas ideas que no la dejaban vivir.

Treinta y tres pasos en una dirección. Cambio de sentido. Treinta y tres pasos en la otra. Y vuelta a empezar.

***¿Por qué iba a compadecerla?, pensaba furiosa. Isabelle es la responsable de todo lo que ha pasado. Jo confió en ella. Y ahora está muerta.***

Girando sobre sus talones, echó a andar en sentido contrario.

Como siempre le sucedía, su mente voló a los bosques nevados, al aleteo de la urraca, a la figurita acurrucada en la nieve...

Se sentía como cuando te hurgas una costra aun sabiendo que, si lo haces, la herida nunca se va a curar. Seguía arrancando los bordes, por más que le doliese.

A lo mejor no quería que se curase la herida.

***Jo ha muerto. Todo el mundo le falló. ¿Y ahora Isabelle quiere que «vuelva a la normalidad»? Y un cuerno.***

Allie dio media vuelta y siguió andando.

Jamás volvería a confiar en Isabelle. Ella tenía la culpa de todo, ella y sus absurdas rencillas con su hermano, que Allie ni siquiera entendía. Los habían atrapado a todos en el centro de su disputa y Jo había pagado el pato.

Allie tampoco confiaba en Raj, el jefe de seguridad del colegio. La gente lo consideraba un gran experto, pero él se había marchado y los había dejado solos, aunque Allie le había suplicado que no se fuera. Se lo había suplicado, literalmente. Y estaba ausente cuando un miembro de la escuela —alguien a quien Allie conocía y en quien confiaba— había abierto la verja para que Gabe pudiera matar a Jo.

Envarada del dolor, dio media vuelta otra vez; la rabia le daba alas.

En las ocho semanas que habían transcurrido desde el asesinato, Raj e Isabelle no habían sido capaces de averiguar quién había abierto la verja aquella noche. Quién había estado ayudando a Nathaniel todo aquel tiempo. Un profesor, un instructor de la Night School, un alumno; alguien con quien se cruzaba por los pasillos a diario quería liquidar a Allie.

Y nadie había hecho nada al respecto.

***Todos me han fallado. Todos nos han traicionado. Y ni en sueños permitiré que vuelva a pasar.***

Se detuvo en seco. De repente, comprendió lo que tenía que hacer.

Abrió la pesada puerta y se dirigió directamente a la oficina de Isabelle, corriendo, por miedo a que le fallase el valor antes de llegar. Le diría que quería dejar el colegio. No podía seguir así. En cualquier rincón del planeta estaría mejor que allí. En el mundo real, tendría posibilidades de averiguar lo que estaba pasando. Hablaría con su abuela y, juntas, encontrarían a los asesinos de Jo. Y los castigarían.

Encajada bajo la escalinata principal, que ascendía desde el vestíbulo central como una empinada ladera de roble tallado, se ocultaba la puerta de Isabelle, tan disimulada entre las tallas del revestimiento que a Allie, a su llegada a Cimmeria, le había costado mucho localizarla. Ya no tenía ese problema.

Apretó los dientes y empujó la puerta sin llamar.

—Isabelle, tienes que...

Obviamente, la directora había salido a toda prisa. Sobre el respaldo de la butaca descansaba olvidada la chaqueta de cachemira negra que le había visto puesta hacía un rato. Sobre el protector del escritorio, junto a las gafas de Isabelle, humeaba aún una taza de té Earl Grey...

Y allí estaba también su móvil.

Con la boca entreabierta, Allie se quedó mirando el teléfono. No se podía creer lo que estaba viendo.

Los artilugios electrónicos estaban terminantemente prohibidos en Cimmeria. De todas las reglas, aquella era la más estricta. Nada de ordenadores, ni de televisores, y nada de móviles, bajo ningún concepto.

Si los alumnos querían telefonar, debían pedir permiso a la directora. Solo se les permitía llamar a sus padres, y siempre por un motivo de peso. Pero allí había un teléfono, a su alcance.

Mientras lo observaba, Allie repasaba mentalmente la lista de consecuencias. Isabelle jamás la perdonaría. La expulsarían. Perdería a sus amigos. Pero también tendría la posibilidad de averiguar lo que estaba pasando en realidad. Y Raj e Isabelle se verían obligados a actuar.

De modo que cogió el teléfono, se lo metió en el bolsillo y se marchó.



## Tres

El bosque del otro lado de la verja, más frondoso allí que dentro de Cimmeria, impedía el paso a la tenue luz del ocaso. Estaba a punto de anochecer y Allie, intranquila, miró por encima del hombro mientras se apresuraba entre la penumbra.

Con cada paso que daba se aseguraba a sí misma que estaba haciendo lo correcto. Nathaniel estaba allí fuera, en alguna parte. La estaba buscando, pero a Allie ya no le importaba. Estaba tan cansada, tan enfadada y hundida... Quedarse en el colegio no era una opción. Tenía que marcharse.

Por otra parte, jamás en su vida se había sentido tan vulnerable. Estaba completamente sola. Y los asesinos de Jo podían estar en cualquier parte.

El silencio era aterrador. Allie solo oía el crujido de las ramas secas bajo sus pies. El sol ya casi se había hundido en el horizonte y el frío aumentaba por momentos; el viento se colaba por la tela de su abrigo enfriando el sudor que le bañaba la piel. Cerró los puños en el interior de los bolsillos; tenía las manos heladas.

***Al menos, ahora sé adónde me dirijo,*** pensó.

Había hecho tantos viajes al hospital últimamente que se conocía de memoria las carreteras de la zona y, mientras caminaba, se tranquilizó a sí misma repasando mentalmente la ruta que debía seguir; visualizando un mapa. Si sus cálculos eran correctos, pronto llegaría a la carretera principal. Una vez allí, solo tendría que girar a la derecha y seguir las indicaciones. Habría menos árboles por allí y más luz. El ambiente no sería tan siniestro.

En cuanto dejara el bosque atrás, estaría a salvo. Era sencillo.

Y todo discurrió a la perfección. De hecho, Allie casi había llegado al cruce cuando oyó un sonido, tan leve como un suspiro, que le puso los pelos de punta.

Ahogando un grito, giró a la derecha y se agachó detrás del grueso tronco de un viejo pino. Acurrucada, apoyó las manos en la rugosa corteza del árbol y escudriñó la penumbra.

Fuera cual fuese el origen de aquel ruido, estaba segura de que no era el viento entre los árboles.

No parecía que hubiese nadie por allí; al menos, desde su escondite no se veía nada raro. Por desgracia, el bosque estaba muy oscuro, y abundaban las sombras que se estremecían y bailoteaban con la brisa. ¿Y si alguna de aquellas sombras pertenecía a una persona? ¿A un asesino?

Allie empezó a notar una sensación de ahogo.

***Podría haber alguien aquí cerca y no lo vería. Gabe podría estar a pocos metros de mí, mirándome, ahora mismo.*** La idea le provocó escalofríos y se dio unos golpes en la frente con el puño. ***¿Quién me mandaría escaparme? Soy una idiota. Me he metido en la boca del lobo...***

Agarrada al tronco, hizo esfuerzos por tranquilizarse. Si de verdad había alguien por allí, debía mantener la cabeza fría.

Se quedó unos instantes muy quieta, escuchando; preparada para echar a correr al menor ruido. Sin embargo, solo oyó silencio, y el susurro de los árboles que se mecían al viento.

Al cabo de un rato, Allie razonó consigo misma. No veía a nadie y no oía nada. Solo sus agitados instintos la advertían de una posible presencia. Se forzó a recordar los entrenamientos. ¿Qué le diría Raj si estuviera allí?

***Confía en tus instintos pero no dejes que te dominen, pensó. No dejes que el miedo dicte tus reacciones. Atente a las pruebas.***

Casi podía oír la tranquilizadora voz del instructor. «¿Qué te dicen las pruebas, Allie?».

***No veo a nadie, no oigo nada. He seguido el protocolo y no he encontrado ninguna señal de amenaza.***

—Las pruebas me dicen que aquí no hay nadie —susurró, tratando de convencerse.

Se mirase por donde se mirase —tanto si la estaban acechando como si no— solo tenía dos alternativas: esperar a que el intruso diera señales de vida o seguir avanzando con la esperanza de haberse confundido.

Escogió la segunda.

Muerta de dolor, cojeó a toda prisa por el bosque camino de la carretera. El gorro de lana se le descolocó; se lo quitó rápidamente y lo sostuvo con fuerza hasta llegar al cruce. Solo entonces se detuvo y miró atrás.

No vio nada salvo un bosque desierto.

Resollando, se dobló sobre sí misma con las manos apoyadas en las rodillas. Le ardían los pulmones del esfuerzo y el frío.

Y aún tenía un largo camino por delante. La localizarían en cualquier momento; debía seguir avanzando.

Giró siguiendo la ruta que le indicaba su mapa mental y enfiló por una carretera de sentido único, flanqueada de altos setos, rígidos y pelados durante la estación invernal. Tras estos, los embarrados prados se difuminaban a la luz menguante.

Por suerte, la carretera discurría con suavidad ante ella y, si Allie estaba en lo cierto, el pueblo solo distaba tres kilómetros de allí. Volvió a ponerse el gorro.

***Lo único que tengo que hacer es seguir andando y no sufrir un ataque de nervios por el camino.***

Para entretenerse, repasó mentalmente los acontecimientos que habían precedido a su fuga.

Después de robar el teléfono de Isabelle, había subido las escaleras a toda prisa. El pequeño aparato le pesaba tanto como si llevara un bloque de cemento en el

bolsillo; le quemaba como si estuviera al rojo vivo. Habría jurado que todo el mundo podía verlo a través del paño de su falda.

Al llegar al rellano, se abrió paso entre alumnos que parloteaban y se reían hasta alcanzar la angosta escalera que conducía a los dormitorios de las chicas. Se aseguró de agachar la cabeza, por si su expresión de culpabilidad la traicionaba.

—Eh, psicópata —dijo alguien a su espalda en tono quedo y burlón. Para su desgracia, conocía de sobra aquel acento exquisito.

Allie no alzó la vista. No le hacía falta; habría reconocido la voz de Katie Gilmore en cualquier parte.

—Mantente alejada de ella o serás la próxima en morir —se mofó otra voz, y todo el mundo se echó a reír.

Bregando contra el impulso de atizarle a Katie un buen puñetazo, Allie clavó la mirada en el suelo y empezó a contar sus propios pasos por lo bajo. Se fue tranquilizando a medida que los números ascendían.

*... cincuenta y cinco, cincuenta y seis, cincuenta y siete, cincuenta y ocho, cincuenta y...*

—Allie.

Se detuvo en seco, mirando fijamente las botas color crema forradas de borreguito que se interponían en su camino.

Despacio, alzó la vista.

Vio a Jules, la prefecta de las chicas, plantada delante de ella, con su impecable melena rubia rozándole apenas los hombros y los brazos cruzados con ademán de reproche.

—Isabelle quiere que vayas a verla.

A Allie le dio un vuelco el corazón. Instintivamente, se llevó la mano al bolsillo de la falda y apretó con fuerza el teléfono robado.

*¿Cómo se había dado cuenta tan deprisa?*

Consiguió que no le temblara la voz a pesar del subidón de adrenalina.

—¿Qué quiere?

Jules la miró extrañada, como si la pregunta la pillara por sorpresa.

—No lo sé. Solo me ha dicho que te estaba buscando, y que, si te veía, te dijera que fueras a su despacho.

Una sensación de alivio inundó a Allie como agua fría. ***Isabelle no se ha dado cuenta del robo. Todavía.***

Al saberse a salvo de momento, Allie se envalentonó.

—Muy bien. Ya me has dado el mensaje, Jules, así que, misión cumplida —dio un paso hacia la prefecta—. ¿No te está esperando tu novio o algo? ¿No deberías estar con él?

Jules no se movió, pero un rubor intenso le subió por el cuello.

Jules y Carter, el ex novio de Allie, estaban juntos desde el baile de invierno: se habían convertido en la pareja de Cimmeria por excelencia. Allie se había acostumbrado a verlos juntos por los pasillos; Carter rodeando los hombros de Jules con aire relajado, el pelo negro de él contra la cabeza rubia de la chica. Como dos piezas de ajedrez, el rey negro con la reina blanca.

Aún se le revolvían las tripas cada vez que los veía.

—No pienso discutir contigo, Allie —repuso Jules sin inmutarse.

—Pues muy bien. Mira, tengo que pasar un momento por mi cuarto y luego bajaré a hablar con Isabelle, como una buena niña.

Allie sabía que estaba mal hablarle a Jules en ese tono, pero no podía evitarlo. Quería sacarla de sus casillas; discutir a gritos con ella. O a puñetazos.

Jules, sin embargo, no mordió el anzuelo y Allie, apartándola de un empujón, corrió a su habitación y cerró de un portazo. No tenía mucho tiempo. En cualquier momento, Isabelle se daría cuenta de que su teléfono había desaparecido y no tardaría en deducir quién lo tenía.

El cuarto de Allie era un caos. Había ropa sucia tirada por doquier, mezclada con papeles, sábanas y toda clase de basura. Al abandonar la enfermería, Allie le había dicho a Isabelle que no quería asistentes rondando por su habitación y la directora, de mala gana, había accedido. El dormitorio parecía un vertedero.

Tal como Allie quería.

A toda prisa, se quitó la falda y los recios zapatos escolares para enfundarse unos vaqueros ajustados de color negro. Había adelgazado tras la muerte de Jo y le quedaban un poco grandes, pero servirían. Se abrochó rápidamente las Doc Martens de caña alta, cogió un abrigo del armario y rebuscó entre el montón de ropa hasta encontrar el gorro y la bufanda. Mientras se abrochaba el abrigo, marcó un número, de memoria.

—¿Qué?

Le respondieron en tono agresivo pero, a Allie, el fuerte acento londinense le sonó a gloria.

—Mark —Allie habló en voz baja pero apremiante—. Soy yo.

—¿Allie? —el tono cambió—. Maldita sea... ¿Dónde diablos estás?

—Estoy en apuros.

Todo rastro de entusiasmo desapareció de la voz de su amigo.

—¿Dónde estás? ¿En casa? ¿Les ha pasado algo a tus padres?

—No —repuso ella—. Estoy en el colegio. Pero ha pasado algo. Algo malo.

El otro no titubeó.

—¿Qué necesitas?

Allie miró por la ventana. Al otro lado, la luz del día empezaba a declinar.

—¿Te quieres escapar conmigo?

A aquellas horas de la noche, no circulaba ni un alma por la carretera. Allie cogió un palo y lo lanzó con todas sus fuerzas a los oscuros prados, donde aterrizó casi sin ruido en la tierra blanda, fuera del alcance de su vista.

No había farolas en aquel tramo y solo unas cuantas casas a lo lejos; Allie únicamente atisbaba las luces titilando entre los campos. Pese a todo, se sentía mejor allí, sin árboles que tapasen la escasa luz. De hecho, cuanto más se alejaba del colegio, mejor se sentía.

Tenía la rodilla izquierda algo entumecida, pero podía apoyarla. Resistiría, al menos hasta llegar al pueblo.

Absorta en sus pensamientos, Allie tropezó con una piedra al borde del camino y estuvo a punto de perder el equilibrio.

***Concéntrate, Allie, se reprendió. Si te rompes una pierna, acabarás otra vez en esa estúpida enfermería.***

A lo lejos, el murmullo de un motor quebró la paz de aquella carretera perdida. Allie correteó buscando un escondite pero el seto crecía tupido a ambos lados del camino. Cuando el vehículo tomó una curva, los faros brillaron a lo lejos.

Aterrada, Allie se internó en el seto, sin hacer caso de las agudas ramas que se le clavaban en el cuerpo. Se hundió entre la vegetación hasta que no pudo avanzar más y luego se quedó esperando.

***Podría ser algún vecino, se dijo. A lo mejor no es un guardia de Cimmeria.***

Pese a todo, contuvo el aliento cuando el coche pasó gruñendo por su lado y solo volvió a respirar al comprobar que el vehículo se perdía en la noche.

No la habían visto.

Reanudó la marcha arrancándose al mismo tiempo las ramillas secas del pelo. De repente, la oscuridad le parecía más densa.

Le dolía todo el cuerpo y estaba aterida de frío hasta los huesos. Para distraerse, se preguntó en qué andaría Rachel ahora mismo en el colegio.

Rachel era su mejor amiga y un verdadero ratón de biblioteca, así que Allie no dudó ni por un instante lo que estaría haciendo: los deberes de Química avanzada. Casi podía verla, sentada en una butaca de piel de la biblioteca, con los libros escampados bajo la lamparilla verde. Las gafas se le habrían deslizado a la punta de la nariz y ella estaría felizmente absorta en complejas fórmulas y complicados diagramas.

Allie sonrió al evocar la imagen. Sin embargo, su sonrisa se desvaneció al momento.

***¿Me perdonará por haberme escapado sin decirle nada?***

Sacudió la cabeza para ahuyentar el pensamiento. Daba igual lo que pensarán todos; incluida Rachel. Tenía que hacerlo.

Los asesinos de Jo debían ser castigados. Y puesto que nadie estaba haciendo nada al respecto, Allie iba a tomar cartas en el asunto.

## Cuatro

Al final, resultó que había acertado con el rumbo pero había calculado mal la distancia. El pueblo estaba mucho más de tres kilómetros. Para cuando llegó, dos horas después, apenas si notaba los pies.

Tras la larga caminata por la carretera a oscuras, la luz de las farolas la cegó y el ruido del tráfico la sobresaltó, pero el pueblo no era muy grande y Allie sabía que, si seguía andando camino del centro, acabaría por encontrar lo que buscaba.

Tal como esperaba, pocos minutos después una anticuada señal de hierro forjado le indicó la dirección a la estación del ferrocarril. Había pocos viajeros; el próximo tren aún tardaría en llegar. La sala de espera estaba cerrada, al igual que la taquilla, de modo que se apoltronó en un frío banco metálico del andén y aguardó. Soplaban un viento gélido; su aliento se condensaba ante ella en pequeñas nubes blancas y Allie se entretuvo un rato soplando anillos de vapor.

Por desgracia, no tardó en hartarse de la diversión y pronto, temblando, se dio por vencida. Se arrebujó con el abrigo y se subió el cuello hasta la orejas.

Debió de dormirse, porque despertó dando un respingo cuando el tren entró rugiendo en la estación. Los largos vagones rojos descargaron un enjambre de elegantes viajeros que volvían a casa tras la jornada de trabajo. Allie miró con expresión ausente cómo se apresuraban por el andén sin prestarle atención. Corrían hacia sus coches, hacia sus hogares cálidos y sus familias felices.

Estaba tan absorta en la escena, preguntándose qué sentiría si fuera uno de ellos, que no oyó al chico que se acercaba en silencio por detrás.

—¿Tiene permiso para estar aquí, señorita?

Incorporándose de un salto, Allie se abalanzó sobre él con tanto ímpetu que estuvo a punto de tirarlo al suelo. Su gorro de lana salió volando y aterrizó en el andén, a medio metro de distancia.

—¡Mark!

Allie lo abrazó con fuerza, aspirando el suave tufillo a tabaco que siempre desprendía su ropa.

Mark se había teñido las puntas del pelo de azul oscuro y llevaba el cabello revuelto, una maraña negra y azulada; entre el enredo asomaba el minúsculo aro de oro de su oreja, a juego con el que llevaba en la ceja. En el tiempo transcurrido desde su último encuentro, se había librado de los granos; parecía mayor. Sin embargo, vestía igual que siempre: unos vaqueros gastados y una camiseta negra y desteñida con el lema «Revolución» escrito al revés, como en un espejo.

Sorprendido por aquel recibimiento tan efusivo, Mark titubeó un momento antes de abrazar a Allie a su vez.

—¿Pero qué diablos, Allie? ¿Qué estoy haciendo aquí en...? —se interrumpió

para mirar a los últimos viajeros que, de traje ellos, con tacones altos ellas, abandonaban la estación—. ¿... El culo del mundo?

En aquel momento, una luz de emergencia debió de iluminar a Allie, porque Mark advirtió la cicatriz que le surcaba el nacimiento del pelo. Los médicos le habían afeitado la sien para limpiar la herida. Hoy por hoy, el pelo le había vuelto a crecer, pero la desigual línea roja aún se le marcaba contra la piel.

El chico lanzó un silbido de admiración.

—Bonita cicatriz. ¿Quién te ha abierto la cabeza?

Allie lo miró muy seria.

—Es una larga historia, pero precisamente por eso te he llamado. Necesito tu ayuda.

—Ya lo veo. Tienes una pinta horrible, Al —preocupado, su amigo se fijaba en las ojeras de Allie, en su delgadez y en la palidez de su piel—. ¿Qué te han hecho?

La estación se había quedado vacía. Tras ellos, el tren se puso en marcha con un gemido; luego chirrió. Allie bajó la voz de todos modos.

—Han intentado... asesinarme. Y ahora no puedo...

Se mordió la lengua. ¿Cómo explicarle la situación? Mark no estaba al corriente de todo lo que Allie había vivido desde su partida. No sabía nada de Cimmeria ni de la Night School. Nada de Nathaniel ni de los asesinatos. Perteneecía a otro mundo.

—Mira, cojamos un tren y salgamos de aquí, Mark —decidió Allie mientras lo tomaba del brazo con ademán urgente y lo arrastraba hacia el panel de horarios de la estación—. Te lo contaré por el camino. ¿Cuándo sale el próximo tren en dirección a Londres?

Aquel súbito cambio de humor lo pilló por sorpresa. Mark levantó las manos.

—Eh, para el carro. Mira el tablón —señaló el horario iluminado que colgaba junto a la puerta—. El próximo tren no pasa hasta dentro de dos horas. Estamos en mitad de la nada, ¿te acuerdas?

Mark debió de verla agobiada, porque buscó una alternativa a toda prisa.

—¿Por qué no vamos a tomar algo y me lo cuentas todo? Tenemos mucho tiempo.

Tras mirar con desaliento los silenciosos raíles que tenían detrás, Allie cedió y se dejó llevar al exterior de la estación. Qué remedio.

—Vale —dijo—. Pero tenemos que... coger el próximo tren.

—¿Adónde vamos? —preguntó Mark mientras se internaban en una calle oscura. Algo más adelante, brillaban las luces de la calle mayor—. ¿Y qué pueblo es este, por cierto?

Mark había sido el mejor amigo de Allie antes de que ella partiera a Cimmeria. Los habían arrestado varias veces a los dos por hacer grafitis en puentes y escuelas. Mark le había mostrado una faceta de Londres que las chicas como ella rara vez



llegaban a conocer: un mundo de rebelión y anarquía.

En aquella época, lo que les unía, por encima de todo, era la rabia.

—No sé —reconoció Allie—. Nunca he ido a ninguna parte salvo al hospital.

El *piercing* de Mark destelló cuando él enarcó las cejas.

—Bueno, vamos —la arrastró hacia las luces—. Compraremos una bebidas y buscaremos un sitio tranquilo para que me cuentes tus penas. Quiero saber más sobre esas heridas de guerra.

Allie asintió y lo siguió calle abajo.

—Súper.

—¿Súper? —pasmado, Mark imitó su acento—. ¿Súper?

—Ay, calla —se rio Allie, dándole un empujón. No se había dado cuenta de que su forma de expresarse hubiera cambiado tanto durante su estancia en el colegio.

Después de aquello, procuró no volver a hablar como una pija.

Una serie de tiendas sumamente elegantes se alineaban a ambos lados de la calle mayor. Mark lanzó miradas incendiarias a las prendas de seda y cachemira que exhibían los escaparates y se dedicó a despotricar de los «malditos esnobs» hasta que encontraron un bar en una calle adyacente.

—Entraré a ver qué tienen de oferta —escudriñó un momento los añiñados rasgos de su amiga—. Será mejor que te quedes aquí. Si entramos juntos, podrían hacer preguntas.

Allie esperó muerta de frío, dando patadas al suelo para calentarse los pies, hasta que Mark reapareció a los pocos minutos cargado con una bolsa de plástico. Oyó un tintineo de latas.

—Bien —dijo él, mirando a su alrededor—. Ahora busquemos un escondite.

Se pasaron casi diez minutos recorriendo las silenciosas calles, en busca de un lugar seguro donde echar unos tragos. Por fin, Allie divisó un callejón adoquinado que daba a una iglesia apartada.

La antigua parroquia estaba rodeada de farolas que iluminaban el almenado campanario, pero la oscuridad reinaba en el camposanto de al lado. Encontraron un húmedo banco al abrigo de las ramas bajas de un roble y se sentaron.

Mark sacó dos latas de sidra barata y le tendió una a Allie. Luego abrió la suya y echó un buen trago. Por fin, suspiró satisfecho.

—Esto está mejor.

Allie lo imitó. Con su sabor a manzana, la espumosa bebida entraba con facilidad y enseguida notó un calorcillo por dentro. Al cabo de un rato, dejó de temblar. Puede que pasar un rato sentados a la intemperie no fuera tan mala idea después de todo.

Estuvieron bebiendo en silencio. Por fin, Mark se volvió a mirarla.

—¿Y qué? ¿Qué te ha pasado en la cabeza?

El pobre no podía ni imaginar la magnitud de la pregunta que acababa de

formular. Ni lo larga que sería la respuesta.

Allie bebió un largo trago y dejó que el fuego del alcohol le calentara las venas.

—Hay un grupo —se explicó—, en mi colegio. Y yo pertenezco a él. Es supersecreto. Nos entrenan para hacer un montón de cosas raras...

—¿Qué clase de cosas?

Mark aplastó la lata y la tiró a la hierba. Allie puso mala cara sin poder evitarlo. Luego lo dejó correr. Él era así.

Necesitaba tiempo para pensar. Así que apuró la bebida en unos cuantos sorbos y eructó a lo bruto.

—Bravo —comentó Mark mientras abría otra lata.

—Gracias —repuso Allie en tono repipi—. Cosas como autodefensa. Artes marciales. A cargarte a alguien con tus propias manos.

Mark dejó la lata a medio abrir y se volvió a mirarla.

—¿Qué? ¿En serio?

—En serio —Allie depositó el recipiente vacío en el banco contiguo y tendió la mano para pedir otra sidra. Con el ceño fruncido, su amigo se la tendió—. Los miembros de esa agrupación proceden de familias ricas y poderosas. Y hay un hombre que quiere apoderarse del grupo, del colegio y de... mí.

Ahora Mark la miraba asustado, como si Allie fuera un animal salvaje.

—¿Todo esto es alguna clase de broma, Allie? Porque si lo es...

—No es ninguna broma, Mark —le espetó Allie en un tono brusco que no venía al caso. Intentó tranquilizarse—. Va en serio. Te lo prometo.

Él no acababa de fiarse.

—Así que ese hombre quiere echarte el guante. ¿Y por qué, si se puede saber?

Allie abrió la boca, pero enseguida volvió a cerrarla. Mark acababa de meter el dedo en la llaga. Porque, a día de hoy, Allie seguía sin saber qué quería Nathaniel de ella exactamente.

—Es por algo relacionado con mi familia y con la suya. Una especie de guerra, y yo solo soy un peón...

Todo aquello no sonaba nada convincente y Allie lo sabía. Su amigo la miraba perplejo. Pero tenía que creerla, costara lo que costase. Necesitaba que la entendiera. Si Mark no la ayudaba, estaba perdida.

Lo miró a los ojos.

—Sé que parece una locura, Mark, pero es real. Ese hombre es peligroso. En Navidad, mató a mi mejor amiga.

Mark estaba estupefacto.

—Espera un momento. ¿Me estás diciendo que en tu cole se han cargado a una tía?

Allie trató de olvidar el aspecto que tenía Jo mientras la vida se le escurría, pero

la imagen persistió.

—Yo la encontré. Fue horrible, Mark. Había tanta sangre... —le falló la voz.

Mark siguió mirándola fijamente durante unos instantes, como si buscara en sus rasgos alguna señal de que decía la verdad; por lo visto, no la encontró.

—Pero Al, ¿por qué no ha salido en la prensa? Niña bien asesinada en un prestigioso internado; sería un titular brutal.

Su voz delataba tanta incredulidad que a Allie se le partió el corazón. No la creía.

—Lo ocultaron —repuso, aun sabiendo que sus palabras sonaban absurdas—. Siempre lo hacen.

Mark seguía mirándola con escepticismo. Allie abrió la nueva lata y dio un largo trago. Si al menos el alcohol la ayudara a olvidar...

Su amigo hizo un nuevo intento de darle un sentido a todo aquello.

—Ya. ¿Y cómo lo hacen? —preguntó—. O sea, ¿cómo es posible ocultar el asesinato de una niña bien?

—No lo sé —reconoció ella con impotencia—. Sencillamente... lo hacen. Los alumnos de mi colegio proceden de familias muy poderosas. Esa gente hace cosas así.

—¿Fue entonces cuando te hirieron? —señaló con un gesto la cicatriz de Allie—. ¿Estabas con ella?

—Fue Gabe... el chico que mató a mi amiga. Antes ya había ido a por mí, pero aquella vez mis amigos me protegieron.

Al llegar a esa parte del relato, Allie tuvo la sensación de que algo no encajaba —algo importante— pero la sidra empezaba a hacerle efecto y el pensamiento se esfumó en cuanto intentó atraparlo. Miró la lata frunciendo el ceño.

—¿Y entonces qué pasó? —la azuzó Mark.

—Gabe volvió —prosiguió Allie con voz queda—. Otro tipo y él apuñalaron a Jo y me secuestraron. Me pusieron una bolsa en la cabeza, me metieron en un coche y me llevaron con ellos.

Mark se quedó de piedra.

—Pero como te decía... he aprendido autodefensa. Sabía lo que tenía que hacer para machacarlos. Y lo hice —asintió para sí—. Los machaqué.

Nervioso, Mark tragó saliva. La nuez se le desplazó en el cuello.

—¿Qué les hiciste?

Allie siguió hablando en tono maquinal.

—Salté por encima del asiento y le clavé las uñas en los ojos al conductor, para cegarlos. Él gritó, pero yo seguí apretando, y luego Gabe me golpeó, pero no lo solté. Entonces el coche volcó y yo me lastimé el brazo, la rodilla, la cabeza y todo eso —cogió una lata—. Pero conseguí escapar.

—Maldita sea, Allie —Mark estaba pasmado; quizá incluso un poco asustado—. O sea... ¿Qué...?

—Pero no sirvió de nada, ¿te das cuenta? —Allie se inclinó hacia él, mirándolo intensamente—. Me hice daño intentando ayudar a Jo pero no sirvió de nada porque la mataron de todos modos. La mataron, y yo la quería. Ahora está muerta y todo ha sido por mi culpa —se interrumpió de repente—. Por mi culpa —repitió, y decidió que estaba en lo cierto—. Por mi culpa. Todo por mi culpa.

Una lágrima fría surcó su mejilla. Allie se la enjugó con un gesto de impaciencia.

Le habría gustado contarle a Mark muchísimas cosas, pero no podía. Habría querido decirle que la Night School la animó a correr riesgos. La indujo a poner en peligro su propia vida y la de otras personas. Por culpa del grupo, se volvió arrogante y estúpida. La Night School había levantado un muro entre su amiga y ella, que hizo que Jo le ocultara cosas. No le dijo que se estaba escribiendo con Gabe. Ni que su ex novio le pidió que se vieran. Y como no lo sabía, Allie no pudo impedirle que se reuniera con él aquella noche. La noche que Gabe la asesinó.

No sabía cómo explicarle todo aquello a un forastero. Además, había otra cosa que quería hacerle entender.

—Tenía que salir del colegio porque no han hecho nada al respecto; por eso te llamé. Uno de ellos ayudó a Gabe. Alguien le abrió la verja, ¿entiendes? Uno de nosotros. Pero cada vez que lo menciono insisten en que necesito ayuda para «aceptar» lo que pasó —trazó unas irónicas comillas en el aire para demostrar lo que pensaba de eso—. Me dijeron que ellos se ocuparían de todo. Y esperé. Pero nadie ha movido ni un dedo.

Dio otro trago a la lata de sidra y clavó en Mark una mirada implacable.

—Así que tengo que hacerlo yo misma. Por Jo. Tengo que encontrar a Gabe y a quienquiera que lo ayudó. Y castigarlos.

Siguieron charlando en el banco hasta que se les acabó la sidra. Allie le estaba explicando a Mark cómo se había escapado del colegio cuando el chico echó un vistazo a su reloj de pulsera y lanzó una maldición.

—¿Qué pasa?

Allie trató de enfocarlo con la mirada.

—El maldito tren —Mark se sacó el teléfono del bolsillo de la chaqueta—. Lo hemos perdido.

—Mierda —Allie había bebido demasiada sidra como para hacer nada, pero trató de concentrarse mientras él tecleaba rápidamente en el teléfono—. ¿A qué hora pasa el siguiente?

El chico se quedó mirando la pantalla. Luego lanzó otra maldición, aún más malsonante.

—Mañana —parecía enfadado—. Hemos perdido el último tren.

Allie lo miró boquiabierta.

—¿Mañana? ¿Y qué vamos a hacer? —empezaba a dolerle la cabeza y, ahora que el porcentaje de alcohol disminuía en sus venas, el frío le penetraba por las diversas capas de tela hasta helarle los huesos—. A lo mejor hay un autobús...

Mark tecleó un poco más y luego negó con la cabeza.

—No —se metió el móvil en el bolsillo con rabia, como si el pobre aparato lo hubiera traicionado—. Pueblucho de mala muerte. Estamos atrapados.

—Pero... —Allie miró las tumbas, como si de repente se hubiera dado cuenta de que estaban rodeados de personas muertas—. No podemos quedarnos aquí toda la noche.

Mark se levantó como pudo. La última lata se le cayó del regazo y rebotó en el suelo con un tintineo hueco.

—El primer tren sale mañana a las seis y media. Lo cogemos. Será mejor que busquemos un lugar donde refugiarnos unas horas.

Eso era fácil de decir, pero difícil de hacer. No tenían dinero para una pensión y después de pasar veinte minutos buscando una puerta abierta o un edificio vacío, volvieron al cementerio, cada vez más desesperados.

La jaqueca de Allie había empeorado y ahora tiritaba sin control. Fue entonces cuando se les ocurrió comprobar la puerta de la iglesia. Para su sorpresa, cedió en silencio.

—Hogar, dulce hogar —susurró Mark mientras miraban la oscura nave desde el umbral.

La temperatura no era mucho más alta dentro del viejo edificio de piedra que en el exterior, pero al menos allí no soplaba el viento.

Después de buscar a tientas el interruptor, Mark encendió las luces, solo lo justo para retirar los tapetes del altar y reunir todas las velas que pudo encontrar. Entretanto, Allie esperaba junto a la puerta, abrazada a sí misma. Cuando terminó, el chico volvió a apagar las luces y utilizó el teléfono para moverse en la oscuridad.

—No nos conviene que venga algún cura cotilla a averiguar a quién le ha dado por rezar a estas horas de la noche —explicó.

Se tendieron juntos en una esquina y se taparon con los paños de seda dorada y violeta a guisa de extrañas mantas de gala. Mark dispuso las velas en el suelo, cerca de ellos, y las encendió con el mechero.

Los dientes de Allie castañeteaban mientras miraba las parpadeantes sombras que los rodeaban.

Mark no era muy aficionado al contacto físico, pero cuando Allie se acurrucó contra el hueco de su brazo no protestó.

—¿Y mañana qué? —preguntó ella.

—Mañana te vienes a Londres conmigo y buscamos un sitio para que te quedes unos días. Conozco a unos chicos que viven solos; seguro que te dejan dormir en el

sofá. Luego... ya pensaremos algo.

Parecía irritado y Allie advirtió, por su tono de voz, que Mark no las tenía todas consigo. Aquella historia no le hacía ninguna gracia.

Sabía que no se había creído del todo su historia; seguramente pensaba que estaba borracha y que exageraba. O que le faltaba un tornillo. Pero, por lo menos, se había ofrecido a ayudarla.

Mirando el titular de las llamas, Allie intentó imaginar cómo sería eso de vivir con los amigos de Mark. Estar sola en el mundo. Dormir en sofás mugrientos rodeada de extraños. Investigar por sí misma.

¿Había cometido un terrible error?

## Cinco

—Están allí.

El sonido de unas voces extrañas y el eco de unos fuertes pasos contra la piedra despertó a Allie en mitad de un sueño horrible, en el que Jo la llamaba una y otra vez pero ella no conseguía encontrarla.

Se le habían pegado los párpados y la cabeza le dolía horrores. Se frotó los ojos y, cuando por fin los abrió, la recibió una imagen extraordinaria: una cegadora luz de colores inundaba la estancia; amarillo brillante, azul intenso, verde, rojo...

Fue como despertarse dentro de un arcoíris.

—¿Pero qué...?

Bizqueando, usó la mano como visera.

Mark gruñó en sueños cuando Allie le hundió el codo en las costillas.

—Perdón —Allie se disculpó automáticamente al reconocer las vidrieras, el púlpito, las velas moribundas en sus charcos de cera y la multitud que la rodeaba.

—Oh, mierda, Mark —le sacudió el hombro con fuerza—. Despierta.

Sin abrir los ojos, el chico le apartó la mano.

—No. Sigue durmiendo.

Plantado delante de ellos, un agente de policía los miraba con los brazos en jarras y cara de pocos amigos.

—Ya os estáis levantando. Los dos. Venga. Tenemos cosas que hacer.

La comisaría del pueblo era un edificio de una planta situado a las afueras, junto a un río de aguas tranquilas. Allie y Mark hicieron el breve viaje en el asiento trasero de un coche patrulla, casi en completo silencio. Al llegar a su destino, los hicieron pasar por una entrada de servicio.

En el camino de la iglesia al coche, Allie había oído que alguien se quejaba con voz chillona de los «gamberros» y el «vandalismo».

Hacía un tiempo, se habría sentido orgullosa.

Una vez en la comisaría, los llevaron a dos salas distintas. Al ver que la cabeza azul de Mark desaparecía por el pasillo, Allie notó una súbita angustia en el pecho. Se dio media vuelta para echar a correr tras él, pero el policía le cerró la puerta en las narices.

A Allie le había tocado una sala pequeña, atestada de escritorios, archivadores y estanterías. Un desagradable tufo a moho impregnaba el ambiente, pero al menos allí dentro se estaba calentito y notó una agradable reacción en las extremidades. Por las ventanas, demasiado altas como para atisbar el exterior, se colaba la brillante luz del sol.

La acompañaban dos policías. Uno era joven, de mirada penetrante. El otro era mayor y lucía una barba descuidada. A primera vista, no parecían malas personas.

Allie se sentó en una descalabrada silla de metal, de cara a los agentes. El más joven escribía con dos dedos en un ordenador. El mayor tomaba notas en un cuaderno. Este último le preguntó el nombre y la edad. Mientras Allie contestaba maquinalmente, el policía joven introducía la información en el ordenador a una velocidad sorprendente.

Cuando el mayor le preguntó el nombre y la dirección de sus padres, Allie se apretó las sienes con los dedos.

Aquello iba de mal en peor.

—Por favor, ¿podrían llamar a Isabelle le Fanult de la Academia Cimmeria? —preguntó tras un largo silencio—. Ella me conoce. ¿Me pueden dar un vaso de agua?

Allie tenía la boca tan seca que la lengua se le iba a pegar al paladar en cualquier momento.

A oír el nombre del colegio, los dos policías intercambiaron una mirada.

—¿Eres alumna de Cimmeria? —preguntó el agente mayor.

Con aquella expresión paternal y tantas canas en el pelo, no parecía amenazador.

Allie asintió.

—Qué interesante —se volvió a mirar a su compañero, que tecleaba a toda prisa—. ¿Habíamos arrestado antes a un alumno de Cimmeria?

Sin despegar la vista de la pantalla, el otro negó con la cabeza.

—Me parece que no.

El poli paternal se giró de nuevo hacia Allie para contemplarla con franca curiosidad. Una pizca avergonzada, Allie se imaginó lo que estaba viendo: a una pobre adolescente con la cara sucia, el pelo enredado y una buena resaca encima.

—¿Y por qué querría una niña bien como tú allanar una iglesia? Seguro que tus padres te comprarían una si se la pidieras.

El más joven soltó una carcajada.

Mirándolos a ambos alternativamente, Allie se sonrojó. Detestaba que se burlaran de ella.

Levantó la barbilla y clavó en el agente unos ojos gélidos.

—Usted no tiene ni idea de cómo es mi vida.

Sin embargo, el poli no se dejó intimidar lo más mínimo. De hecho, la observó como si estuviera encantado con su reacción.

—¿Ah, sí? —se reclinó tanto hacia atrás que las patas delanteras de su silla abandonaron el suelo—. ¿Y por qué no nos lo cuentas?

Enfurrñada, Allie negó con la cabeza.

—No quiero hablar de ello.

—Qué lástima —repuso el agente, que de repente había perdido la sonrisa—.



Porque si quieres salir pronto de aquí, tendrás que hacerlo.

Allie experimentó una súbita sensación de desconfianza que le puso la piel de gallina. Algo iba mal. La habían arrestado varias veces anteriormente y los policías jamás se habían comportado así. Les daba igual a qué colegio iba. Siempre le hacían preguntas directas, sin andarse con rodeos: ¿Cómo te llamas? ¿Cuántos años tienes? Nombre de los padres o tutor.

Sosteniéndole la mirada, Allie respondió con aplomo:

—Tengo dieciséis años. No puedo hablar con usted si no está presente un adulto que se haga responsable de mí. Llame a la directora de mi colegio, Isabelle le Fanult. Ella le dirá todo lo que quiera saber.

—Oh, ya lo creo que lo haré —le aseguró el policía. Había perdido su expresión paternal—. Pero primero quiero hacerte unas cuantas preguntas.

Durante lo que le pareció una eternidad, los dos policías le hicieron preguntas que Allie se negó a contestar. ¿Cuántos alumnos había en el colegio? ¿Cuántos profesores? ¿Cómo se llamaban? ¿Qué se cocía en el cole? ¿Alguna asignatura extraña? ¿Algún comportamiento singular? ¿Algo ilegal? ¿Drogas?

Enfadada y agotada, Allie miraba el suelo. Después de cada pregunta se limitaba a decir:

—Llamen a Isabelle le Fanult. Ella les contestará.

Cuando oyó la voz de Raj en el despacho contiguo, la inundó el alivio como una bocanada de aire fresco. Respiró para tranquilizarse; iba a salir de allí.

Los dos agentes la dejaron sola. Las paredes eran delgadas, y oyó cómo Raj les presentaba la documentación que demostraba su condición de alumna del colegio y les explicaba —aunque no era verdad— que Mark también estudiaba en Cimmeria y que todo aquello solo había sido una travesura. De ser necesario, la escuela correría con los gastos de cualquier desperfecto que hubieran ocasionado.

Raj se comportó de un modo impecable, aunque Allie advirtió que, bajo sus modales exquisitos, hervía de rabia. Ahora bien, no tenía claro si aquella ira iba dirigida contra ella o contra el policía.

Cuando el agente le preguntó por el protocolo de seguridad del colegio, no llegó a alzar la voz, pero respondió en tono gélido.

—Contestaré a sus preguntas, por supuesto —dijo—. Pero antes, ¿por qué no me dicen cuánto rato han tenido retenidos a estos niños antes de notificar al colegio que estaban bajo su custodia?

Se hizo un silencio.

—Les habríamos llamado antes —repuso el policía al cabo de un momento—, pero se han negado a revelarnos su identidad. Nos ha costado horrores averiguar quiénes eran. Por lo que parece, los alumnos de su colegio son bastante

problemáticos.

Allie miró la puerta con incredulidad. Menudo embustero.

No obstante, la amenaza implícita de la pregunta de Raj surtió efecto. Los policías dejaron de interrogarlo.

Pocos minutos después, hicieron pasar a Allie al despacho. Raj la miró atentamente, buscando en su cara signos de maltrato.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—No gracias a ellos.

Miró a los policías con desdén.

El rostro de Raj se ensombreció.

—No les echas la culpa a ellos. Has sido tú la que se ha metido en este lío.

Al oír aquello, la sensación de alivio la abandonó; puede que Raj la hubiera rescatado de los polis, pero estaba furioso.

Mientras se alejaban andando de la comisaría, Allie, agotada, entrecerró los ojos para protegerlos del sol. El cielo era de un azul intenso; el aire invernal, frío y cristalino. Qué ironía que hiciera una mañana tan preciosa.

En aquel momento, los guardias de seguridad de Raj, vestidos con su uniforme negro, aparecieron de la nada para escoltar a Allie al pequeño aparcamiento. Le escocían los ojos de puro agotamiento y le retumbaba la cabeza como si le estuvieran golpeando el cráneo por dentro. Justo cuando la ayudaban a subir a un todoterreno negro, vio que Mark montaba en un coche conducido por otro guardia.

—¡Mark! —gritó Allie.

Su amigo no se volvió a mirarla.

La rabia —que últimamente aprovechaba la menor excusa para apoderarse de ella — hirvió en su interior.

—¿Adónde lo llevan?

Sentada en el asiento trasero, se echó hacia delante para acercarse a Raj, que había ocupado el sitio del conductor.

Como el hombre no respondía, Allie volvió a preguntar con voz gritona:

—¿Adónde? ¿Eh? ¿Adónde?

—A Cimmeria —replicó Raj mientras ponía en marcha el motor y guiaba el coche hacia el centro de la calzada—. Al mismo sitio que a ti. Ahora calla.

—¡No pueden hacer eso! —Allie clavó la mirada en el cogote del jefe de seguridad. No se lo podía creer—. Él no es alumno del colegio. Es un secuestro. Tienen que dejarlo marchar.

—Lo han dejado legalmente bajo nuestra custodia —repuso él sin inmutarse.

—¿Legalmente? —Allie alzó la voz—. Usted le ha mentado al policía. Le ha dicho que es alumno de Cimmeria y no es verdad. ¿Cómo va a ser eso legal?

Presa de la rabia y la impotencia, la chica se echó a temblar.

Como el otro no contestaba, lo fulminó con la mirada desde atrás y cogió la maneta para abrir la portezuela. El coche avanzaba ahora a buena velocidad, pero le daba igual.

—Será mejor que vuelva a la comisaría y les diga la verdad.

Sin previo aviso, Raj frenó en seco. El coche se detuvo derrapando con un chirrido.

Allie se estampó contra el cinturón de seguridad y luego retrocedió con fuerza.

Raj se dio media vuelta en el asiento para encararse con ella. En aquel momento, la chica advirtió las ojeras que le rodeaban los ojos inyectados en sangre.

—Ya has causado bastantes problemas por un día. Isabelle está muerta de angustia. Yo llevo toda la noche levantado, buscándote. Mi equipo ha trabajado catorce horas sin descanso, revisando los jardines de arriba abajo por si aparecía tu cuerpo.

Allie se quedó muda al oír aquella última palabra. Apenas podía sostener la acusadora mirada del Raj.

—Ahora, a menos que quieras acabar encerrada por tu propia seguridad —dijo el hombre esgrimiendo cada palabra como si fuera un cuchillo—, siéntate y cierra la boca.

Raj tenía razón. Allie se había portado como una cría. Sin embargo, no quería dar su brazo a torcer; él no era el único que estaba agotado y enfadado. Con aire dramático, soltó la maneta y posó la mano en su regazo, pero siguió mirándolo con expresión desafiante.

Al cabo de un momento, el jefe de seguridad devolvió los ojos al frente y el coche se puso en marcha otra vez.

Allie se pasó el resto del viaje mirando por la ventanilla.

***No me queda nadie***, pensó, pugnando por contener las lágrimas. ***Incluso Raj me odia.***

Cuando llegaron al colegio, los jardines bullían de actividad. Al principio, a Allie le sorprendió ver a tanta gente por allí, pero luego se dio cuenta de que debía de ser la hora de comer. Brillaba un sol poco frecuente en el mes de febrero y todo el mundo había aprovechado el rato libre para salir.

Los alumnos miraron con curiosidad la fila de coches que recorría el largo camino de grava para detenerse junto a la puerta principal. Raj se apeó del vehículo y dejó que sus guardias abrieran la portezuela de Allie. La chica salió del coche escoltada por dos guardias, como una prisionera. Vio que Mark, allí cerca, recibía aquel mismo trato.

Cuando los alumnos acudieron en tropel para curiosear e intercambiar susurros, Allie se escondió detrás de los guardias. Dentro de media hora, todo el colegio estaría

al corriente de lo sucedido. Los rumores corrían como la pólvora.

La idea le revolvió las tripas. Lo único que le apetecía era acurrucarse en la cama, a salvo de ojos curiosos. Sin embargo, no pensaba dejarse humillar.

Levantó la barbilla y pasó entre la multitud con expresión arrogante, como si estuviera encantada de que la escoltaran. Como si aquellos guardias trabajaran para ella.

De repente, su mirada se topó con unos ojos espectaculares, exactamente del mismo color que el despejado cielo invernal.

Allie se quedó helada.

Plantado en lo alto de la escalinata de entrada, Sylvain la contemplaba con incredulidad. No sabía qué hacer; Allie lo notaba en la tensión de sus hombros y de su mandíbula cuadrada.

Por unos amargos instantes, se dio el gusto de imaginar que Sylvain la cogía en brazos y la sacaba de aquel aprieto. Por desgracia, nadie iba a hacerlo.

Sosteniendo la mirada de Allie, Sylvain le enseñó las palmas de las manos como preguntándole a qué venía todo aquello.

Allie se ruborizó y bajó la vista. ¿Qué podía decirle?

Cuando volvió a mirar, él se había ido.

Dentro la esperaba Isabelle, tan furiosa que ni siquiera la saludó. Mientras la seguía a su despacho, Allie no podía apartar los ojos de la crispada espalda de la directora. Con cada paso que daba, el corazón se le encogía un poco más.

Sin pronunciar palabra, la directora la dejó en su despacho, acompañada tan solo por uno de los guardias de Raj, que se quedó plantado ante de la puerta, con los brazos cruzados.

Allie no sabía adónde habían llevado a Mark.

Con los nervios de punta, esperó el regreso de Isabelle. Entretanto, se dedicó a observar aquella salita que conocía tan bien. Varios archivadores de madera se alineaban contra una pared, mientras que el enorme escritorio de la directora ocupaba casi todo el espacio restante. Los ojos de Allie se posaron en el elegante protector de cuero sobre el cual había encontrado el teléfono el día anterior. Ahora estaba vacío.

Isabelle nunca volvería a cometer ese error.

Antes de que siguiera meditando al respecto, la directora regresó acompañada de uno de los instructores de la Night School, Jerry Cole. Con expresión funesta, le pidieron al guardia que los dejara a solas.

Isabelle se sentó a su escritorio; Jerry se apoyó contra un archivador. La directora estaba blanca de indignación.

En tono severo, Jerry tomó la palabra.

—Allie, te has metido en un lío de campeonato. Queremos saber qué ha pasado exactamente, y será mejor para ti que no te calles nada.

Allie, que tenía las tripas revueltas, asintió para indicar que le había entendido.

—Es que... ¿podría beber algo? Tengo muchísima sed.

En silencio, Isabelle abrió la pequeña nevera que había en un rincón y le tendió una botella de agua.

Allie nunca se había dado cuenta de que el agua supiera tan bien.

Las preguntas fueron muy concretas. ¿De dónde había cogido el teléfono de Isabelle? ¿Cómo había escapado? ¿Cómo había llegado al pueblo? ¿La había ayudado alguien?

Ella procuró responder con la máxima claridad —con la esperanza de que la dejaran marchar cuando antes— pero las preguntas no se acababan nunca.

Cuando les contó lo que había pasado en la comisaría, Isabelle y Jerry intercambiaron una mirada sombría.

—Yo me ocupo, Isabelle —dijo Jerry en tono apaciguador, pero Isabelle no se aplacó.

—Averigua quiénes son —ordenó—. Quiero ocuparme de esto personalmente.

Reanudaron las preguntas. La jaqueca de Allie había empeorado, tenía hambre y estaba cansada. Empezó a ponerse de mal humor.

—Ojalá os hubierais esforzado tanto en averiguar quién está ayudando a Nathaniel —les espetó.

Jerry la fulminó con la mirada.

—¿Cómo sabes que Mark no trabaja para Nathaniel?

—No hablarás en serio —bufó Allie. La mera posibilidad le daba risa. Su reacción no fue bien recibida.

—¿Te parece divertido? —le preguntó Jerry, casi gritando.

Antes de que la chica pudiera contestar, Isabelle levantó una mano.

—Ya basta. Callaos los dos.

Allie se rindió. Estaba agotada. El dolor de cabeza se había convertido en una migraña en toda regla. Ya no podía pensar a derechas.

Isabelle se volvió a mirarla. Por primera vez aquel día, no parecía enfadada, sino triste.

—Respóndeme a una última pregunta, Allie. ¿Qué le contaste a Mark de Cimmeria?

La mente de Allie buceó entre etílicos recuerdos de frases aisladas sobre la Night School y Carter. Nathaniel e Isabelle. Seguridad y amenazas. Jo.

Pero ni siquiera parpadeó.

—Nada.

—¿Esperas que creamos que te escapaste del colegio, pasaste la noche con ese chico y no le dijiste nada? —estaba claro que Jerry no se lo había tragado.

Allie se volvió a mirarlo, rabiosa a más no poder.

—No me escapé con Mark para hablarle de vuestros alucinantes secretos. Me escapé porque ya no quería estar aquí. Porque uno de vosotros ayudó a Nathaniel a matar a Jo y no habéis hecho nada por desenmascararlo. No me siento segura aquí dentro. Nadie lo está. Y yo... —se apretó los párpados con los dedos—. Yo quería estar con mi amigo.

—A lo mejor te dejamos estar con él a todas horas —musitó Jerry.

Allie le lanzó una mirada incendiaria por debajo de las manos.

—Si tantas ganas tenéis de expulsarme, ¿por qué os habéis molestado en traerme otra vez? Deberíais darme las malditas gracias por...

—Habla bien —Isabelle la cortó en tono brusco—. No te permito que le hables a un profesor en ese tono. No puedes saltarte las normas de educación cada vez que tengas un mal día, Allie —volviéndose hacia el instructor, dijo—: Jerry, si no te importa, me gustaría pasar unos minutos a solas con Allie. ¿Podrías retirarte, por favor?

Cuando el profesor salió, la directora se apoyó contra la puerta con aire derrotado y clavó la mirada en el suelo. Parecía tan vulnerable y era tan raro verla así que un desagradable sentimiento de culpa inundó el corazón de Allie.

—Mira, Isabelle —dijo con inseguridad—. Quizá sería mejor que me fuera...

Isabelle levantó la cabeza y la hizo callar con una mirada cortante.

—Tu opinión no cuenta a partir de ahora, Allie. Te has saltado todas y cada una de las normas de Cimmeria. Has traicionado mi confianza. Me has robado.

El dolor y la rabia sobrepasaron las debilitadas defensas de Allie; le temblaba el labio inferior. La directora tenía razón. Isabelle se había preocupado por ella, había cuidado de ella; a lo mejor hasta le había cogido cariño. Y Allie la había traicionado.

***Lo hice por una buena causa***, se dijo por enésima vez.

A esas alturas, la excusa ya no la consolaba.

Como si le leyera la mente, Isabelle la habló con voz queda.

—No sé cómo nos las arreglaremos para restablecer nuestra confianza mutua. Puede que Jerry tenga razón. Es posible que las cosas hayan ido demasiado lejos y este ya no sea tu sitio. Quizá debería darte lo que me pides —se metió la mano en el bolsillo y sacó el móvil. ***Alguien debe de haberlo encontrado en el bosque***, pensó Allie. Isabelle buscó entre sus contactos. Apretando el botón de marcado, dijo—: Pero no me corresponde a mí tomar la decisión.

Alguien respondió al otro lado.

—¿Quieres hablar con ella ahora? —preguntó Isabelle.

Al cabo de un momento, la directora cruzó la salita y le tendió el teléfono a Allie. Ella lo miró con recelo, sin cogerlo, pero la otra insistió.

—Contesta —ordenó en tono gélido.

Allie tragó saliva con fuerza y tomó el aparato, que aún conservaba el calorcillo

de la mano de Isabelle.

—¿Hola? —dijo con inseguridad.

—Allie —respondió una voz enérgica—. Soy tu abuela. Me parece que tenemos que hablar.

## Seis

—Comprendo que ya no te sientas segura en Cimmeria, pero ten en cuenta que, si te marchas, tampoco vas a estar a salvo —Lucinda hablaba en un tono profesional, como si expusiera los pros y los contras de un proyecto en una reunión de trabajo—. Sí, en Cimmeria hay alguien que trabaja para Nathaniel y sí, esa persona es peligrosa y no, no sé quién es. Ahora bien, siempre y cuando sigas en la escuela, como mínimo estarás rodeada de gente que hace lo posible por protegerte.

Allie resopló con impaciencia; todo eso ya lo sabía. Lucinda guardó silencio un momento. Cuando volvió a hablar, lo hizo en un tono más insistente.

—Allie, es verdad que hasta ahora no hemos sido capaces de cuidar de ti. Sobre todo, no supimos cuidar de tu amiga Jo. Y lo siento muchísimo. Pero si te prometiera que nadie más va a resultar herido, te estaría mintiendo. Esta situación es muy peligrosa.

Lucinda hablaba con sinceridad. El corazón de Allie se aceleró, y apretó el teléfono con fuerza, como si temiera que se escapase.

—Sé muy bien lo que os hicieron a ti y a Jo los esbirros de Nathaniel. Si estuviera en tu lugar, querría huir como alma que lleva el diablo para alejarme lo más posible de todo esto. Desgraciadamente, por mucho que corras, Nathaniel acabará por encontrarte —Lucinda adoptó un tono más vehemente—. No te conviene huir, Allie. Quédate. Y ayúdame a plantarle cara.

Allie estaba estupefacta. ¿Su abuela le estaba pidiendo ayuda?

—¿Plantarle cara? —preguntó—. ¿Y cómo?

—Nathaniel ha perdido el norte, Allie, y quiero verlo sufrir. Quiero desbaratar sus planes. Quiero ver encarcelados a sus esbirros. Deseo averiguar cuál de tus amigos lo está ayudando, y estoy decidida a ocuparme de él en persona —la voz de Lucinda sonaba tan afilada y precisa como un punzón—. Quiero ver destruido todo lo que Nathaniel representa. Pero, para conseguirlo, necesito tu ayuda. Si te quedas en Cimmeria, te prometo que Gabe pagará lo que hizo. Al igual que la persona que abrió las puertas aquella noche y lo dejó entrar.

La voz de su abuela destilaba tanto veneno que Allie tuvo que aceptar que hablaba en serio.

**Venganza.** La idea creció en su mente hasta anular cualquier otro pensamiento. Se vengaría de la muerte de Jo. Sus asesinos pagarían lo que habían hecho.

Para eso, sin embargo, tendría que confiar en Lucinda. ¿Sería capaz? ¿En qué premisas basaría esa confianza? En una palabra. En un sentimiento. En los delicados e intrincados lazos de ADN que las conectaban.

No era suficiente. Tenía que estar segura de que Lucinda era de fiar. Necesitaba saber más.



—¿Y por qué no acudimos a la policía? —preguntó—. Si les contamos lo que ha hecho Nathaniel, lo arrestarán. ¿No?

El titubeo de Lucinda fue mínimo, pero Allie lo notó.

—Me temo que, en estos momentos, el ministro que controla las fuerzas del orden considera muy convincentes los argumentos de Nathaniel.

Desconcertada, Allie frunció el ceño en dirección al teléfono. ¿Por qué iba un ministro gubernamental a creerse lo que decía alguien como Nathaniel? Estaba completamente loco. Luego, sin embargo recordó la extraña conducta de los policías que la habían arrestado por la mañana y se le heló el corazón.

En tono quejumbroso, Allie protestó:

—¿Cómo es posible? La policía debería detenerlo.

—Detrás de todo esto se esconde una tremenda lucha de poder —repuso Lucinda—. Y de control. Hoy por hoy, soy yo la que ostenta ese poder, pero Nathaniel me lo quiere arrebatar. Es así de sencillo.

—No, no es tan sencillo —replicó Allie—, porque yo no entiendo nada.

—Claro que lo entiendes. Piénsalo Allie —la respuesta de Lucinda sonó queda y peligrosa—. Después de todos estos meses, ¿aún no conoces el alcance de la organización? ¿Acaso no lo intuyes ya en el fondo de tu corazón?

El teléfono le quemaba en la mano mientras Allie repasaba lo sucedido a lo largo de los meses pasados: las cosas que le habían dicho. Fragmentos de información que se iban colocando en su lugar como las piezas de un puzle.

***La Night School forma parte de una organización mucho más importante... Cimmeria posee más poder del que imaginas... La junta de la Night School es también la junta de la Organización... La junta lo controla todo... El primer ministro... Varios ministros acudirán al baile... Lucinda dirige la junta... El Gobierno... Lucinda...***

***¿Cómo es posible que no lo sepas?***

—La Night School controla el Gobierno.

Allie lo dijo en susurros, pero en cuanto pronunció las palabras supo que había dado en el clavo.

—La Night School, no —la corrigió Lucinda—, pero sí la organización.

Allie se quedó callada unos instantes, tratando de asimilar toda aquella información. Era demasiado fuerte para digerirla toda de golpe. Demasiado horrible para aceptarla.

—Yo no... —dijo—. O sea... ¿cómo es posible?

Lucinda replicó en tono enérgico:

—Da igual cómo; lo que importa es que lo hace. Y si Nathaniel me derrota, se hará con un poder inmenso. No habrá modo de detenerlo.

Al imaginar un mundo dominado por Nathaniel, Allie se mordió el labio con tanta

fuerza que se hizo sangre; el sabor metálico tomó un regusto amargo en contacto con su lengua.

—No puedes permitirlo.

Era la respuesta que Lucinda esperaba. La anciana aprovechó la ocasión al vuelo.

—Quiero detenerle, pero no puedo hacerlo sin ti. Entonces... ¿te quedarás y lucharás a mi lado?

Allie ya no albergaba duda alguna. Todo aquello era mucho peor de lo que había imaginado. Mucho más peligroso y aterrador. En realidad no tenía elección... ¿verdad?

—Sí —dijo en tono derrotado—. Me quedaré.

—Bien —Lucinda parecía satisfecha a su pesar—. Ahora que sabes lo que hay en juego, espero que te comprometas a una serie de cosas. Corres peligro, estés donde estés; incluso en Cimmeria. No sabemos quién es el espía, así que no debes bajar la guardia.

—No la bajaré —repuso Allie en tono apagado.

Lucinda prosiguió.

—Haz cuanto te diga Isabelle sin cuestionar sus órdenes; confío en ella plenamente y tú deberías hacerlo también.

Allie volvió la mirada hacia el lugar donde la directora aguardaba sosteniendo una pluma olvidada en la mano. Puede que oyera la voz de Lucinda desde allí; miraba a su alumna con una expresión severa y alerta.

—Vale.

—No será fácil —le advirtió Lucinda—. Vas a tener que afrontar las consecuencias de lo que hiciste ayer por la noche. Isabelle tomará medidas y el castigo no te va a gustar; está muy enfadada contigo. Espero que lo acates sin rechistar, por serviles, agotadoras o absurdas que te parezcan las tareas. Y debes prometer que no volverás a fugarte; no puedo protegerte si no sé dónde estás. De hecho, tendrás que cumplir el Reglamento a rajatabla; el propósito de esas normas no es otro que el de mantenerte con vida. Por último, pese a todo lo que está pasando, sigues matriculada en el colegio, así que debes ponerte al día con las clases y aplicarte a fondo. ¿Prometido?

Absorta en la lista de requisitos, Allie asintió en silencio antes de darse cuenta de que su abuela no la veía.

—Sí —dijo por fin—. Prometido.

No obstante, Lucinda no había terminado.

—Bien. Quiero que entiendas una cosa, Allie: si rompes un solo acuerdo, el trato quedará cancelado. No quiero hacerlo, pero te dejaré a tu suerte si me veo obligada. Y yo, en tu lugar, no querría estar ahí fuera sin protección, te lo garantizo.

»Ahora bien, si haces cuanto te he pedido, te juro que verás cumplida tu

venganza.

Cuando Allie abandonó el despacho de Isabelle, el día empezaba a declinar.

Allie se sintió observada cuando recorrió los pasillos vestida de calle. Por todas partes había alumnos que llevaban la americana azul marino del uniforme, con el escudo blanco de Cimmeria bordado en el pecho. Aunque miraba al suelo, notaba un montón de ojos puestos en ella, oía los cuchicheos, las risitas. En cambio, cuando alzó la vista, nadie le devolvió la mirada. Era invisible.

Apurando el paso, subió las escaleras camino del dormitorio de las chicas y recorrió el silencioso pasillo que conducía a su cuarto. Una vez dentro, se apoyó contra la puerta un momento, aliviada de estar sola. Luego encendió la luz. Y se quedó de una pieza.

El cuarto estaba impecable.

La ropa sucia había desaparecido. Los papeles estaban ordenados. Los libros, colocados en las estanterías, ahora desempolvadas. Habían barrido y fregado los tablones del suelo, y una inmaculada sábana cubría la cama, a cuyos pies le habían dejado una manta azul, bien doblada.

Era un mensaje de Isabelle, y Allie lo captó, alto y claro: las concesiones se habían terminado.

En el espejo de la puerta, echó un vistazo a su cabello alborotado y a los borrones de maquillaje que le ensuciaban la cara. Sabía que apestaba a sidra y a sudor.

Allie desentonaba horrores en la aseada habitación.

Se quitó los roñosos vaqueros y el mugriento jersey. Luego se envolvió en un cálido albornoz, cogió una esponjosa toalla blanca y se dirigió a la puerta.

En el último segundo, sin embargo, dio media vuelta, recogió las prendas del suelo y las metió en la cesta de la ropa sucia que había en un rincón.

Un trato es un trato.

—¿Contenta? —le preguntó a la habitación vacía.

Mientras recorría el pasillo, se esforzó por ahuyentar de su mente el recuerdo de la cara que había puesto Mark cuando Allie le dijo que había decidido quedarse en Cimmeria. Isabelle los había dejado unos minutos a solas antes de meterlo en el primer tren con destino a Londres.

«Debes de estar de coña —la miró como si no diera crédito—. Acabo de estar prisionero. Durante horas. Tienes cicatrices por todas partes y tus profes son unos fascistas, ¿pero de repente todo va como la seda?».

Allie no había sabido qué responder. ¿Cómo explicarle a un forastero lo que acababa de descubrir?

«Mira —le había dicho—. Hay muchas cosas que no sabes...».

Mark la interrumpió con un gesto de impaciencia.

«Venga, Allie. Ya he visto el colegio. Parece un castillo de mierda. Y te he oído hablar; siempre has sido un poco pija, pero ahora hablas como la maldita reina».

Aquellas palabras dolían. Allie notó un hormigueo en las mejillas.

«Eso no es justo, Mark. Sigo siendo la misma».

«No, no es verdad —con las manos apoyadas en sus estrechas caderas, la escudriñaba como si la viera por primera vez—. Puede que tú no te des cuenta, pero para mí salta a la vista. Ya no eres una de nosotros. Eres una de ellos».

Recordando cómo la miraba su amigo al decir aquello, Allie se estremeció y se ciñó el albornoz.

Con un suspiro, abrió la puerta del baño de las chicas. Por suerte, solía estar vacío a última hora de la tarde. En una ducha de un blanco immaculado, abrió el grifo del agua caliente hasta que el chorro salió casi ardiendo y se dejó empapar a fondo para quitarse toda la porquería de las últimas veinticuatro horas.

Cuando se pasó el jabón por la piel, palpó las cicatrices que el accidente había dejado en su cuerpo, unas marcas abultadas y suaves al tacto.

Cada una de aquellas cicatrices la ayudaría a recordar las cuentas que tenía pendientes.

Le vino a la mente algo que el doctor Cartwright le había dicho durante una sesión.

«No debes sentirte culpable de seguir viva —había señalado— aunque Jo haya muerto».

En aquel entonces no le había creído.

***Pero puede que tuviera razón, pensaba ahora. Porque tendré que seguir viva para poder matar a Gabe.***

De vuelta en su cuarto, se cepilló la enmarañada melena y se dio un toque de maquillaje. Ni siquiera así consiguió ocultar las ojeras que le rodeaban los ojos grises ni la piel flácida del rostro.

Abrió el armario para revisar la colección de prendas azul oscuro que guardaba dentro. En Cimmeria, nunca te costaba mucho elegir la ropa. Escogió unos leotardos oscuros y una falda plisada. Luego una blusa blanca, almidonada, y una chaqueta azul marino. Para completar el disfraz de alumna obediente, se calzó unos cómodos zapatos de estilo escolar.

Echó un vistazo al reloj; era casi la hora de cenar.

***Vamos allá,*** pensó con amarga determinación. ***A demostrar lo arrepentida que estoy.***

Conforme bajaba las escaleras, el rumor de la conversación y las risas procedentes del concurrido comedor aumentaba de intensidad. El alegre murmullo le sonó irreal y se quedó un buen rato delante de la puerta, sin atreverse a entrar.

Llevaba semanas saltándose las cenas.

Sin embargo, Isabelle le había dejado muy claro durante la conversación en su despacho que aquello se había acabado. De ahora en adelante, tendría que acudir puntualmente a las comidas, tal como exigía el Reglamento.

Aquel era uno más de los muchos compromisos que había adquirido. Porque cuando Allie le había comunicado su decisión de quedarse, Isabelle le había cantado las cuarenta.

Tendría que asistir a todas las clases y ponerse al día en los estudios. Sacaría unas notas excelentes.

Y volvería a asistir a la Night School.

El último requisito era el que más la asustaba; el que le encogía las entrañas.

Sabía que negarse sería una locura; tenía que pertenecer a la Night School para entrenarse, para aprender, para averiguar qué estaba pasando en realidad. La Night School era el corazón de Cimmeria, y debía formar parte de ella. Sin embargo, la idea de regresar le ponía los pelos de punta.

Pero, claro, ¿qué sentido tenía decírselo a Isabelle? Ella ya lo sabía. Y le daba igual.

Al ver que Allie se lo estaba pensando, la directora le había traspasado con la mirada.

«Tu pertenencia a la Night School es un requisito indispensable para poder seguir matriculada en Cimmeria. Tienes que tomar una decisión ahora mismo, Allie. ¿Quieres quedarte en la Academia Cimmeria? ¿O no?»

Derrotada, Allie acabó por asentir. Quería quedarse. Quería vengarse. Haría lo que hiciera falta.

Y si era capaz de volver a unirse a la Night School, también podía cruzar la puerta del comedor. Y cenar.

Apretando los dientes, cruzó el umbral muy decidida justo cuando Zelazny se disponía a cerrar la puerta. Allie vio de reojo que el profesor la miraba extrañado pero, sin darse por aludida, siguió caminando con brío hasta un asiento vacío de su vieja mesa y se sentó.

En la mesa, todas las conversaciones cesaron.

Acobardada por el silencio, Allie se forzó a mirar a su alrededor; allí estaban las personas a las que llevaba semanas evitando o ignorando; la gente que amaba.

Isabelle le había echado la bronca por haberlos tratado tan mal. Ahora, al mirarlos, las palabras de la directora resonaron en sus oídos.

«Ya sé que has sufrido mucho durante estos últimos meses, pero estabas tan ocupada llorando a Jo que has dejado de lado a la gente que más quieres —le había dicho—. Tus amigos lo han pasado muy mal. Y no parece darte cuenta de una cosa: ellos también han sufrido una pérdida. Llevas semanas tratando a Rachel con frialdad

y la pobre ha tenido que pasar el duelo a solas. Y no le has hecho ni caso a Zoe. Para ella, eres como una hermana mayor. Te necesitaba, pero tú estabas demasiado pendiente de ti misma como para ayudarla».

Al otro lado de la mesa estaba Carter, sentado junto a Jules. Cada vez que Allie los veía juntos, un cristalillo de hielo se alojaba en su pecho, pero Carter siempre había sido su amigo y no quería perderlo.

Y si para eso tenía que tratar bien a Jules... lo haría.

Al lado de la pareja, Zoe, que parecía más joven que nunca, miraba a sus compañeros de mesa con vistazos rápidos y desconcertados. Rachel agachó los ojos, como si no soportara ver en qué se había convertido su amiga. A su lado, Lucas le estrechaba la mano con fuerza.

Allie tuvo la sensación de que todos estaban esperando algo. Quizás que hiciera alguna locura. Que saliera corriendo. O que les gritara.

Carraspeó.

—Oídmeme... Quería decir una cosa. Sé que he estado muy rara últimamente y quiero decirlo a todos que lo siento. Necesitaba tiempo para... no sé... desconectarme unos días. Supongo que os habéis enterado de que ayer me escapé, pero quiero que sepáis que no huía de vosotros... —guardó silencio. ¿Estaba diciendo la verdad? Ya no lo sabía—. Pero ahora estoy intentando rehacerme. Hasta hoy, no había hecho ningún esfuerzo... —echando un vistazo a su alrededor, posó la mirada en Carter un momento. Los ojos oscuros del chico evitaron los suyos—. Ya sé que he sido egoísta y que os daba miedo y espero —miró a Rachel con impotencia— que podáis perdonarme. Y ayudarme... a ponerme bien.

Se hizo un silencio de estupefacción, seguido de una explosión de voces cuando todo el mundo habló al mismo tiempo.

—Por supuesto que lo haremos...

—No pienses ni por un momento...

—Todos habríamos...

Sus amigos fueron muy amables, pero cuando dejaron de hablar de la incómoda realidad (que Allie había sufrido una crisis nerviosa) y la charla avanzó por derroteros más firmes (los de su fuga) respiró aliviada.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Lucas, con genuino interés—. Dicen que saltaste la verja.

—Qué va —se rio Allie—. Eso es imposible. Al menos para mí. Es altísima.

—¿Te ayudó alguien? —preguntó Jules con cautela.

Pensando en Mark, Allie guardó silencio un instante.

—No exactamente...

—¿Y qué te han dicho? —la voz de Carter amortiguó cualquier otro ruido de ambiente cuando sus ojos buscaron los de Allie—. ¿Qué castigo te han puesto?

—Muchísimos deberes. Y trabajar en el huerto durante el resto de mi vida — fingió encogerse de hombros con indiferencia—. Lo típico.

Allie supo, por cómo la miraba Carter, que este intuía que había algo más. Pero Allie no podía contarle todo. No podía explicarles lo que le había prometido Lucinda. Cuando menos, aún no.

En aquel momento, las puertas de la cocina se abrieron y el personal de cocina, formado en filas de a dos, entró en el comedor cargado con humeantes bandejas. Mientras Allie observaba a aquellos camareros vestidos con impecables uniformes negros, sus ojos se posaron en Sylvain, que la observaba fijamente, con perspicacia. Sus ojos eran tan fríos y brillantes como cristales de un glaciar.

## Siete

Al día siguiente, Allie asistió a todas las clases por primera vez desde hacía semanas.

Los profesores debían de estar avisados porque ninguno comentó nada de su súbita reaparición, aunque Zelazny la miró con odio cuando Allie ocupó su sitio en clase de Historia Antigua.

Sus compañeros, en cambio, no fueron tan discretos. Podía soportar las miradas, por más que le pusieran la piel de gallina. Sin embargo, los insultos que intercambiaban en susurros lo bastante altos como para que solo ella pudiera oírlos eran más difíciles de sobrellevar. Consiguió ignorarlos casi todos. Hasta que, en clase de Matemáticas, oyó a alguien cuchichear:

—¿Crees que ella mató a Jo?

De momento, Allie se quedó sin aliento. Luego, cegada por el dolor y la rabia, olvidó todas sus promesas.

Esgrimiendo el boli como un cuchillo, se dio media vuelta y amenazó a las dos chicas que se sentaban detrás: Amber e Ismay, acólitas de Katie Gilmore. Las «gemelas maléficas» las llamaba Allie a sus espaldas cuando aún tenía sentido del humor. El chiste ya no le hacía gracia.

—Yo, en vuestro lugar —dijo en voz baja y sorprendentemente firme—, me callaría.

Ellas se quedaron muy quietas, soltando risitas tontas. Allie se dio cuenta de que no sabían si seguir burlándose de ella o salir corriendo.

Por fin, Amber se echó la rubia melena hacia atrás con calculada indiferencia.

—Me produce escalofríos —dijo—. Tiene ojos de psicópata. No entiendo por qué no la encierran.

Al oír el comentario, Ismay, siempre la segundona, se animó a mostrarse odiosa también.

—Es como un monstruo —curvó los labios con una mueca de desdén—. ¿Por qué no nos haces un favor a todos y te vuelves a escapar?

La apostilla fue tan penosa que le quitó hierro a la situación. La ira de Allie retrocedió como una ola que se aleja de la arena. Cuando no hablaban de Jo —cuando se limitaban a insultar a Allie—, podía soportarlo. Eso sí, se moría de ganas de aplastarles sus impertinentes naricillas, a ver qué decían entonces.

Sin embargo, le había prometido a Lucinda portarse bien. No quebrantar ninguna norma en absoluto. A cambio, su abuela se encargaría de los verdaderos malvados.

Relajó la mano y le dio la vuelta al bolígrafo para seguir escribiendo.

—Vaya par de gilipollas —dijo en tono normal, para que todo el mundo la oyera. Luego les dio la espalda y, presa de una rabia más fría, hizo lo posible por ignorar sus estúpidas risillas. En cuanto empezó la clase, ya no tuvo tiempo de preocuparse por



los insultos de nadie. Iba tan atrasada en los estudios que ni siquiera estaba segura de entender de qué estaban hablando los profesores.

La Química fue aún peor. Tomó muchísimos apuntes pero el pánico ascendía como bilis por su garganta a medida que las complicadas fórmulas y los intrincados diagramas se multiplicaban incomprensibles en su cuaderno.

***¿Voy demasiado retrasada para ponerme al día?***

Hacía un par de días, le habría dado igual, pero ahora le había prometido a Lucinda que lo aprobaría todo y, sabiendo lo que se jugaba, estaba preocupadísima.

Desgraciadamente, el profesor era Jerry Cole y, aunque Allie hacía verdaderos esfuerzos por seguir la lección, también estaba pendiente de evitar su mirada.

Él había recuperado el buen humor y hacía chistes malos sobre los átomos y la estructura molecular. Sonreía con frecuencia y Allie advirtió que había intentado, sin éxito, peinarse la pelambreira. No quedaba ni rastro del tipo furioso con el que había discutido la tarde anterior.

Cuando la clase terminó, corrió a unirse a los alumnos que hacían cola para salir del aula; quería perderse cuanto antes en la multitud. Ya se estaba felicitando por haberlo conseguido cuando Jerry la llamó.

—Allie, ¿podrías quedarte un momento?

Se le cayó el alma a los pies.

Durante unos instantes, dudó si salir corriendo; podía fingir que no le había oído. Por fin, se volvió a mirar al profesor de mala gana. Un destello en los cristales de sus gafas de montura metálica le impidió verle los ojos. Jerry le indicó por señas que se sentara en un pupitre de la primera fila.

Allie titubeó un momento, pero acabó por sentarse en el borde de una silla, abrazando su cartera.

Él se apoyó contra el escritorio. Allie pensó que parecía incómodo; movía el pie con ademán nervioso.

—Allie, quería despejar un poco el ambiente. El día de ayer fue difícil para ambos y me gustaría que lo olvidáramos —optando por la cautela, Allie observó en silencio cómo Jerry se quitaba las gafas. El profesor tenía los ojos cansados—. ¿Sabes? Las cosas que han pasado últimamente... la muerte de Jo, tus lesiones... no solo han afectado a los alumnos. Los profesores también tienen sentimientos. Este semestre hemos estado sometidos a mucha presión. Pero si vas a venir a mi clase, necesito que te sientas cómoda en mi presencia. Y que sepas que no te juzgo. Así que espero que podamos volver a trabajar juntos, como siempre. Eres una buena estudiante... y una buena persona. Y me alegro de tenerte en mi clase.

Parecía sincero, y Allie deseaba con todas sus fuerzas que las cosas volvieran a la normalidad. Jerry le estaba ofreciendo algo que de verdad necesitaba.

—Yo... también lo siento —se disculpó con timidez—. Lamento... bueno, todo

lo que he hecho.

El profesor se relajó, como si también él se hubiera quitado un peso de encima. Comprender aquello desarmó a Allie, que empezó a sentirse mejor.

—Bien, pues me alegro —le aseguró Jerry—. Bueno, y ahora que hemos arreglado las cosas... quiero hablar contigo de algo mucho más trivial: la Química —soltó una risilla y Allie esbozó una sonrisa educada mientras él se sacaba una gamuza del bolsillo para limpiarse las gafas—. Vas muy atrasada y soy consciente de que esta asignatura es complicada. Si te quedas atrás, te costará mucho seguir las clases y, antes de que te des cuenta —le tendió una mano vacía— habrás perdido el curso.

Aunque lo miraba impertérrita, Allie agarró la cartera con más fuerza.

**¿Me va a cambiar de clase?** Sería una humillación oírle siquiera plantear la posibilidad en voz alta. Notó un hormigueo en las mejillas.

—No me gustaría que tuvieras que repetir —prosiguió Jerry, sin darse cuenta de lo agobiada que estaba Allie—, pero creo que necesitarás algo de ayuda para ponerte al día. He hablado con Rachel Patel, y se ha ofrecido a darte clases durante el resto del semestre. Como ya sabes, es una de las alumnas estrella en ciencias, así que lo considero una idea excelente. Y como siempre has sacado muy buenas notas, estoy seguro de que, si trabajas duro, alcanzarás al resto de la clase. ¿Te gustaría intentarlo?

La inundó una súbita esperanza, cálida como los rayos del sol. Jerry aún confiaba en ella. Creía en sus capacidades. Y lo mejor de todo: Rachel le daría clases. A lo mejor, entre fórmula y fórmula, Allie encontraba el modo de reparar su deteriorada amistad.

—Claro que sí —dijo de corazón.

—Bien.

El profesor se levantó y Allie supo que la charla había terminado. Sin embargo, mientras se dirigía hacia la puerta, el profesor la llamó. Cuando se dio media vuelta, Jerry la miraba con una expresión extraña.

—Volverás a sentirte bien, ¿sabes? —dijo.

El comentario la pilló tan desprevenida que Allie respondió con absoluta sinceridad:

—Eso espero.

Aquella conversación fue la única luz de un día bastante sombrío por lo demás. Finalizada la última clase, Allie, con paso cansino, cargaba la pesada cartera escaleras arriba, camino del dormitorio de las chicas.

Cuando vio una figurilla que se abría paso entre los estudiantes, unos peldaños más arriba, tragó saliva.

«Para Zoe, eres como una hermana mayor —le había dicho Isabelle—. Te necesitaba».

—Eh, Zoe —la llamó—. Espera.

La otra se detuvo con un pie en el aire. Cuando se dio la vuelta, miró a Allie con recelo.

Zoe era superdotada. Con solo trece años, había adelantado a Allie en los estudios. Se habían hecho muy amigas el semestre anterior, pero, cuando Jo había muerto, Zoe se había quedado tan fresca. Como si no le importara. Allie no la había visto llorar ni una sola vez. Había seguido adelante con su vida como si Jo nunca hubiera existido.

Hacía un tiempo, el doctor Cartwright había intentado explicarle a Allie cómo funcionaba el síndrome de Asperger pero ella no había querido escucharle. La actitud de Zoe le dolía demasiado.

Ahora, en cambio, tenía la sensación de que había sido injusta con su amiga.

Cuando llegó a la altura de Zoe, Allie se disculpó a toda prisa.

—Solo quería decirte otra vez que siento mucho haberme portado mal contigo. No estuvo bien. Estaba muy triste, pero no debería haberlo pagado... contigo. Zoe frunció el ceño y Allie supo que estaba reflexionando; estudiando sus palabras como si fueran números. Sumándolas. Para obtener una solución.

—Te perdono —dijo por fin—. Pero no lo vuelvas a hacer o no seré tu amiga. Nunca más.

A Allie le dio un brinco el corazón. No podía perder a Zoe. La necesitaba. Contestó con una intensidad que ni ella misma se esperaba.

—No volveré a hacerlo, Zoe. Lo juro. Y... espero que volvamos a ser amigas. Por favor. Quiero que recuperemos... lo que teníamos.

Zoe asintió satisfecha y su coleta rebotó con el movimiento.

—Bien. Lo mismo digo.

Recorrieron juntas el estrecho pasillo. A ambos lados se alineaban pequeñas puertas blancas, cada una señalizada con un número pintado en negro.

Ladeando la cabeza, Zoe le preguntó con su franqueza habitual:

—¿Por qué te escapaste? ¿Porque estabas triste?

Allie titubeó.

—Sí —dijo al fin—. Porque estaba triste.

Eso Zoe podía entenderlo.

—¿Y adónde fuiste?

Allie no podía responder a esa pregunta con facilidad.

—Al final, a una iglesia —repuso Allie en tono compungido—. Aunque ese no era el plan. O sea... ni mucho menos.

—¿Y cuál era el plan?

—Ir a Londres y averiguar quién mató a Jo —se encogió de hombros; dicho de ese modo, sonaba estúpido—. Algo así.

—¿Tú no eres de Londres? —Zoe entornó los ojos.

—¿Sí...?

—Nathaniel no habría tardado ni un segundo en encontrarte. Habría deducido al instante dónde estabas. Era un plan malísimo.

Allie abrió la boca para replicar, pero volvió a cerrarla. Zoe tenía razón.

La niña se detuvo al llegar a su cuarto.

—Si alguna vez quieres volver a escaparte, dímelo. Te ayudaré a escoger el lugar más seguro. Desde un punto de vista estadístico.

A Allie, aquella oferta le llegó al alma; durante un momento, no pudo ni hablar. Cuando se recuperó, respondió de corazón:

—Si alguna vez decido volver a escapar, serás la primera en saberlo.

Al entrar en su habitación, Allie notó el olor químico de abrillantador al limón antes incluso de encender la luz. Inspiró profundamente. Odiaba admitirlo, pero en el fondo agradecía que hubieran retirado la ropa sucia y que le hubieran dejado toallas limpias amontonadas en el estante que había junto a la puerta. Se alegraba de que todo estuviera en orden.

En el exterior, una fría lluvia invernal golpeteaba la ventana como si quisiera entrar. Allie dejó caer la cartera junto al escritorio y se quitó los zapatos de un par de patadas. La habitación le pareció cálida y acogedora.

Sacó el montonazo de deberes que los profesores le habían asignado para que se pusiera al día, se sentó en el suelo y empezó a examinarlos; le iba a hacer falta mucho sitio.

—A ver —musitó. Al ver la primera página, frunció el ceño—. Esto es urgente —dejó la hoja en el suelo, a su derecha—. Y esto... bastante urgente —depositó el segundo papel sobre el primero—. Esto es... —cogió la hoja siguiente— superurgentísimo.

Siguió así durante un rato, añadiendo papeles y más papeles al montón de cosas urgentes. Cuando lo hubo examinado todo, miró a su alrededor con desaliento; había tantas hojas en el suelo que apenas se veía el blanco de la madera.

—Mierda —dijo en voz alta—. Estoy perdida.

Al final, decidió que lo más apremiante de todo era el trabajo de Literatura que le había pedido Isabelle: doscientas palabras sobre el romanticismo italiano para el día siguiente. Allie no había leído ni una sola página de las lecturas asignadas.

Preocupada, estaba hojeando el libro de Literatura inglesa cuando alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo sin alzar la vista.

—Hola, A... llie —la voz de Rachel se fue apagando conforme entraba. Con los ojos como platos, miró aquel caos de hojas—. Qué fuerte. Parece, no sé, como si hubiera caído un árbol en tu suelo.

—Socorro —Allie agitó los deberes en su dirección—. ¿Qué sabes del romanticismo italiano?

—Depende. ¿Del toscano? —Rachel entró del todo y cerró la puerta tras ella—. ¿O del romano?

Allie la miró con desesperación.

—¿Hay más de uno?

Sin contestar, Rachel tendió una mano. Allie le entregó el papel y su amiga le echó un vistazo rápido.

—Yo ya hice este trabajo así que... vamos a ver... —ojeó los libros que Allie tenía en los estantes y extrajo un volumen delgado—. Utiliza este. En el capítulo ocho lo encontrarás todo. Léelo y podrás redactar un trabajo decente; cita algunos poemas de Shelley para meter paja. Ese hombre adoraba el sonido de su propia voz. Mira.

Sosteniendo el libro en alto, recitó con aire dramático:

Hágase una enorme asamblea  
donde, con gran solemnidad,  
se declare con palabras ponderadas  
que sois, tal y como Dios os hizo, libres.

Allie tendió la mano para coger el libro.

—Rachel, a ti Dios te hizo una salvadora.

—Eso dicen.

Rachel sonreía abiertamente, pero Allie, que la conocía bien, sabía que su amiga aún estaba un poco rara.

**Como mínimo**, se tranquilizó a sí misma, **sonríe. Eso ya es algo.**

De repente, se hizo un silencio. Allie hojeó los papeles mientras trataba de buscar algo que decir, pero fue Rachel la que salvó el bache.

—¿Te ha dicho Jerry que te voy a dar clases de Química?

Allie se hizo la dura.

—No creerás que te voy a lamer el culo por eso. Sigo siendo una mujer libre.

Rachel esbozó otra sonrisa, esta vez genuina.

—¿Ah, sí? A ver, ¿quién es tu papi?

—¿Cómo? —Allie se apuntó enseguida a la esgrima verbal que tanto les divertía, aunque el juego chirriaba un poco después de tanto tiempo—. ¿Estás diciendo que ahora mi padre es una chica llamada Rachel? Cuando escriba mis memorias, las voy a titular: «Allie tiene dos padres, y uno de ellos se llama Rachel».

—Venderás un millón de ejemplares y me haré famosa. Aceptaré un porcentaje —Rachel se frotó las manos con satisfacción—. ¿Y qué? ¿Te parece que empecemos a

sufrir... digo, a estudiar esta noche? Un buen empacho de fórmulas te sentará de maravilla.

La cháchara ayudó a Allie a sentirse mejor. Como si hubiera recuperado a su amiga.

—¿Tengo elección?

—No —Rachel se dirigió a la puerta—. Te veo a la hora de la cena, esclava. Te dejaré que me peles las uvas.

## Ocho

*—¡Allie, ayúdame! Oh, Dios mío. Por favor, ayúdame...*

*La siniestra brisa que agitaba las ramas de los árboles transportaba la voz aterrorizada de Jo a través de la oscuridad.*

*Cada palabra se le clavaba como un cuchillo. Aterrada y desesperada, Allie corrió hacia la izquierda, luego hacia la derecha y después otra vez hacia la izquierda. Sin embargo, la voz nunca sonaba más cerca y cada vez le costaba más respirar. Se sentía como si tuviera un torno de acero alrededor del pecho.*

*Allie intentaba coger aire para responder, pero solo conseguía resollar con fuerza.*

*—¡No te encuentro, Jo! —gritó al fin débilmente—. ¿Dónde estás?*

*—¡Allie! —el grito de Jo contenía una nota de esperanza capaz de partir un corazón—. ¡Ayúdame, por favor!*

*Un sollozo pugnaba por abrirse paso a la garganta de Allie mientras corría. Los árboles parecían inclinarse hacia ella para agarrarle la ropa con sus ramas acabadas en punta, como uñas largas y rotas. No hizo caso del dolor. Tenía que encontrar a Jo. Si la encontraba a tiempo, su amiga viviría.*

*Por fin, la vio a lo lejos. Allie ya estaba agotada. Jo yacía en medio de una arboleda, con el pelo rubio brillándole como un halo alrededor de la cabeza. Sus ojos color aciano miraban fijamente el cielo, vidriosos.*

*Allie cayó de rodillas y tomó la mano exangüe.*

*—Estoy aquí, Jo. Estoy aquí.*

*Jo respiraba con jadeos entrecortados. Cuando se volvió a mirar a Allie, sus ojos azules se nublaron y se volvieron blancos.*

*—Demasiado tarde, Allie —dijo con amargura—. Llegas demasiado tarde. Ya estoy muerta. Y tú tienes la culpa.*

*Al bajar la vista, Allie se dio cuenta de que sostenía la mano de un cadáver; Jo tenía los dedos azules y fríos, exánimes.*

*Abrió la boca para gritar, pero de su garganta no brotó sonido alguno.*

Resollando, Allie se incorporó sobresaltada. El sudor le caía a chorros por la cara mientras escudriñaba la habitación con cara de terror. Se arrastró por la cama como un animalillo acorralado hasta acurrucarse contra el cabezal, temblando.

Las entrecortadas respiraciones le quemaban la garganta, el corazón le latía desbocado.

***Solo ha sido un sueño, el mismo de siempre. Estoy en mi cuarto,*** se dijo. ***Estoy***

***en mi cuarto, a salvo, y todo va bien. Todo va bien. Todo va bien. Todo va bien. Todo va bien...***

Sin embargo, las paredes ya estaban avanzando hacia ella.

Allie cerró los ojos con fuerza y, sin dejar de temblar, inspiró muy despacio, haciendo esfuerzos por llevar oxígeno a sus pulmones obturados. Jadeó cuando solo un hilillo de aire le llegó a la garganta. Se le empezaba a nublar la vista.

Recurrió a los trucos que Carter le había enseñado para superar los ataques de pánico: respirar despacio por la nariz y pensar en cosas que la hicieran feliz.

***Gatitos***, pensó frenética. ***¡Gatitos suaves! ¡Días de sol! ¡Helado de chocolate! ¡La playa!***

Mientras seguía haciendo inventario, su propia lista le pareció tan ridícula que soltó una carcajada llorosa.

Igual que otras veces, el truco funcionó. Poco a poco, las paredes volvieron a su lugar y el pulso se le normalizó.

No obstante, seguía muy alterada.

—Solo ha sido un sueño —dijo en voz alta, abrazando una almohada como si fuera un escudo—. Solo un sueño.

La oscuridad era agobiante, de modo que encendió la lamparilla del escritorio. Miró el despertador. Eran las cuatro y media de la madrugada.

Inspirando a fondo para tranquilizarse, se apoyó contra la fría pared y se apartó el pelo de la cara.

Aquel era el día que empezaba su castigo: tres mañanas a la semana, tendría que trabajar en el huerto de las seis a las ocho. Aún le quedaba una hora de margen antes de levantarse, pero no quería volver a dormir; los últimos retazos del sueño coleaban todavía en su mente, sinuosos como serpientes, preparados para abalanzarse sobre ella en cuanto cerrara los ojos.

Así que optó por darse una buena ducha. Luego, de vuelta en el cuarto, rebuscó por el armario las prendas más cálidas que encontró, tantas capas como pudiera. Escogió una camiseta térmica, unos pantalones de deporte y dos sudaderas, además de su jersey más grueso. Cuando estuvo lista, aún le quedaba tiempo y estuvo trabajando en el ensayo de Literatura hasta las seis.

En el colegio reinaba una quietud sobrenatural a aquellas horas de la mañana; incluso el personal de servicio seguía durmiendo cuando Allie bajó por las escaleras. La puerta trasera se abrió con un chirrido que resonó como un grito en el silencio.

A juzgar por la oscuridad, bien podría ser medianoche; la luz del alba ni siquiera se insinuaba aún en el horizonte, solo el reflejo de las estrellas. Una gruesa capa de escarcha cubría la hierba y, cuando Allie cruzó el jardín trasero, el suelo crujió bajo las suelas de sus botas de goma.

Por Dios, qué frío. Solo de respirar ya notaba cómo el frío le perforaba las fosas



nasales como un cuchillo y tenía la sensación de que el cráneo le estrujaba el cerebro.

Aunque llevaba guantes, se metió las manos en los bolsillos y se arrebujó aún más en el interior del abrigo.

***Vaya ideas, trabajar en el jardín en pleno mes de febrero,*** rezongó para sí. ***No entiendo cómo hay gente que lo hace. Y por gusto.***

Dos filas de árboles se alineaban en el sendero de detrás del edificio y sus ramas desnudas formaban una especie de bóveda siniestra, como de huesos. Más adelante, el camino se sumía en la oscuridad.

Intranquila, Allie echó a correr a un trote ligero.

No quería reconocer que estaba asustada. Se dijo que lo hacía para ir calentando los músculos; así cuando empezara a trabajar le dolerían menos. Sin embargo, notaba una presión en las entrañas, como cuando tienes miedo.

Cuando llegó a un muro alto y muy largo construido con grandes piedras grises, se relajó un poquitín. Al otro lado ya estaba el huerto. Dobló el recodo a la izquierda y siguió la tapia hasta llegar a un portón de madera. Casi siempre estaba cerrado, pero aquel día el candado colgaba abierto y habían dejado la puerta entornada.

Cuando Allie vio el candado de combinación, notó un escalofrío en la nuca. La imagen de Jo acudió a su mente; recordaba a su amiga girando las ruedecillas del mecanismo a toda velocidad. Aquella puerta nunca se dejaba abierta.

***Habrá sido el señor Ellison,*** razonó. ***Me está esperando. ¿Cómo iba a entrar si no?***

A pesar de todo, cruzó el umbral con suma cautela, inclinando el cuerpo hacia delante y con todos los músculos del cuerpo en tensión.

Era un huerto muy grande; en verano, proporcionaba frutas y hortalizas abundantes para todo el colegio, pero en esta época del año parecía desnudo y muerto. Por lo que Allie podía ver, estaba desierto.

—¿Hola? —gritó, poniéndose de puntillas para escudriñar la oscuridad—. ¿Señor Ellison?

La tierra fría se tragó su voz.

Debería haber alguien allí para recibirla. Al fin y al cabo, eso de acudir al huerto en mitad de la noche no había sido idea suya.

Estaba empezando a enfadarse.

Ya debían de pasar de las seis. Y allí estaba, sola en la oscuridad, sin saber adónde ir.

—Esto es de locos —musitó Allie para sí mientras se abría paso entre una maraña de ramas secas—. Ya puestos, podrían colgarme un cartel en la espalda que dijera: «Por favor, Nathaniel, atácame» —se le enganchó la manga en unas zarzas y apartó el brazo de un tirón—. «Estoy sola y soy vulnerable. Captúrame y llévame a la guarida desde la que planeas conquistar el mundo». ¿Y por qué no me habré traído una

maldita linterna?

De repente, un chasquido resonó en el silencio. Allie se volvió rápidamente hacia el ruido pero la oscuridad le impedía ver de dónde procedía.

***A lo mejor he sido yo, que he pisado algo sin darme cuenta,*** pensó esperanzada.  
***Seguro que solo ha sido un eco.***

Sin embargo, el espasmo nervioso de la mejilla la traicionaba.

—¿Hola? —notó la crispación de su propia voz y carraspeó para ahuyentarla—.  
¿Hay alguien ahí?

Nadie respondió.

Allie dejó de gritar. Puede que no fuera buena idea anunciar a los cuatro vientos su presencia.

Un pesado silencio la envolvió unos instantes. Luego, volvió a oírlo: el chasquido de una rama.

Y Allie no se había movido.

Sus instintos de luchadora entraron en juego; se acuclilló con el corazón desbocado, siseando por lo bajo cuando notó un pinchazo en la rodilla. Muy quieta, aguzó los oídos.

***(Chas).***

***Ahí está otra vez.***

Había alguien allí, desde luego; ningún animal haría ese ruido. Ahora bien, fuera quien fuese, debía de estar en la otra punta del huerto, aunque Allie no podía decirlo con exactitud; los sonidos rebotaban contra la tapia que cercaba el huerto.

Se quedó agachada, escondida entre las sombras de un arbusto seco, sopesando las alternativas que le brindaban las circunstancias. La inundó una extraña tranquilidad, seguramente a consecuencia del ataque de pánico que había sufrido hacía un rato; había agotado las reservas de adrenalina.

Sabía que lo más sensato sería volver corriendo al colegio a pedir ayuda. Isabelle así lo habría querido.

Por otro lado, ¿y si era Nathaniel el que rondaba por allí? ¿O Gabe? ¿Y si alguno de los dos estaba allí mismo, observándola? Aquella podía ser la oportunidad que estaba esperando. La ocasión de hacerles pagar por sus crímenes.

Aún no estaba en plena forma. Y no había nadie allí para ayudarla. Quizá no fuera tan buena idea enfrentarse a ellos ahora mismo. Porque si perdía...

¿Qué pasaría si perdía?

Sin embargo, tenía un solo pensamiento en la cabeza: ***Si gano... todo habrá terminado.***

En realidad, no había mucho que decidir. Poniéndose en pie, buscó algo que pudiera utilizar como arma.

Por pocas probabilidades que tuviera de ganar... le daba igual. Si sus enemigos

estaban allí, no pensaba salir huyendo. Se lo debía a Jo. Le debía un gesto de valor.

Encontró dos afiladas estacas de bambú clavadas en la tierra helada. Las arrancó y las aferró con fuerza, una en cada mano. Moviéndose con sumo sigilo, avanzó hasta el borde del huerto. Una vez allí, se detuvo un momento a escuchar y luego, siguiendo sus instintos, avanzó rauda hacia los árboles frutales del fondo.

Ya no notaba el frío. Su propia resolución la ayudaba a entrar en calor y le despejaba la mente. Estaba totalmente concentrada en la misión que tenía por delante.

Casi había llegado a la zona de los frutales cuando volvió a oír aquel ruido, ahora mucho más cerca. Procedía de la otra punta de la hilera de árboles más próxima. Fuera quien fuese el intruso, estaba allí.

Un hormigueo nervioso le recorrió la piel. Tensó los abdominales para saltar...

Y oyó una risa.

Unas palabras que Allie no llegó a entender siguieron a aquel ronquido grave que conocía muy bien. Luego sonó otra risilla.

Allie identificó la voz al momento.

Sin molestarse ya en moverse con sigilo, se abrió paso entre la densa arboleda de manzanos y perales, semioculta por la oscuridad de la madrugada.

—... y se puso toda roja, con los ojos a punto de salirse de la órbitas, y lo juro por Dios...

Saliendo de entre los árboles, Allie vio a Carter. De espaldas a ella, el chico partía una rama cuyos pedazos iba amontonando mientras relataba su historia. Allí cerca, el señor Ellison sonreía mientras afilaba unos alicates. Habían dejado una linterna encendida en el suelo, entre los dos.

A la pobre Allie le ardían las mejillas. ¿Cómo había podido pensar que Nathaniel la acechaba? Estaba paranoica perdida.

***Aunque también tengo razón, pensó. ¿Por qué no han salido a mi encuentro en vez de ponerse a charlar tranquilamente, por el amor de Dios?***

La rabia bloqueó la sensación de bochorno.

—¡Eh! —gritó sin poder contenerse. Carter se dio media vuelta, aún con la rama en la mano. Al darse cuenta de que lo había asustado, Allie se alegró—. ¿Por qué nadie me ha contestado?

Se dio cuenta de que estaba alzando la voz, pero antes de que Carter pudiera responder el señor Ellison frunció el ceño y la apuntó con los alicates.

—Llega tarde, jovencita. Y no me gusta nada ese tono.

—¿Qué? Pero si no le encontraba por ninguna parte. ¿No ha oído cómo le llamaba? —en un abrir y cerrar de ojos, dejó la rabia a un lado para ponerse a la defensiva—. Hace siglos que le busco. Nadie me dijo que acudiera al manzanar y además —concluyó en plan cutre, mientras los otros dos la miraban de hito en hito— está muy oscuro.

El señor Ellison se puso a apilar herramientas en una vieja caja metálica.

—Ya, bueno, no hace falta que contrate a un abogado, señorita Sheridan. Límitese a ser puntual la próxima vez. Y tráigase una linterna. No amanece hasta pasadas las seis.

Allie no quería mirar a Carter, pero se daba perfecta cuenta de que el chico hacía esfuerzos por no sonreír.

Cada vez más abochornada, lo señaló con un gesto agresivo para cambiar de tema.

—¿Y qué hace él aquí?

Carter abrió la boca para replicar, pero el señor Ellison se adelantó.

—Carter ha venido a ayudarnos por razones... que no son del todo altruistas.

La risa asomó a los ojos del hombre, y esta vez Carter no pudo disimular una sonrisilla de culpabilidad.

Los dientes de Allie rechinaron de rabia.

***Ah, claro, así que cuando castigan a Carter la cosa tiene gracia, pero a mí me tratan como a una asesina psicópata...***

La injusticia la enfureció aún más si cabe.

—Genial —dijo en tono enfurruñado—. ¿Y qué, nos vamos a quedar aquí riéndonos de las travesuras de Carter o me va a decir lo que tengo que hacer?

El señor Ellison enarcó las cejas.

—Haga el favor de hablarme con educación, señorita Sheridan.

Allie no recordaba haber visto al jardinero disgustado anteriormente. El guardabosques, alto y fuerte, de cálidos ojos castaños y piel del color del roble pulido, siempre había sido amable con ella.

En otras circunstancias, Allie habría pedido perdón y le habría quitado hierro al asunto, pero en aquel momento tenía frío y se sentía humillada, le dolían todos y cada uno de los músculos, había sufrido una horrible pesadilla y pensaba que el mundo no podía ser más injusto.

Lo fulminó con una mirada rebelde.

Al ver que Allie no se disculpaba, el guardabosques siguió hablando cada vez más enfadado.

—Creo que eres diestra, ¿verdad, Allie?

Una parte de ella quería contestarle y poner fin a la escena de una vez, pero estaba furiosa. Así que encogió los hombros y se cruzó de brazos.

—Allie, venga... —dijo Carter en tono amable.

Ella se mordió el labio para no mandarlo al cuerno. ¿Por qué no se metía en sus propios asuntos?

Al comprender que Allie no tenía intención de responder, el señor Ellison se hurgó en el bolsillo del mono, sacó unas tijeras de podar del tamaño de la mano de

Allie y se las tendió. No hizo ademán de acercarse a ella. Allie tendría que acercarse a cogerlas.

Tozuda a más no poder, ella se quedó donde estaba. No pensaba dar su brazo a torcer. Quería que el mundo entero supiera lo enfadadísima que estaba. Lo injusto que le parecía todo aquello.

***Pero se lo contaré a Isabelle. Y entonces Lucinda se enterará, y me dirá que he faltado a mi promesa y...***

No tenía elección. De muy mala gana, recorrió la distancia que la separaba del guardabosques y cogió las tijeras, procurando que su expresión reflejase lo enojada que estaba.

Cuando fue a retirarse, el señor Ellison retuvo la herramienta.

—Sé que tú no eres así, Allie —le dijo en un tono bastante cariñoso.

Allie sintió el impulso de decirle que él no tenía ni idea de cómo era ella. Ni él ni nadie. Sin embargo, descubrió sorprendida que se le saltaban las lágrimas. No quería contestarle mal al señor Ellison. Allie sabía que ahora misma no era dueña de sus actos. Estaba golpeando a ciegas, castigando a las personas equivocadas.

Aquello tenía que terminar.

Su rabia se esfumó de repente, como una nube de aliento en el aire frío.

—Lo siento —dijo de corazón. Necesitaba que el jardinero aceptase sus disculpas. Que la perdonase.

La expresión del guardabosques se suavizó.

—Te entiendo más de lo que crees, Allie —le confesó con su tranquilizador tono de barítono—. Yo también he perdido a seres queridos. Buenas personas. Igual que Carter. Personas a las que queríamos tanto como tú a Jo. Sabemos lo mucho que duele. Pero lo hemos superado, y tú también tienes que hacerlo.

Allie sabía que los padres de Carter habían muerto cuando él era solo un niño. Y que ambos habían sido buenos amigos del señor Ellison. Debió de ser horrible. Seguro que Carter y el señor Ellison se habían sentido tan mal como ella se sentía ahora mismo.

Se volvió a mirar a Carter, pero él bajó la vista, como si las palabras del señor Ellison le hubieran despertado recuerdos muy dolorosos.

Allie tuvo la sensación de que los nudos que le estrujaban el corazón desde aquella horrible noche en el bosque empezaban a aflojarse, solo un poco.

Ella no era la única que tenía que superar todo aquello. Y no podía hacer pagar a los demás lo mal que se sentía. Todos habían perdido a alguien.

Asintió con vehemencia.

—Arreglaré las cosas, señor Ellison. Se lo prometo.

Encaramada a lo alto de una escalera, Allie recortaba las ramillas de un viejo

manzano, tal como el señor Ellison le había enseñado, dejando que cayeran al suelo. Desde aquella posición, veía el último piso del colegio; las luces acababan de encenderse en los dormitorios. Allí dentro se estaría calentito y el olor a tostadas y beicon empezaría a inundar los pasillos.

Le gruñó el estómago solo de pensarlo.

Había tenido que quitarse un guante para sostener las tijeras y se detuvo un momento para soplarse los dedos entumecidos. Allá abajo, Carter amontonaba las ramas caídas, y luego rastrillaba las hojas y las ramillas restantes.

Al otro lado del huerto de frutales, el señor Ellison arrojaba las ramas a una hoguera, de modo que Carter y ella estaban prácticamente solos.

Observó el trabajo de Carter desde detrás de las ramas, recordando mientras tanto lo bien que se sentía cuando aún estaban unidos. Allie había sido su mejor amiga, luego su novia. Ahora su... nada.

Desde que el chico salía con Jules, apenas se hablaban. A Allie le había dolido mucho que Carter hubiera tardado tan poco en sustituirla; él, por su parte, se limitaba a evitarla. Sus relaciones seguían cargadas de reproches tácitos.

Allie bajó y arrastró la escalera hacia otra zona del árbol.

Carter alzó la vista.

—¿Necesitas ayuda?

Ella negó con la cabeza.

—Ya está.

Encogiéndose de hombros, él reanudó el trabajo.

Cuando hubo instalado la escalera al otro lado del tronco, Allie se volvió hacia él y habló rápidamente, para que no le diera tiempo a cambiar de idea.

—Mira, perdona por... lo de antes y tal. No ha estado bien.

Carter dejó de rastrillar y levantó la vista. Se quedó tan sorprendido que, durante un momento, olvidó ponerse a la defensiva.

—No pasa nada —dijo—. No te culpo.

—Para ser sincera —Allie bajó la vista hacia las tijeras—, me he asustado cuando he llegado al jardín. Me ha parecido oír algo. Pero solo erais vosotros. Así que... me he puesto frenética.

—Es normal que tengas los nervios de punta, Allie —dijo—. Yo estoy igual. Y todo el mundo. No tienes que disculparte por nada.

—¿No? Yo creo que tengo muchas cosas de las que disculparme.

A Carter no se le escapó el tono de amargura y la miró con curiosidad.

—¿Por qué lo hiciste, Allie? —le preguntó—. ¿Por qué te escapaste?

Apoyada contra la escalera, Allie se quedó mirando la luz del alba mientras recordaba cómo se había sentido aquel día.

—Tenía la sensación de que... nada había cambiado —explicó—. O sea, Jo murió

y luego todo el mundo siguió con su vida como de costumbre excepto yo. Y no quiero que todo siga como de costumbre. Nunca más.

Carter asintió en silencio, mordiéndose el labio inferior.

—El caso es —repuso al cabo de un segundo— que nada siguió como de costumbre, Allie.

La respuesta la cogió por sorpresa.

—¿A qué te refieres? —preguntó frunciendo el ceño.

—Quiero decir que todo cambió. Supongo que nadie te lo dijo porque sabían que... necesitabas tiempo y tal —Carter arrancó una hoja muerta de un árbol, evitando mirar a Allie a los ojos—. Pero nos hemos reunido muchísimas veces. El entrenamiento de la Night School ha cambiado también. Están buscando al espía como locos; todo el mundo está paranoico. Y Raj localizó todos y cada uno de los lugares donde Gabe y Nathaniel habían estado —negó con la cabeza y la miró a los ojos—. Ya sabes que Raj es Batman, ¿no?

—Espera un momento —Allie quería volver al tema que la preocupaba—. ¿Me estás diciendo que han estado pasando montones de cosas y nadie me ha dicho nada?

Carter adoptó una expresión ambigua.

—Isabelle dijo que no estabas lista. Necesitabas pasar el duelo.

Allie apretaba los dientes con tanta fuerza que apenas podía hablar.

—El duelo ya ha durado bastante —dijo—. Estoy lista para vengarme de Nathaniel.

## Nueve

Las clases de Allie discurrieron con más normalidad al día siguiente; los alumnos le prestaron menos atención y las lecciones empezaron a cobrar un mínimo sentido.

En los ratos libres, se dedicó a darle vueltas a la información que le había dado Carter. ¿Por qué Isabelle no le había contado lo que estaban haciendo? Intentó recordar si la directora había mencionado algo sobre reconstruir los movimientos del asesino de Jo y encontrar al espía. Sin embargo, solo se acordaba de haber oído que no se preocupara por eso. Que todo estaba bajo control.

Conforme la tarde cedía el paso al anochecer, su nerviosismo iba en aumento. Estaba a punto de averiguar la verdad por sí misma: el entrenamiento de la Night School empezaría aquella misma noche.

Cuando se reunió con Rachel y Zoe en la biblioteca después de la cena, estaba tan nerviosa que apenas podía concentrarse en la clase de Química.

—No me estás prestando mucha atención que digamos —se quejó Rachel cuando Allie se atascó en el mismo problema por tercera vez.

—Perdón —Allie dejó caer el lápiz con un suspiro—. A lo mejor deberíamos pasar a otra cosa durante un rato y volver a ello más tarde. Mi cerebro no da para más.

Al otro lado de la mesa, Zoe le lanzó una mirada elocuente. Allie echó un vistazo al reloj; eran casi las nueve. Tenían que empezar a prepararse.

—En realidad —dijo, apartando la silla de la mesa—, estoy hecha polvo —empezó a amontonar los libros—. Mejor me voy a dormir pronto y seguimos mañana, cuando esté más fresca.

Rachel asintió con expresión compasiva.

—Me parece bien. Pareces agotada.

—Yo también tengo que irme —Zoe se puso en pie—. De todas formas, voy muy adelantada con los deberes.

Mientras salían a toda prisa, Allie se sintió aún más culpable si cabe. No le hacía ninguna gracia mentirle a Rachel. Estaban reconstruyendo su amistad, poquito a poco; si la engañaba, el vínculo le parecería aún más frágil.

Al salir de la biblioteca, Zoe se paró en seco.

—Voy a pasar por mi cuarto a dejar los libros. ¿Vienes?

Allie, sin embargo, quería llegar al sótano cuanto antes. Negó con la cabeza.

—Nos vemos abajo.

Cuando Zoe se alejó por las escaleras que conducían al dormitorio de las chicas, Allie, con el corazón en un puño, se dirigió al salón de actos. Podía hacerlo. Volvería a la Night School y aquella vez no metería la pata.

Estaba tan inmersa en sus pensamientos que no oyó unos pasos que se acercaban.



Al doblar una esquina, se dio de bruces con alguien que venía por el otro lado. Los dos hombros chocaron con tanta violencia que Allie notó un fuerte dolor en el brazo.

—Uf, mierda... O sea, perdón.

Allie se echó hacia atrás sujetándose el hombro. Solo entonces se dio cuenta de con quién se había topado.

—¿Te he hecho daño?

Los ojos azules de Sylvain la miraban con preocupación.

—No, no ha sido nada —repuso ella sonrojándose, aunque no estaba del todo segura de que fuera verdad.

Al ver que Allie se acariciaba el brazo, el otro frunció el ceño.

—*Merde*. Te he hecho daño.

Alargó la mano como para tocarla, pero cambió de idea y la dejó caer.

—Perdona, Allie. Iba muy deprisa. No te he visto.

—Tranquilo —murmuró ella. Al alzar la vista, se encontró con la intensa mirada de Sylvain—. No creo que me lo hayas roto.

—Seré torpe... Es que llego tarde a... —señaló con un gesto la puerta abierta que conducía al sótano.

—Yo también voy —dijo Allie.

Sylvain abrió los ojos como platos.

—¿Has vuelto? ¿Desde cuándo?

Ella se encogió de hombros, como si la Night School no fuera nada del otro mundo.

—Forma parte de mi castigo.

Los ojos de Sylvain la escudriñaban. Aunque él no llegó a decir nada, Allie tenía la sensación de que le sorprendía que ella le hablara. Había estado evitando a Sylvain desde la noche del baile de invierno.

No porque no tuviera ganas hablar con él. Es que no sabía qué decirle. El beso de aquella noche había sido tan épico... tan intenso. Solo de recordarlo se le aceleraba el corazón.

Desgraciadamente, Jo había muerto poco después. Y el mundo había cambiado de la noche a la mañana.

Aquel día Allie había descubierto que Nathaniel mataría a las personas que más le importaban. Y había decidido poner distancia con sus amigos.

—Debe de ser muy duro, después de todo lo que pasó —se compadeció Sylvain—. ¿Estás preparada?

—No lo sé —reconoció ella—, pero tengo que hacerlo. Por ella.

Él asintió, como si no esperara menos de Allie.

—Yo haría lo mismo.

Ella lo miró a los ojos, sorprendida.

—¿En serio?

—Claro —repuso él—. Es el único modo. Tienes que ser fuerte para luchar. Y ganar.

—Gracias —dijo ella de corazón—. Me ayuda que me lo digas.

La sonrisa suavizó los marcados rasgos de Sylvain, dándole un aspecto más aniñado, menos sofisticado. A veces parecía tan mayor que Allie tendía a olvidar que solo tenía dieciséis años.

El chico echó un vistazo al reloj y su sonrisa se desvaneció.

—Me temo que vamos a llegar tarde —dijo—. Tengo que pasar por mi cuarto primero.

—Claro —asintió Allie, echándose a un lado.

—Allie...

Ella lo miró con curiosidad, pero Sylvain, al parecer, cambió de idea.

—Nada —dijo—. Te veo abajo.

De nuevo a solas, Allie empezó a bajar las escaleras. Los peldaños que conducían al sótano, antes tan familiares, le parecían ahora siniestros e inhóspitos. Y el ambiente en el lóbrego corredor jamás había sido más solitario. Respiró aliviada cuando llegó por fin al vestuario de las chicas.

La habitación, grande y cuadrada, estaba casi vacía; solo había un puñado de chicas, casi todas vestidas con el equipo negro de la Night School.

Vio a Nicole en una esquina, que todavía iba de uniforme. Cuando la francesa se recogió la oscura melena en una cola de caballo, los ojos de ambas se encontraron. Nicole no se mostró sorprendida; si le extrañaba verla allí, lo disimuló muy bien.

—¿Qué? ¿Lista para volver a la trituradora?

Pronunciaba las erres al estilo francés, como si fueran ges.

—¿Ahora la llamamos así? —Allie forzó una sonrisa.

—Es un nombre de lo más apropiado, *n'est ce pas?*

El tono amargo de Nicole reflejaba perfectamente los sentimientos de Allie. Entre insolente y enfadada.

Hacía poco que se conocían, desde finales del semestre anterior, pero se habían caído bien desde el principio. Nicole era guapísima —pequeñita y delgada, con enormes ojos castaños— pero, a pesar de su aspecto frágil, no le tenía miedo a nada.

—Ya lo creo.

Allie se acercó al colgador marcado con el apellido «Sheridan» en pulcras letras de imprenta. Encontró unas mallas negras, dos camisetas ajustadas —una interior y otra exterior— y una sudadera de cremallera allí colgadas. Amontonados sobre el banco de madera, había un gorro negro de punto, unos guantes térmicos y unas deportivas a prueba de agua.

Se preguntó si las prendas habrían estado allí todo el tiempo durante su ausencia.

Esperando a que volviera.

En vez de desabrocharse la blusa, Allie se la quitó por la cabeza de cualquier manera. Mientras cogía la camiseta, advirtió que Nicole echaba un vistazo a sus cicatrices, unas líneas rojas muy marcadas contra la pálida piel de los brazos y el torso. Era la primera vez que alguien la veía desnuda después del accidente, sin contar a los médicos, claro. Sonrojándose, Allie se puso la camiseta a toda prisa.

Al verla tan apurada, Nicole negó con la cabeza.

—No te avergüences de tus cicatrices —sorpresa, Allie la miró—. Deberías estar orgullosa de ellas. Son un símbolo de supervivencia. De fuerza.

***Y una mierda***, pensó Allie con amargura. ***Yo no soy fuerte. Soy un fiasco.***

A pesar de todo, mientras seguían cambiándose en silencio, las palabras de Nicole fueron calando en ella. Al fin y al cabo, estaba viva, ¿verdad? Se había enfrentado a dos tipos que la doblaban en tamaño y los había vencido.

Las cicatrices eran la prueba.

Cuando se puso las mallas, Allie no trató de ocultar la fea señal que tenía en la rodilla izquierda.

Nicole esperó a que Allie terminara y luego entraron juntas en la sala de entrenamiento, donde decenas de alumnos de la Night School hacían estiramientos y charlaban en el tatami azul. Al verla llegar, los que estaban más cerca de la puerta se callaron de golpe.

Incómoda, Allie buscó alguna cara conocida a su alrededor. Vio a Jules y a Carter, que hablaban con Lucas al fondo de la sala. Carter estaba de espaldas, pero Jules le dio un codazo y él se volvió a mirarla. Cuando sus ojos se encontraron, Carter la saludó con un gesto educado y reanudó la conversación.

Allie se quedó allí plantada, mirándole el cogote y tragando saliva, muy enfadada consigo misma.

¿Qué se había imaginado? ¿Que Carter correría a abrazarla? ¿Que le daría la bienvenida a la Night School?

Sin embargo, después de la charla que habían mantenido por la mañana, Allie esperaba algo más, y la indiferencia de Carter le dolió un poco. Fue un dolor rápido y agudo —un aguijonazo emocional— y notó que se sonrojaba.

Se volvió hacia Nicole y buscó algo que decir, lo que fuera, para que todo el mundo viera que el desplante de Carter le importaba un comino.

—¿Y qué? ¿Cómo estás? —fue lo único que se le ocurrió.

***Soy del género idiota***, pensó angustiada.

Por suerte, Nicole era un lince.

—De maravilla, cariño —respondió con una carcajada cantarina y deliciosa, como si Allie hubiera dicho algo sumamente ingenioso—. ¿Nos ponemos por allí?

Señaló con la cabeza una zona bien alejada de Carter y Jules.

—Claro —Allie no pudo evitar que se le notara el alivio en la voz.

Mientras cruzaban la sala a paso vivo, oyó que alguien la llamaba. Allie se detuvo en seco y se dio media vuelta. Allí estaba Eloise, que caminaba hacia ellas sonriendo de oreja a oreja.

Se sintió mejor al instante. Eloise era su instructora favorita. La joven y vivaracha bibliotecaria siempre le había dejado muy claro que podía contar con ella.

—Bienvenida a la Night School —dijo la profesora, rodeándole los hombros con el brazo. A continuación bajó la voz—. ¿Estás lista para esto?

Por lo que parecía, aquella era la pregunta del día.

—Eso creo —titubeó Allie—. O sea... eso espero.

—Todo irá bien —afirmó Eloise con absoluta convicción—. Quería contarte los planes que tenemos para ti.

—¿Planes?

—Hemos pensado que, como todavía arrastras secuelas del accidente, será mejor que empieces a entrenarte poco a poco —le explicó Eloise—. No podemos exigirte lo mismo que a los demás; aún es pronto para eso. Así que les hemos pedido a los médicos que te diseñen un programa de recuperación. Tendrás dos compañeras de entrenamiento en vez de una sola —sonrió alegremente—. Y yo supervisaré personalmente tus progresos.

Allie respiró aliviada. Si le dieran a elegir entre todos los instructores, siempre se quedaría con Eloise. A lo mejor las cosas no eran tan terribles como imaginaba.

Nicole intervino en la conversación.

—¿Y quiénes serán sus compañeras?

—Tú serás una —dijo Eloise, y Allie se alegró todavía más.

—¿Y la otra? —volvió a preguntar Nicole.

Eloise miró a Allie.

—¿Qué te parecería volver a trabajar con tu antigua compañera?

Sin dar crédito a su suerte, Allie exclamó:

—¿Zoe? ¿De verdad?

La sonrisa de la bibliotecaria se ensanchó.

—Sí. La extraña pareja ataca de nuevo, como debe ser.

Allie sonrió a su vez.

—Gracias, Eloise.

—No me des las gracias tan pronto —le advirtió la bibliotecaria—. Tienes mucho trabajo por delante. Esto no va a ser fácil.

En cualquier caso, mientras Eloise se alejaba para hablar con Jerry Cole, Allie se sintió mucho mejor. No tendría que enfrentarse sola a todo aquello.

—Muy bien, vamos a empezar. Acercaos, por favor.

Al oír la atronadora voz de Zelazny, Allie corrió a unirse al grupo de gente que ya

rodeaba al profesor de Historia. Como de costumbre, Zelazny estaba plantado en el centro de la sala de entrenamiento, tieso como un palo. La luz del fluorescente le transparentaba la coronilla por debajo de los cuatro pelos que le quedaban cuando sus clarísimos ojos escudriñaron al grupo para comprobar si todo el mundo le prestaba plena atención.

—Igual que hemos venido haciendo estos días, esta noche empezaremos con algunas técnicas básicas de krav maga, así que emparejaos, haced unos cuantos estiramientos y empezad.

Mientras los alumnos buscaban a sus parejas, Allie miró a su alrededor, desconcertada.

### ***¿Krav maga?***

Carter le había dicho que las cosas habían cambiado mucho desde el último ataque. Ahora empezaba a entender a qué se refería.

—Aquí estás —Zoe llegó corriendo, la cogió de la mano y la arrastró hacia el fondo de la sala—. ¿Te han dicho que vamos juntas otra vez? Ya era hora —miró a Allie con expresión crítica—. Espero que no nos retrases demasiado. Estás muy anquilosada.

Allie se quedó aplastada. A su lado, Nicole hacía esfuerzos por aguantarse la risa.

—Zoe, a veces eres... demasiado sincera —dijo la francesa.

—¿Demasiado sincera? —preguntó Zoe extrañada.

Sin que la otra las viera, Nicole y Allie intercambiaron una mirada socarrona.

—Da igual —dijo Allie—. ¿Alguien sabe lo que tenemos que hacer?

Nicole señaló a Eloise, que les hacía señas desde un lado de la sala.

Cuando cruzó la estancia escoltada por sus dos amigas, Allie se dio cuenta de que la Night School al completo estaba pendiente de ella. Levantó la barbilla y alargó el paso, intentando parecer segura de sí misma. Valiente.

—No hagas caso de nadie —la animó Eloise cuando se reunieron con ella—. Nosotras, a lo nuestro.

Así que, mientras los demás practicaban violentas llaves de artes marciales, tiraban a sus compañeros al suelo con complicados movimientos y luchaban con armas de pega, las tres chicas se refugiaron en un oasis de tranquilidad y se dedicaron a hacer estiramientos de yoga. Por más suaves que fueran, todos los movimientos le provocaban a Allie algún tipo de dolor, como si alguien se dedicara a ir buscándole las heridas una por una para hurgar en ellas. Ella, sin embargo, no se quejó ni una vez; se mordía el labio cada vez que tenía ganas de gritar.

Algo debió de notar Eloise, porque le susurró en voz muy baja para que las otras no la oyeran:

—Mejorará. Cualquier día de estos empezará a dolerte menos. Y luego apenas notarás nada. Te lo prometo.

Allie asintió con vehemencia, aliviada de que la instructora le demostrase empatía. Necesitaba creerlo. Tenía que recuperar las fuerzas.

Lo suficiente para luchar.

Cuando concluyó el entrenamiento, Allie estaba agotada. Sudaba a mares y tenía los músculos tan cansados que le flaqueaban las piernas al caminar.

Se dio una ducha bien larga para tener tiempo de recuperarse. Cuando fue a vestirse, las otras chicas se habían marchado y estaba sola en el vestuario.

Vacía, la habitación parecía distinta; los ruidos retumbaban huecos y parecía como si las sombras tuvieran vida propia. Se vistió a toda prisa, salió corriendo... y encontró a Sylvain apoyado contra la pared del pasillo.

Al verlo allí, tan alto y delgado, con esos ojos azules que la miraban con recelo, se le aceleró el corazón.

—Eh —dijo—. ¿Qué pasa?

—Nada —repuso él, pero lo dijo con una indiferencia tan calculada que Allie no se lo tragó—. Te esperaba para acompañarte arriba.

—Genial —mintió Allie también.

El suelo de linóleo ahogaba sus pasos. Cuando Sylvain se decidió a hablar por fin, casi habían recorrido la mitad del pasillo.

—Antes, cuando nos hemos encontrado, quería decirte una cosa, pero no he tenido tiempo.

—Ya...

—Ojalá hubieses... —al verlo titubear, Allie lo miró con curiosidad. No era propio de Sylvain demostrar inseguridad—. Cuando te escapaste, ojalá hubieses acudido a mí en vez de a...

Demasiado cansada como para salirse por la tangente, Allie suspiró. De todos modos, por lo que parecía, todo el mundo parecía empeñado en hablar del mismo tema.

—Supongo que debería haberlo hecho, pero preferí actuar por mi cuenta. Quería acelerar los acontecimientos —llegaron al pie de la escalera y Allie se volvió a mirarlo—. No sé si puedes entenderlo. ¿Te parece absurdo?

—Entiendo que te sintieras así —Sylvain escogía con cuidado las palabras—, pero creo que deberías habértelo pensado mejor. Podrías haber acudido a mí. Yo te habría dicho la verdad.

—¿Ah, sí? —le preguntó ella con una nota de amargura—. ¿O habrías ido corriendo a buscar a Isabelle para chivarte? Por mi propia seguridad, claro.

—¿Alguna vez he hecho algo así?

Sylvain le sostenía la mirada, y Allie se dio cuenta de que tenía razón. Nunca la había traicionado.

—No —reconoció despacio—. Supongo que no.

Sylvain seguía mirándola a los ojos, como si estuviera esperando a que ella entendiera algo... a que leyera algo en ellos. O como si aún le quedaran cosas por decir.

Cuando llegaron a las escaleras Allie rozó la mano de Sylvain sin querer al ir a apoyarse en la barandilla. Notó una descarga eléctrica y apartó la mano a toda prisa.

—Perdona —se disculpó, ruborizándose.

—¿Por qué? ¿Por haberme tocado? No está prohibido, ¿sabes?

Sylvain hablaba en tono amable, burlón, pero Allie no estaba lista para aquello. Apuró el paso.

—¿Qué te pasa, Allie? —habían llegado a la planta baja y la voz del francés resonaba en el gran vestíbulo—. No es la primera vez que nuestras manos se rozan, ¿verdad?

Al momento, Allie recordó la escena de la noche del baile. Los copos de nieve. Los labios cálidos de Sylvain. Los dedos que le acariciaban el pelo.

Negó con la cabeza como para ahuyentar la imagen.

—No podemos —dijo—. No podemos.

—¿Por qué no? —Sylvain parecía tan vulnerable en aquel momento que a Allie se le encogió el corazón—. Ya sabes que me gustas. Y pensaba que yo te gustaba también. Pero de repente todo ha terminado y tú ni siquiera me hablas —como Allie no respondía, el chico dio un paso adelante—. No puedes encerrarte en ti misma por culpa de lo que pasó, Allie. Tienes que seguir con tu vida.

—Gabe ya intentó matarte una vez por mi culpa, Sylvain —repuso Allie—. Es suficiente. No volverá a suceder. Nadie más morirá si yo puedo evitarlo.

Sylvain se quedó de piedra.

—¿Por eso te comportas así? ¿Intentas protegerme de Gabe y de Nathaniel? —levantó las manos, buscando la mirada de Allie—. Yo no soy Jo.

—Ya lo sé —replicó ella—. Pero ¿no lo entiendes? Uno de nosotros colaboró en el asesinato de Jo. Y tengo que averiguar quién es y asegurarme de que recibe su merecido. No quiero que te hagan daño y que las cosas se compliquen y que todo eso... me distraiga.

Sylvain le lanzó una mirada incendiaria.

—Así que te vas a encargar de todo tú sola, porque a mí me consideras una mera distracción —se pasó los dedos por el pelo—. Sigues huyendo, Allie, y ni siquiera te das cuenta.

Dicho eso, se alejó a paso vivo y la dejó allí plantada.

Mientras subía al dormitorio de las chicas, Allie repasó mentalmente la conversación una y otra vez, tratando de convencerse de que no había sido tan horrible como

pensaba.

Lo peor de todo era que Sylvain tenía razón en parte: Allie quería ocuparse de todo ella sola. Le daba miedo dejar que él —que alguien, quien fuera— la ayudara. Cuando Sylvain andaba cerca, todo se embrollaba y le costaba concentrarse. Acabarían por besarse otra vez, y no quería besar a nadie hasta saber quién era el espía. No se lo podía permitir.

Además, todavía no había olvidado a Carter; no del todo. Después de su charla de esa mañana, una parte de su corazón tenía la esperanza de que todo hubiera sido un terrible error y de que aún pudieran encontrar el modo de arreglar las cosas.

Por desgracia, cada vez que lo veía con Jules, la posibilidad le parecía un poco más remota.

Allie suspiró mientras avanzaba por el largo pasillo acompañada del gruñido de sus zapatos contra el suelo pintado de blanco.

Vaya lío.

Al llegar a su habitación, dejó caer la cartera. El aire estaba algo cargado. Allie se acercó a la ventana y se echó sobre el escritorio para alcanzar la aldaba. Cuando abrió la ventana, una corriente de aire frío y limpio inundó el cuarto.

Allie cerró los ojos e inspiró profundamente, como si aquel aire fresco pudiera aclararle las ideas.

La luna, llena y brillante, iluminaba los jardines con un fulgor azulado. Sin embargo, de no haber sido por su entrenamiento en la Night School, ni siquiera a la luz de la luna habría visto la sombra rauda, casi invisible, que se deslizaba por el jardín.

Frunciendo el ceño, Allie escudriñó el césped que se extendía allí abajo, por si la sombra correspondía a un zorro o a un ave nocturna.

Y de repente, agarrada con fuerza al marco de la ventana, se quedó helada. Acababa de ver a un hombre corriendo entre los árboles.



## Diez

Allie se había quedado sin aliento. Por alguna razón, el aire no le llegaba a los pulmones.

De un manotazo, apartó los objetos del escritorio y se subió a la mesa para asomarse por la ventana. El intruso se había esfumado.

Se quedó allí un momento, cogida al marco de la ventana. Luego, rápida como el rayo, cruzó la habitación y salió al pasillo.

Sin acordarse ya de lo cansada que estaba, bajó volando los dos tramos de escaleras que la separaban del vestíbulo, desierto a esas horas de la noche, corrió hacia la puerta principal y se puso a toquetear el anticuado cerrojo con dedos torpes y nerviosos. Por fin, el cerrojo cedió con un fuerte chasquido y Allie salió al jardín.

Sin molestarse en cerrar la puerta, bajó saltando los peldaños de la entrada. Notó un pinchazo en la rodilla pero no hizo caso y echó a correr por el césped como una exhalación.

No tenía miedo. Atraparía a aquel hombre. Y lo haría pedazos.

La luna iluminaba el jardín como si fuera un escenario, tiñendo la hierba de un tono plateado y recortando la silueta de los árboles contra el cielo oscuro. Allie ni siquiera intentó esconderse o moverse con sigilo. No era cuestión de pasar desapercibida sino de correr como alma que lleva el diablo.

Acababa de llegar al lindero del bosque, el lugar donde había visto al hombre por última vez, cuando los músculos empezaron a fallarle de puro agotamiento. Avanzó dando tumbos entre los árboles.

La oscuridad era más profunda allí; las ramas de los pinos impedían el paso a la luz de la luna. Redujo la marcha y se dio cuenta de que no sabía hacia dónde ir. No tenía ni idea de qué dirección había tomado el intruso después de internarse en el bosque.

Instintivamente, decidió tomar el sendero que conducía a la capilla. Una vez allí, aceleró el paso otra vez, pendiente de cualquier sombra. Se quedó un momento escuchando, por si oía pasos o el chasquido de una rama, pero todo era silencio salvo su propia respiración agitada y los latidos de su corazón desbocado.

### ***Le he perdido.***

Al borde de la desesperación, se inclinó sobre sí misma con las manos apoyadas en las rodillas, intentando recuperar el aliento. Cuando volvió a levantar la cabeza, creyó ver un movimiento a lo lejos, poco más que una sombra movediza que le llamó la atención.

—¡Detente!

Allie gritó la palabra a viva voz y salió disparada al mismo tiempo. La sombra cambió de posición —se volvió a mirarla— y ella, conforme se fue acercando,

empezó a distinguir a un hombre vestido de negro de la cabeza a los pies.

De repente, Allie se dio cuenta de que iba desarmada. Desesperada, miró a su alrededor buscando un palo largo, una piedra grande, algo que pudiera emplear como arma. Cogió una ramilla, demasiado pequeña y frágil para hacer daño a nadie, pero es que el hombre se acercaba a toda marcha.

—¡He dicho que te detengas! —bramó... y justo entonces se mordió la lengua.

Conocía aquella cara.

—¿Allie? —dijo él mientras un tenue rayo de luna que se filtraba entre las ramas lo iluminaba. Era un trabajador de Raj; uno de los hombres que la habían escoltado a su regreso de la comisaría—. ¿Qué haces aquí?

—¿Estaba usted... en el césped hace un momento? —Allie respiraba con dificultad. Notó un dolor en el costado, como si le clavaran un cuchillo, y dejó caer el palo para cogerse las costillas.

—Sí... Estamos patrullando —perplejo, el guardia se le acercó con sumo cuidado, como si Allie fuera una fiera salvaje capaz de atacarlo o morderlo. Habló con muchísima calma, mostrando las manos vacías—. ¿Me recuerdas? Soy Peter. Y esta es Karen.

Una mujer de cabello largo recogido en una trenza muy prieta salió de entre los árboles para reunirse con ellos. Allie la conocía de los entrenamientos de la Night School.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Peter—. ¿Qué haces aquí fuera?

—Me ha parecido ver... —repuso Allie sin aliento— ...a Gabe.

Karen enarcó las cejas.

—¿Y querías capturarlo? ¿Tú sola?

—Bueno —dijo Allie, que estaba agotada y empezaba a sentirse una tonta de remate—, alguien tiene que hacerlo.

Los dos guardias la llevaron a un despacho bastante feo situado en el sótano, cerca de la Sala de Entrenamiento Uno. Allí, Zelazny la dijo lo que pensaba de su «desafortunado intento de tomarse la justicia por su mano».

—Le podrían haber hecho daño —la riñó, exasperado—. Alguien podría haber resultado herido. A veces pienso que estamos perdiendo el tiempo con usted; hace lo contrario de lo que se le dice siempre que le parece —abarcó con un gesto la oficina desnuda, donde los guardias aguardaban formando un semicírculo—. Esto no es una salita de estar, ¿sabe? No somos sus criados.

Allie se ruborizó.

—Lo siento mucho —musitó, bajando la mirada—. No me he parado a pensar.

—No, ya lo creo que no —Zelazny se inclinó hacia ella para obligarla a mirarlo a los ojos—. Si le enseñamos cómo debe hacer las cosas, es por algo, Allie. No lo

hacemos por diversión. Si no se centra, no va a salir de esta —cogió un bolígrafo y, agitando una mano, le hizo señas de que se marchara—. Vaya a ver a Isabelle mañana después de clase y ella le comunicará el castigo. Ahora, por el amor de Dios, métase en la cama.

Al día siguiente, Allie se arrastró de clase en clase, sabiendo que por la tarde tendría que rendir cuentas ante Isabelle. La directora no la iba a felicitar precisamente. Había quebrantado el Reglamento. ¿Consideraría Lucinda que había violado el acuerdo?

Cuando la última clase finalizó por fin, bajó las escaleras con paso cansino. Miraba al suelo cuando Katie Gilmore se interpuso en su camino, tan de repente que Allie estuvo a punto de chocar con ella.

—Maldita sea, Katie... —Allie se cogió a la barandilla de roble para no perder el equilibrio—. ¿Qué tripa se te ha roto?

A la luz de la lámpara de araña, la pálida tez de Katie lucía perfecta; sus ojos verdes destellaban con malicia.

—Dios bendito, no tengo ni idea. Esperaba que la psicópata mentirosa que allanó la iglesia del pueblo con un vagabundo apestoso pudiera decírmelo. ¿Por casualidad conoces a alguien que encaje con la descripción?

Una rabia incendiaria hirvió en el pecho de Allie, pero se hizo la loca. Ya tenía bastantes problemas.

—Lo que tú digas, Katie.

Intentó seguir andando, pero la otra volvió a impedirle el paso con un revoloteo de los pliegues de su falda azul.

—No sé por qué te obligaron a volver. Era la ocasión ideal para deshacerse de ti. De elevar un poco el listón por aquí.

—Katie, en serio. Busca ayuda profesional —Allie adoptó un tono tranquilo e indiferente, pero advirtió un leve temblor en su propia voz. Los últimos dos días habían sido muy largos. No estaba segura de poder manejar aquello debidamente.

—En realidad, Allie saca unas notas muy buenas. Por encima de la media —al oír la voz aniñada de Zoe, Allie y Katie se giraron a la vez, sorprendidas de verla plantada tras ellas—. Más que subir, el listón bajará si ella no está aquí.

Katie la miró con un desdén plagado de malicia.

—Oh, mira, pero si es la niña robot. ¿No deberías estar memorizando algo? ¿O entrando en la pubertad? —se volvió a mirar a Allie—. No me extraña que hagas buenas migas con ese bicho raro.

Indignada, Allie abrió la boca para defender a Zoe, pero la más joven le tomó la delantera. Empujó a Katie a un lado y se colocó dos peldaños por encima de ella, del tal modo que la pelirroja tuviera que alzar la vista para mirarla.

—Ya he entrado en la pubertad —dijo Zoe con su habitual pedantería—. Igual

que tú. Empieza a los once y termina a los diecisiete. De media.

Katie la fulminó con la mirada.

—Me importa un pimiento, androide repelente.

Allie se interpuso entre ambas.

—Déjala en paz, Katie.

Un montón de alumnos empezaban a congregarse en torno a ellas, curiosos por ver cómo acababa la disputa. La cosa estaba llegando demasiado lejos.

Allie bajó la voz y trató de adoptar el mismo tono tranquilo y amenazador que había visto emplear al señor Patel cuando quería intimidar a alguien.

—No sé qué problema tienes conmigo y la verdad es que me da igual. Ya sabes quién soy; conoces el nombre de mi abuela. Déjanos en paz a mí y a mis amigos o te arruinaré la vida. No pararé hasta acabar contigo.

Katie se acercó más a ella. Ahora, las dos chicas se miraban muy de cerca.

—No te tengo miedo, Allie —replicó Katie en tono amenazador—. Y tampoco temo a Melinda Meldrum. Ni yo ni nadie. Puedes decirle que...

Sin embargo, la mención del nombre de su abuela fue demasiado para Allie, que cogió a Zoe del brazo para largarse de allí.

—Vamos Zoe —decidió, lanzándole a Katie una mirada gélida—. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

Cuando llegaron a la planta baja, Zoe comentó a media voz, sobre todo para sí:

—La pubertad es una época de la vida particularmente complicada y llena de altibajos emocionales. La he estudiado, así que estoy preparada.

—Genial, Zoe —repuso Allie con aire distraído. No podía quitarse de la cabeza las palabras de Katie. ¿Por qué había dicho que nadie temía a Lucinda? ¿Era algún tipo de mensaje?

Los padres de Katie eran poderosos miembros de la junta. Era lo único que Allie sabía de ellos.

Una vez finalizada su reflexión sobre la pubertad, Zoe dio el tema por zanjado.

—Sea como sea, ahora tengo que irme a estudiar.

A juzgar por su falta de expresión, nadie diría que acababa de tomar parte en una pelea.

—Oye —empezó a decir Allie con inseguridad—. Gracias por salir en mi defensa.

—Tranquila. Katie Gilmore es una zorra.

Cuando Zoe se marchó, Allie siguió andando hacia la puerta de Isabelle. Titubeó un momento pero luego llamó con decisión. Como nadie respondía, intentó abrir la puerta. Estaba cerrada con llave.

—¿Isabelle? —preguntó Allie pegando los labios contra la hoja—. ¿Estás ahí?  
Silencio.

—Porras —musitó.

Se quedó varios minutos esperando fuera, frotando los tablones del suelo con la punta del zapato. Isabelle no aparecía por ninguna parte.

Allie no sabía qué hacer. Zelazny le había dicho con toda claridad que la directora la estaría esperando. Y ahora no le convenía meterse en más líos.

Mordiéndose el labio, miró a su alrededor buscando algún sitio donde sentarse a esperar. Al otro lado del pasillo había una pesada consola ornamental que soportaba un jarrón lleno de pálidas rosas. Si se sentaba en el suelo junto a la mesa, no interrumpiría el tráfico pero tampoco perdería de vista la puerta de la directora.

Allí sentada, Allie sacó de la cartera el libro de Historia para echar un vistazo a los deberes. Alumnos, profesores y personal de servicio iban y venían por el pasillo, pero Isabelle no aparecía por ninguna parte.

Llevaba allí más de media hora cuando oyó que se abría la puerta de la directora. Levantó la vista y comprobó que había salido alguien del despacho. La mujer estaba de espaldas, así que no podía verle la cara, pero Allie tuvo la sensación de que Isabelle tenía dificultades para cerrar la puerta.

***Por fin.***

—¡Isabelle!

Allie dejó los libros en el suelo y cruzó el pasillo. Al oír su voz, la otra se dio media vuelta. Qué raro. No era Isabelle.

Era Eloise. Y llevaba en la mano una pequeña llave plateada.

Eloise abrió unos ojos como platos cuando Allie se detuvo en seco a pocos pasos de ella. Por unos momentos, ambas se quedaron mirándose, sorprendidas.

***¿Qué hace Eloise en el despacho de Isabelle? ¿Estaba ahí todo el tiempo? ¿Ha pasado de mí cuando he llamado a la puerta? ¿Y por qué se ha puesto a toquetear la cerradura?***

Allie sabía que debía decir algo, pero tenía la mente en blanco.

—Yo... esto... —balbuceó—, solo... estaba... buscando a Isabelle.

Los ojos de la bibliotecaria se desviaron hacia el pasillo que discurría a espaldas de Allie, como si le preocupara que alguien pudiera verla allí.

Al mirarla más detenidamente, Allie se dio cuenta de que estaba acalorada y sin aliento. Se le habían escapado varios mechones de la pinza que le sujetaba el pelo, como si hubiera estado haciendo ejercicio o corriendo.

Allie tenía un nudo en el estómago hecho de confusión y desconfianza. Se rodeó el cuerpo con los brazos.

Recuperando el uso de los sentidos, Eloise levantó la barbilla con altivez, como si quisiera imitar la arrogancia natural de Isabelle.

—Ha salido. ¿Puedo ayudarte en algo?

**Sí**, pensó Allie en plan funesto, **podrías decirme qué demonios hacías en el despacho de Isabelle cuando ella no está presente.**

Pero se lo calló, claro.

—No... no, solo quería hablar con ella —respondió tratando de fingir que allí no pasaba nada—. ¿Tú no sabrás, o sea, cuándo va a volver?

—Tenía una reunión en Londres después de la última clase —Eloise echó una mirada a su reloj de pulsera—. No volverá hasta bien entrada la noche —se quedó mirando a Allie—. ¿Estás segura de que no te puedo ayudar en nada?

—No, gracias —la alumna retrocedió varios pasos y se estampó el codo contra el lateral de la escalera—. Ay —sin dejar de mirar a Eloise, se frotó la cabeza con una mano—. Yo... bueno, ya volveré. Ya sabes. Mañana.

Forzándose a aparentar tranquilidad, cruzó el pasillo y recogió los libros como si tal cosa.

Todo aquel rato se dio perfecta cuenta de que Eloise no le quitaba ojo de encima.

## Once

Aquella noche, Allie recorría de mala gana el pasillo del sótano que conducía a la Sala de Entrenamiento Uno. Le pesaba el cuerpo, como si arrastrara kilos y kilos de lastre.

Se moría de ganas de contarle a alguien lo que le había pasado, pero cuando formulaba mentalmente la explicación, se daba cuenta de que el relato no tenía ni pies ni cabeza.

***Qué tal. Pues veréis, ayer por la noche me pareció ver a Gabe pero me había confundido, y esta tarde va Eloise y entra sin permiso en el despacho de Isabelle mientras la directora estaba ausente. Ah, por cierto, por si alguien lo estaba dudando, estoy cuerda. Tranquilos. He sacado notable en Historia.***

Cuando Allie llegó a la sala de entrenamiento, Nicole y Zoe hacían estiramientos en la zona del fondo. Se apresuró hacia ellas pero apenas había tenido tiempo de saludarlas cuando Eloise se acercó como si no hubiera pasado nada.

—¿Qué tal te encuentras hoy? —le preguntó en tono preocupado—. ¿Te ha dolido la rodilla?

—Un poco.

Allie no se sentía capaz de mirar a Eloise a los ojos.

—Hoy nos lo tomaremos con calma. Pero si de momento va resistiendo, podemos darnos por satisfechas —Eloise sonrió con un entusiasmo que parecía genuino—. Esto va viento en popa.

Allie no la perdió de vista mientras hacía los ejercicios de calentamiento, pero la bibliotecaria parecía la misma de siempre: se reía de las bromas de Nicole y vigilaba a Allie de cerca.

Si Eloise era la espía y se temía que la hubieran descubierto, lo disimulaba muy bien.

Allie no podía estar más desconcertada. A lo mejor la bibliotecaria tenía motivos para estar en aquel despacho. Seguro que, si pudiera hablar con Isabelle, todo se aclararía. Sin embargo, la directora no había dado señales de vida.

Después de que el grupo hiciera unos cuantos estiramientos, Zelazny se plantó en mitad de la sala.

—Esta noche haréis una carrera competitiva de seis kilómetros.

Zoe, que adoraba correr, dio un saltito de emoción.

—Ya era hora —canturreó para sí.

Allie, que aquel día no se sentía en absoluto competitiva, no las tenía todas consigo. En las carreras competitivas, el último en llegar era penalizado, normalmente con algún castigo breve o ejercicio extra. La penalización en sí no era gran cosa pero sí suponía una gran humillación.

Afortunadamente, en cuanto Zelazny terminó su explicación, Eloise se llevó aparte a las chicas.

—Lo siento, Zoe —anunció sonriendo a la niña—, pero te lo vas a tener que tomar con calma. Allie no debe forzar la rodilla y desde luego no puede correr varios kilómetros.

—Porras —musitó Zoe.

Mientras los demás alumnos abandonaban la sala, Eloise les dio instrucciones estrictas de que Allie debía combinar el paso con un trote ligero y no correr más de tres kilómetros.

—Si queréis correr más —les dijo a Zoe y a Nicole—, acompañad primero a Allie al colegio. No la dejéis fuera por su cuenta y riesgo, bajo ninguna circunstancia.

El hecho de que Eloise hubiera empleado la expresión «por su cuenta y riesgo» pilló a Allie por sorpresa; acababa de comprender que Zoe y Nicole estaban con ella a guisa de guardaespaldas. Sin embargo, debería haberlo deducido. Le habían asignado dos compañeras en vez de una, y ambas destacaban por su rapidez. Además, Nicole —uno de los miembros más antiguos de la Night School— sobresalía en tácticas defensivas y artes marciales.

A esas alturas, el resto de alumnos se había marchado hacía rato y la sala de entrenamiento estaba vacía.

Ya enfilaban hacia la puerta cuando Eloise añadió algo más.

—Y, ¿Allie? —cuando esta se dio media vuelta, la instructora la miró con gravedad—. Lleva cuidado.

Mientras corría a reunirse con Zoe y Nicole en el pasillo, las dudas se multiplicaban en la mente de Allie. Por más vueltas que le diera, siempre acababa por concluir que algo no cuadraba en la conducta de la instructora. Como si la Eloise de antes y la de ahora fueran dos personas distintas.

—Qué simpática es Eloise —dijo Nicole. Allie la miró sorprendida. ¿Habría oído su monólogo interior?—. Ningún otro profesor cuida de nosotras tanto como ella.

—Mmm...

—Seguro que Zelazny te lanzaría a los lobos y Jerry te presionaría demasiado, pero Eloise es más comprensiva —prosiguió Nicole mientras Zoe corría delante de ellas.

—¿Confías en ella? —solo al oír su propia voz se dio cuenta Allie de que había formulado la pregunta en voz alta. Se maldijo a sí misma.

Nicole la miró con curiosidad.

—Claro. ¿Tú no?

Siguieron a Zoe escaleras arriba.

**Sí**, pensó Allie. **Di que sí.**

—Yo... —repuso en cambio— ya no lo sé. En quien confío, me refiero. Antes sí



pero...

Remontaron unos cuantos peldaños hasta una puerta abierta; cuando el gélido aire de febrero la azotó, Allie dejó la frase incompleta.

Si esperaba que a Nicole le sorprendiera que no se fiase del todo de Eloise, se llevó un chasco. La francesa se encogió de hombros.

—Lo has pasado tan mal que, hoy por hoy, me sorprendería que confiaras en alguien.

Luego señaló a Zoe, que las esperaba a lo lejos dando saltitos como un duende furioso.

—¿Corremos? Zoe se alegrará.

En sus labios, «se alegrará» sonó como «se aligerará», y Allie se sorprendió a sí misma sonriendo a pesar de todo.

—Sí, como no empecemos a correr pronto, se convertirá en piedra.

—Eso sería terrible —bromeó Nicole—. Es muy joven y además Zelazny nos obligaría a cargar con ella.

Se pusieron en marcha a un trote suave. Zoe avanzaba por delante de ellas; salía disparada hasta perderse de vista, aguardaba a que casi la hubieran alcanzado y luego volvía a escaparse. El resto del grupo les llevaba una buena ventaja; estaban solas.

La noche era clara y, durante un rato, los rayos de luna iluminaron el camino que se extendía ante ellas. Cuando se internaron en el bosque, en cambio, les costaba más ver por dónde iban. No habían avanzado mucho cuando Allie tropezó con una raíz y se lastimó la rodilla.

Maldiciendo entre dientes, se pasó un rato dando tumbos de un lado a otro mientras se sujetaba la articulación dolorida.

—¿Se te ha jodido? —preguntó Zoe, que acababa de llegar corriendo como una flecha

—¡Zoe! —la reprendió Allie, algo escandalizada—. ¿Desde cuándo hablas como un camionero?

—He estado practicando —explicó Zoe—. Lucas me está enseñando.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó Nicole, reencauzando el rumbo de la conversación.

Previendo un fuerte dolor, Allie hizo una mueca y, despacio, cargó el peso del cuerpo sobre la rodilla.

La pierna resistió.

—En realidad... no mucho —dijo—. Sigamos.

Dando un saltito, Zoe se les adelantó otra vez, pero Nicole miró la rodilla de Allie con expresión dubitativa.

—Caminaremos unos minutos —decidió—, a ver qué tal te encuentras.

La paciencia de Nicole conmovió a Allie. Tenía la sensación de que le debía

algún tipo de gesto.

—Gracias por... ya sabes —dijo—, por lo que estás haciendo. Por ser tan paciente conmigo. Podrías estar corriendo con los demás.

El frío había enrojecido las mejillas y la nariz de Nicole; con aquella tez tan pálida y el cabello oscuro, se parecía a la Blancanieves de los dibujos animados. Si Blancanieves tuviera mala leche y se vistiera como un ninja.

—Ah, no tiene importancia —repuso Nicole—. Prefiero mil veces estar aquí contigo que entrenar con el resto. Gracias a ti, me he librado de hacer algo que no me gusta nada.

Aquella no era la respuesta que Allie esperaba.

—¿En serio? Pensaba que te gustaba la Night School.

—No fue idea mía unirme a la Night School. Mis padres se empeñaron —al ver la expresión de Allie, Nicole se encogió de hombros con desdén—. No es que me disguste exactamente. A veces es divertida, pero —puso cara de pena— preferiría estar haciendo otras cosas.

Mientras echaban a andar, Allie se quedó muy pensativa.

—¿Nunca te has planteado hacerles frente a tus padres?

La francesa replicó al instante.

—Nunca. Significa mucho para mi madre. Verás, es la primera vez que aceptan a una chica de mi familia. Cuando mi madre estudiaba en Cimmeria, no la escogieron para la Night School así que... —se encogió de hombros—. Supongo que estoy viviendo su sueño.

Allie, que lo sabía todo sobre los sueños rotos de los padres, soltó una risilla amarga.

—Creo que yo estoy viviendo la pesadilla de mi madre... A lo mejor vamos en el mismo barco por motivos distintos.

Caminaron un rato en un silencio amigable; a Allie le dolía menos la rodilla, pero no parecía que Nicole tuviera muchas ganas de seguir corriendo y a ella le daba igual. Eloise les había dicho que se lo tomaran con calma. En los bosques de alrededor reinaba la típica paz de una cerrada noche invernal; ni siquiera soplaban el viento entre las ramas. Solo se oía el crujido de sus pasos sobre el suelo helado.

Allie miró de reojo a Nicole, que parecía absorta en sus propias preocupaciones.

***A lo mejor es de confianza. Puede que ella sepa qué hacer.***

Reunió el valor necesario y, carraspeando para romper el silencio, dijo:

—Oye... Nicole... ¿Te puedo hacer una pregunta?

La francesa se volvió a mirarla con curiosidad, pero en aquel preciso instante apareció Zoe volando como una flecha. Su manera de correr les llamó la atención. Iba disparada. Como si huyera de algo.

A partir de aquel momento, todo sucedió como a cámara lenta. Allie tocó el brazo

de Nicole para avisarla, pero esta ya corría al encuentro de Zoe. Allie la siguió a trompicones.

Demasiado sofocada para explicarse con claridad, la niña señaló el camino a oscuras.

—La capilla —resolló—. Hay... alguien... allí.

En cuanto oyó aquellas palabras, Allie se sintió como si se le hundieran los pies en la tierra helada. Se quedó de piedra, privada del sentido de la realidad, mientras Nicole se acercaba a Zoe para interrogarla.

Allie reconocía la expresión de Zoe; la había visto otras veces. La niña estaba asustada.

Todo volvía a empezar.

—¿Qué has visto exactamente?

La voz sensata de Nicole sacó a Allie de su sopor. Echó a andar para reunirse con sus compañeras, y las tres se quedaron muy juntas bajo los árboles, formando una piña.

Zoe estaba tensa, pero la habían entrenado para afrontar situaciones como esa.

—La puerta está abierta —dijo—. Y alguien ha encendido las velas.

Allie notó unos dedos helados en la nuca. Nadie tenía motivos para acudir a la capilla a aquellas horas. Cada noche cerraban la iglesia, justo antes del ocaso, y a los alumnos no se les permitía entrar después del anochecer. Los guardias de seguridad pasaban por allí cada dos horas para asegurarse de que todo estaba en orden.

***Entonces, ¿quién ha abierto la puerta?***

Aquello no tenía sentido. Allie advirtió que las otras dos estaban pensando lo mismo.

—¿Has visto a alguien? —preguntó Allie en tono angustiado.

Zoe negó con la cabeza.

—¿Estás segura, Zoe? —le preguntó Nicole.

Exasperada, Zoe mostró las palmas de las manos.

—Tenéis que verlo con vuestros propios ojos. Es muy raro.

Nicole se mordió el labio inferior.

—Esto no me gusta. Deberíamos llevar a Allie de vuelta al colegio.

Zoe y ella se volvieron a mirar a Nicole como si no se pudieran creer lo que estaban oyendo. Allie notó un cálido hormigueo en las mejillas. No podían marcharse. ¿Y si era la oportunidad que estaba esperando? ¿Y si Gabe andaba por allí, o el espía? Podrían capturarlo allí mismo.

—Todo irá bien —insistió—. Me las arreglaré.

—No puedes correr —objetó Zoe.

—Sí que puedo —replicó Allie a la defensiva—. Hace un rato he estado

corriendo.

—No muy de prisa —señaló Nicole.

Tenía razón. Allie, sin embargo, no pensaba marcharse de allí. Por otro lado, sabía que, por mucha rabia que le diera, debía contar con el consentimiento de sus compañeras.

—Venga, Nicole —suplicó—. Tenemos que hacerlo.

La francesa negó con la cabeza.

—Es muy peligroso.

—Somos tres y nos han entrenado para esto —arguyó Allie—. ¿Y si el asesino de Jo está ahí dentro? Podríamos atraparlo. Sé que podríamos. Pero, si no nos damos prisa, escapará mientras vamos a buscar ayuda. No podemos desaprovechar esta ocasión, Nicole. Podría asesinar a otra persona esta misma noche. Por favor —las miró a ambas como pidiéndoles su comprensión—. Echemos un vistazo.

Nicole y Zoe intercambiaron una larga mirada. Zoe dudaba, pero era obvio que la decisión dependía de Nicole, la más veterana.

—Vale —accedió esta última por fin, aunque fruncía el ceño con expresión preocupada—, pero no nos separaremos ni haremos ninguna tontería. ¿De acuerdo?

Hablaba en plural, pero se dirigía sobre todo a Allie.

Esta no titubeó.

—De acuerdo.

Zoe echó a correr la primera. Allie y Nicole la siguieron de cerca, avanzando codo con codo. Cuando el camino se estrechó, Allie se colocó a la zaga, sin perder de vista los talones de Nicole. Casi no podía con su alma, pero notaba que las otras dos se refrenaban para no dejarla atrás.

Aunque avanzaban en silencio, Allie tenía la sensación de que sus pasos, que golpeaban la tierra casi al unísono, retumbaban con fuerza. Había refrescado y sus alientos se condensaban en pequeñas nubes, que se esfumaban al instante de ser capturados por la luna.

Al llegar al muro del camposanto, se pegaron contra las piedras y otearon la oscuridad en busca de alguna señal de vida. Sin embargo, no se veía ni un alma en el camino circundante. Se pusieron en marcha otra vez.

Llegaron a las inmediaciones del arroyo. Las lluvias recientes habían aumentado el caudal y el murmullo de la corriente ahogaba el ruido de sus pasos. Podían avanzar más de prisa; arriesgarse más.

Encontraron entreabierta la verja del viejo cementerio, como si alguien la hubiera empujado sin más.

La respiración de Allie se aceleró.

Volviéndose hacia las otras dos, Zoe señaló la verja con movimientos rápidos. Las chicas se colocaron a ambos lados de la entrada: Nicole, a un lado; Allie y Zoe, al

otro.

En el interior del camposanto, las antiguas lápidas y tumbas se apiñaban entre árboles desnudos. A un extremo, la copa de un gran tejo sobresalía por encima del muro de piedra. Instintivamente, la mirada de Allie se posó en las ramas bajas, donde Carter y ella solían reunirse cuando empezaban a trabar amistad.

Ahora, las retorcidas ramas estaban desiertas.

La escena concordaba con la descripción hecha por Zoe. El portón arqueado de la pequeña capilla estaba abierto de par en par. En el interior, la luz de las velas parpadeaba y se desplazaba como si tuviera vida propia.

Zoe cruzó corriendo el cementerio. Ligera y directa como una flecha, alcanzó la hierba, que le permitía avanzar sin hacer ruido. Al cabo de unos segundos, desapareció entre las sombras, pero instantes después reapareció junto a la pared de la iglesia y les indicó por señas que la siguieran.

Mirando a Allie a los ojos, Nicole inclinó la cabeza para invitarla a reunirse con Zoe.

Inspirando a fondo, como si se dispusiera a saltar a una piscina, Allie se agachó y cruzó el camposanto como una exhalación. La hierba estaba resbaladiza bajo las gruesas suelas de sus deportivas. El mundo contenía el aliento; solamente oía su propia respiración, estrepitosa en el silencio.

Tuvo la sensación de que tardaba una eternidad en llegar a la iglesia, pero no debió de ser así, porque cuando por fin se refugió entre las sombras, Zoe se limitó a asentir antes de volverse hacia la verja y repetir el gesto.

Al cabo de un momento, Nicole se reunía con ellas. La francesa interrogó a Zoe con la mirada.

Zoe señaló la puerta pero la otra negó con la cabeza.

***A la ventana pues.***

Como una sola persona, sin despegarse del muro, caminaron sigilosas hacia una de las ventanas. De día, el sol que entraba por la vidriera inundaba la única nave de una luz multicolor, pero ahora el brillo se filtraba en sentido opuesto.

Zoe se irguió para mirar por la ventana pero no pudo alcanzarla. El alféizar sobresalía a más de un palmo de distancia de su coronilla. Se dejó caer y negó con la cabeza. Luego lo intentó Nicole, que no era mucho más alta que Zoe.

Desistió haciendo un gesto de impotencia.

Ambas se volvieron a mirar a Allie.

De puntillas, la más alta se agarró a la fría piedra del alféizar y se asomó al interior. La escena la dejó helada.

Alguien había encendido todas las velas de la iglesia. Decenas, quizás cientos de ellas. La luz inundaba literalmente la nave. Y habían cambiado de sitio los pesados candelabros de hierro forjado que solían iluminar el altar; ahora estaban dispuestos en

forma de semicírculo ante la pared que quedaba a la izquierda de la ventana. Desde donde estaba, Allie no llegaba a ver qué pretendían enfocar.

Se dejó caer para mirar a las demás. Haciendo un gesto negativo, vocalizó sin voz:

—Juraría que está vacía.

Se quedaron quietas un momento, mirando a Nicole, que al parecer estaba sopesando la situación. Zoe señaló la puerta pero Nicole negó con la cabeza.

Zoe entornó los ojos y volvió a apuntar la entrada con el dedo, esta vez con más insistencia. La expresión de su rostro daba a entender que, a esas alturas, no pensaba echarse atrás. Al cabo de un momento, Nicole levantó las manos como si se rindiera.

Todas dieron un paso hacia la puerta, pero Nicole se giró y empujó a Allie hacia atrás. Levantó la mano para indicarle que se quedara donde estaba.

Allie no se lo podía creer. ¿Había llegado hasta allí solo para quedarse al margen en la recta final?

—Venga... —vocalizó con expresión suplicante.

Nicole no dio su brazo a torcer. Señaló con vehemencia la tierra que Allie tenía a los pies.

Esta notaba la tensión de sus propios músculos, ya preparados para el combate. Listos para capturar al asesino de Jo si acaso estaba allí dentro. Dispuestos a machacarlo.

Sin embargo, jamás podría convencer a Nicole de que la dejara entrar en la primera tanda.

***Muy bien. Que entren ellas primero. Yo las seguiré.***

Asintió para dar a entender que se conformaba. Zoe, que se habría muerto de rabia si la hubieran marginado así, le lanzó una mirada apenada antes de echar a correr hacia un lado del umbral. Allí esperó a Nicole, que llegó poco después.

Nicole señaló por gestos algo que Allie no pudo ver y luego, acto seguido, las dos chicas desaparecieron.

En cuanto las perdió de vista, Allie corrió a la puerta y se refugió en las sombras de la entrada. Si alguien intentaba salir, lo atraparía sin que tuviera tiempo a preguntarse lo que estaba pasando.

Se quedó inmóvil como una estatua, mirando el umbral tan fijamente que se le saltaron las lágrimas. Aguzó los oídos para poder distinguir cualquier sonido: un grito, una exclamación. No oyó nada; solo el murmullo del arroyo a lo lejos y el latido sorprendentemente regular de su corazón.

Justo cuando creía que iba a enloquecer de la impaciencia, Zoe apareció en el umbral. Recortado contra la brillante luz de las velas, su cabello parecía envuelto en llamas.

Sin pronunciar palabra, le indicó a Allie por gestos que la siguiera.

En el interior, un olor a humo y a cera impregnaba el aire cálido y estancado. Mientras las chicas avanzaban, las llamas de las velas se agitaban con la corriente que levantaban sus cuerpos en movimiento. Bajo aquella luz cambiante, parecía como si los frescos medievales que cubrían las grisáceas paredes de piedra cobraran vida.

Fueron pintados con esa intención, comprendió Allie.

En una de las paredes, un gigantesco diablo de color rojo empujaba las almas de los condenados al infierno, mientras que, allí cerca, otras trepaban por una escala hacia el cielo. Solo que, si se suponía que esas otras almas estaban salvadas, ¿por qué parecían tan asustadas?

Más allá, un dragón se abalanzaba sobre una paloma que revoloteaba justo fuera del alcance de sus garras. A Allie, la pintura siempre le había parecido vieja e insulsa pero, a la luz de las velas, las escamas color óxido del dragón bullían de vida.

Zoe y Nicole, en cambio, no miraban ninguna de aquellas escenas. Estaban contemplando otro fresco: la pintura de un árbol muy parecido al tejo que crecía junto al muro del camposanto. La versión pintada albergaba infinidad de frutos y pájaros de mil colores entre las ramas. Las raíces retorcidas dibujaban las palabras: «El árbol de la vida». De todos los frescos que decoraban la iglesia, aquel era el favorito de Allie.

Justamente allí, los candelabros del altar habían sido cuidadosamente dispuestos en forma de arco.

Al acercarse, Allie advirtió en la pintura un detalle extraño.

—¿Qué es? —susurró.

Los ojos de Nicole seguían fijos en el fresco. Levantando la mano, señaló el tronco del árbol.

Solo entonces distinguió Allie la hoja de papel doblada que sobresalía del mural, clavada con un cuchillo de caza.

***¿Quién sería capaz de hacer algo así?, pensó mareada. ¿Quién estropearía una pintura de casi mil años de antigüedad?***

Por desgracia, conocía muy bien la respuesta.

Despacio, como en sueños, se internó en el semicírculo de candelabros. Oyó que Zoe y Nicole susurraban su nombre en tono de advertencia. Le pedían que se detuviera.

No lo hizo. Allie no podía detenerse.

Porque el papel contenía una sola palabra, escrita en una caligrafía inclinada y arrogante: «Allie».

## Doce

La empuñadura grabada de la daga estaba fría al tacto, pero Allie no titubeó. Sujetando el papel con la otra mano, la rodeó con los dedos y la arrancó de la piedra. La gruesa hoja era sedosa al tacto y se desplegó como tela.

*Querida Allie:*

*Te ruego me disculpes por haber escogido un medio de comunicación tan dramático, pero necesito captar tu atención. Espero haberlo conseguido.*

*Has escogido el bando equivocado en esta guerra, Allie. Sin embargo, tal vez te sorprenda saber que no te guardo rencor. Yo, más que nadie, sé lo convincente que puede ser Isabelle cuando finge amar a alguien. Lo seductora que llega a ser Lucinda. Lo fuertes que son los vínculos familiares. Pero te están mintiendo, Allie.*

*Hasta ahora, me has decepcionado. Y eso tendrá consecuencias. Lamento decir que las consecuencias podrían ser importantes.*

*Sin embargo, el curso de los acontecimientos se puede alterar. Si comprendes tu error de inmediato y cambias de idea, serás bienvenida a mi organización igual que lo fue Christopher en su día. Todo terminará. Ocuparás el lugar que te corresponde en un puesto de honor. Mereces ese puesto, Allie. Y también mereces saber la verdad. Soy el único que está dispuesto a ofrecértela.*

*Para ello, bastará con que te vengas conmigo. Siempre te estoy vigilando. Si me buscas, yo te encontraré.*

*Conmigo, por fin estarás a salvo.*

*Nathaniel*

—¿Qué dice? ¿Allie? ¿Estás bien?

Nicole se reunió con ella en el semicírculo de cirios ardientes.

Al volverse a mirarla, Allie notó sus propias mejillas empapadas de gruesas lágrimas de rabia e impotencia, aunque no recordaba haberse echado a llorar.

Con suma delicadeza, la francesa alargó la mano hacia la nota.

—¿Puedo leerla?

Paralizada, Allie la vio descifrar las palabras con los labios apretados. Cuando hubo terminado, su compañera encadenó un montón de tacos en francés, mucho más fuertes, sospechaba Allie, que nada de lo que hubiera oído decir a Sylvain.

—Ese hombre está loco. ¿Te encuentras bien? —sin esperar respuesta, Nicole le rodeó los hombros con el brazo—. Zoe ha ido a buscar ayuda.

—Yo solo quería atraparlo —Allie apretó la empuñadura de la daga con tanta



fuerza que los nudillos de su mano palidieron—. ¿Por qué siempre va un paso por delante?

Unos minutos después, el camposanto bullía de actividad. Guardias de seguridad, profesores y alumnos de la Night School pululaban entre las tumbas instalando luces a pilas, gritando órdenes y entrando y saliendo de la iglesia.

Apiñadas entre las sombras del muro, las tres chicas esperaban a solas. Nadie había vuelto a hablar con ellas después de que Raj extrajera el cuchillo y la nota de entre los dedos de Allie y las obligara a salir de la capilla.

—No os mováis —se limitó a decirles antes de desaparecer en la oscuridad.

A Allie no le supo mal que se llevara la nota. La había leído tantas veces que se sabía de memoria aquel amenazador mensaje escrito con letra pulcra y angulosa.

Temblando de rabia, volvió a recordar las últimas palabras.

***Vente conmigo...***

—Lo tienes claro, cerdo asqueroso —musitó en voz alta. De pie a su lado, Zoe la interrogó con la mirada.

—Perdona. No te lo decía a ti —se disculpó Allie—, sino a Nathaniel —echó un vistazo a su reloj de pulsera conteniendo apenas la irritación; pasaba de la media noche. A su alrededor, los guardias y los alumnos de la Night School parecían muy ajetreados. La inactividad la estaba matando—. ¿Cuánto tiempo crees que nos tendrán aquí?

—No lo sé, pero ojalá pudiéramos ayudar en algo —Zoe tenía la nariz roja del frío y daba saltitos de impaciencia—. No sé por qué nos tienen que dejar aquí tiradas.

—Para hablar con nosotras —Nicole no apartaba la mirada de los guardias—. Están asegurando el perímetro y luego nos harán algunas preguntas. Es el protocolo.

Parecía como si todos los guardias estuvieran hablando consigo mismos; Allie no veía los micros, pero supuso que llevaban algún tipo de intercomunicador. El detalle la pilló por sorpresa; el colegio rechazaba cualquier tipo de tecnología moderna.

En aquel momento, alguien encendió las luces y un misterioso fulgor azul inundó el camposanto; en contraste con la oscuridad precedente, el efecto fue cegador.

Dos figuras se acercaron entonces. Protegiéndose los ojos con las manos, Allie miró hacia el fulgor. Veladas por la niebla y la luz, las siluetas parecían fantasmas. Solo cuando las tuvo delante las reconoció.

Eran Raj Patel y Zelazny.

—Tenemos que llevaros a algún lugar seguro —anunció Zelazny sin más preámbulo—. Os acompañaremos al edificio principal hasta que la inspección haya terminado.

Allie le lanzó una mirada amarga.

—No hay ningún lugar seguro.

Antes de que el profesor pudiera contestar, tres sombras se despegaron de la oscuridad y se acercaron lo suficiente como para que Allie distinguiera sus rasgos. Las primeras pertenecían a dos guardias de seguridad, Peter y Karen. La tercera era Carter.

—Os van a llevar al colegio y se quedarán con vosotras hasta que volvamos — Raj clavó en Allie una mirada fría como el acero—. No pienso arriesgarme.

Partieron casi de inmediato. Al cabo de un momento, el cementerio, sus luces brillantes y el enjambre de guardias se perdieron a lo lejos.

Allie notó un escalofrío en la nuca. Los bosques estaban demasiado oscuros. Demasiado silenciosos.

Por suerte, los dos vigilantes avanzaban con rapidez y el grupo, con Allie en el centro, recorría el camino a velocidad constante. Nadie hablaba. Se limitaban a correr sin romper la formación, en silencio.

Allie estaba agotada. Cada paso le requería toda la energía que le quedaba. Y entonces tenía que dar el siguiente. Le dolía la rodilla y horribles pinchazos le atravesaban la pierna cada vez que apoyaba el pie en el suelo. A pesar de todo, soportaba el dolor con un estoicismo sombrío; la ayudaba a concentrarse en lo que de verdad importaba. Y aplacaba su rabia.

Nicole y Zoe escoltaban a Allie, una a cada lado. Carter corría a la derecha de Nicole. En cierto momento, Allie lo miró de reojo, pero él avanzaba mirando al frente con expresión alerta e intensa.

Cruzaron el bosque en la mitad del tiempo habitual. Cuando llegaron al jardín del colegio, el edificio se irguió ante ellos como una fortaleza. No se veía luz en las ventanas de los dormitorios, pero la claridad se colaba por la puerta abierta de la entrada principal. En el umbral se recortaba la silueta de Isabelle, que los estaba esperando en lo alto de la escalinata. Llevaba el pelo suelto, una cascada de ondas brillantes que se derramaba por su espalda. Con un enorme abrigo blanco echado sobre los hombros, parecía una diosa.

Preocupada pero serena, cogió a Allie por los hombros.

—¿Te encuentras bien?

Allie asintió.

—No ha sido nada.

—Gracias a Dios —Isabelle se volvió hacia las otras dos—. Por favor, id a la sala común y esperadme allí. Os he preparado té y bocadillos; debéis de estar muertas de frío —se dirigió a Carter—. ¿Me informas, por favor?

Allie se quedó mirando a la directora y al chico, que bajaban las escaleras hablando en voz baja, y se preguntó qué estarían diciendo.

—Vamos, Allie. Entremos —cogiéndola de la mano, Zoe la arrastró al vestíbulo principal, donde Nicole ya las esperaba.

Aunque las luces del gran zaguán se apagaban después del toque de queda, esta vez habían dejado las lámparas encendidas. Toda esa luz le daba al colegio un extraño ambiente festivo, como si se celebrara una fiesta cuyos invitados no hubieran acudido.

Los dos vigilantes las escoltaban; Karen muy por delante, Peter cerrando la marcha. Cuando llegaron a la sala común, se colocaron a ambos lados del umbral para que las chicas pudieran entrar. Luego se plantaron delante de la puerta, montando guardia.

Las pobres llevaban tanto rato a la intemperie que solo de ver los confortables sofás de cuero y las alfombras orientales ya se sintieron mejor. El fuego chisporroteaba alegre en el enorme hogar, y junto a la chimenea las esperaba un servicio de té y una bandeja llena de bocadillos y galletas.

Sin que nadie tuviera que decirles nada, Nicole y Zoe se desplomaron en sendos sillones, de cara al fuego.

—Esto está mejor —dijo Nicole al mismo tiempo que extendía las piernas hacia las llamas.

Allie, en cambio, se quedó junto la puerta, mirando a su alrededor como pasmada. Todo estaba tan ordenado y normal... como si acabaran de pasar una tarde muy agradable patinando sobre hielo o de compras. No entendía nada. Por Dios, había guardias al otro lado de la puerta.

Empezaba a pensar que Nathaniel, si se lo proponía, burlaría esa vigilancia también.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que no oyó llegar a Carter.

—¿Te encuentras bien?

Al oír la voz grave del chico, Allie volvió en sí con un suspiro. Cuando se dio la vuelta para mirarlo, los ojos oscuros de Carter la observaron preocupados.

En aquel momento la asaltó el recuerdo, inoportuno y amargo, de lo que había sentido en la sala de entrenamiento cuando él no la había saludado.

***Claro, ahora sí que te apetece hablar conmigo,*** pensó tristemente. ***Como Jules no está delante...***

—Sí —mintió.

—Raj me ha contado lo de la nota —Carter movió la cabeza de lado a lado, como si no se lo pudiera creer—. ¿De verdad estás bien?

—No, no lo estoy —le espetó ella con la voz rota por la emoción—. Estoy histérica y no entiendo nada. Me odio a mí misma por no haber pillado a Nathaniel y odio a Raj por no ser capaz de capturarlo y... tengo miedo. Por lo que pueda pasar a partir de ahora —se tapó la boca con una mano como para detener aquella explosión emocional—. Lo siento. Todo esto me está volviendo loca.

Carter negó con la cabeza.

—No estás loca. El mundo está loco. Tú no tienes la culpa. Nosotros no lo hemos creado; solo lo hemos heredado.

Mirando aquellos ojos insondables, a Allie se le encogió el corazón. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo mucho que añoraba el sentido común de su amigo. Su manera de centrarla. Su manera de tranquilizarla cuando ella perdía los nervios.

La táctica todavía daba resultado. Una temblorosa sonrisa bailó en los labios de Allie.

—Pues si nosotros somos los cuerdos, el mundo está en serios apuros.

—Está perdido —asintió él, sonriendo a su vez.

Unos pasos en el pasillo interrumpieron la conversación, y el momento se esfumó tan de repente como había empezado.

Zelazny, Raj e Isabelle entraron juntos en la sala. Con el corazón en un puño, Allie reparó en la lúgubre expresión de sus rostros.

Pidiendo por gestos a los demás que se quedaran donde estaban, Isabelle se volvió a mirarla.

—Allie —dijo—. Por favor, acompáñanos.

## Trece

—Esa nota no dice nada nuevo —gruñó Zelazny con desdén.

—No estoy de acuerdo —Raj hablaba en tono quedo pero firme—. Hay que leer entre líneas para comprender el verdadero alcance de lo que nos está diciendo. Y creo que el mensaje ha cambiado.

Estaban apiñados en el pequeño despacho de la directora: Isabelle sentada a su escritorio; Raj y Allie, en las dos butacas. Zelazny se había quedado de pie, de espaldas a la puerta, con los brazos cruzados.

Con tanta gente en la habitación hacía calor y el ambiente era agobiante. Flotaba un ligero tufo a sudor.

—No sé si lo entiendo; ¿cuál es el nuevo mensaje? —preguntó Isabelle frunciendo el ceño. Con el pelo suelto, parecía muy joven; podría haber pasado por una alumna. Por otro lado, su tono era tan autoritario como siempre. Y estaba enfadada.

—La destinataria de la nota es Allie, pero creo que en realidad va dirigida a nosotros. Nos dice que está a punto de dar el siguiente paso —se explicó Raj—. No le está pidiendo a Allie que se vaya con él. Nos pide a nosotros que se la entreguemos.

Se hizo un silencio.

Un río de agua helada recorrió la espalda de Allie. Tal como lo había expuesto Raj, el mensaje implícito de Nathaniel saltaba a la vista. Le estaba ofreciendo un trato a Isabelle. La invitaba a traicionar a Allie y a Lucinda.

Le daba una última oportunidad.

Isabelle bufó.

—¿Sí? Pues está perdiendo el tiempo.

La directora se volvió hacia Raj.

—Podemos comentar más tarde las intenciones de Nathaniel. Ahora, lo que más me preocupa es averiguar cómo ha podido suceder algo así. Por qué la capilla no estaba vigilada y por qué ninguno de tus guardias descubrió la intrusión antes de que lo hicieran los alumnos de la Night School. Ha sido un fallo en el sistema de seguridad imperdonable.

Hablaba en tono brusco y Raj le devolvió una mirada lúgubre.

—En realidad, yo no creo que haya sido una intrusión.

—¿Y eso qué significa? —ladró Zelazny—. Es evidente que alguien ha entrado en la capilla.

Raj no despegó los ojos de Isabelle. Cuando la directora comprendió lo que el jefe de seguridad estaba a punto de decirle, palideció.

—No hay señales de que nadie entrara a la fuerza en el colegio ayer por la noche. Puede que la nota proceda del exterior; incluso pudo llegar con el correo. Ahora bien,

la escena de la capilla tuvo que ser obra de alguien de la escuela. Fue un trabajo interno.

Isabelle palmeó con fuerza la mesa del escritorio. Todos la miraron sorprendidos. Allie se dio cuenta de que hacía esfuerzos por controlarse. Cuando habló, la frustración empapaba su voz.

—¿Y por qué aún no hemos identificado a ese individuo, Raj? ¿Cómo se las arregla para burlar tu vigilancia? ¿Qué es lo que estamos haciendo mal?

Raj negó con la cabeza; si conociera la respuesta, se la habría dicho. ¿Qué podía responder?

—¿August? —la directora se volvió hacia Zelazny, pero él apretó los labios y levantó las manos con impotencia.

Isabelle se frotó los ojos con cansancio. Miró a Allie.

—¿Hay algo que no nos hayas dicho, Allie? ¿Lo que sea?

Ella titubeó.

—Allie —la directora la miró intensamente—. Sea lo que sea, no temas contarlo. Te sentirás fatal si te lo callas y luego descubres que era importante.

Allie sabía que Isabelle tenía razón pero, ¿cómo contarles lo que había visto? No podía hacerle eso a Eloise.

Entonces recordó la nota clavada en el muro.

—Es solo que... Me pareció... —Allie se sintió una traidora, pero hizo de tripas corazón y continuó—. Me pareció ver algo el otro día. Seguro que no es nada pero será mejor que lo sepas.

Se hizo un grave silencio mientras los tres profesores la miraban fijamente. Raj fue el primero en hablar.

—¿Qué viste?

El peso de aquellas miradas la puso nerviosa. Allie se retorció la orilla del jersey con tanta fuerza que se estrujó el dedo.

—Solo a... Eloise.

—No te entiendo —Isabelle se había quedado muy quieta—. ¿Qué pasa con Eloise?

La directora y la bibliotecaria eran amigas; seguro que Isabelle le había dado una llave. Todo aquello era una terrible confusión, pensó Allie presa del pánico. No tenía pruebas. No podía ir por ahí acusando a la gente de asesinato.

Por desgracia, ya había soltado la bomba. Tenía que explicarse.

—Te estaba buscando después de clase —dijo mirando a la directora—. Tú estabas en Londres pero yo no lo sabía, así que me pasé siglos esperando a la puerta de tu despacho. Y resulta que... Eloise estaba dentro... creo... todo el tiempo, pero no me abrió cuando llamé. La vi salir. Seguro que no es... nada importante, pero, cuando me vio, se comportó de un modo extraño. Estaba sudando y parecía...

asustada. Tenía una llave —miró a Isabelle con expresión esperanzada—. Estaba allí por... algo, ¿verdad?

Isabelle y Raj intercambiaron una larga mirada.

—Hay muchas explicaciones posibles... —empezó a decir Isabelle con cautela.

—Claro. Y seguro que son convincentes... —Raj hablaba con voz queda y aterciopelada, como un gato que ronronea al ver a un pajarito posarse en el suelo.

Aquello era justo lo contrario de lo que Allie esperaba oír. Un escalofrío le recorrió la espalda.

***Oh, Dios mío, ¿qué he hecho?***

La directora sostuvo la mirada de Raj un buen rato, como si estuviera tomando una decisión. Por fin, asintió, una sola vez.

Sin aguardar más indicaciones, el jefe de seguridad se puso en pie y cruzó el despacho a grandes zancadas. Zelazny lo siguió al exterior.

Cuando las dejaron solas, la directora se quedó mirando la puerta, absorta en sus pensamientos. Un pesado silencio se apoderó de la salita.

Allie buscó algo que decir, aunque Isabelle parecía haber olvidado su presencia.

—A lo mejor debería...

Se levantó a medias, pero Isabelle le indicó por gestos que se sentara. Se le había enrojecido la cara, como si estuviera conteniendo las lágrimas.

Allie tenía la piel de gallina. Todo aquello era culpa suya, por haberle contado a Isabelle lo que había visto.

***¿Por qué tuve que verlo?, pensó enfadada. ¿No podía haber sido otra persona la que estuviera junto a la puerta del despacho aquel día?***

—Estoy segura de que podrá explicarlo —dijo Allie.

El dolor brillaba en los ojos dorados de Isabelle.

—Conozco a Eloise de toda la vida. No me creo que ella sea el topo —en tono tembloroso pero decidido, repitió las palabras—. No me lo puedo creer. Tiene que haber algo más, Allie. Algo que hemos pasado por alto —sacó una hoja de papel y cogió su pluma. Volvió a mirar a su alumna con franca determinación—. Vamos a repararlo todo otra vez. Desde el principio.

Casi despuntaba el alba cuando Allie se metió en la cama. Llevaba tantas horas levantada que estaba exhausta y, sin embargo, no podía dormir.

Revivía mentalmente una y otra vez el momento en que Eloise había descubierto que estaba en un buen aprieto.

Cuando la bibliotecaria había regresado al edificio principal, Isabelle fue a buscarla enseguida pero le ordenó a Allie que se quedara en el despacho. Dejó la puerta abierta, así que Allie oyó perfectamente la voz alegre de Eloise, que preguntaba: «He recibido tu mensaje. ¿Qué pasa?».

Fue Raj quien respondió, pero Allie no pudo distinguir las palabras. Fuera lo que fuese, Eloise se sintió acorralada, porque exclamó asustada: «¿Qué? No. Esto es absurdo —luego, un momento después—. Isabelle, por favor. No les dejes hacer esto».

Allie llegó al vestíbulo a tiempo de ver cómo se llevaban a la bibliotecaria como si fuera una prisionera, escoltada por Zelazny a un lado y por Raj al otro.

Al verla, a Allie se le encogió el corazón; sabía de sobra lo que se sentía.

Cuando comprendió que no se dormiría, apartó el edredón y se encaramó a la mesa del escritorio para abrir la ventana arqueada. Cerró los ojos y dejó que el aire frío la despejase.

Si al menos pudiera hablar con alguien de aquello. Hacía unos meses, habría saltado por la ventana sin pensárselo dos veces y habría corrido al dormitorio de los chicos para colarse por la ventana de Carter y contárselo todo.

Contempló con añoranza el saliente que discurría por la fachada. Luego sacudió la cabeza y miró a otra parte. Aquellos días habían quedado atrás.

Si no era con él, ¿con quién podía hablar? Rachel no pertenecía a la Night School, de modo que no se lo podía confiar. Zoe solo tenía trece años y, por muy lista que fuera, apenas era una niña.

El frío se le estaba metiendo en los huesos. Justo cuando cerraba la ventana, oyó que alguien llamaba a la puerta con suavidad.

Frunciendo el ceño, Allie miró el reloj despertador que había en el escritorio.

***Las cinco y media de la mañana. ¿Quién puede ser a estas horas?***

Cuando abrió la puerta, vio a Nicole al otro lado. Con su pijama azul marino y su bata blanca, parecía más imperfecta que de costumbre: llevaba la oscura melena muy despeinada e iba sin maquillar. Allie reparó también en una erupción de granitos que le salpicaba la mejilla.

Así que Nicole también era humana, tras aquella fachada impecable.

—Lo siento —se disculpó la francesa, sin imaginarse que Allie le estaba dando un repaso—. No podía dormir. He pensado que a lo mejor tú también estabas levantada.

—Ya te digo —Allie se apartó para cederle el paso—. Me alegro de no ser la única.

—Genial. Ha sido una noche rara —dijo Nicole en tono sarcástico. Sin esperar a que la invitaran, se sentó en la cama, desplegó la manta que había a los pies y se tapó las piernas con ella—. Aquí hace más frío que en mi habitación —observó.

Allie admiraba la seguridad en sí misma que demostraba siempre; Nicole se hacía cargo de cualquier situación y se sentía cómoda en todas las circunstancias.

Volvió a la cama a su vez y se tapó con el edredón para protegerse del frío que se había apoderado del cuarto cuando había abierto la ventana.



—Después de que te fueras, Zelazny y Jerry Cole han venido a hablar con nosotras —confesó Nicole con voz queda—. Nos han hecho muchas preguntas, pero no querían decirnos dónde estabas. Menuda idiotez. Cuando se ponen en ese plan, parecen críos jugando a los espías.

Allie asintió. Le daba mucha rabia que, cuando algo iba mal, los profesores se comportaran como si la Academia Cimmeria fuera el M15 o algo así.

—¿Os... os han dicho algo de Eloise? —preguntó Allie con inseguridad.

Nicole alzó sus enormes ojos buscando los de su amiga.

—Nos han preguntado muchísimas cosas sobre ella. ¿Se ha metido en un lío? Yo no sabía a qué venía todo eso —señaló, arrugando su delicada frente.

Allie guardó silencio unos instantes, sin saber hasta qué punto podía hablar con ella de lo sucedido. Aunque, bien pensado, Nicole era una de las alumnas veteranas de la Night School; se mirase por donde se mirase, pronto estaría al corriente de todo.

—Creen que es la espía de Nathaniel.

Aunque Allie lo dijo en susurros, sus palabras quedaron suspendidas en el aire, como la reverberación de una campana.

Al principio, Nicole se quedó demasiado impresionada para responder. Luego jadeó horrorizada.

—Oh, no... Pero eso es absurdo —escupió algo en francés—. ¿Y por qué piensan eso? No lo entiendo.

Allie notó que le ardía la cara; bajó la vista.

—Yo tengo la culpa —reconoció—. Vi... algo y se lo he contado. Se han puesto frenéticos.

Para su sorpresa, Nicole no le hizo ningún reproche.

—¿Qué viste?

Allie le contó el incidente del despacho de Isabelle.

Cuando hubo terminado, Nicole frunció el ceño con ademán meditabundo.

—Qué raro. No entiendo por qué... —levantó la vista para mirar a Allie—. ¿Isabelle te dijo que no tenía motivos para estar allí?

La otra asintió apenada.

—Oh, no —Nicole se dejó caer contra la pared—. Es terrible. No puede ser ella. No quiero que sea Eloise.

—Eso pensaba yo, pero... No sé. Esto tiene mala pinta —dijo Allie.

—Espera —incorporándose, Nicole se golpeó la barbilla con una uña pintada de rosa—. Vamos a pensarlo bien.

Allie se tapó la cara con las manos y gimió.

—¿Hablas en serio? Isabelle y yo nos hemos pasado horas dándole vueltas. No hemos encontrado nada que pudiera ayudar a Eloise.

A pesar de todo, Nicole no se dejó disuadir.

—Es que tengo una idea. ¿Has dicho que estaba sudando? ¿Y que parecía nerviosa?

Allie asintió.

Nicole meditó aquella a información antes de seguir preguntando.

—¿Y llevaba el pelo... cómo se dice... revuelto? ¿Como si se acabara de levantar?

Allie estaba perpleja. ¿Qué importancia tenía eso?

Desconcertada, se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

—¿Viste salir a alguien más del despacho? ¿A algún otro profesor?

Allie negó con un gesto mientras miraba a Nicole con curiosidad.

—No. Pero me marché enseguida.

—Mmm... —con la mirada perdida en el infinito, la francesa apoyó la barbilla en la mano—. Podría ser.

—¿Podría ser qué?

Nicole le guiñó un ojo.

—Pues que Eloise no sea la espía. A lo mejor estaba allí haciéndolo con Jerry.

***Seguro que no he oído bien.***

—¿Qué? —Allie la miró fijamente—. ¿Insinúas que Eloise y Jerry estaban...?

Nicole asintió.

—Echando un polvo, como vosotros decís. Sí.

Allie no podía cerrar la boca. La mera idea de que la bibliotecaria y el profesor de ciencias lo estuvieran haciendo en el despacho de Isabelle le parecía repulsiva. ¿Por qué iba Eloise, tan joven y tan guapa, a liarse con un hombre tan mayor? Jerry debía de tener... casi cuarenta años.

Estaba haciendo esfuerzos por imaginar lo que la bibliotecaria pudiera ver en él cuando recordó de repente que a Jo se le caía la baba con el profesor de ciencias; Jerry siempre le había hecho gracia.

A pesar de todo... No, no era posible. Eloise podía elegir a quien quisiera.

—Menuda chorrada —le espetó—. Es imposible que a Eloise le guste Jerry.

Nicole se quedó de una pieza.

—¿Y por qué? A mí me parece bastante guapo. Tiene un cuerpo fantástico.

—¿Jerry? —Allie la miró horrorizada—. Es viejo, Nicole. No puedes decir en serio que tiene buen cuerpo. Es... asqueroso.

—Ay, pero qué bobas sois las inglesas... —suspiró Nicole—. Jerry es muy guapo, ya lo creo que sí. Y además sé que tienen un rollo. Te lo garantizo.

—¿Y cómo lo sabes? —Allie intentó tomárselo con más calma.

—La pregunta correcta en este caso sería: ¿cómo es posible que tú no lo sepas? ¿No te has dado cuenta de cómo se miran? Hace siglos que se gustan, y se liaron el

semestre pasado. Más de una vez los he visto salir juntos en dirección al bosque. Y una vez los vi besarse en la sala de entrenamiento antes de que llegaran los demás... Pensaba que todo el mundo estaba enterado —se encogió de hombros con indiferencia—. Están enamorados.

Allie hacía esfuerzos por asimilar aquella información.

—Vale, pero, aunque estén juntos, lo cual no me parece bien, ¿cómo entraron en el despacho de Isabelle? ¿Y por qué esconderse precisamente allí a... echar un polvo? ¿Por qué no hacerlo en el dormitorio de alguno de los dos?

—No sé —admitió Nicole—, pero a los profesores no se les permite salir juntos, y el sexo está totalmente prohibido. Así que... a lo mejor consiguieron una llave y, sabiendo que Isabelle estaría fuera todo el día, se encerraron allí pensando que nadie los molestaría. O sea, no sé, solo es una idea —miró a Allie con expresión pensativa, como si estuvieran resolviendo un problema sumamente complicado para la clase de ciencias—. El despacho es pequeño, pero hay espacio suficiente para hacer el amor, *non?*

Allie arrugó la nariz. ***Todo esto es asqueroso a más no poder.***

—Sí, claro, es posible. Pero de ser así, ¿por qué no decirlo y en paz? Jerry corroboraría la versión de Eloise y la soltarían.

—Si les dice que Jerry y ella tienen una relación, los despedirán a los dos. A lo mejor le está protegiendo. O puede que ella lo haya dicho y él lo haya negado para no meterse en líos. Aunque sería una crueldad —Nicole se puso muy seria—. También es posible que Raj y Zelazny no se lo hayan creído.

Allie la miró a los ojos.

—¿Y tú qué piensas? ¿Crees que Eloise trabaja para Nathaniel? ¿Piensas que ella es la espía?

—Claro que no.

La respuesta de Nicole fue inmediata y tajante.

Hasta después de formular la pregunta, Allie no se había dado cuenta de lo mucho que deseaba, muy en el fondo, que el topo fuera Eloise. Sin duda era una posibilidad espantosa, pero al menos así sabrían algo. La búsqueda habría terminado. Y estaba deseando que todo aquello acabase.

Por otro lado, en lo más profundo de su corazón, ella tampoco creía que Eloise los hubiera traicionado. No tenía lógica. No encajaba.

La desesperación cayó sobre Allie, negra como una nube de tormenta. Estaba tan cansada y se habían esforzado tanto... Todo para nada.

Nathaniel seguía ahí fuera. Habían encerrado a la persona equivocada. El espía continuaba suelto, anónimo y peligroso. Nada había cambiado. Todo seguía igual. O peor.

Miró a Nicole con desaliento.

—¿Y entonces quién es?

Nicole le sostuvo la mirada durante unos instantes. Luego, como si se le acabara de ocurrir una idea, irguió la espalda.

—A ver si podemos averiguarlo. ¿Me das una hoja de papel, por favor?

Allie se levantó de la cama para coger una libreta y bolígrafos del escritorio. Se los tendió a su amiga. A Nicole, igual que a Rachel, se le daban de miedo las ciencias. Era lógico que abordara el problema como una ecuación complicada.

—Vamos a ceñirnos a los momentos clave —la francesa dibujó unos cuantos recuadros en la hoja. En uno escribió «Ruth». En el siguiente «Jo». Y en el último «capilla»—. A ver —golpeteó el extremo del boli contra el papel—. ¿Dónde estábamos todos cuando asesinaron a Ruth?

Con mucho trabajo, reconstruyeron el paradero de los alumnos y profesores de la Night School la noche del baile estival, haciendo una lista de todos aquellos que podían ubicar y otra de los que no. Luego repitieron la operación, esta vez en torno a la noche del asesinato de Jo. ¿Quién estaba con ellas a la hora exacta en que la verja se abrió y su amiga fue apuñalada? Por último hicieron lo mismo en relación al incidente de la capilla. Nicole dibujó un diagrama compuesto de pequeños recuadros, en el interior de los cuales fue escribiendo distintos nombres. A continuación, trazó una serie de líneas —rectas y claras— que unían cada uno de los escenarios con aquellas personas que no podían ubicar.

Al cabo de un rato, Allie comprendió que Nicole buscaba un patrón. Sí, era muy posible que hubiera entrado alguien del exterior, pero alguna persona de dentro de la escuela le había dado la llave, había abierto el candado, había puesto en marcha el mecanismo de la verja. Lo había ayudado. Y eso era lo que estaban buscando. Alguien que hubiera estado ausente cada vez que se producía un crimen.

Cuando hubieron terminado, contemplaron el papel en silencio.

Con un dedo, Allie repasó las líneas negras que conducían a un puñado de casillas, cada una de las cuales albergaba el nombre de una persona que conocían bien. Líneas tan estrechas como los lazos de confianza que habían construido con aquella gente.

Pero todo aquello que se construye puede ser destruido.

—Así pues, el traidor es uno de estos —dijo.

Nicole asintió. Las sombras empañaban sus ojos oscuros.

—Eso parece.

Allie contempló el delator diagrama que tenían delante. Luego alzó la vista para mirar a Nicole.

—¿Y ahora qué hacemos?

## Catorce

Eran casi las nueve de la mañana cuando Nicole abandonó la habitación de Allie, y para entonces ya habían ideado un plan de ataque. Era muy básico, pero menos da una piedra.

El primer paso consistía en reclutar un equipo.

Habían acordado que ambas debían dar su consentimiento antes de admitir a cualquier candidato pero, al final, no les costó mucho decidir a quién incluían en el plan y a quién dejaban fuera.

Ahora solo tenían que convencer a todos los escogidos.

Allie se vistió a toda prisa y salió de su cuarto. No había ni un alma por los pasillos; era sábado, y casi todo el mundo estaría haciendo deporte o charlando tranquilamente. Algunos habrían salido a jugar a fútbol, pero también por la puerta abierta de la sala común se colaba un murmullo de voces y risas.

Durante un instante, triste y fugaz, Allie echó de menos la rutina escolar. Sería tan agradable volver a ser una más por un tiempo...

Corrió a trote ligero para llegar cuando antes a la biblioteca.

En cuanto cruzó el umbral, se sintió transportada a otro mundo. En la biblioteca reinaba un silencio sepulcral. Las gruesas alfombras persas amortiguaban el ruido de los pasos por abajo mientras que, por arriba, los altos techos se encargaban de absorber el resto. Al entrar, tenías la sensación de que una gruesa manta de lana envolvía el lugar.

El pestazo a humo que había impregnado la sala tras el incendio del verano anterior se había disipado hacía tiempo; ahora la biblioteca olía únicamente a viejos tomos de piel, a tinta del siglo XIX y a madera pulida.

Todas las estanterías parecían idénticas, pero Allie sabía que muchas de las que había al principio de la sala no eran sino réplicas, fabricadas a imagen y semejanza de aquellas que, originalmente, se erguían hacia las tinieblas del techo. Incluso las escalas de ruedas eran idénticas a las originales.

De hecho, hasta el más mínimo desperfecto que Nathaniel había ocasionado al edificio había sido restaurado; Allie sabía que debería alegrarse por ello. Por desgracia, ahora mismo no podía alegrarse por nada.

Cuando descubrió a un tipo delgado y con gafas en el asiento que normalmente ocupaba Eloise, le dio un vuelco el corazón. Le parecía una infamia remplazarla sin más, como si ya dieran por sentada su culpabilidad. Como si la bibliotecaria fuera prescindible.

Mientras se acercaba al mostrador, reconoció al sustituto; era un profesor de Inglés que daba clases a los alumnos de los primeros cursos. Allie procuró no enfadarse demasiado con él. El pobre hombre no tenía la culpa. Seguramente.

A pesar de todo, quiso ponerlo a prueba. A ver si se atrevía a mentirle a la cara.

—Perdón —lo abordó—. ¿Sabe dónde está Eloise?

El hombre dejó a un lado las fichas que estaba clasificando; Allie supo por su expresión que, aunque ella no recordaba su nombre, él sabía perfectamente con quién estaba hablando.

—Me temo que está ocupada —replicó con exquisita educación—, durante todo el fin de semana.

Aquella combinación de trola monumental y maneras exquisitas la sacó de quicio. Seguro que aquel hombre sabía de sobra dónde estaba Eloise y lo mal que lo estaba pasando, pero le importaba un pimiento.

Menudo capullo.

—Genial —repuso Allie con frialdad—. Tenía miedo de que le hubiera pasado algo malo.

Sin aguardar respuesta, dio media vuelta y caminó a paso vivo hacia una zona en penumbra cerca de la pared. Rachel estaba allí, como de costumbre, con las gafas apoyadas en la punta de la nariz y los oscuros rizos enrollados sobre sí mismos y sujetos en la nuca con la ayuda de un lápiz, cuyo extremo superior sobresalía del moño como una antena.

Le había sorprendido que Nicole se aviniera tan deprisa a reclutar a Rachel. Como no pertenecía a la Night School, esperaba que pusiera objeciones.

«Para incluirla en el equipo, habrá que saltarse un montón de normas», señaló Allie, pero Nicole se encogió de hombros.

«Una más no importará. Si nos pillan, nos expulsarán de todos modos».

—Hola —decía Allie ahora, mientras se sentaba delante de Rachel.

—Uy, qué bien —Rachel alzó la vista—. ¿Vienes a que te torture, digo, a que te dé clase de ciencias?

Como Allie no bromeó a su vez, Rachel entornó los ojos.

—¿Qué pasa? Ha pasado algo, lo noto. Estás haciendo esa cosa con la nariz.

Allie se tocó la punta de la nariz con timidez. No le parecía que estuviera haciendo nada.

—¿Qué cosa? —preguntó, antes de concluir que daba igual—. Mira, ha pasado algo...

—Lo sabía —presumió Rachel—. La nariz nunca miente.

Allie se inclinó hacia delante para captar la atención de su amiga.

—Necesito tu ayuda —no había nadie sentado por allí cerca, pero Allie se tapó la boca a medias de todas formas—. No te va a gustar nada lo que te voy a contar.

—Oh-oh —Rachel se quitó las gafas.

—Eloise está en apuros y necesita nuestra ayuda.

La expresión burlona se esfumó del rostro de Rachel.

—¿Qué ha pasado?

Allie miró a su alrededor.

—Acompáñame.

Dejando los libros de Rachel sobre la mesa, se dirigieron a la sección de la antigua Grecia, situada en uno de los rincones más oscuros de la biblioteca; nunca había nadie allí. A medida que se acercaba el momento de la verdad, Allie estaba cada vez más agobiada, pensando que muy posiblemente Rachel se iba a negar a lo que estaba a punto de proponerle.

Su amiga odiaba la Night School y todo lo relacionado con el lado oscuro de Cimmeria. Incluso había intentado convencer a Allie de que no se uniese al grupo. Por otro lado, la biblioteca era su lugar favorito del mundo y consideraba a Eloise el alma de la biblioteca. Allie sabía que si le pintaba muy negra la situación de la joven instructora, tenía más probabilidades de que Rachel quisiera implicarse, pero era consciente de que, en parte, estaría traicionando a su amiga.

Lo que estaba a punto de proponerle guardaba relación con todo aquello que Rachel más odiaba del colegio y Allie se proponía hundirla en ello hasta las cejas.

Rápidamente, le contó todo lo sucedido la noche anterior: el cuchillo en la pared. Nathaniel. Gabe. Cuando le explicó que alguien estaba ayudando a sus enemigos desde dentro, Rachel reprimió un grito y se alejó unos pasos.

—Me lo temía —dijo al cabo de un momento—. Mi padre comentó algo hace un tiempo que me hizo pensar que había un traidor entre nosotros. ¿De quién sospechan?

Allie le sostuvo la mirada.

—¿Ahora mismo? Sospechan de Eloise.

Cerrando los puños, Rachel maldijo en silencio. Desde que la conocía, Allie no le habría oído decir más de dos tacos.

—El caso es que estamos seguras de que no es ella —prosiguió—, pero necesitamos tu ayuda para demostrarlo. Rach, ya sé lo mucho que detestas estas historias pero... ¿me ayudarás?

Rachel guardó silencio un buen rato. Cuando alzó la vista, la preocupación ensombrecía sus ojos almendrados.

—¿Qué quieres que haga?

El resto fue fácil.

Allie insistió en que incluyeran a Zoe porque, aunque fuera una cría, también era rápida y muy lista. Por encima de todo, pasaba desapercibida; podía entrar y salir de todas partes sin que nadie se diera cuenta. La gente no presta atención a una niña.

Nicole cumplió su cometido: reclutar a Carter y a Sylvain.

Cuando el nombre de Jules había surgido en la conversación, Allie había dicho que no con la cabeza. Ahora mismo, no tenía fuerzas para soportar a la parejita feliz.

Y Nicole, para sorpresa de Allie, había rechazado a Lucas sin más explicación.

«No lo quiero en el equipo», dijo cuando la otra la presionó.

«Venga, Nicole —insistió Allie—. Es el novio de Rachel. Y uno de los nuestros».

Nicole, sin embargo, no dio su brazo a torcer y Allie renunció. Lucas, no.

De modo que aquel era el grupo: seis personas dispuestas a encontrar al espía de Cimmeria que la flor y nata de los instructores no había podido desenmascarar.

El primer paso era muy sencillo. Iban a encontrarse a medianoche en la cripta que había debajo del dormitorio de la chicas.

Luego, la cosa se complicaría.

A las doce menos tres minutos, Allie dio unos golpes secos en la pared que separaba su cuarto del de Rachel. Al cabo de un momento, su amiga respondió con un toque desangelado.

### ***Hora de irse.***

Abrió la puerta en silencio. Al salir, la cerró con un hábil giro de muñeca. El chasquido del mecanismo fue casi imperceptible.

Reinaban la oscuridad y el silencio en el largo y estrecho pasillo de los dormitorios. La puerta de Rachel seguía cerrada.

Con la linterna en una mano, Allie se puso de puntillas con impaciencia, cuidando de no hacer el menor ruido.

—Venga, Rach —susurró bajito.

Durante unos segundos que se hicieron eternos, nada sucedió. Por fin, la puerta de su amiga se abrió con un chirrido.

Rachel salió despacio, rezumando disgusto por los cuatro costados. Caminaba con la mirada baja, la espalda hundida.

Allie sabía lo mucho que su amiga odiaba todo aquello, pero quería que participase de todos modos; la necesitaba.

Ladeando la cabeza para indicarle a Rachel que la siguiera, Allie echó a andar sin pronunciar ni una palabra. La calefacción se bajaba durante las horas nocturnas y ahora el edificio gruñía y protestaba, conforme la fría noche invernal le ganaba terreno.

La puerta del fondo del pasillo parecía de un trastero, pero ocultaba una vieja escalera de servicio, disimulada detrás de las paredes de Cimmeria. Hacía años, debía de ser la escalera por donde las criadas subían y bajaban para hacer sus tareas sin andar pululando por los pasillos. Ahora ya nadie las utilizaba.

Una corriente fría atravesó la puerta abierta y Allie se estremeció. Miró por encima del hombro para asegurarse de que Rachel seguía detrás de ella, encendió la linterna y empezó a bajar.

Cuatro pisos más abajo, la estrecha escalera de caracol desembocaba en una gran



nave de techo bajo. Con su suelo y sus paredes de piedra caliza, la cripta no tenía nada que envidiar a una nevera: hacía un frío de muerte. Y estaba vacía. ¿Por qué?

Allie notó un soplo helado en la nuca. Algo iba mal.

Enfocó la cámara con su linterna. El haz iluminó las fantasmales columnas de piedra que aún conservaban las marcas de antiguos cinceles, parecidas a arañazos.

Algo se movió por detrás de las columnas, como si la luz hubiera despertado a algún ser agazapado.

Allie protegió a Rachel con el cuerpo y se acuclilló en postura de defensa, sosteniendo la linterna como si fuera una porra.

—Brutal —susurró Zoe mientras encendía su propia linterna—. Vaya numerito.

Allie respiró aliviada, notando cómo le bajaban de golpe los niveles de adrenalina.

—Maldita sea, Zoe. ¿Qué hacías ahí escondida? Casi me matas del susto.

—Hola, Allie. Estoy aquí. Justo donde me has citado —el tono socarrón de Zoe se esfumó de repente—. Jopetas, Rachel, qué mala cara tienes. Deberías sentarte.

Allie se volvió a mirar y descubrió que la cara de su amiga Rachel se había teñido de un feo color verdoso.

—¡Rachel!

—Estoy perfectamente —repuso ella, tambaleándose.

Allie la cogió del brazo y la llevó a un cajón polvoriento puesto de revés.

—Siéntate. Pareces a punto de vomitar.

—No, si solo me he... asustado —dijo Rachel con un hilo de voz—. Pensaba que íbamos a morir. Nada importante.

—Coloca la cabeza entre las rodillas —le ordenó Zoe.

—¿Qué le pasa a Rachel? —Sylvain salió de entre las sombras de un pasillo, apenas el rayo de una linterna con acento francés.

—Zoe nos ha asustado —Allie fulminó a la niña con la mirada—. Rachel ha sufrido un ataque al corazón.

—No ha sido un ataque al corazón exactamente —murmuró Rachel con voz lejana; seguía con la cabeza entre las rodillas—, pero he visto pasar toda mi vida ante mis ojos. Siento mucho lo de Robert Peterson.

Todos se volvieron a mirarla.

—¿Quién es Robert Peterson? —preguntaron Allie y Zoe a la vez.

—Yo sé quién es —apuntó Nicole, asomándose por la misma puerta que acababan de cruzar Allie y Rachel—. Iba conmigo a clase de Física el año pasado. Es un empollón que lleva gafas de culo de botella.

—Le besé una vez —dijo Rachel—. Babeaba.

—Qué asco —exclamó Zoe, horrorizada.

Nicole se encogió de hombros.

—Eso no mata a nadie.

—Eso no —admitió Rachel.

—¿Dónde está Carter? —preguntó Nicole, echando un vistazo a la cripta.

—Aquí.

Todos se giraron hacia la luz que brillaba en el pasillo. Cuando Carter se fue acercando, el rayo aumentó de intensidad. Allie lo enfocó con su propia linterna hasta que todos pudieron ver la silueta del chico en la oscuridad.

—Entonces ya estamos todos —declaró Nicole en tono solemne—. Podemos empezar.

## Quince

Se sentaron directamente en el polvoriento suelo, formando un corro. No había más luz que la de sus linternas, y Allie tuvo la sensación de que estaban en una fiesta, a punto de jugar a «verdad o reto» o a «la botella».

Por desgracia, les aguardaba un juego mucho más peligroso.

Contemplando aquel círculo de caras que la miraban expectantes, supo que todos querían lo mismo que ella. Respuestas. Soluciones. Justicia.

Allie no se lo podía ofrecer.

—Todos sabéis por qué estamos aquí —la voz de Allie resonó contra las paredes de piedra—. Después de lo que pasó ayer por la noche, yo... —echando un vistazo a Nicole, rectificó—. Nicole y yo... no creemos que Isabelle y los demás estén en el buen camino. Queremos averiguar quién es el espía en realidad. Así que hemos dibujado un diagrama para tener claro dónde estaba cada uno de nosotros durante los incidentes —sus compañeros la miraron con curiosidad—. Seguimos sin saber quién es el espía. Pero hemos descartado a unas cuantas personas.

Se echó hacia atrás para que Nicole tomara la palabra. La francesa se había recogido el pelo en una coleta baja. Capturado por la luz de las linternas, el pelo le brillaba como granito.

—Partimos de la base de que el espía no es un alumno —empezó a decir—. Solo los más veteranos de la Night School podrían moverse por todas partes con tanta facilidad como él. En cuyo caso... tendría que ser uno de nosotros —desplazó el haz de la linterna por el círculo, iluminando las caras una por una—. Y no lo creemos probable.

—¿Por qué no?

Fue Rachel quien lo preguntó, y todos se volvieron a mirarla.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Allie en tono agudo. La duda la escandalizaba. Rachel se encogió de hombros.

—Podría ser uno de nosotros. No vamos juntos a todas partes.

De todos ellos, solo Nicole se quedó tan fresca.

—Tienes razón. Así que, por si las moscas, he comprobado también nuestras posiciones. Sé dónde estábamos todos en el momento de producirse los episodios. Ninguno de nosotros pudo clavar la nota en la capilla. Tú —señaló a Rachel— estabas en la biblioteca —la aludida asintió—. Allie, Zoe y yo estábamos juntas. Carter y Sylvain también se encontraban cerca, junto con Jules, Lucas y todos los alumnos de la Night School —dijo—. Y he comprobado también dónde estábamos cuando se produjeron los otros incidentes. Es imposible que ninguno de los veteranos pudiera participar en los tres episodios. Quedamos descartados.

—Así pues, el espía es un profesor —concluyó Carter en tono lúgubre.

Aunque Allie había tomado parte en todo el proceso de deducción, la frase de Carter le heló las entrañas. Y comprendió, por las caras que ponían sus amigos, que ellos compartían su sentimiento. Rachel parecía destrozada e incluso Zoe se mordisqueaba el labio inferior y fruncía el ceño como si la idea la aturdiere.

—Sí —dijo Nicole en voz baja—. Tiene que ser uno de los instructores de la Night School. Alguien muy unido a Isabelle. Ellos tienen más libertad de movimiento que los demás profesores y sus horarios son más difíciles de controlar.

—Entonces, ¿por qué no pudo ser Eloise? —preguntó Zoe frunciendo el ceño.

Allie recordó el diagrama que habían dibujado por la mañana. El nombre tachado de Eloise. La extraña mezcla de decepción y alivio que la había embargado.

—Eloise estaba con nosotras justo antes de que apareciera el cuchillo —explicó—. Quienquiera que lo clavara en la capilla, tuvo que hacerlo en el lapso transcurrido entre la partida de los demás y nuestra llegada. Eloise no tuvo tiempo material de llegar allí antes que nosotras y prepararlo todo. Así que, si nadie se coló en los terrenos ayer por la noche (y Raj dice que no fue así), no pudo ser ella.

Mientras los demás asimilaban la información, Nicole trazó un círculo con el haz de la linterna.

—Echarle la culpa ha sido... ¿cómo se dice? Una pantomima.

La sensación de frío aumentó aún más en la cripta.

—Si eso es verdad, entonces uno de los que la está acusando es el compinche de Nathaniel —dedujo Sylvain.

—Tiene lógica —intervino Rachel—. Dejarán de buscarle si los convence de que Eloise es la espía.

Allie asintió.

—Y mientras nadie lo busca, el auténtico espía podría hacer...

Nicole terminó la frase por ella.

—Cualquier cosa.

Frunciendo el ceño con ademán concentrado, Zoe intentaba sacar conclusiones.

—Si tenemos razón con lo de Eloise, el espía tiene que ser o Zelazny o Isabelle o Jerry o Raj...

—Mi padre seguro que no es.

Rachel los interrumpió en tono brusco, y los demás se volvieron a mirarla.

—Tiene razón —opinó Allie—. Es imposible que sea Raj. Ama demasiado este lugar y adora a Isabelle. E Isabelle tampoco puede ser por razones evidentes.

—¿Y no podría ser uno de los guardias de más confianza? —preguntó Sylvain—. Unos cuantos tienen pleno acceso a las instalaciones.

Nicole había pensado en eso también.

—Solo tres guardias tienen pleno acceso a las instalaciones —dijo—. Y únicamente dos de ellos estaban trabajando el día que asesinaron a Ruth.

Se hizo el silencio en el sótano. La lista de posibles traidores se reducía por momentos.

—Solo nos quedan Zelazny, Jerry o uno de los guardias de confianza —meticuloso, Carter contó los nombres con los dedos—. Y Raj escoge a sus hombres con mucho cuidado.

Sylvain lo miró como si acabara de recibir un bofetón.

—No me lo creo —objetó—. No me creo que ni Jerry ni Zelazny hayan hecho algo así. Es imposible.

Allie y Nicole intercambiaron una mirada. Ya nada era imposible.

El día siguiente era domingo. A las nueve en punto, Allie montaba guardia junto al despacho de Isabelle.

La puerta estaba cerrada con llave y no parecía que hubiera nadie dentro.

Apoyada contra la pared, Allie se cruzó de brazos y se dispuso a esperar.

***Tendrá que volver antes o después.***

Habían quedado en que Carter y Sylvain se encargarían de espiar a Zelazny y a Jerry. Nicole y Rachel intentarían averiguar lo que pudieran del resto de los profesores. A Zoe la había tocado seguir a los guardias más veteranos de Raj.

Allie, por su parte, debía reunir la máxima información posible sobre Isabelle.

Uno u otro averiguarían algo. Aquel espía, quienquiera que fuese, no era perfecto. Se despistaría en algún momento. Lo único que tenían que hacer era estar atentos.

Sin embargo, a medida que iban pasando los minutos, Allie empezó a lamentar que le hubiera tocado aquella misión.

Saltó sobre un pie y luego con el otro. Resbaló contra la pared hasta dejarse caer al suelo y estiró las piernas. Incluso contó los paneles del revestimiento de las paredes, aunque sin mucho entusiasmo.

La próxima vez se traería un libro.

Cuando llegó la hora de comer sin que Isabelle hubiera dado señales de vida, Allie decidió saltarse la comida para seguir vigilando. Sin embargo, al cabo de un rato, no pudo seguir resistiéndose a los tentadores aromas que flotaban hasta ella procedentes del comedor.

***No creo que pase nada por que me vaya un ratito, se dijo. No sé dónde se ha metido Isabelle, pero desde luego aquí no está.***

Cuando Allie llegó al comedor, Rachel y Nicole ya estaban sentadas a la mesa, comiéndose un bocadillo cada una y hablando en susurros.

—¿Alguna novedad? —preguntó Allie mientras arrastraba una silla.

Sus amigas respondieron con un gesto de negación.

—Cero patatero —dijo Rachel—. ¿Y tú?

—Lo mismo digo. Isabelle no ha aparecido. Me he pasado allí toda la mañana —

contempló con tristeza el despliegue de bocadillos que los cocineros habían dispuesto en una bandeja—. Ojalá supiera dónde demonios está.

Aún destemplada por el frío de la noche anterior, se incorporó a medias para echar un vistazo a la sopera que habían dejado en el centro de la mesa.

—Hoy hay una sopa verde muy rara —la avisó Rachel—. Yo en tu lugar no lo haría.

Las dos chicas observaron con recelo cómo Allie se servía la sospechosa sopa verde en un cuenco de porcelana blanca decorado con el escudo de Cimmeria.

—Es que necesito algo caliente —se justificó Allie—. Aunque sea Soylent Green.

—El Soylent Green está hecho a base de personas —anunció Zoe mientras se sentaba a su lado.

—Genial —dijo Rachel—. Ahora me has estropeado el final.

—Pensaba que todo el mundo lo conocía —Zoe se quedó mirando la sopa de Allie—. Tiene una pinta asquerosa. A lo mejor sí que lleva carne humana.

—Sabe mejor de lo que parece —repuso Allie tan fresca. Se volvió a mirar a Zoe—. ¿Ha habido suerte?

—¿Respecto a qué? —preguntó la más joven, despistada.

Allie ladeó la cabeza con aire misterioso.

—Ya sabes. El... asunto. ¿Lo que hablamos ayer por la noche?

—Ah, el espionaje —mientras las demás siseaban para hacerla callar, Zoe cogió un bocadillo de la bandeja—. Más o menos.

Todas estaban pendientes de ella.

—¿Qué has averiguado? —quiso saber Allie.

—Lo que pensábamos. Han encerrado a Eloise.

—¿Dónde? —preguntaron las otras tres al mismo tiempo.

Zoe respondió con la boca llena de pan con queso.

—No lo sé... No me lo han dicho. Pero los guardias están cabreados. Todo tiene un límite. Los obligan a hacer turnos dobles. Tienen familia, ¿sabes? No los contrataron para esto. Y no quieren participar en nada ilegal.

Fue un discurso extraño —cambiaba de acento con cada frase— y Allie tardó un momento en darse cuenta de que estaba imitando la voz de cada uno de los guardias. Por lo visto, la tendencia natural de Zoe a la literalidad la convertía en la espía ideal.

—Tenemos que averiguar dónde la tienen retenida —comentó Allie—. Seguro que Isabelle está allí también. ¿Cómo voy a hablar con ella si no la encuentro?

Alzó la voz, frustrada, pero enseguida la bajó otra vez.

—Yo la encontraré —le aseguró Zoe—. Un guardia ha dicho que...

De repente, abrió unos ojos como platos, y Allie se dio la vuelta para investigar qué estaba mirando.

Carter y Sylvain corrían por el pasillo central del comedor. Era raro verlos juntos,

porque siempre se habían odiado a muerte. Ahora, en cambio, parecían un equipo muy unido, avanzando al mismo paso por el centro de la sala.

Allá por donde pasaban se desataba la confusión. El nivel de ruido aumentó en el comedor y unos cuantos alumnos, los que estaban más cerca de la puerta, se levantaron y salieron corriendo.

—Venid, deprisa —exclamó Carter sin aliento—. Hay novedades.

Las chicas intercambiaron una mirada de extrañeza y corrieron tras ellos hacia la puerta, donde el repentino éxodo había provocado un embotellamiento.

Cuando consiguieron abrirse paso, los chicos las guiaron hacia la puerta principal. Estaba abierta, aunque hacía un frío de muerte.

Al ver Allie la escena, le dio un vuelco el corazón. Se mirase por donde se mirase, aquello tenía mala pinta.

Había un Bentley aparcado junto a la entrada del edificio principal. Un tiarrón vestido con un uniforme muy raro —entre militar y de botones— se dirigía hacia el coche desde la puerta. En una mano llevaba una maleta de diseño. Con la otra sujetaba el brazo de una chica que protestaba y se retorecía.

—Es Caroline Laurelton. ¿Qué le está haciendo? —Rachel frunció el ceño horrorizada.

—¿Qué pasa? —Zoe se coló entre la gente para ponerse en primera fila.

—¡Suéltame!

La chica, que gritaba y sacudía el corto pelo castaño, hacía esfuerzos por zafarse de la manaza. El gorila, sin embargo, era un armario de más de metro ochenta, todo músculos de acero. Ella era pequeña y delgada. No tenía ninguna posibilidad de escapar.

—No... —Allie se volvió a mirar a Sylvain, que observaba la escena de pie a su lado. Con los dientes apretados, rebosaba ira e indignación—. ¿De qué va esto?

—Sus padres la han sacado del colegio. Han enviado al chófer para que la lleve a casa —Sylvain no apartaba los ojos de la chica, que se había echado a llorar—. No quiere irse.

Sylvain volvió la vista hacia otro lado y Allie se dio media vuelta para seguir su mirada. Junto a la puerta principal, uno de los guardias de Raj contemplaba el drama. Cuando se encontró con la mirada del chico, el hombre negó con la cabeza.

No iban a intervenir.

En el camino, el gorila metía a la llorosa alumna en el coche, medio a empujones, medio a rastras.

—Esto no está bien —dijo Allie, principalmente para sí.

—Ya lo sé —asintió Sylvain con amargura.

Calándose la gorra, el chófer recogió la maleta de la chica y la tiró de cualquier manera al asiento del copiloto. Luego, sin volverse a mirar a la multitud de alumnos

que observaba la escena, se subió al coche y lo arrancó.

Cuando el vehículo desapareció en el bosque, los estudiantes empezaron a formar corrillos para comentar lo sucedido. Enseguida se elevó un murmullo confuso de voces.

Zoe reapareció para reunirse con Allie, seguida de Rachel.

—¿Por qué nadie lo ha detenido? —preguntó Zoe.

—Disculpadme si me equivoco, pero ¿alguien más ha tenido la sensación de estar presenciando un secuestro? —preguntó Rachel. Como nadie respondía, miró a su alrededor estupefacta—. No entiendo nada. ¿Dónde está mi padre?

Sylvain y Carter intercambiaron una mirada elocuente. Carter señaló con la cabeza la puerta principal.

—Vamos adentro.

El comedor se había quedado casi desierto cuando volvieron a sentarse a su mesa de siempre. Empujaron los platos a un lado y juntaron las cabezas para poder hablar en voz muy baja.

—Veréis, resulta que los padres de Caroline Laurelton pertenecen a la junta directiva —explicó Carter—. Y no son fans de Lucinda precisamente. Corre el rumor de que esta mañana han declarado públicamente que Isabelle y Lucinda están hundiendo la escuela y que no quieren formar parte de eso —titubeó un momento antes de soltar la bomba—. Por lo visto, solo han sido los primeros. Dicen que los padres van a empezar a sacar a sus hijos del colegio.

Allie notó que se le encogía el estómago.

—Otra pantomima —opinó Nicole con amargura—. Esa chica es un peón en la partida de sus padres. Sus sentimientos les importan un pito. La están utilizando para enviarle a Isabelle el mensaje de Nathaniel.

—Pensamos que este va a ser el siguiente paso de Nathaniel —dijo Sylvain con intensidad—. Ha dividido la junta. Ahora va a dividir el colegio. Esto acaba de empezar.



## Dieciséis

—No lo entiendo —dijo Zoe—. Los instructores deben de saber lo que está pasando. Pero se han esfumado.

—¿Cómo que se han esfumado? —preguntó Allie.

—Nadie ha visto a Zelazny, a Jerry, a Eloise o a Isabelle desde ayer por la noche —le explicó Zoe—. Todo el mundo habla de ello. Jerry no se ha presentado al taller que estaba programado para este fin de semana. Zelazny tenía tutorías, pero no ha aparecido. Sencillamente —levantó las manos— no están.

—Bueno, ¿y dónde se han metido? Los profesores no desaparecen así como así —arguyó Allie.

—Deben de estar con Eloise —opinó Sylvain. A su lado, Carter asentía—. La estarán interrogando junto con Raj... en algún lugar alejado del edificio principal, porque no querrán que los interrumpan.

Zoe reaccionó.

—Vamos a buscarlos para contarles lo que está pasando.

—Lo que más me asusta es... ¿y si era esto lo que Nathaniel pretendía? —musitó Rachel—. ¿Y si ha utilizado a Eloise para provocar el caos? Por él, cuanto más lío, mejor.

—No puede ser obra suya —dijo Allie compungida—. Fui yo la que acusó a Eloise. Él no me obligó a hacerlo.

—Creo que Allie tiene razón —intervino Nicole—. Más bien debe de ser al contrario.

—Eso tiene lógica —asintió Sylvain—. Al descubrir que todos estaban pendientes de Eloise, ha aprovechado para intervenir.

—Sí, es una estrategia inteligente —dijo Nicole—. Abalanzarse sobre nosotros mientras los profesores están distraídos.

Rachel frunció el ceño.

—Un momento, ¿cómo os habéis enterado de que los padres de Caroline habían hecho un comunicado?

—Por Katie —Sylvain pronunció el nombre con disgusto—. Va por ahí contándoselo a todo el mundo.

Sonó un coro de gemidos. Todos sabían que los padres de Katie Gilmore eran miembros muy activos de la junta de Cimmeria.

—Pero ¿cómo lo ha sabido Katie? —preguntó Allie—. ¿Ha hablado con sus padres por teléfono?

Sylvain frunció el ceño.

—Buena pregunta. Voy a preguntarle... Estaba allí fuera así que no puede andar muy lejos. Averiguaré si sabe algo más.

Cuando el francés se marchó, los demás se quedaron un poco aplatanados.

—Hay que hacer algo —propuso Zoe en tono brusco por la impaciencia—. Tenemos que encontrar a los profesores y contarles lo que está pasando.

—¿Y cómo? —preguntó Carter—. Ahora mismo ni siquiera sabemos dónde están.

Nicole miró a Zoe.

—¿Por qué no echamos un rápido vistazo por fuera? ¿A ver qué encontramos?

—Yo hablaré con los guardias —Rachel se levantó—. A lo mejor me dicen algo, siendo mi padre quien es.

Aliviadas de tener algo que hacer, las tres se largaron a toda prisa. Carter y Allie se quedaron solos en la mesa.

—Y... ¿qué hacemos nosotros? —preguntó ella, retorciendo la servilleta hasta anudar la tela blanca.

—Tenemos que averiguar qué está pasando en realidad y hasta qué punto están informados los profesores.

—¿Y cómo? —quiso saber Allie.

Carter sonrió con aire peligroso.

—Tengo una idea.

Por la tarde, Allie hacía guardia otra vez frente al despacho de Isabelle. En esta ocasión, sin embargo, no estaba sola. Apoyada contra la pared, con los brazos cruzados como si estuviera aburrida, observaba a Carter, que silbaba una melodía desafinada de espaldas a la puerta.

De vez en cuando, los ojos de ambos se encontraban y él arqueaba las cejas. En cada ocasión, ella negaba con la cabeza.

***Aún no.***

Allie sabía por experiencia que Carter solo necesitaba un minuto para llevar a cabo lo que estaba a punto de hacer. Sin embargo, sería un desastre que lo descubrieran; tenían que esperar al momento propicio.

Por fin, la zona se quedó desierta. Girando el cuello, Allie comprobó las escaleras y el pasillo que se abría a su espalda. Vacío. Se volvió a mirar a Carter, que aguardaba su señal.

—Ahora —dijo.

Con movimientos rápidos y seguros, Carter se inclinó hacia el cerrojo de la puerta e insertó una horquilla.

Mientras trabajaba, Allie le cubría la espalda, tapándolo con su cuerpo y controlando el corredor vacío por si advertía alguna señal de actividad.

—¿Sigue despejado? —murmuró él sin alzar la vista.

Al mirar hacia abajo, Allie no pudo sino admirar la seguridad con la que sus

manos —incluso bajo presión— forzaban la cerradura con un trocito de hierro.

—Ajá.

Reinaba una quietud tan completa que creyeron oír un eco cuando el cerrojo cedió con un chasquido.

—Deberían cambiar esta cerradura, en serio —comentó Carter con voz queda a la vez que abría la puerta—. Es facilísimo forzarla.

Se colaron en el despacho y cerraron tras ellos.

No entraba ni pizca de luz en aquella salita sin ventanas y los ruidos cotidianos del colegio llegaban al interior muy amortiguados; el silencio era inquietante. Allie apenas distinguía la forma de Carter, pero lo oía respirar allí cerca.

Con movimientos rápidos, la chica se quitó la chaqueta que le cubría los hombros y la empujó contra la rendija inferior de la puerta.

Buscando el camino a tientas, Carter encendió la lamparilla de latón del escritorio. El despacho cobró vida.

A la luz amarillenta, miró a Allie a los ojos y señaló la mesa.

—Empecemos por ahí.

Como de costumbre, el imponente escritorio de caoba estaba atestado de papeles amontonados. Los hojearon rápidamente, buscando algo sobre Eloise o sobre Nathaniel. Cualquier cosa que les diera una pista sobre lo que se estaba cocinando.

Como no sabían cuándo volvería la directora —ni siquiera dónde estaba—, tenían que darse prisa. Si los pillaban, ya podían despedirse.

Rebuscaron en silencio durante diez minutos. Solo encontraron trabajos de Literatura recién corregidos o los típicos papelujos de una escuela: facturas y cuentas. Nada de interés.

Cuando Allie empezaba a revisar un archivo que contenía únicamente facturas de suministros, Carter la llamó.

—Aquí hay algo.

Alzando la vista, lo vio leer una hoja escrita a mano.

—¿Qué es?

Carter bajó el papel para que Allie pudiera leerlo a su vez.

—Son los cargos contra Eloise.

La hoja contenía una serie de cargos numerados, escritos con una letra cuadrada y precisa, casi todos relativos al hecho de que nadie podía dar cuenta de sus movimientos los días y a las horas en que, supuestamente, el espía había actuado.

—Mira eso —susurró Allie, señalando el papel—. No tiene en cuenta el hecho de que no pudo encender esas velas antes de que llegáramos.

—Es la letra de Zelazny —observó Carter en tono apagado.

Ella lo miró con expresión dubitativa.

—¿Crees que...?

Apretando los labios, Carter se encogió de hombros.

—Si es él quien la acusa, no tengo más remedio que preguntarme si gana algo con ello. El verdadero espía sabe que ella no ha sido.

Al oír aquellas palabras, Allie se estremeció, como si tuviera hielo en el corazón.

—Es que... me cuesta creerlo. Zelazny parece tan leal...

A la luz de la lamparilla, los ojos de Carter brillaban insondables.

—Yo ya no confío en nadie.

Sin saber qué responder a eso, Allie siguió hojeando los papeles del escritorio.

El profesor de Historia era un gruñón, sí, y muy tiquismiquis con las reglas, pero ella siempre lo había considerado la piedra angular de todo el profesorado. La única que jamás cojeaba. Fiel hasta la muerte.

***¿Cómo es posible que...?***

Hecha un mar de dudas, revisaba distraída los papeles relativos a las cuentas del colegio cuando algo le llamó la atención. Cogió una hoja y la acercó a la luz.

—Carter —susurró—. Esto es muy raro.

—¿Qué es?

—Es que... ¿estamos en bancarrota?

—¿En bancarrota? —el chico frunció el ceño y le cogió el papel—. ¿A qué te refieres?

—Mira esto... —Allie señaló la última línea—. Dice que el colegio tiene un saldo negativo de trescientas setenta y cuatro mil libras. Eso es mucho dinero.

Carter echó un rápido vistazo a las cifras y negó con la cabeza.

—No lo entiendo —dijo—. No es posible.

Pero Allie ya estaba leyendo otro papel.

—Espera. Mira lo que dice aquí.

Leyó en voz alta: «Como casi la mitad de las familias han dejado de pagar la cuota este semestre, deposito los fondos necesarios para cubrir la diferencia en la cuenta de Cimmeria. Sin embargo, esto indica que Nathaniel tiene previsto hacer algún movimiento en fechas próximas. En consecuencia, debemos incrementar nuestros esfuerzos para detenerle, a él y a su grupo, antes de que dé ese paso. En caso contrario, el colegio podría ser destruido. Y perderíamos el control de la organización».

La carta llevaba la imponente firma de Lucinda.

—Así que ya sabían lo que se avecinaba —dedujo Allie—. Por eso tienen la esperanza de haber capturado al espía.

Carter la miró a los ojos.

—Piensan que es su única oportunidad de detenerlo.

Cuando el chico alargó la mano para coger el papel, el roce de ambas manos provocó un chispazo de electricidad estática. Allie dio un respingo y soltó la hoja,

que flotó hasta el suelo.

—Perdón —dijeron los dos al unísono. Al inclinarse a coger el papel en el mismo momento exacto, se dieron un coscorrón.

Allie se apartó dando tumbos. Sujetándose la cabeza con fuerza, no sabía si reír o llorar.

Carter se llevó la mano a la sien.

—¿Estás bien?

Aunque le dolía horrores, Allie se rio avergonzada.

—Eso creo.

Sin embargo, notó una ligera hinchazón al pasarse los dedos por el pelo. La zona estaba muy sensible al tacto y Allie siseó de dolor. Al oír la exclamación, Carter la miró preocupado.

—¿Qué es? Déjame ver.

—No, estoy bien, en serio... —protestó ella, pero él sacudió la cabeza con gravedad.

—Ven. Deja que el doctor Carter te eche un vistazo.

Le acercó la lámpara a la cabeza y, con dedos suaves como la seda, le apartó el pelo.

Allie se quedó muy quieta; temía que, si se movía, él se detendría. Y volvería a ignorarla.

Carter silbó bajito.

—Le va a salir un buen chichón, Sheridan.

Ella lo miró con aire socarrón.

—¿Me voy a curar, doctor?

Cuando Carter sonrió, se le hicieron arruguitas en el rabillo del ojo.

Así eran antes las cosas entre ellos; sencillas y naturales. Allie no quería que aquel instante llegase a su fin, pero Carter, como si acabara de recordar con quién estaba, carraspeó y dio un paso atrás antes de devolver la lámpara a su lugar. Cuando volvió a hablar, adoptó un tono más frío.

—Será mejor que nos demos prisa. ¿Por qué no miras en los cajones?

—Ah... sí.

Allie pasó al otro lado del antiguo escritorio y agachó la cabeza para que Carter no advirtiera que se había sonrojado.

***Esto es horrible. ¿Por qué no podemos volver a ser amigos?***

Suspirando, intentó abrir el primer cajón.

Cerrado.

El siguiente también estaba cerrado. Y todos los demás.

—Mala suerte —dijo.

—Yo... —empezó a responder Carter, pero se calló de repente.

Ambos oyeron el ruido al mismo tiempo. Allie clavó los ojos en la puerta, petrificada.

Alguien trataba de entrar.

Sin hacer el menor ruido, Carter la cogió de la mano y la atrajo hacia sí. Luego apagó la lamparilla.

La salita se sumió en tinieblas.

## Diecisiete

Acuclillada tras el escritorio de Isabelle, Allie contuvo el aliento. No veía a Carter, pero notaba su presencia acurrucada a su lado.

Quienquiera que estuviera al otro lado de la puerta, tenía problemas para entrar.

El pomo volvió a traquetear y oyeron un leve entrechocar de metales.

—Tiene una llave —susurró Carter en voz tan baja que el aire apenas se desplazó. Se quedaron muy quietos.

El tintineo se prolongó durante un rato. Luego, de repente, cesó.

—No encaja —dijo una voz al otro lado de la puerta—. Debe de haberse equivocado de llave.

Era un hombre. Tras eso, oyeron varias voces deliberando.

***Si tienen otra llave, pensó Allie, la van a usar. Y nos encontrarán.***

La idea la hizo temblar. Si los pillaban, todo habría terminado.

Por suerte, la conversación se fue alejando. Allie contuvo el aliento y escuchó atentamente, pero no se oía ni una mosca.

Se quedaron un minuto entero agazapados en la oscuridad.

—Creo que se han ido —susurró Carter por fin—. Deberíamos salir antes de que vuelvan con la llave buena.

Se levantaron con mucho cuidado de no hacer ruido. Carter la cogió por el codo para guiarla a tientas hasta la puerta. No hacía falta; Allie se conocía de memoria el camino. Sin embargo, el contacto la reconfortaba y le dio pena que la soltara al llegar.

Mientras aguardaban junto a la puerta, miró la sombra del chico, pensando que ojalá pudiera decir algo que borrara los malos recuerdos. Que les permitiese volver a ser amigos.

Por desgracia, no había nada que decir.

—¿Lista? —preguntó él.

Allie levantó la barbilla.

—Sí.

Carter abrió la puerta y salieron juntos al pasillo.

—He descubierto que la tienen encerrada en otra parte —susurró Nicole.

—¿No podrías ser más específica? —Carter alzó la voz al decirlo; un chico que estudiaba allí cerca levantó la vista del libro de Física.

—Carter —le advirtió Sylvain—. Baja el tono.

Allie esperaba que Carter lo fulminara con la mirada o respondiera con un sarcasmo. En cambio, el otro agachó la cabeza como dándole la razón.

Al verlos juntos, Allie frunció el ceño. Algo había cambiado entre ellos. Ya no

eran enemigos. Tampoco se comportaban como amigos exactamente, pero saltaba a la vista que se entendían a algún nivel. Parecían... aliados.

Cuando Carter volvió a hablar, procuró hacerlo en voz baja.

—Perdona, Nicole. Continúa.

Se habían reunido al fondo de la sala común, apoltronados en sofás y en butacas, algo echados hacia delante para no tener que alzar las voces. La sala estaba atestada de estudiantes aburridos en poses de relax diversas: algunos se entretenían con juegos de mesa, otros leían o cotilleaban.

Había tanto ruido ambiental que creían poder hablar sin que nadie los oyera.

—Un momento —dijo Sylvain antes de que Nicole continuara—. Fingid que hablamos de algo divertido. De fútbol o algo así.

—El fútbol no es divertido —arguyó Rachel, y Nicole soltó una risilla.

Aunque la situación era un asco y no habían resuelto nada, el mero hecho de estar ocupados aligeraba el pesado ambiente. Ya no avanzaban a tientas. Se sentían implicados, investigaban... e iban a averiguar lo que estaba pasando.

Con un suspiro de impaciencia, Sylvain sacó una caja de ajedrez de la mesita baja que tenía delante y comenzó a colocar las piezas en el tablero pintado de la superficie. Las negras a la derecha, las blancas a la izquierda.

Miró fijamente a Allie para captar su atención y le indicó por señas que se sentara frente a él, en el suelo. Tras vacilar un instante, ella obedeció.

—Podemos hablar de cualquier cosa —explicó Sylvain—, siempre y cuando no llamemos la atención. La gente ve lo que quiere ver.

Cuando alzó la vista, la luz se reflejó en sus ojos y luego se quebró como un rayo de sol en el agua.

—No he vuelto a jugar al ajedrez desde... —Allie se mordió la lengua. Cogió un peón de cerámica. Estaba frío al tacto y era del color de la nieve—. Bueno. Solía jugar con Jo.

—Ya me acuerdo —el tono compasivo de Sylvain la hizo sentir mejor y peor a la vez. Se alegró cuando él cambió de tema—. Tú llevas las blancas.

—Muy bien —les dijo a los demás—. Fingid que nos estáis mirando mientras habláis. Y hacedlo en voz baja —esbozando una sonrisa de ánimo, miró a Allie otra vez—. Tú empiezas.

Al ver que la cosa iba en serio, la mano de Allie vaciló un momento sobre el tablero. Luego escogió un peón y lo hizo avanzar una casilla. Sylvain contraatacó al instante con uno de sus peones.

—Han encerrado a Eloise en una de las casitas —empezó a decir Rachel, con voz queda pero firme—. Hemos visto a mi padre, a Jerry y a toda la banda Scooby entrar en el cole y luego volver a salir. Zoe los ha seguido.

Allie se detuvo en mitad de un movimiento, olvidando de repente el peón que



sostenía.

—¿Ella sola? Eso no es seguro.

—Pues claro que es seguro —le espetó Carter antes de que Zoe pudiera replicar—. Los profes no van a hacerle daño.

El chico empleó un tono innecesariamente brusco y Allie le lanzó una mirada de reproche antes de volver al juego. Saltaba a la vista que su instante de complicidad había pasado a la historia.

Colocó un peón junto al de Sylvain; cerca, pero a salvo.

—Lo que tú digas —susurró en voz tan baja que solo el francés pudo oírla.

Sylvain le dedicó una sonrisa conspiratoria desde el otro lado del tablero y Allie se descubrió a sí misma sonriendo a su vez.

—Están en una casita, no en la del señor Ellison. En otra, cerca del estanque. Está medio en ruinas; hay hierbajos por todas partes —Zoe se quedó mirando el tablero con expresión crítica—. El alfil no se mueve así, Allie.

Allie miró la pieza mitrada con perplejidad y se preguntó cuál sería el movimiento correcto.

—Conozco esa casa —dijo Carter—. Solían utilizarla para albergar personal de servicio pero hace unos años dejaron de usarla, no sé por qué. Creo que necesita reparaciones o algo así e Isabelle nunca se ha decidido a hacer las obras.

—¿Has visto a Eloise? —Rachel se inclinó hacia delante—. ¿Cómo está?

Zoe negó con la cabeza.

—Solo la he oído. Han entrado todos y he escuchado la conversación. Le han dicho no sé qué de una llave que no funcionaba. No paraban de pedirle la buena —miró a los demás—. ¿Qué significa eso?

La reina de Sylvain avanzó cuatro casillas.

—Tienen una llave que, en teoría, abre el despacho de Isabelle —explicó Carter—. La han probado mientras estábamos dentro. Nos han dado un susto de muerte, pero no han podido entrar.

Allie vio mentalmente una instantánea de Eloise plantada ante la puerta de Isabelle.

—Eloise tenía una llave del despacho de Isabelle —aclaró Allie—. La llevaba en la mano cuando la vi aquel día; el día que la tomé por una espía. Yo se lo conté a Isabelle.

—Deben de estar buscando la llave —apuntó Nicole con ademán meditabundo—. Quieren recuperarla para que nadie pueda usarla.

—¿Y ella les ha dado una llave que no es? —Carter parecía perplejo—. ¿Qué consigue con eso?

—A lo mejor ya no tiene la buena —sugirió Rachel.

—¿Y entonces quién la tiene? —preguntó Sylvain.

Nadie podía responder a eso.

Rachel rompió el silencio.

—¿Qué encontrasteis en el despacho?

Allie dejó que Carter explicara lo que habían descubierto. Cuando hubo terminado, los demás se quedaron de piedra.

—Entonces, ¿ya sabían lo que iba a pasar? —Rachel estaba horrorizada.

La reina y el caballo de Sylvain acorralaron de repente al rey de Allie.

—Jaque —murmuró él, enarcando una ceja.

Allie clavó los ojos en el tablero, pero no sabía qué hacer.

—Mierda.

—¿Y si nuestros padres intentan sacarnos del colegio? —preguntó Zoe.

Se hizo un silencio.

—Aquel tío se llevó a Caroline por la fuerza —dijo Rachel—. ¿Van a hacer lo mismo con la mitad de la gente que hay en esta sala?

—Y si es así, ¿qué podemos hacer? —preguntó Allie.

Sylvain cogió una de las piezas muertas. Sosteniendo el caballo blanco en la mano, lo observó un momento con aire pensativo. Luego lo sostuvo en alto.

—Podemos avisarlos.

La propuesta de Sylvain provocó un coro de objeciones. ¿Cómo iban a hacer eso? Y si lo hacían, ¿no sería como anunciar públicamente lo que estaban tramando? Cuando les preguntasen cómo se habían enterado, ¿qué responderían? Todo sería más fácil si pudieran enviar un email anónimo pero... Además, si hacían correr la voz, los instructores se enterarían de quién había sembrado el rumor y los castigarían.

Fue Rachel quien dio con la solución.

—Jamás subestiméis el poder del cotilleo —se limitó a decir.

Todos la miraron sin comprender.

—No lo entiendo —Nicole echó un vistazo a su alrededor como pidiendo explicaciones.

Por fin, Carter adivinó lo que Rachel tenía en la cabeza.

—Qué astuta eres —exclamó cuando se hizo la luz en su mente—. Cuéntaselo a los cotillas y ellos se lo contarán al mundo.

—Exacto —asintió Rachel—. Les contaremos a las cinco personas más cotillas del colegio lo que Nathaniel está tramando, y les diremos que sus padres podrían venir a buscarlos en cualquier momento —miró a sus compañeros como aguardando respuesta, pero ellos seguían a cuadros. Puso los ojos en blanco—. Ellos se lo contarán a todos los demás. ¡Venga, chicos! Es mejor que Facebook. Antes de que anochezca, todo el mundo sabrá lo que está pasando y será imposible rastrear el rumor.

Todos se miraron entre sí mientras asimilaban la información.

—¿Y entonces qué?

Nicole acababa de expresar en voz alta la pregunta que todos se estaban formulando.

—Entonces, tendrán que elegir —repuso Sylvain—. Lo que pase a partir de ese momento dependerá de ellos.

—Pero ¿qué alternativas tienen? —objetó Carter—. ¿Escapar?

—Pueden escapar —dijo Allie—. O pueden plantar cara.

## Dieciocho

A la mañana siguiente, antes de las seis, Allie estaba levantada y a punto para trabajar en el huerto. Era lunes y, por primera vez, tendría que fingir que todo discurría con normalidad cuando no era así, ni mucho menos. Estaba hecha un manojo de nervios; iban a poner en práctica el plan.

Con tantas novedades, casi se le había olvidado el castigo, pero cuando se habían separado la noche anterior para encaminarse a sus dormitorios respectivos, Carter se había despedido diciendo: «Te veo mañana en el huerto, bien tempranito».

Allie se detuvo en seco y lo miró con incredulidad.

«¿Hablas en serio? ¿Tú crees que Isabelle espera que cumplamos el castigo con todo lo que está pasando?»

Agitó la mano con un ademán irritado.

«Pues... ¿sí? —Carter la miró como si pensase que se estaba haciendo la tonta—. Estás castigada hasta nuevo aviso. **Hasta nuevo aviso.** No le va a hacer ninguna gracia que nos escaqueemos por culpa de un apocalipsis del que nadie nos ha informado».

«Muy bien —dando fuertes pisotones, Allie siguió a las otras chicas escaleras arriba—. Porque no tengo nada mejor que hacer».

«Yo también estoy ocupado, ¿sabes?», le gritó Carter desde abajo, pero Allie ni se volvió a mirarlo.

Sosteniendo una linterna, Allie cruzó la entrada del huerto. La temperatura había aumentado ligeramente y un lodo viscoso había sustituido la tierra helada. Con la cabeza a punto de estallar de tanto pensar en espías y villanos, chapoteó por el huerto buscando al señor Ellison.

Lo encontró preparando las herramientas junto a los frutales, silbando para sí una melodía desafinada mientras trabajaba.

—Mi mejor ayudanta es también la más madrugadora —la saludó contento—. ¿Qué tal estás hoy?

—Muy bien —Allie se irguió para demostrar lo bien que se sentía.

—Estupendo —asintió él. Sacó un montón de herramientas de un cobertizo—. Eso está mejor. Si te sientes bien, contagias a las personas que te rodean.

Allie no se dio cuenta de que había puesto cara de escepticismo hasta que el señor Ellison le agitó un dedo en las narices.

—Es la pura verdad. Inténtalo, si no me crees. Ya verás.

—Vale —dijo ella, poco convencida.

—Hoy arreglarás los arbustos de frutas silvestres —le tendió un rastrillo y unos alicates—. Hay que prepararlos para la primavera. Sígueme y te enseñaré lo que hay que hacer.

Cruzaron el oscuro jardín.

—¿Dónde está Carter? —preguntó Allie mientras saltaba una loma de barro.

El señor Ellison frunció el entrecejo.

—Llega tarde. No me preguntes más.

—Oh.

El jardinero le estaba enseñando cómo distinguir las ramas secas de los arándanos de las zarzamoras cuando unos pasos rápidos y pesados los sobresaltaron a ambos.

Antes de que Allie entendiese lo que pasaba, el señor Ellison se plantó delante de ella y esgrimió un pesado azadón en la mano derecha con tanta desenvoltura como si sujetara un bolígrafo.

El jardinero era muy alto —medía casi dos metros— y siempre había dado muestras de cierta torpeza, pero acababa de hacer una exhibición de agilidad. Al verlo, Allie sintió respeto y desesperación a un tiempo. ¿Acaso nadie en Cimmeria era lo que parecía?

Al cabo de unos segundos, el hombre se relajó y lo oyó murmurar entre dientes:

—¿Pero qué demonios pasa contigo, chaval?

Poniéndose de puntillas, Allie vio a Carter corriendo por el barro, precedido por el bailoteo del pálido rayo de su linterna.

—Lo siento —jadeó el chico cuando se detuvo en seco—. Me he dormido.

—Llegas tarde —el señor Ellison pronunció las palabras con el mismo desprecio que si hubiera dicho: «Traidor».

Estupefacta, Allie vio a Carter agachar la cabeza.

—Perdona, Bob —se disculpó—. Puedo volver luego si quieres, para compensar.

—Ya veremos —murmuró el hombre. Sin embargo, la actitud sumisa de Carter lo había aplacado, y pronto los dejó trabajando a solas entre los arbustos de bayas.

Vistos los cambios de humor que había sufrido Carter el día anterior, Allie lo abordó con precaución. No sabía qué le pasaba por la cabeza... pero no podía cogerla y dejarla a su antojo, como si fuera un juguete. O eran amigos o no.

Era un trabajo engorroso; los pinchos de las moras se les clavaban como pequeñas dagas y traspasaban guantes y mangas como si tuvieran mala voluntad.

—¡Ay, maldita planta de mierda! —Allie se arrancó el guante y examinó la gota de sangre que le brotaba de la punta del dedo—. Nunca volverán a gustarme las moras. Son unas criaturas maléficas.

—¿Va todo bien? —le preguntó Carter, que reunía ramas podadas para quemar. La miró con una mezcla de risa y preocupación.

Era la primera vez que Carter le hablaba directamente, y Allie lo miró con sorpresa. Sin embargo, se rehízo enseguida y se encogió de hombros con indiferencia.

—Sobreviviré. No creo que un pincho haya matado a nadie.

—Que sepamos —dijo él.

—A lo mejor la industria de las frutas silvestres lo ha tapado.

Intercambiaron una sonrisa; Allie se relajó un poco.

Mientras volvía a ponerse el guante, recordó el salto que había pegado el señor Ellison hacía unos minutos.

—¿El señor Ellison pertenece a la Night School?

El semblante de Carter se ensombreció.

—Sí y no —miró a su alrededor para asegurarse de que el jardinero no anduviese cerca—. Perteneció hace tiempo. Asistió a este colegio y luego estudió filosofía en Oxford. Pasó un tiempo en la ciudad, trabajando en uno de los grandes bancos. Entonces... tuvo problemas.

Allie intentó imaginar a un señor Ellison joven y elegante, vestido de traje. Le parecía impensable. Nunca lo había visto vestido con nada que no fuera un mono verde y siempre llevaba las manos sucias de tierra.

Miró a Carter como animándolo a continuar.

—¿Sabes qué pasó?

—Solo me ha dicho que cometió un error que perjudicó a mucha gente. No sé qué fue pero se sintió tan mal que dejó el empleo y nunca volvió —tiró una gran rama al montón de compost—. Nunca se perdonará a sí mismo.

La historia daba que pensar. La idea de que un error —una sola equivocación— pudiera arruinar la vida era terrorífica.

Los pensamientos de Allie volvieron al presente. Y se preguntó si, ahora mismo, alguien estaría cometiendo errores de esa magnitud. Estaba segura de que sí.

—Me pregunto... —empezó.

—Creo... —dijo Carter al mismo tiempo.

Los dos se callaron y se echaron a reír, incómodos.

—Perdona —Carter agitó una rama hacia ella—. Tú primero.

—No era nada —prosiguió Allie—. Solo me estaba preguntando cómo se sentirá Eloise tan sola en esa casa. Puede que esté asustada.

—Para empezar, no está sola —replicó Carter—. No se les ocurriría dejarla sola. Seguro que está deseando que la dejen en paz. Y en segundo lugar... —Carter la miró meditabundo, como si dudase de seguir hablando—. No te hagas demasiadas ilusiones de que Eloise sea inocente solo porque Nicole lo piense.

Allie lo miró fijamente. El pánico le agarrotó la garganta.

—A ver, ¿me estás diciendo que tú sí crees que Eloise es la espía?

—Yo no sé si lo es o no. Sencillamente, no creo que la teoría de Nicole demuestre su inocencia. Y no daría nada por supuesto.

Allie no se había dado cuenta de lo mucho que le importaba la inocencia de Eloise hasta que Carter la había puesto en duda. Quería volver a creer en ella.

Carter la miró con unos ojos más amargos que el chocolate negro.

—Nadie de por aquí es del todo inocente, Allie. A estas alturas, seguro que ya lo sabes.

—Ya me imaginaba yo que estarías charlando en vez de trabajar.

La voz del señor Ellison le cerró la boca a Allie cuando esta se disponía a responder. Alzó la vista y vio al jardinero, que se acercaba a grandes zancadas con el uniforme manchado de barro. Ahora que conocía su historia, aún le caía mejor. El sufrimiento atrae a las personas entre sí. Las une.

***Luego hablaré con Carter, pensó. Lo convenceré de que está equivocado. No es Eloise. No puede ser.***

En clase, Allie estaba tan impaciente que apenas prestaba atención. Ninguno de los instructores de la Night School se había presentado. Los habían sustituido profesores diversos de cursos inferiores y las lecciones fueron todas chapuceras e irritantes.

También había corrido la voz de que el entrenamiento de la Night School se había suspendido temporalmente; sin más explicación.

Por la tarde, Allie y Rachel se pusieron a charlar en el rellano de la escalinata principal. De repente, Rachel dio un bote.

—Objetivo localizado. A las seis en punto. Todos a sus puestos.

—A sus órdenes, mi capitán.

Allie siguió su mirada. No tardó nada en localizar la llamativa melena pelirroja de Katie, que desfilaba escaleras arriba rodeada de chicas genéticamente perfectas.

—¿Y qué has oído exactamente? —preguntó Allie en un tono innecesariamente alto.

Rachel esperó a que Katie llegara a su altura para contestar.

—La mitad de los alumnos del cole se van a marchar. Aún no sabemos quiénes. Igual que Caroline, pero cien veces peor.

—Qué horror —Allie fingió sorpresa—. ¿Y qué podemos hacer?

Katie se detuvo tan en seco que sus amigas la dejaron atrás. Volvieron sobre sus pasos, pero ella las ahuyentó agitando la mano con un gesto de irritación.

—Seguid. Ya os alcanzaré.

Las otras titubearon un momento pero luego prosiguieron su camino. Cuando las perdió de vista, Katie se volvió hacia Rachel.

—¿Qué estabas diciendo, empollona?

Rachel pasó de la pantomima y le contó a Katie todo lo que sabían. Mientras la escuchaba, Katie se dejó caer contra la pared y echó la cabeza hacia atrás hasta dar con los paneles de roble labrado.

—Así que era eso lo que ellos estaban tramando... —se había quedado muy pálida—. Debería habérmelo imaginado cuando Caroline se marchó. Seré tonta...

Allie frunció el ceño.

—¿Ellos? ¿Quiénes?

—Mis padres. Es evidente que tienen planes para mí. Y esos planes incluyen sacarme de Cimmeria y arruinarme la vida —se volvió hacia Allie y la acusó—: Intenté avisarte de que se estaba cocinando algo. De que Lucinda estaba perdiendo el control de la situación. Pero no me hiciste caso.

—A ver —la interrumpió Allie—, ¿me estás diciendo que tus padres están de parte de Nathaniel?

Katie la miró exasperada.

—Pues claro. No seas boba. ¿Es que no te enteras de nada o qué?

Allie pasó por alto el insulto. Dio un paso hacia Katie y la miró a los ojos.

—¿Y tú? ¿También estás de su lado? —la desafió.

Aquella pregunta tan directa cogió a la otra por sorpresa. Katie sacudió la cabeza con tanta fuerza que se le revolvió la melena.

—No. Ni en sueños.

Su respuesta fue tan espontánea, tan vehemente, que Allie no tuvo más remedio que creerla.

—¿Y qué harás si viene alguien a buscarte? —le preguntó Rachel.

Katie tardó un poco en contestar. Cuando habló por fin, tenía la voz ronca.

—No lo sé. Pero yo no soy Caroline. Tendrán que matarme para sacarme de aquí.

—¿Serías capaz de plantarles cara a tus padres? —se sorprendió Allie.

Los ojos de Katie centellearon como fragmentos de hielo al sol invernal.

—Odio a mis padres, Allie. No pienso ir con ellos a ninguna parte. Que le den a ese gusano de Nathaniel.

Tenía un acento tan exquisito que, dichas por ella, hasta las palabrotas sonaban elegantes y divertidas. Su forma de hablar le recordó a la de Jo, y Allie experimentó aquella súbita sensación de pérdida que la asaltaba en los momentos más inoportunos, como cuando vas corriendo y te caes en un hoyo.

Ladeando la cabeza, observó a Katie con curiosidad. A lo mejor la había juzgado mal.

Como si le hubiera leído el pensamiento a Allie, Katie volvió su arrogante mirada hacia Rachel.

—¿Cómo puedo ayudar, empollona? A mandar.



## Diecinueve

Al día siguiente, los rumores corrieron como la pólvora. Hacia la hora de la cena, en Cimmeria solo se hablaba de que los padres iban a sacar a sus hijos del colegio.

A esas alturas, casi todos los alumnos sabían quién era Nathaniel. Hacía siglos que oían decir que los administradores del colegio se habían dividido, pero la idea de que la escisión pudiera llegar tan lejos provocó una oleada de pánico colectivo.

El elegante comedor parecía el mismo de siempre: las velas resplandecían en las mesas redondas, el cristal destellaba ante los comensales y los cubiertos de plata brillaban a la luz cálida de las lámparas... pero la moral estaba por los suelos.

Un día más, ninguno de los profesores importantes se había presentado. Hacía tanto tiempo que no comían con todo el mundo que Allie empezaba a preguntarse si no se estarían muriendo de hambre allá en el bosque. Una parte de ella deseaba que fuera así.

Al fondo del comedor, dos chicos discutían a gritos. Uno palmeó la mesa con fuerza. Allí cerca, varias chicas parecían a punto de echarse a llorar.

***¿Tienen idea los profes de lo que está pasando aquí? ¿No se dan cuenta de que la situación está fuera de control?***

Aunque todos estaban convencidos de que la amenaza estaba a punto de cumplirse, aquel día ningún alumno había tenido que marcharse del colegio. Aquello no hacía sino aumentar el nerviosismo. Se avecinaba algo horrible.

—¿A qué espera? —preguntó Carter—. Si de verdad planea llevarse a la mitad del colegio, ¿por qué solo se ha marchado una alumna? ¿Por qué no se ha ido nadie más?

—A lo mejor fue una advertencia —apuntó Nicole.

—Es su manera de decirle a Isabelle que va en serio... y le está dando la oportunidad de entregarle lo que quiere —opinó Rachel—. Como si le hiciera chantaje.

—Pues pierde el tiempo. Isabelle nunca lo hará —Allie jugueteaba con la comida del plato.

—Sobre todo porque ni siquiera se ha dado cuenta de que Caroline ya no está —apostilló Zoe.

Allie levantó la vista y sus ojos se cruzaron con los de Jules, que los miraba desde una mesa cercana. La prefecta se había sentado con Katie y un grupo de amigas, igual que la noche anterior. Parecía triste, y apartó la vista a toda prisa.

Allie se preguntó qué explicaciones le habría dado Carter. Qué excusa le habría puesto para no sentarse con ella durante las comidas. Teniendo en cuenta todo lo que estaba pasando, apenas debían de haberse visto en varios días.

—Así que esta noche no hay entrenamiento de la Night School...

Carter se dirigía a Sylvain, que comía delante de él. Al parecer, no se había dado cuenta de lo depre que estaba su novia. Solo prestaba atención al plan que se traían entre manos.

Sylvain captó enseguida la indirecta de Carter; se irguió en el asiento y lo miró a los ojos.

—Sí —respondió—. Y el cielo está despejado.

Obviamente, acababan de sellar algún tipo de pacto.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Zoe.

Una sonrisa bailó en los labios llenos de Nicole.

—Creo que los chicos están conspirando.

Sylvain y Carter sonrieron. Allie no estaba segura de que le gustara aquella nueva alianza.

—Vale. Os diré lo que hemos pensado —dijo Carter—. Llevamos varios días esperando a que vuelvan los profesores para preguntarles qué está pasando. Sylvain y yo creemos que ha llegado la hora de ir a buscarlos. Y averiguarlo por nuestra cuenta.

—¿Qué? ¿Que vamos a ir a hablar con ellos? —la cara de Zoe se iluminó.

—Con ellos no —aclaró Sylvain—. Vamos a ir a hablar con Eloise.

—Puede que no sea tan buena idea —se lamentó Allie. Sentada en un banco del vestuario femenino de la Night School, aflojaba los cordones de las deportivas—. Tengo la sensación de que estamos forzando un poco la suerte.

—No me digas —la sarcástica voz de Rachel surgía a través de la tela de una camiseta térmica que habían tomado prestada. Su cabeza asomó por fin—. ¿Solo un poco?

—Todo irá bien —Nicole acabó de ajustarse las mallas negras y cogió los calcetines. Allie admiró una vez más su autocontrol; nada parecía intimidarla—. Solo vamos a echar un vistazo.

La sala, sencilla y funcional, estaba pintada de blanco. Carecía de cualquier aderezo, salvo por los brillantes colgadores de latón alineados en las paredes, cada cual marcado con el nombre de una alumna, y por las prendas oscuras que pendían de los ganchos. Una de las paredes estaba forrada de espejos, lo que otorgaba al espacio una falsa sensación de amplitud. A estas alturas, Allie ya estaba familiarizada con el lugar, pero sabía que Rachel lo estaba viendo por primera vez en todos los años que llevaba en Cimmeria; solo la Night School usaba aquel vestuario.

Cuando los chicos les habían contado su idea, todas habían reaccionado con entusiasmo. Seguro que averiguaban más cosas durante la incursión; el riesgo valía la pena.

Solo ahora, en mitad de la noche, el gen timorato de Allie se había activado.

Al llevar a Rachel a la zona del colegio reservada para las actividades secretas del

grupo y encima ofrecerle el equipo de otra persona, acababan de saltarse varias de las sagradas normas de Cimmeria.

—¿Cómo es posible que estés tan tranquila? —le preguntó Allie a Nicole—. ¿No te preocupa que te expulsen?

—Lo siento, pero si algún profesor me dice: «Has desobedecido las reglas», le contestaré: «Muy bien, ¿y dónde está Eloise? ¿Dónde demonios está Jo? ¿Y Ruth?» —el acento francés de Nicole era más fuerte cuando se enfadaba—. «¿Dónde estabais vosotros cuando el colegio se hizo trizas?». Creo que eso les cerrará la boca.

Allie debía reconocer que su amiga tenía razón. En una situación tan penosa, ¿qué importaban las reglas? ¿Quién iba a pedirles cuentas por las infracciones?

Mientras hablaban, Zoe las esperaba haciendo kickboxing en un rincón, vestida toda de negro y graznando cada vez que daba una patada, como una cría de cuervo enfadada.

A Allie tampoco le hacía gracia incluirla en la misión. Era rápida y muy lista pero... tan joven. Tan pequeña.

Rachel interrumpió sus pensamientos.

—Esto no me cabe —plantada ante el espejo, miraba su propio reflejo con perplejidad; la camiseta robada le llegaba por media barriga, dejando a la vista unos centímetros de su piel color café con leche—. Soy demasiado alta.

—Jules es tan alta como tú —observó Nicole mientras se hacía una coleta—. Pruébate la suya.

Al otro lado del vestuario, Rachel cogió otra camiseta y la palpó. Allie, que llevaba una igual, sabía que era ligera pero muy cálida, fabricada con el material que se usa para las prendas de esquí.

—Todo esto es tan raro... —comentó Rachel mientras se quitaba la prenda pequeña y se probaba la siguiente—. No me puedo creer lo que estamos a punto de hacer.

Zoe dejó de dar patadas para volverse a mirarla.

—Nosotros lo hacemos constantemente.

Rachel la miró, con una sombra de ceño en la frente.

—Ya lo sé.

A lo largo de toda su vida, Rachel había hecho todo lo posible por mantenerse al margen de la Night School. Sabía muchas cosas porque su padre estaba muy implicado en la organización pero siempre había sostenido su decisión de reducir al mínimo su relación con el grupo.

Con expresión funesta, Allie miraba cómo su amiga se enfundaba la última prenda del equipo; la brillante estudiante acababa de convertirse en una guerrera. Rachel era un par de centímetros más alta que Jules, pero la camiseta le quedaba bastante bien. Igual que los demás, ahora iba vestida de negro, con gruesas mallas y

cálidas deportivas. Un gorro de punto le ocultaba la melena.

***Al final, acaba por atraparnos a todos.***

—Parezco el Zorro —protestó Rachel.

—¿Podemos irnos ya?

De pie junto a la puerta, Zoe las esperaba saltando a la pata coja con impaciencia. Por fin, todas las demás se unieron a ella.

La más joven apagó las luces y abrió la puerta.

Era medianoche. Pasaba ya una hora del toque de queda.

Recorrieron la oscuridad del pasillo en completo silencio. Pegada a Rachel, Allie iluminaba el camino con una linterna especial que emitía una luz azulada, suficiente para ver los obstáculos pero difícil de detectar de lejos. Las demás no necesitaban luz; habían cruzado aquel corredor tantas veces que podían hacerlo con los ojos cerrados.

Las rutinas de los guardias de Raj habían cambiado, de modo que el grupo de alumnos no podía saber dónde estaría la patrulla en cada momento. Por otra parte, como había menos vigilantes y las rondas se habían espaciado, tenían bastantes posibilidades de pasar desapercibidos.

La disminución de la vigilancia era preocupante; los profesores debían de estar convencidos de haber capturado al espía si habían tomado la decisión de reducir las medidas de seguridad.

***Tal como quiere Nathaniel.***

Zoe iba un poco por delante. Se detuvo un momento al pie de las escaleras y levantó la mano. Las demás se quedaron esperando. Cuando Zoe acabó de subir, una puerta se abrió en silencio y una corriente fría y húmeda flotó hacia ellas. Allie inhaló con fruición el aire fresco, como si estuviera a punto de participar en una carrera.

Miró a Rachel de reojo; igual que los demás, su amiga estaba muy quieta, con la mirada clavada en la entrada por la que Zoe acababa de desaparecer. Solo se le notaba lo nerviosa que estaba por la humedad de su frente y su manera de apretar los puños.

Allie cogió la mano de Rachel y la apretó. Sin mirarla, Rachel le devolvió el gesto.

En aquel momento, Zoe reapareció en lo alto de las escaleras y les hizo señas de que la siguieran.

Allie soltó la mano de Rachel.

Con mucho sigilo, remontaron las escaleras medio a gatas y salieron a la noche. Mientras corrían por la hierba, solo oían el chapoteo del barro bajo sus pies y el sonido de sus propias respiraciones.

Allie estaba convencida de que estaba a punto de escuchar un grito; estaba segura de que alguien las vería en algún momento y les daría el alto. Volaba campo a través, tensa a más no poder. Y sin embargo, nadie las detuvo.

Cuando alcanzaron el bosque, se relajó. Siguió corriendo detrás de Rachel pero

delante de Nicole, que controlaba la retaguardia. Allí estaban más seguras; eran prácticamente invisibles en la oscuridad.

Con cada uno de sus movimientos, Allie volvía a ser consciente de que estaba muy desentrenada. De que aún no estaba en forma. Por suerte, la presencia de Rachel era la excusa perfecta para tomárselo con calma. Su mejor amiga odiaba hacer ejercicio. Allie la oía resollar con esfuerzo, pero Rachel seguía corriendo.

Tardaron diez minutos en llegar a la tapia que rodeaba la vieja capilla. Zoe redujo el paso y las demás la imitaron. Momentos después llegaron a la antigua verja; estaba abierta.

Allie se sobresaltó, pero se recordó a sí misma que aquel era el plan y continuó avanzando.

En el momento previsto, dos siluetas surgieron de la oscuridad del cementerio, silenciosas como espectros. Las chicas aumentaron el ritmo.

Allie observó cómo la sombra de Carter ganaba velocidad para reunirse con Zoe a la cabeza del grupo. La de Sylvain se quedó a la zaga, junto a Nicole.

Zoe y Carter pasaron de largo junto a la capilla y luego tomaron un segundo sendero, el que llevaba al arroyo. A una señal de Zoe, todos se agacharon y redujeron la marcha en completo silencio.

A un lado del camino, una pequeña choza de piedra apareció entre las tinieblas. Era la casa del señor Ellison y el hogar donde Carter había vivido de niño. Allie siempre había pensado que parecía una casita sacada de un cuento de hadas, con su seto bien recortado y su jardín rebosante de flores.

Aunque la casa estaba a oscuras, aún salía un hilillo de humo por la chimenea; hacía poco que el jardinero se había ido a dormir.

Al pasar junto al jardín, Allie advirtió que a lo largo del muro exterior crecían rosas de invierno, pálidas e inesperadas. Tocó una con un dedo enguantado; le parecía demasiado hermosa para ser real. El arbusto, con el roce, desprendió una lluvia de gotas que mojó la tierra a sus pies.

Como surgiendo de la nada, Sylvain la cogió del brazo y la apartó del muro. Luego captó su atención para lanzarle una mirada de advertencia. Aun en esas circunstancias, los ojos azules del chico la dejaron sin aliento. Allie asintió para disculparse y, al cabo de un instante, Sylvain la soltó y volvió a perderse de vista.

El segundo sendero era más estrecho y abrupto que el camino principal; estaba mucho menos transitado. Las piedras y las ramas caídas representaban un peligro, y la abundancia de obstáculos los retrasaba y les hacía más difícil —si no imposible— moverse en silencio.

Cuando se toparon con un árbol tumbado que bloqueaba el camino casi por completo, se detuvieron. Cogida a una rama, Zoe salvó el tronco, rápida y ligera como una ardilla.

Carter la siguió con algo más de dificultad. Luego, uno por uno, se fueron ayudando mutuamente a saltar. Después de echar una mano a Rachel, Allie se agarró de una rama para darse impulso, pero el movimiento le provocó un fuerte dolor en la rodilla. Se sujetó la pierna esperando a que cesase el dolor.

Desde abajo, una mano cálida la sujetó por el brazo. Allie bajó la vista hacia los oscuros ojos de Carter.

—¿Te encuentras bien? —le susurró él.

Allie asintió y se dispuso a saltar. Antes de que pudiera hacerlo, él la tomó por la cintura y la depositó en el suelo. Era la clase de gesto que Carter solía tener con ella cuando aún eran amigos, y Allie se quedó pasmada.

Aún se estaba preguntando a qué venía aquello cuando Nicole saltó el tronco caído y aterrizó junto a ellos.

—Seguid —les susurró señalándoles el sendero.

Allie miró hacia delante y advirtió que los demás se habían perdido de vista. El camino estaba vacío.

Mascullando entre dientes, Carter echó a andar a través de la oscuridad.

Allie lo siguió, pero le dolía tanto la rodilla que se fue quedando atrás.

Con lo ágil que era ella antes del accidente... Con lo deprisa que corría... Al recordarlo, odió aún más a Nathaniel y a Gabe. Lo habían estropeado todo.

Al doblar un recodo, vio que Carter la estaba esperando un poco más adelante. Había levantado una mano a modo de advertencia. Allie redujo el paso e intentó disimular la cojera.

En silencio, llegó a donde estaba Carter, con Nicole y Sylvain pegados a los talones. Carter señaló a la izquierda, hacia un caminito que desaparecía bajo los árboles. Les indicó a los demás por señas que él sería el primero en internarse y sugirió que Allie fuera la siguiente.

Ella asintió.

El sendero era tan estrecho que apenas se distinguía entre la oscuridad; Allie solo veía a Carter, que avanzaba delante de ella con suma precaución.

Llegaron a una pequeña corriente, poco más que un riachuelo, y Carter la saltó.

Rogando en silencio que no le fallara la rodilla, Allie dio un salto tras él. La tierra blanda amortiguó el impacto y la rodilla de Allie resistió.

Justo entonces vio la choza a lo lejos. Se erguía al otro lado del estanque en el que se habían bañado desnudos el verano anterior. Allie no la había visto entonces, seguramente porque la tapaba la abundante vegetación; estaba rodeada de árboles y arbustos, y la hiedra cubría sus paredes de piedra.

Señaló la casita y Carter asintió. Era allí adonde se dirigían.

Dejando cierta distancia de margen, fueron rodeando la choza bosque a través hasta llegar a un claro sembrado de matas situado a un lado de la casa. Allí, Allie

estuvo a punto de chocar con Rachel, que esperaba entre las sombras agazapada junto a Zoe.

Carter se acercó a ellas y habló con Zoe un momento. Luego regresó junto a Allie.

Con los labios pegados a su oído, le susurró:

—Estamos esperando a que los guardias se marchen.

Allie asintió para indicarle que le había oído y se quedó mirando la casita tan fijamente como si pudiera ver a través de las paredes.

Nicole y Sylvain ya se habían reunido con ellos. Sylvain se colocó junto a Zoe, al abrigo de un viejo pino, y clavó la mirada en la casa también. Nicole se acuclilló a su lado.

El ruido de la puerta al abrirse resonó en la quietud de los bosques y todos contuvieron el aliento. Allie se sentía vulnerable; los demás habían encontrado mejores escondrijos que ella. Se había despistado.

Con el corazón desbocado, miró a su alrededor buscando un escondite, pero era demasiado tarde; si movía un solo dedo, la descubrirían.

No podía hacer nada salvo quedarse muy quieta. Y dejar de respirar.

## Veinte

Los dos vigilantes no hacían ningún esfuerzo por pasar desapercibidos. Allie oía sus voces con toda claridad a lo lejos. Uno de ellos soltó una carcajada que resonó en el silencio como un disparo.

A su lado, Carter miraba a los guardias muy concentrado, como suplicándoles mentalmente que se largaran de una vez. Allí cerca, en su escondrijo, Nicole había posado una mano en el brazo de Rachel. Allie comprobó aliviada que Rachel lo observaba todo con expresión alerta; no parecía asustada.

Les costó una eternidad recorrer el caminito. Cuando los guardias desaparecieron entre los árboles, Allie inhaló profundamente y notó que se le relajaban los músculos de la espalda.

A lo lejos, un búho ululó.

Zoe salió de su escondite y se acercó a Sylvain en silencio. Le susurró algo y echó a andar hacia el bosque.

Tras la partida de la niña, Allie captó la atención de Sylvain y enarcó una ceja en ademán de pregunta.

—Va a seguirlos —susurró él—. Para asegurarse de que no dan media vuelta.

—¿No pensaréis que nos han visto? —preguntó Allie, asustada.

Sylvain negó con la cabeza.

—Solo queremos estar seguros.

El francés se volvió hacia Carter para preguntarle algo y Allie se acuclilló junto a Rachel.

—¿Va todo bien? —quiso saber.

Rachel asintió. Sus ojos brillaban a la luz de la luna.

—Es más divertido de lo que me esperaba. Ahora entiendo por qué te gusta esto. Es muy emocionante.

—Sí —repuso Allie en tono lúgubre—. Es la bomba.

Frunciendo el ceño con perplejidad, Rachel abrió la boca para decir algo más, pero en aquel momento llegó Zoe como una exhalación. Todos se apiñaron a su alrededor.

—Han doblado por el camino principal —susurró sin aliento—. Se han ido.

—Vale —Sylvain echó un vistazo a su reloj de pulsera—. Tenemos media hora antes de que llegue la próxima patrulla.

—¿Estáis listos? —susurró Nicole mirándolos a los ojos de uno en uno.

Habían planeado cada uno de los movimientos hasta el mínimo detalle, de modo que no hacía falta volverlos a repasar; todos sabían lo que tenían que hacer.

Nicole partió la primera. Medio agachada, corrió como una flecha por el claro hasta llegar a la choza y desaparecer entre las sombras.



Esperando su señal, los demás escudriñaron la oscuridad hasta ver cómo la luz azulada de su linterna parpadeaba dos veces. A continuación, la siguieron por turnos. Primero Rachel, luego Sylvain y después Allie.

Allie tuvo la sensación de que la carrera por el claro duraba una eternidad. Apretando los dientes, ignoró el dolor de rodilla y se forzó a correr más deprisa de lo que se creía capaz. Hacía lo posible por no cojear.

Solo tardó unos segundos.

Una vez a salvo con los demás, apoyada contra la piedra de la casa, se dobló sobre sí misma para recuperar el aliento. Cuando alzó la vista, advirtió que Rachel la miraba preocupada.

—¿Te encuentras bien? —vocalizó su amiga sin voz.

Allie asintió, consciente de la ironía de la situación: era Rachel la que se preocupaba por ella.

Cuando llegaron los demás, Zoe los guio alrededor de la casa hasta el lugar donde había oído la voz de Eloise. Allá en lo alto había una ventana sellada con tablas de madera.

Nicole se puso de puntillas para susurrar:

—¿Eloise?

Todos se quedaron escuchando. No recibieron respuesta.

—A lo mejor está durmiendo —susurró Rachel—. Es tarde.

No se les había ocurrido esa posibilidad. A Allie se le cayó el alma a los pies y todos se miraron sin saber qué hacer. ¿Habían corrido todos aquellos riesgos para nada?

Sylvain alargó la mano para palpar los bordes del contrachapado que tapaba la vieja ventana.

—Mirad —dijo, tirando con cuidado del borde inferior derecho.

En aquella zona, la madera no estaba bien clavada y se dejaba levantar unos centímetros; lo suficiente para meter la mano por debajo y llamar al cristal.

***Toc, toc, toc.***

—¿Eloise? —susurró—. ¿Estás despierta?

***Toc, toc, toc.***

Allie pegó la oreja a la pared, como si fuera posible oír a la bibliotecaria a través de los quince centímetros de piedra que los separaban de ella. Silencio.

Sylvain dejó de llamar.

—Puede que no esté ahí dentro. Es posible que...

Todos oyeron el ruido al mismo tiempo, procedente del otro lado.

***Toc, toc, toc.***

—¡Es ella! —cuchicheó Zoe.

Sylvain volvió a golpear el cristal.

—¿Eres tú, Eloise? —susurró.

—Sí.

La respuesta fue tan débil que no parecía real. A través de la gruesa pared, la voz sonaba etérea, fantasmal.

Rachel, que al oír la voz de su querida Eloise había olvidado todos sus temores, se colocó junto a Sylvain.

—¿Estás bien?

Un silencio y luego:

—Sí.

Carter se acercó a Sylvain.

—Pregúntale si la están vigilando ahora.

—¿Hay alguien en la casa? —preguntó Sylvain—. ¿Te vigilan?

—Sí.

Allie se imaginó a Eloise de pie junto a la ventana, susurrándoles a través del cristal, prisionera y sola. Debía de haber alguien en la habitación contigua, encargado de su vigilancia. Como si fuera una criminal.

Allie sintió que le hervía la sangre de rabia.

Se volvió hacia Sylvain.

—Pregúntale si hay algún modo de sacarla de ahí.

—¿Podemos ayudarte a escapar? —le preguntó Sylvain—. ¿Hay alguna salida?

Esta vez la pausa fue muy larga.

—No.

Allie estaba a punto de echarse a llorar de impotencia. ¿Acaso no podían hacer nada?

Rachel miró a Sylvain.

—¿Puedo?

Él asintió y dio un paso atrás sosteniendo la chapa al mismo tiempo para que Rachel pudiera hablar a través del cristal.

—Eloise, sabemos que tú no lo hiciste —dijo Rachel—. O al menos creemos que no fuiste tú. O sea, tú estabas con Jerry. ¿Hay algo que podamos hacer para demostrar tu inocencia?

Se hizo un silencio muy largo. Allie se preguntó si habrían descubierto a Eloise... y la habrían hecho callar.

Entonces, con voz casi inaudible, Eloise respondió.

—La llave.

Rachel se acercó un poco más a la ventana.

—¿Qué pasa con la llave, Eloise?

—La del despacho de Isabelle... la que utilicé... encontrad la llave.

La duda oprimió el pecho de Allie. ¿Por qué les pedía que buscaran la llave?

¿Quería que se la llevaran para que los profesores no pudieran encontrarla? ¿Para protegerla? ¿Acaso era culpable, después de todo?

Rodeándose el cuerpo con los brazos, bajó la mirada.

Rachel se cogió al alféizar de la ventana.

—No te entiendo, Eloise. ¿Qué quieres que hagamos?

Cuando la bibliotecaria volvió a hablar, Allie tuvo la sensación de que estaba llorando. Su voz sonaba muy lejana.

—Zelazny se la dio a Jerry y luego... se la quitó. Creo que... la ha escondido. Encontradla. Una llave pequeña, de color plata. Dádsela a Isabelle.

Al oír aquello, Allie levantó la cabeza de golpe. Carter y ella se miraron. Él también se había quedado de piedra.

***¿Eloise está diciendo que Zelazny le tendió una trampa?***

Sylvain dio un paso hacia la ventana.

—¿Y por qué iba él a hacer algo así, Eloise?

La bibliotecaria no respondió.

Allie estaba destrozada.

Habían considerado la posibilidad de que Zelazny fuera el espía, pero nunca demasiado en serio. Si él sabía dónde estaba la llave...

Se echó a temblar de rabia.

***¿Cómo le puede hacer eso a Eloise? ¿Cómo puede dejar que la encierren y no decir nada?***

Solo si Zelazny tenía algo que ocultar se comportaría de un modo tan ruin.

Estaba tan inmersa en sus pensamientos que al principio no reparó en el suave chasquido.

De repente, la puerta principal se cerró.

El corazón de Allie dejó de latir. Todos se miraron entre sí, horrorizados. El momento pareció alargarse indefinidamente.

Sin previo aviso, Carter cogió a Allie de la mano y echó a correr.

Todo sucedió tan deprisa que ella no tuvo tiempo de reaccionar. Para cuando se acordó de Rachel, era demasiado tarde.

***Sylvain la ayudará, se dijo. Estaba justo a su lado. Seguro que se ocupa de ella, sabiendo que no ha sido entrenada para esto.***

Mientras cavilaba, no dejaba de mirar atrás para comprobar si los demás los seguían, pero Carter la tenía cogida con tanta fuerza y se movía tan deprisa por aquel terreno escabroso que Allie solo veía oscuridad y sombras.

Saltaron el riachuelo y una ramilla se rompió a sus pies. Allie ahogó una exclamación y siguió corriendo; no podían preocuparse por los ruidos ahora mismo. Solo correr a toda mecha.

Le ardían los pulmones como si respirara fuego y la rodilla la estaba matando,

pero Carter no aflojaba. Ignorando las ramas que les arañaban los brazos y la cara, las piedras que rodaban a sus pies, volaban atravesando helechos secos y maleza muerta. Debían de llevar corriendo casi un kilómetro. Allie empezaba a preguntarse si podría aguantar mucho más cuando llegaron a una hondonada natural, al refugio de un tronco caído. Saltando al interior, Carter arrastró a Allie tras de sí y la empujó al suelo.

Se hizo el silencio.

Se quedaron varios minutos allí tendidos, sin mover ni un dedo. Allie aguzó los oídos por si se oían pasos en algún momento, pero el bosque parecía desierto. La brisa soplaba entre las ramas con un murmullo sordo.

Cuando el viento por fin amainó, cesaron también los sonidos, salvo el martilleo de su corazón y su trabajosa respiración.

Estaban completamente solos.

Poco a poco, la respiración de Allie se normalizó y pudo prestar atención al entorno. Notaba el peso de Carter, que estaba prácticamente encima de ella, y su brazo alrededor de los hombros. Veía su cabeza apoyada en la fría arcilla, junto a la de ella. Notaba los movimientos del pecho de Carter, cómo subía y bajaba con cada respiración; el calor de su cuerpo en contraste con el frío que desprendía la tierra húmeda.

Despacio, Allie giró la cabeza hacia la derecha —cuidando de no hacer ruido— para mirarlo a los ojos. Él la observaba atentamente. Carter estaba en tensión, como si esperara algo.

Allie no sabía cuánto tiempo llevaban allí quietos, solo mirándose a los ojos con todos los sentidos alerta, atentos a la menor señal que delatase la presencia de un extraño en el bosque. Al principio, se dedicó a contar respiraciones pero al poco se despistó. La proximidad de Carter la distraía. Estaba demasiado pendiente de su mano, que le rozaba la espalda. Y de su manera de mirarla.

Por fin, Carter la cogió por la cintura.

**¿Por qué lo ha hecho?**

Allie perdió el aliento.

**Solo estamos escondidos, se recordó. Nada más. Él intenta ser amable.**

Sin embargo, era obvio que a Carter le costaba un poco respirar. Y estaba muy tenso.

Allie no tenía intención de besarle. Más tarde, ni siquiera recordaría cómo había sucedido. Solo que, de repente, las bocas se habían unido y Carter la había abrazado.

La familiaridad de sus labios le rompió el corazón. Allie había olvidado lo mucho que le gustaba besarlo. Su sabor. El contacto de su cuerpo.

Carter la estrechó con fuerza y ella se sintió reconfortada al instante; más segura.

Se dejó envolver en el abrazo y notó que él abría las manos sobre su espalda. La atrajo hacia sí.

Entre los brazos de Carter, Allie trató de olvidar todo lo que había pasado; incluso dónde estaban y por qué se encontraban allí. Ahora mismo, lo necesitaba. Necesitaba sentirse deseada. Necesitaba olvidarlo todo y sencillamente saber que era la persona más importante del mundo para alguien, aunque solo fuera durante unos minutos.

Su mente, sin embargo, no se lo permitió.

Allie no dejaba de recordar la expresión herida de Jules cuando la habían marginado durante la cena. Lo perdida que parecía.

***Piensa en lo mal que se sentiría si llegara a enterarse***, le susurraba una vocecilla interior. ***¿Cómo te sentirías tú en su lugar?***

Se le encogía el estómago solo de pensar en todo el sufrimiento que podía provocar aquel beso.

Carter y ella apenas habían comenzado a reconstruir su amistad. Esto podía estropearlo todo. ¿Cómo se comportarían al día siguiente, cuando se cruzaran por los pasillos del colegio? ¿Se limitarían a fingir que no había pasado nada?

El miedo la paralizó. ***No podemos hacerlo.***

Al notar que Allie vacilaba, Carter dejó de besarla. Se apoyó sobre un codo y la miró con expresión sombría. Allie vio su propia confusión reflejada en aquellos ojos oscuros.

—Perdona —se disculpó él—. Es que...

—Ya lo sé —Allie quería decir algo que lo hiciera sentir mejor, pero tenía la mente en blanco. Antes, todo era tan fácil entre ellos dos... Ahora se hacían un lío a la primera de cambio—. Tú no tienes la culpa. Yo también lo siento.

—Supongo que... te echo de menos —se explicó Carter—. Y a veces yo...

No pudo terminar la frase.

—Yo también te echo de menos —dijo Allie con un hilo de voz—. Ojalá... todo fuera más fácil.

Carter le sostuvo la mirada unos instantes. Luego se puso de espaldas y se quedó mirando las estrellas con un brazo sobre la frente como para protegerse los ojos de un resplandor invisible.

—Ya.

Nadie te enseña esas cosas. Nadie te dice nunca: «Mira, esto es lo que tienes que hacer si rompes con alguien y quieres seguir siendo su amiga». Ni: «Te voy a explicar un truco para cortar con alguien y no tener ganas de besarlo nunca más».

Serían los consejos más útiles del mundo, pero no existen.

Allie se sentó y, doblando las rodillas, se las rodeó con los brazos. Su mirada se perdió en la noche.

De repente, como si acabara de tomar una decisión, Carter se incorporó a su vez y

se volvió a mirarla.

—Mira. Hay una cosa que te quiero decir. Y llevo queriendo decírtela desde hace tiempo, pero no me atrevía. Creo que ahora es el momento —hablaba con voz estrangulada por la emoción y Allie lo miró sorprendida—. Yo... lamento muchísimo cómo te traté cuando estábamos juntos. Metí la pata hasta el fondo.

A Allie se le saltaron las lágrimas, pero sostuvo la mirada del chico.

—Al principio, estaba celoso, y me comporté como un capullo. Y luego me enfadé y reaccioné aún peor —se pasó los dedos por la mata de pelo oscuro—. Sé que te hice daño y lo siento muchísimo.

En aquel momento, el peso que oprimía el pecho de Allie desde hacía tiempo desapareció.

Ni en sueños podía haber imaginado que esa noche acabaría así. Con la huella de aquel beso aún estampada en los labios, ¿cómo decirle lo mal que lo había pasado cuando rompieron? No sabía cómo describir la sensación de vacío que la embargó cuando lo vio con Jules. Ni lo sola que se sentía cuando él la ignoraba.

El problema era que Carter acababa de decirle todo lo que necesitaba oír... hacía cuatro meses. Y ahora era demasiado tarde. Había superado el duelo, el dolor, la confusión. Y había sobrevivido.

No quería volver atrás.

Sin embargo, no se lo podía decir en ese momento. Lo único que podía hacer era tratar de reparar el daño que hubieran podido causar a su amistad, y a Jules. Poner las cosas en su sitio.

—Gracias por decírmelo. Oírlo es un consuelo —Allie hablaba en tono tranquilo, pero cerraba los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas—. Pero ese beso no ha sido buena idea, Carter. Ha estado mal. Ahora sales con Jules. Se sentiría fatal si se enterara. No puede saberlo nunca. Te prometo que yo...

De repente, Carter se levantó y se alejó hasta el otro lado del claro. Se quedó allí, de espaldas a ella.

A Allie se le cayó el alma a los pies. ¿Se habría pasado con él? Lo siguió rápidamente.

—Carter, mira... Perdona. Yo no quería...

—No hagas eso —la interrumpió él—. Siempre lo haces, ¿sabes? Pides perdón por cosas que no son culpa tuya —Allie no le veía los ojos en la oscuridad—. No deberías disculparte cuando tienes razón.

Se irguió y señaló en dirección norte.

—Deberíamos volver. Nos estarán esperando.

Sin esperar respuesta, Carter se internó en la oscuridad.

Veinte minutos después, Carter y Allie entraban en el vestuario de las chicas. La

reacción de los demás no se hizo esperar.

—¿Dónde te habías metido?

Poniéndose en pie, Zoe corrió hacia Allie para abrazarla. El gesto la pilló tan de sorpresa que la pobre titubeó un momento antes de devolverle el abrazo.

Zoe nunca abrazaba a nadie. O sea, nunca.

Y ahora, allí estaba, estrechándola con todas sus fuerzas.

—Hace siglos que te esperamos. Pensábamos que te habían pescado. O... algo.

Por encima del hombro de Zoe, Allie echó un vistazo a los demás y sintió un gran alivio al ver a Rachel allí sentada. Todo el mundo había escapado; Carter y ella habían sido los últimos en llegar.

—Siento haberte asustado —se disculpó con Zoe, ruborizada—. Es que... nos hemos pasado mucho rato escondidos para asegurarnos de que... no había, o sea... peligro.

—Llevas una hoja enganchada al pelo —señaló Zoe al separarse de ella.

Roja como un tomate, Allie se quitó la hoja de la cabeza y la dejó caer al suelo. Al otro lado del vestuario, Rachel la miraba con recelo.

Habían acordado previamente encontrarse allí si llegaban a separarse en algún momento; era uno de los pocos sitios del colegio en los que los guardias de Patel nunca entraban. Sin embargo, era raro ver a los chicos allí dentro.

—Así que, a fin de cuentas, la misión ha sido un éxito.

La voz de Sylvain procedía de un rincón. Allie se volvió a mirarlo y lo vio sentado en una banqueta, con las largas piernas extendidas antes sí. Él la miró a los ojos y arqueó una ceja con ademán sardónico. Aún más ruborizada, Allie se volvió hacia otro lado. Parecía como si el francés intuyese lo que había pasado.

Carter y ella apenas habían hablado en el camino de vuelta; recorrieron los tenebrosos bosques casi en silencio. Allie, que estaba poco familiarizada con aquella zona de los terrenos, no estaba segura de por dónde iban, pero el infalible sentido de la orientación de Carter los había conducido directamente al edificio del colegio, y eso que habían evitado los caminos.

—Según como se mire —decía Carter ahora. Estaba apoyado contra la pared y se había cruzado de brazos con desidia. Allie estaba segura de que evitaba sus ojos; miraba a todas partes excepto a ella—. No nos han pillado pero tampoco hemos descubierto gran cosa.

—No me hace gracia comentar esto, pero... algunas de las cosas que ha dicho Eloise me han sonado muy raras —observó Nicole—. No tenían ni pies ni cabeza.

Aquellas palabras sacaron a Allie de su caos interno y la obligaron a centrarse en lo que de verdad importaba: cazar al espía. Jo. Porque Nicole tenía razón. Eloise les había dado una información vaga e inútil, a pesar de que su propia suerte dependía de que pudieran ayudarla. No parecía inocente.

—Yo he pensado lo mismo —intervino Rachel, intercambiando una mirada desesperada con la francesa.

El pesimismo se apoderó del ambiente. Solo Zoe conservaba la esperanza.

—Pero aún no lo hemos intentado —dijo—. Encontrar la llave, me refiero.

—Allie, ¿qué piensas tú de esa historia de la llave? —Nicole se volvió a mirarla—. ¿Crees a Eloise?

Allie se frotó la frente con el dorso de la mano; tenía tierra en la piel.

—No sé si la creo o no. Sé que hay una llave; yo la vi. Ahora bien, si me preguntas de dónde la sacó o qué hizo con ella... Yo qué sé. A mí también me ha sonado raro lo que ha contado. Parecía como si estuviera protegiendo a alguien. Además, si ella no es la espía y fue Zelazny quien se la dio, y él no le ha dicho nada a nadie, en ese caso...

—Zelazny es el espía —Sylvain completó la deducción.

Sylvain siempre le había tenido cariño al profesor de Historia, y Allie comprendió que debía de sentirse fatal. Seguro que era horrible pensar que tu mentor te había estado engañando todo el tiempo. Que en realidad era tu enemigo.

—Creo —concluyó Rachel— que a partir de ahora debemos llevar mucho cuidado. Porque, hoy por hoy, tenemos buenas razones para desconfiar de casi todo el mundo.



## Veintiuno

*Primero la azotó el frío, luego el viento. Debía de haber empezado a soplar hacía poco. No recordaba en qué momento, pero ahora estaba aullando, sacudiendo las ramas con la fuerza de la tempestad y empujando a Allie como una furia desatada.*

*Allie giró sobre sí misma.*

***¿Dónde estaba? Llevaba tanto rato corriendo que ya no recordaba adónde iba. Ni lo que estaba buscando.***

*—Allie.*

*Era la voz de Sylvain. Aquel bonito acento francés convertía el nombre en un suspiro, en una caricia.*

*Sin embargo, todo estaba oscuro y Allie no podía ver nada. En aquella noche sin luna, los árboles solo eran sombras recortadas contra un fondo oscuro. La noche se cernía sobre ella como un mal presagio, tan densa que la aplastaba hasta dejarla sin aliento.*

*—¿Sylvain? ¿Dónde estás?*

*Allie alargó el cuello pero no vio nada. Nada, solo árboles.*

*—¿Por qué lo has hecho?*

*Se tapó la boca con la mano para ahogar un sollozo; Sylvain parecía tan triste... ¿Sabía que Carter y ella se habían besado? ¿Cómo lo había averiguado? No se lo habían contado a nadie. Habían jurado no hacerlo.*

*—¿Hacer qué? Yo no he hecho nada —Allie hablaba con insistencia, pero su propia voz la traicionaba, y sabía que él también se daba cuenta.*

*—¿Por qué no estabas buscando a Jo? —le recriminó—. Ella confiaba en ti. Yo confiaba en ti.*

*Ahora, las lágrimas corrían por su mejillas. Necesitaba verle. Si pudiera verle la cara, lo convencería de que no había pasado nada. Nada en absoluto.*

*—Puedes confiar en mí —insistió Allie—. Jo puede confiar en mí. No le fallaré.*

*Él respondió con frialdad.*

*—Pero Jo ha muerto.*

Su propio grito la despertó; su voz estrangulada.

Debía de haber llorado en sueños porque la almohada estaba mojada de lágrimas. Volvió a sollozar cuando la inundaron los recuerdos de la noche anterior.

***¿Por qué besé a Carter? ¿Por qué? Lo he estropeado todo. ¿Por qué soy tan***

**tonta?**

Primero había dejado colgada a Jo, luego había estropeado su amistad con Carter. Otra vez. Jamás en la vida se había odiado tanto a sí misma; sacudió la cabeza para quitarse de encima esa sensación.

La puerta se abrió sin previo aviso y Rachel apareció en el umbral con el pelo enmarañado y pálida como un fantasma. El miedo de su semblante se transformó en preocupación.

—¿Allie? ¿Qué ha pasado? Te he oído gritar —al ver la expresión de su amiga, corrió hacia ella, se arrodilló junto a la cama y la abrazó con fuerza—. ¿Te encuentras bien? ¿Has tenido otra pesadilla?

Sin dejar de llorar, Allie asintió contra el hombro de Rachel.

—Estoy tan triste, Rach... Tan triste... Lo he hecho todo mal y ya no puedo deshacerlo. Lo hecho, hecho está, y es horrible.

—Nena... —la consoló Rachel—. Tú no has hecho nada malo, te lo prometo. Nada. No te preocupes.

Eso no era verdad, ni mucho menos.

—No fui capaz de salvar a Jo —susurró Allie—. Y ahora he besado a Carter.

La otra se quedó un momento parada, pero enseguida reanudó las caricias.

—Vale, mira, en primer lugar, hiciste cuanto pudiste por salvar a Jo. Nadie habría podido salvarla. Ni el mismísimo Dios. Tú no tuviste la culpa de lo que le pasó.

Allie no la creía, pero quería hacerlo.

—Y ahora —Rachel cogió unos pañuelos de papel de un estante y se los tendió—, ¿por qué no bebes un poco de agua y luego me cuentas lo del beso?

Cuando Rachel volvió con un vaso de agua, las dos amigas se sentaron juntas en la cama. Con un puñado de pañuelos en una mano y el vaso de agua en la otra, Allie estuvo hipando hasta que el llanto remitió y cesó por fin. A trompicones, narró lo sucedido aquella misma noche en el bosque.

—¿Y cómo ha reaccionado él? —le preguntó Rachel mientras se tapaba las piernas con una manta.

—Como si hubiera sido un error —Allie levantó el puño de los pañuelos como diciendo: «¿Cómo iba a reaccionar?».

—¿Tú crees que ha sido un error? Quiero decir, ¿aún te gusta?

—No... No lo sé —suspiró Allie—. Estoy confusa. O sea, cuando has salido con alguien y has pensado, pues eso... que estabas enamorada, ¿cómo vas a decir de repente: «Vaya, ya no te quiero»? ¿Así, sin más? Echo de menos su compañía y su amistad, y me gustaría que todo eso que «hubo entre nosotros» no se interpusiera. Pero no puedo hacer nada por evitarlo y cuando estamos a solas el ambiente se enrarece.

—Entonces... me estás diciendo que te gustaría volver a ser su amiga.

Allie se paró a pensarlo.

—Supongo que sí.

—Pues verás, yo tengo una teoría al respecto —Rachel sonrió, y Allie tuvo la sensación de que el cuarto se caldeaba—. ¿Te gustaría oírla?

Asintiendo, Allie se acurrucó contra ella. Empezaba a pensar que Rachel sabía cómo hacer que se sintiera mejor.

—Creo que cuando queremos a un amigo... Como nos queremos tú y yo, ¿vale? Bueno, pues si ese amigo es de nuestro mismo género, la cosa es supersencilla. Tú y yo no somos gais y nos queremos así que... ¡bum! Somos amigas del alma —Allie asintió con cautela mientras Rachel proseguía—. Pero ¿y si yo fuera un tío y tú fueras mi amiga y nos quisiéramos? Nos sentiríamos confusos. Y si viviéramos momentos difíciles y todo fuera como muy intenso y peligroso, a lo mejor confundías el cariño que sientes por mí con amor romántico. En ese caso, querrías salir conmigo y todo se complicaría —se echó hacia delante para mirar a Allie a los ojos—. Lo que quiero decir es que, con los chicos, tendemos a confundir la amistad con el amor romántico. Y por esto tú estás confundida.

Allie rompió un pañuelo en trocitos mientras meditaba la idea. De ser cierta, la teoría explicaba por qué siempre se había sentido atraída por Carter y por Sylvain al mismo tiempo. A lo mejor lo que sentía por Carter era amor de amigos y lo que sentía por Sylvain, en cambio, amor romántico. Aunque ¿cómo saberlo?

—Entonces, ¿tú crees que lo que siento por Carter es amor de amigos? —preguntó esperanzada.

—No lo sé —reconoció Rachel—. Yo no puedo saberlo. Solo tú puedes saber eso. Pero sí sé que puedes querer a Carter y no estar enamorada de él. Y quizá, sobre todo ahora que está con Jules, deberías tenerlo en cuenta.

Al oír el nombre de Jules, Allie hizo un gesto de dolor. La prefecta no le caía muy bien, pero nunca había pretendido liarse con su novio.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó resignada—. Tengo que arreglar esto de algún modo. No quiero que Jules sufra por mi culpa. Y no puedo volver a perder a Carter. No puedo.

—Bueno... —Rachel bostezó y echó un vistazo al reloj del escritorio. Eran casi las cinco de la mañana—. Creo que tienes que hablarlo con él y aclarar las cosas. Dile eso mismo. Dile que solo quieres ser su amiga, al menos mientras salga con otra. Así ganarás tiempo para averiguar qué clase de amor sientes por él.

—¿Pero cómo lo sabré? —preguntó Allie en tono quejumbroso—. ¿Cómo se sabe qué clase de amor siente una?

—Bueno —Rachel se tumbó a su lado y tendió el edredón sobre las dos—. Esa es la parte más complicada.

Al día siguiente, las clases fueron una tortura. No se acababan nunca. Allie, que después de la pesadilla no había vuelto a dormir bien, ni siquiera en la amable compañía de Rachel, hacía esfuerzos por mantener los ojos abiertos mientras los aburridos sustitutos recitaban la lección del día.

En clase de Literatura y de Historia —las dos que compartían— Carter guardó las distancias y no la miró a los ojos ni una vez.

En cierto momento, Allie se cruzó con Jules en el pasillo y se sintió tan culpable que buscó refugio en el aula más cercana. Al entrar a toda prisa, se estampó contra el profesor que venía en dirección contraria con tanta fuerza que los papeles del hombre salieron volando.

A la hora de la comida, el grupo se reunió para hacer planes. Aunque Allie se sentó entre Rachel y Zoe, la mera presencia de Carter y Sylvain en su misma mesa le quitaba el hambre y no pudo probar bocado. Para disimular, se dedicó a diseccionar metódicamente un bocadillo.

Jules compartía una mesa cercana con Lucas y otros amigos. Allie no quería mirar en su dirección, pero la mala conciencia la traicionaba y cada dos por tres se sorprendía observando cómo la prefecta charlaba y se tomaba la sopa.

Al otro lado de la mesa, Carter mantenía una intensa conversación con Nicole y Rachel. Aunque aparentaba normalidad, tampoco él había dormido bien; las ojeras lo delataban.

Dos asientos más allá, Sylvain escuchaba a Carter frunciendo el ceño. Mientras tanto, sus largos dedos jugueteaban con el cuchillo, haciéndolo girar sobre sí mismo. El movimiento hipnotizó a Allie; Sylvain tenía unas manos hábiles y elegantes, y la luz de la tarde arrancaba destellos a la plata del cuchillo.

De repente, el movimiento cesó. Cuando Allie alzó la vista, descubrió que Sylvain la estaba mirando. Sus ojos, fríos como el agua quieta, mostraban una expresión enigmática.

Allie notó un revuelo en el corazón y apartó la mirada.

Solo entonces se dio cuenta de que los demás la observaban también.

—¿Qué? —preguntó Allie con una insolencia que no venía al caso. Procuró suavizar el tono—. O sea, ¿habéis dicho algo?

—Te he preguntado —Rachel la miró con cara rara—: ¿qué te parece?

—¿El qué?

—El plan —Nicole miró a Sylvain y luego otra vez a Allie, como si sospechase que algo se cocía entre ambos—. ¿Te parece buena idea?

—Perdón —se disculpó Allie, sonrojándose—. Esta noche no he podido dormir. No estaba prestando atención. ¿Me lo repetís? Prometo concentrarme.

Carter lanzó un suspiro exasperado.

—Muy bien. Te lo volveré a explicar —por primera vez en casi doce horas la

miró a los ojos, pero no con simpatía—. Esta noche vamos a dividir el trabajo. Nicole y yo inspeccionaremos la habitación de Eloise. Zoe y Rachel echarán un vistazo a la clase de Zelazny —con una sombra de ceño, volvió la vista hacia Sylvain—. Sylvain y tú revisaréis el dormitorio de Zelazny. Sylvain sabe dónde está.

Allie se forzó a asentir con tranquilidad, pero notaba un nudo en la garganta y el corazón le latía desbocado.

Algunos profesores vivían en las casitas de los terrenos, pero la mayoría ocupaban un pabellón separado del edificio principal. Allie nunca había estado allí. Entrar en las dependencias de los profesores estaba absolutamente prohibido; solo los prefectos tenían acceso, y por un motivo justificado.

Los demás la miraban con interés. Querían saber qué pensaba de un plan que se saltaba todas las reglas que les quedaban por romper.

Allie irguió la espalda.

—Genial. Me apunto.

## Veintidós

Aquella noche, Allie se paseaba impaciente entre las sombras del fondo de la biblioteca. Sylvain llegaba diez minutos tarde.

Estaba segura de haber acudido al lugar correcto; su amigo había sido muy concreto y aquellas estanterías de casi tres metros de altura solo contenían viejos volúmenes escritos en francés. Aburrida, acarició los gruesos lomos, que llevaban grabados en oro los nombres de clásicos como Laclos y Langelois.

Luego, suspirando, volvió a mirar el reloj.

—Venga, Sylvain —musitó.

Una escalera con ruedas descansaba contra el mueble para que los lectores pudieran alcanzar los estantes más altos. Subió unos cuantos peldaños y se sentó en un travesaño con un pie colgando.

Aunque estaba nerviosa, la falta de sueño de la noche anterior le estaba pasando factura. Le pesaban los ojos. Apoyó la barbilla en la mano y los cerró. La oscuridad le sentó bien y pronto se durmió. En sueños, veía imágenes inconexas de carreras y bosques. De fondo, una voz le decía:

***Despierta, Allie.***

Era una voz que conocía bien; le gustaba. Mantuvo los ojos cerrados aún un instante, con la esperanza de volver a oírla, pero no fue así.

Abrió los ojos de mala gana.

Sylvain se había encaramado a la escalera también, en equilibrio sobre un pie, para ponerse a la altura de Allie. Ella parpadeó adormilada, atisbando a la tenue luz los ojos color zafiro del chico.

—Hola —murmuró. Aún estaba confusa. La imagen le pareció irreal, como si aún estuviera soñando. No lo había vuelto a mirar de tan cerca desde el baile de invierno. Percibía el calor de su pierna contra la piel, el aroma característico de su agua de colonia—. Debo de haberme quedado dormida.

—Siento llegar tarde —dijo él. Se quedó un momento donde estaba, tan cerca que Allie podía distinguir las motas color violeta entre el azul de sus ojos. A continuación, Sylvain saltó al suelo con un movimiento elegante y atlético—. Me he retrasado por culpa de un vigilante. Quería preguntarme si sabía de alguien que hubiera salido ayer del edificio después del toque de queda. Me ha hecho un millón de preguntas.

—¿Qué? —Allie despertó de golpe y se echó hacia delante para verlo mejor—. ¿Saben que fuimos nosotros?

Sylvain negó con la cabeza.

—No saben quién fue. Pero sí que alguien estuvo allí. Debemos andarnos con pies de plomo a partir de ahora.

Parecía emocionado ante el peligro que se avecinaba: tenía las mejillas encendidas y rebotaba sobre la punta de los pies como si el exceso de energía le impidiera quedarse quieto. Se echó hacia atrás el rizo que le había caído sobre la frente.

Al ver aquel gesto, Allie recordó cómo se había sentido la primera vez que había acariciado el pelo de Sylvain; la emoción de lo prohibido. Y el efecto que la caricia había ejercido en él. El aumento de la presión de sus brazos; el renovado ardor del beso.

Besar a Carter le provocaba unas sensaciones tan distintas...

***Entonces, ¿eso es amor romántico?***, se preguntaba ahora, desesperada. ***¿O del otro?***

Bajó al suelo y levantó los brazos para estirar los músculos agarrotados.

—Genial. Si tú estás listo, yo también.

Mirándola a los ojos, Sylvain esbozó una sombra de sonrisa.

—Ojalá fuera verdad —se dio media vuelta y echó a andar por el pasillo de estanterías—. Vamos. Se hace tarde.

Allie bajó los brazos y corrió tras él con tanto ímpetu que tropezó con el montón de libros que alguien había dejado al final del pasillo.

—Tu sombrero. ¿Qué prisa tienes...? —murmuró.

—¿Qué has dicho? —Sylvain la miró con curiosidad.

—Nada —Allie se encogió de hombros—. Solo es una cita de una peli que me gusta.

—¿Te gusta el cine? —parecía encantado con la idea—. ¿Cuál es tu película favorita?

Como le pasaba siempre cuando alguien le preguntaba por su película o su libro favoritos, Allie se quedó en blanco, como si jamás en la vida hubiera ido al cine. Se suponía que debía impresionar a los demás con tus exquisitos gustos. Así que tardó un momento en darse cuenta de que había citado una frase de una de sus películas favoritas.

—Me gusta *Qué bello es vivir* —respondió—. O sea, la veíamos en familia cada Navidad antes de... Quiero decir... Es muy buena.

Iba a decir que la veían en familia cuando aún eran felices. Antes de que Christopher se escapara y su vida se hiciera añicos.

Sylvain se puso serio.

—Es una película alucinante; una de mis favoritas. Me encanta Jimmy Stewart —en sus labios, el nombre sonaba adorable: «Yimi». Ya habían llegado a la puerta y él le cedió el paso sin cambiar de tema—. Me encanta el cine. En casa, siempre estoy viendo pelis. Sobre todo me gustan los filmes antiguos, en blanco y negro. Me parecen mejores que las películas modernas aunque no sé por qué —la miró de reojo

—. ¿Has visto *Jules et Jim*?

En silencio, Allie negó con la cabeza. El título sonaba francés y sofisticado. Sus padres no tenían nada parecido en casa, ni mucho menos.

—Es una película de François Truffaut, un gran director francés. Para mí, el mejor —dijo Sylvain mientras entraban en el vestíbulo principal. A aquella hora, reinaba el silencio en el lugar y los paneles de roble brillaban a la luz tenue—. A veces, me recuerdas a la actriz protagonista. Por el pelo... y otras cosas.

Allie notó un calorcillo en el pecho. Era muy agradable que te compararan con una actriz francesa que debía de ser tan guapa y misteriosa como todas las estrellas de aquel país. La intrascendente conversación la ayudó a distraerse de las preocupaciones más inminentes y se preguntó si Sylvain habría sacado el tema adrede. Se dio cuenta de que ya nunca hablaban de cosas triviales. En Cimmeria, todas las conversaciones giraban en torno a Nathaniel, Jo, Isabelle, Lucinda, la muerte. Le parecía raro estar hablando de cine, como una persona normal.

—Tendré que verla —comentó—. Si te gusta tanto, seguro que es buena.

***Jules et Jim***, pensó Allie para memorizar el título. ***Jules et Jim, Jules et Jim, Jules...***

—A lo mejor la vemos juntos algún día —sugirió él, y esbozó una de aquellas sonrisas que la hacían sentir como si no existiera nadie más en el mundo salvo ellos dos.

—Es por aquí —Sylvain la cogió de la mano y la guio hacia una zona más ancha del vestíbulo, que albergaba varias estatuas clásicas. Se agacharon tras un pedestal que los protegía de miradas curiosas. La entrada al pabellón de los profesores estaba a pocos metros de distancia.

Agazapada detrás de Sylvain, Allie lo observó con curiosidad. Respiraba con normalidad pero estaba tenso; los tendones del cuello se le marcaban bajo la piel morena. Allie se contagió de su crispación y empezó a respirar más rápidamente. Como si se diera cuenta, el chico le echó una ojeada por encima del hombro.

—¿Estás lista?

Allie asintió.

—Sí.

Sylvain se levantó y ella lo imitó.

—Ahora.

En silencio, corrieron por el vestíbulo desierto hacia la puerta. El chico abrió con llave, le cedió el paso a Allie y volvió a cerrarla antes de echar a correr tras ella.

Entraron en un oscuro pasillo. Cuando los ojos de Allie se adaptaron a la penumbra, distinguió recias vigas de roble labrado. Debían de estar en la parte más antigua del edificio. Una serie de puertas bastante espaciadas entre sí flanqueaba el pasillo a ambos lados, cada una señalizada con un número. Eran los apartamentos de



los profesores. Con movimientos sincronizados, avanzaron raudos por el corredor. Mirando a Sylvain de reojo, Allie advirtió que se movía de un modo extraño. Se le marcaban los bíceps, como si se dispusiese a luchar, y caminaba con los puños cerrados. Estaba nervioso.

Al darse cuenta de eso, la adrenalina inundó las venas de Allie. Sylvain nunca estaba nervioso.

Casi habían llegado al final de pasillo cuando él levantó una mano para pedirle que se detuviera. Mirando a ambos lados para asegurarse de que nadie los veía, el chico se acercó a una puerta marcada con el número 181.

La miró a los ojos. Ambos sabían lo mucho que se jugaban.

Allie se esforzó por mantener la calma. Asintió con la cabeza.

Sylvain empujó el picaporte.

## Veintitrés

La puerta no estaba cerrada con llave. Cuando Sylvain la empujó, Allie solo vio oscuridad, únicamente oyó silencio.

El chico levantó una mano para pedirle que esperara y entró el primero.

Regresó al cabo de un momento y, en silencio, le indicó por gestos que lo siguiera. Inspirando a fondo para reunir valor, Allie entró en el alojamiento de Zelazny.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, un manto de oscuridad la envolvió. Allie se quedó muy quieta, sin atreverse a hacer el menor movimiento.

—Estoy aquí.

La respuesta de Sylvain sonó apagada. Allie oyó el suave roce de sus manos contra la pared y se dijo que su amigo buscaba a tientas un interruptor. Acababa de pensarlo cuando la luz inundó la habitación. Acostumbrada a la penumbra, Allie tuvo que protegerse los ojos.

—Me deslumbra —explicó.

—Solo será un momento.

Por las rendijas de entre los dedos, atisbó el resplandor. Sylvain aguardaba junto a la puerta, esbozando una sonrisa socarrona, como si Allie hubiera hecho algo divertido. Había perdido aquel aire crispado.

Se encontraban en una sala anticuada, amueblada con un sofá de piel y una butaca de madera con el asiento acolchado. En un rincón, cerca de la chimenea, había un televisor y un reproductor de DVD. Las paredes estaban pintadas de un tono gris mate, con una elegante moldura blanca. Girando despacio sobre sí misma, Allie avistó las estanterías que forraban una de las paredes y la puerta que conducía a otra estancia, seguramente al dormitorio.

—Qué pequeño.

—No está tan mal —Sylvain seguía de espaldas a la pared, mirando a su alrededor como si estuviera decidiendo por dónde empezar—. ¿Por qué no echas un vistazo a las estanterías? —propuso—. Yo inspeccionaré el escritorio.

Las estanterías de Zelazny se erguían sobre armaritos bajos y alcanzaban hasta el techo. Casi todos los libros versaban sobre temas militares: *Batallas de Inglaterra*, *Tormenta en ciernes* y algo que parecía un tratado de filosofía titulado *Los siete pilares de la sabiduría*.

Las insulsas cubiertas, en tonos azul marino y gris, eran rugosas al tacto. Un olor a tinta y papel viejo le inundó las fosas nasales.

Sin saber qué buscar en realidad, Allie palpó los bordes de los tomos y metió la mano por detrás, por si había algo escondido, pero solo eran libros. Sobre un estante.

Echó una ojeada a Sylvain, que revisaba los papeles del escritorio.

—¿Solo estoy buscando la llave?

—Eso es lo más importante. Pero si ves algo raro o sospechoso, avísame también.

**¿Raro o sospechoso? ¿Cómo qué? ¿Una pistola con el cañón humeante? ¿Un cuchillo ensangrentado? ¿Un panfleto titulado** *Cómo destruir la Academia Cimmeria: guía para asesinos?*

Sin embargo, no era el momento de ponerse sarcástica. Sacó los libros para mirar en los intersticios y acercó una silla para poder revisar los estantes superiores.

Llevaban un buen rato buscando en silencio cuando Sylvain le preguntó:

—¿Qué pasó ayer por la noche entre Carter y tú?

Allie se tambaleó en la silla y estuvo a punto de dejar caer un volumen sobre la vida de Winston Churchill. Lo cazó por los pelos y lo devolvió a su sitio con cuidado.

—Nada —repuso impertérrita. Cuando Sylvain la miró con desconfianza, levantó las manos—. Nada más que lo que os contamos: nos escondimos un rato en el bosque para asegurarnos de que estábamos a salvo. Y luego volvimos. ¿Por qué lo preguntas?

Él seguía evaluándola con la mirada.

—Tardasteis demasiado. Tú ibas toda despeinada, así —hizo un gesto vago con la mano—. Y parecíais tristes. Carter no te miraba a los ojos y tú no lo mirabas a él — cogió un montón de papeles—. Pasó algo.

Por un instante fugaz, Allie se imaginó que le decía la verdad.

***Le besé. Y él me besó a mí. Pero no estuvo bien y ambos nos arrepentimos enseguida. Ahora, no nos hablamos, y si Jules se entera me odiaré a mí misma por siempre jamás. De todas formas, creo que lo que siento por él solo es amor de amigos. Aunque no sé muy bien lo que es eso. Y no estoy segura de lo que siento por ti. En realidad, me gustaría que me besaras y tal para poder averiguarlo.***

En cambio, cogió otro libro para hojearlo.

—No seas tonto —dijo en un tono que incluso a ella le sonó forzado—. No pasó nada. Carter solo quería estar seguro de que no había nadie por allí antes de volver. Ya sabes cómo es.

—Sí —asintió Sylvain en tono sarcástico—. Ya sé cómo es.

Allie alzó la vista de golpe, a punto de caerse de la silla.

—¿Y eso qué significa?

Sin mirarla, Sylvain copió su respuesta.

—Nada.

Durante varios minutos, solo el susurro de las páginas al pasar y el roce de los libros al ser devueltos a su lugar rompió el silencio. Sylvain no hizo más preguntas pero, sin saber por qué, Allie quería aclararle que no había vuelto con Carter.

Ahora bien, ¿cómo decir algo así?

—Mira —suspiró por fin—. Carter y yo somos amigos. O, como mínimo, lo estamos intentando. Eso es todo. Él sale con Jules. Está... por ella.

Al otro lado de la salita, Sylvain dejó un montón de papeles sobre el escritorio. La miraba con suspicacia pero no dijo nada; se limitó a dejarla hablar.

—Ser amiga de alguien que ha sido... otra cosa... es complicado y tal —reconoció—. Ayer por la noche estuvimos... hablando de ello. Todo fue bien.

—Y si todo fue tan bien, ¿por qué no os habláis?

***También se ha dado cuenta de eso.***

Allie se puso roja como un tomate.

—Ya te lo he dicho. Es complicado.

Lo dijo en tono alicaído y Sylvain la escudriñó con la mirada, pero Allie no pensaba decir nada más. Había sido tan sincera como había podido; jamás traicionaría la confianza de Carter.

Había llegado el momento de cambiar de tema.

—¿Y qué pasa entre vosotros dos? —preguntó a la vez que sacaba otro libro del estante—. Siempre os habéis odiado a muerte y de repente vais juntos a todas partes. Cualquiera diría que os habéis hecho amigos.

Sylvain se quedó tan fresco. Se sacó una horquilla del bolsillo y empezó a hurgar la cerradura de un cajón.

—Después de lo que os pasó a ti y a Jo... estuvimos hablando. Pensamos que había llegado el momento de dejar de discutir y centrarnos en Nathaniel. La cosa funciona —la cerradura cedió con un chasquido—. Ahora nos entrenamos juntos.

Allie se tambaleó otra vez.

—No.

—Lo que oyes —como ella lo miraba con incredulidad, Sylvain sonrió—. Es muy bueno... muy fuerte. Yo soy más ágil, desde luego, pero Carter... no está mal.

—Es... increíble.

Allie trató de imaginárselos a ambos comprometiéndose a dejar atrás seis años de enemistad. Imposible.

Cuando llegó al final de la estantería, Allie se bajó de la silla y se limpió las manos en el paño azul de la falda.

—Ahí no hay nada. Solo un montón de libros aburridos.

Sylvain estaba en cuclillas, intentando forzar otro cajón. Señaló la puerta que conducía a la habitación contigua.

—Allí está el dormitorio. Inspecciona la mesilla.

Allie hizo una mueca.

***El dormitorio de Zelazny, pensó asqueada. Qué horror.***

De mala gana, cruzó la puerta y palpó las paredes. Notó el interruptor, frío al tacto. La luz inundó el pequeño dormitorio. Estaba pintado del mismo tono gris que la salita; Allie debía admitir que era un color relajante.

Vio una cama doble arrimada a la pared, cubierta por una manta azul

perfectamente embozada en cada esquina. Estaba todo immaculado.

—Podrías comer en esta habitación —murmuró para sí.

—¿Qué? —gritó Sylvain.

—Nada.

A la derecha de la cama había una mesilla con dos cajones y una lamparilla de latón sobre la superficie. Allie se acercó al mueble como si fuera una serpiente venenosa. Haciendo de tripas corazón, tocó el cajón superior, aunque hasta la última fibra de su ser se rebelaba contra la idea de abrirlo.

Mentalmente, empezó a recitar a modo de mantra: ***Por favor, que no haya porno. Por favor, que no haya porno. Por favor, que no haya...***

Abrió el cajón sin hacer ruido. El interior solo albergaba unas gafas de montura metálica, un lápiz bien afilado, dos libros de crucigramas y uno de sudokus.

Nada de utilidad pero también, gracias a Dios, nada desagradable.

Cuando estaba a punto de cerrarlo, dos bolitas de plástico de un tono rosado le llamaron la atención. Las miró con visible repugnancia antes de comprender lo que eran.

Tapones para los oídos.

—Qué asco —susurró, cerrando el primer cajón.

Como no había encontrado nada horrible, le costó menos armarse de valor para abrir el segundo cajón. Lo primero que vio fue un libro titulado *Conflicto y resolución*. Lo dejó sobre la mesilla para seguir inspeccionando.

Solo había una libreta y un boli, un CD, una cajita de pañuelos de papel y un frasco de ungüento.

Allie no quiso ni tocar el frasco.

—Aquí no hay nada —gritó.

—Mira debajo de la cama —replicó Sylvain.

—Genial —murmuró ella.

Con un suspiro derrotado, se puso a gatas y echó un vistazo bajo la cama de pino. Impecable. No había nada allí salvo una maleta y una caja de cartón.

Sacó la maleta en primer lugar, pero estaba vacía. Comprobó metódicamente todos los bolsillos sin resultado.

Mientras llevaba a cabo la inspección, recordó las palabras de Sylvain. Pensó en lo bien que se había avenido a tratarla con normalidad tras lo sucedido en el bosque. Y se sintió culpable al recordar cómo había reaccionado ella tras la muerte de Jo; como si Sylvain fuera un problema que no tenía tiempo de resolver. En muchos aspectos, se había portado tan mal con él como Carter con ella.

Al darse cuenta de eso, dejó la maleta a medio cerrar. Se giró a medias y miró por encima del hombro hacia la puerta abierta. Al otro lado, Sylvain revolvía el contenido de los cajones del escritorio. Imaginó sus movimientos rápidos y precisos, la eficacia

con que buscaba alguna pista de que su mentor hubiera ayudado a un asesino.

El suelo estaba muy frío cuando, despacio, devolvió la maleta a su escondrijo.

Desde la muerte de Jo, Allie había hecho lo posible por ahogar sus sentimientos. Sin embargo, tenía la sensación de que el beso de Carter había abierto esa puerta que ella se había empeñado en cerrar. De repente, se sentía inundada por un mar de sentimientos confusos.

Sylvain era complicado, y ambos compartían una historia algo oscura, pero siempre la había cuidado. Nunca había renunciado a ella para buscarse a alguna otra. Jamás la había presionado. Allie lo había ignorado durante semanas enteras, pero se había limitado a esperar. Había tenido paciencia con ella. Le había sido... fiel.

—¿Has encontrado algo?

Al oír la voz de Sylvain, Allie dio un bote, como si temiera que le hubiera leído el pensamiento.

—Aún nada.

Solo le quedaba por inspeccionar la caja de cartón de debajo de la cama, y la sacó. La tapa no estaba sellada y la caja parecía muy usada, como si hubieran revisado muchas veces su contenido.

Por lo que parecía, albergaba recuerdos y documentos. Había viejas libretas bancarias —que se abstuvo de mirar— y unas cuantas facturas y cartas dirigidas al «señor August S. Zelazny». (*¿Qué significa la S?*)

En el fondo, encontró un libro que le llamó la atención. Lo sacó. Estaba impreso en tonos azules y blancos y se titulaba *El libro del bebé*.

Frunciendo el ceño, Allie lo abrió. La primera página contenía la foto de un recién nacido llorando a lágrima viva. Sobre la imagen, un alegre titular rezaba: «¡Tu primera fotografía!».

El nombre del bebé estaba escrito debajo. Arnold August Zelazny. La fecha de nacimiento se remontaba a quince años atrás.

—¿Zelazny tiene un hijo? —lo volvió a leer, extrañada. Nunca había mencionado un hijo, y estaba claro que no estaba casado.

Allie pasó la hoja. En la siguiente página encontró una foto de Zelazny, tan joven y sonriente que apenas parecía él mismo. Tenía más pelo y un hoyuelo en la barbilla. Parecía relajado y... feliz. A su lado sonreía una morenita que llevaba el pelo revuelto, como si acabara de levantarse. Ambos sostenían al bebé con sumo cuidado, como si estuviera hecho del cristal más delicado.

Se quedó mirando la foto, destrozada.

*¿Qué pasó?*, se preguntó mientras acariciaba el borde de la página. Era un papel grueso y satinado, de esos que están fabricados para durar.

Allie albergaba la espantosa sospecha de que aquel libro ocultaba una terrible desgracia. Los bebés no desaparecen de tu vida sin más.

Siguió pasando las páginas y encontró más fotos del chiquitín. En esta, le había crecido el pelo. En la otra, sonreía mostrando sus minúsculos dientes. Sus primeros pasos, sus primeras palabras. Tarjetas de su fiesta de cumpleaños.

Y de repente, todo terminaba.

Revisó el resto de la caja concienzudamente, pero no encontró nada más sobre el niño. Parecía como si toda su vida estuviera resumida en aquel libro.

**Arnold Zelazny: ¿qué te pasó?**

Con cuidado, lo devolvió todo a su sitio y luego guardó la caja.

Sylvain se asomó.

—¿Has encontrado algo?

Allie negó con la cabeza.

—Nada.

El chico respiró aliviado. No lo culpaba. A lo mejor Zelazny no era el espía, al fin y al cabo.

Sylvain le indicó por gestos que se levantara.

—Deberíamos irnos. Esto es una pérdida de tiempo.

Allie se puso en pie y se dispuso a seguirlo. Al hacerlo, se dio cuenta de que *Conflicto y resolución* seguía sobre la mesilla de noche; había olvidado guardarlo.

—Espera un momento —le dijo a Sylvain, que ya salía de la habitación.

Abrió el cajón inferior y cogió el libro a toda prisa. Cuando lo levantó, algo se deslizó entre las páginas y cayó al suelo con un tintineo.

Alarmado, Sylvain corrió a su lado.

—¿Qué es?

Ambos se inclinaron para mirar de cerca la llave plateada que brillaba contra los listones de madera oscura.

—Oh, no —susurró Allie.

El toque de queda ya había sonado cuando abandonaron el alojamiento de Zelazny. Lo dejaron todo tal como estaba, todo menos la llave, que Allie se guardó en el bolsillo de la falda.

Cuando hubieron terminado, Sylvain apagó la luz y pegó la oreja a la puerta para asegurarse de que no hubiera nadie al otro lado. Al cabo de un momento la abrió y se asomó al exterior; el pasillo estaba desierto.

Silenciosos como fantasmas, salieron al largo pasillo.

Caminaron a toda prisa, pero tenían la sensación de que una larga distancia los separaba de la puerta del fondo del corredor. Allie la miró fijamente, como si quisiera acercarla por la fuerza del pensamiento.

No se podían creer que Zelazny fuera el espía. Allie aún estaba estupefacta. La llave le quemaba en la mano, dentro del bolsillo. ¿Zelazny había colaborado en el

asesinato de Jo? ¿Zelazny, que tanto se preocupaba por la seguridad del colegio, por la seguridad de Isabelle, que siempre estaba pendiente de que se cumpliera el Reglamento? Zelazny, con su familia ausente y su impecable apartamento... ¿era el cómplice de Nathaniel?

Imposible. Y sin embargo... ahí estaba la llave.

Por otra parte, una llave es un objeto muy corriente. Solo había un modo de averiguar si estaban en lo cierto y ahora mismo se dirigían a comprobarlo. Aunque para eso tendrían que salir del pabellón de los profesores sin que los descubrieran. Siendo la hora que era, no sería raro que apareciese cualquier profesor de camino a sus dependencias. Tenían muchas probabilidades de que los pillaran. Y en aquel pasillo largo y estrecho no había ningún lugar donde esconderse.

***Cuarenta pasos, cuarenta y uno, cuarenta y dos...***

Casi habían llegado al final cuando oyeron el inconfundible sonido de una puerta que se abría tras ellos. Ninguno de los dos titubeó.

En perfecta sincronía, siguieron andando con decisión, sin mirar a derecha o a izquierda.

Quienquiera que hubiera abierto la puerta, no parecía haber reparado en ellos; nadie les gritó que se detuvieran.

Diez pasos después, cruzaron el umbral del fondo del pasillo. Lo habían conseguido.

Pasaron junto a las estatuas de mármol y cruzaron el vestíbulo desierto. A esas horas, casi todos los alumnos se habían retirado ya a los dormitorios y buena parte de las luces estaban apagadas. Avanzaban como dos sombras que se funden con la oscuridad.

No se detuvieron hasta llegar al despacho de Isabelle.

Plantados ante la puerta de madera labrada que tan bien conocían —como dos alumnos normales y corrientes que acuden a hablar con la directora de un colegio cualquiera— llamaron y se quedaron esperando. Como nadie respondió, intercambiaron una mirada.

Allie se sacó del bolsillo aquella pequeña llave de aspecto inofensivo y la introdujo en la cerradura. Entró con facilidad. Ambos oyeron el leve chasquido del mecanismo cuando el cerrojo cedió.

Mirando hacia otro lado, Sylvain se mordió el labio. Allie notó lo triste y decepcionado que estaba. Hasta el último momento, había creído en la inocencia de Zelazny.

Le apoyó la mano en el hombro con inseguridad, como si quisiera transmitirle en silencio su pesar. Como diciéndole que compartía su sentimiento de traición, su desolación.

Sylvain levantó la vista para mirarla a los ojos y, por primera vez en mucho



tiempo, Allie volvió a notar la poderosa conexión que los unía. La sensación la pilló por sorpresa; como una luz intensa que se enciende de repente en una habitación a oscuras.

Él levantó la mano y la posó sobre la de Allie.

*No creo que esto sea amor de amigos*, pensó ella al notar un revuelo en el corazón.

El ruido de unos pasos quedos rompió la magia. Mirándola a los ojos, Sylvain le apretó la mano con fuerza. Ella asintió muy levemente, para comunicarle que también los había oído.

Sin hacer ruido, el chico retrocedió un paso hacia las sombras del hueco de la escalera. No soltó la mano de Allie.

Los pasos se acercaban despacio. A juzgar por el sonido, eran dos personas; una pisaba con más fuerza que la otra. No charlaban entre sí. Cuando llegaron al pie de las escaleras, Allie los vio: dos tipos vestidos de negro, sigilosos, profesionales.

Dos vigilantes.

Delante de ella, Sylvain guardaba un silencio sepulcral, pendiente de los dos hombres y de cada uno de sus movimientos.

Los guardias pasaron junto a su escondite sin verlos. Al llegar al pie de la escalinata, empezaron a remontar los peldaños. Alzando la vista, Allie se concentró en el crujido de los escalones mientras los guardias alcanzaban el primer piso y enfilaban por el rellano hacia la zona de las aulas.

Cuando los perdió de vista, se volvió a mirar a Sylvain, que la observaba con una sombra de sonrisa en los labios.

—Esto se te da cada vez mejor —le susurró. Parecía orgulloso y apesadumbrado a un tiempo.

—Ya lo sé —dijo ella.

## Veinticuatro

A la mañana siguiente, al romper el alba, Allie ya estaba trabajando en el huerto. Con la cara empapada de lluvia, hundía la pala en el barro para conseguir que una zanja torcida y superficial fuera más recta y profunda.

Una fila más allá, Carter hacía lo mismo solo que más deprisa y mejor.

Hacía media hora que llovía; un tremendo chaparrón que te calaba hasta los huesos. Menuda pérdida de tiempo. Allí estaban, castigados, cuando podrían estar en el colegio buscando al espía. Y no muriéndose de frío.

Refunfuñando para sí, Allie se caló el empapado sombrero. Si al menos se pudiera tapar toda la cara...

Dejó de trabajar un segundo para mirar a Carter. Como el chico había crecido en los jardines del colegio —básicamente lo había criado el señor Ellison— tenía mucha más práctica que ella, pero nunca le tomaba demasiada delantera. Allie tenía la sensación de que se demoraba adrede para estar cerca de ella. Y sin embargo no le había dirigido la palabra en toda la mañana.

La estaba volviendo loca.

La noche anterior, en compañía de Sylvain, lo había visto todo bajo una nueva perspectiva. Con él, el ambiente nunca se enrarecía.

Sylvain se comportaba como si tuviera una fe inquebrantable en la capacidad de Allie para actuar bien. La animaba a confiar en sí misma. Tras la partida de los guardias, habían regresado a sus respectivos dormitorios a toda prisa. No habían tenido ocasión de hablar. Sin embargo, aquel momento en el pasillo, cuando sus manos se habían tocado... Solo de pensarlo, se le alteraba el pulso. ¿Cómo era posible que algo tan simple como una caricia la afectara tanto? Sylvain siempre lo conseguía. En ocasiones, antes de que muriera Jo, una sola de sus miradas bastaba para derretirla.

### ***Amor romántico.***

El pico de Carter se hundió en el barro con un golpe limpio, recordándole que debería estar trabajando.

Suspirando, Allie intentó sin éxito hundir la pala en la tierra. Las gotas de lluvia se le adherían a las pestañas y miró a su compañero a través de un prisma acuático. Tenía las mejillas enrojecidas del frío y estaba empapado. Ni una sola vez alzó la vista.

Volvió a golpear la tierra. Esta vez con más fuerza.

Con Carter, las cosas siempre se complicaban tanto... Las emociones de Carter eran como un laberinto de confianza y desconfianza, de fe y recelo. Un mal paso y caías directa al precipicio.

Hoy mismo, por poner un ejemplo. Allí estaban, a solas en el jardín. Tenían

muchísimas cosas que comentar. Allie sabía que Sylvain le habría contado lo de la llave. Habían acordado que él se lo diría a Carter y que Allie informaría a las chicas; había ido de puerta en puerta para contarles a las tres lo que habían descubierto.

Y sin embargo, Carter no había dicho ni una palabra al respecto en toda la mañana. De hecho, no había dicho ni pío.

No podían seguir así. Allie tenía que hacer algo.

—¿Piensas seguir ignorándome todo el día? —le preguntó por fin—. ¿O solo mientras estemos solos soportando esta lluvia de mierda y este barro del culo?

Carter no alzó la vista.

—Ese lenguaje.

—Sí claro, el lenguaje —enfadada, hundió la pala en el suelo sin mucho empeño—. Esa cosa que casi nunca empleas conmigo.

—Muy bien —irguiéndose, Carter se apoyó en la pala y la miró con fastidio—. Hola, Allie, ¿qué tal estás?

—Alucinante, Carter. Eres alucinante, en serio.

La lluvia empezaba a empaparle los hombros también. Ya tenía bastante.

—Voy a hacer un descanso a ver si me libro de la neumonía —le espetó Allie. Como él no contestaba, volvió a intentarlo—. ¿Vienes conmigo? Me voy a refugiar un rato ahí dentro —señaló con la pala el pequeño cobertizo del huerto.

Carter siguió trabajando como si nada, y Allie pensó que no quería acompañarla. Al cabo de un momento, sin embargo, el chico se irguió y se echó el pico al hombro.

—Me parece que yo también paso de la neumonía.

El cobertizo no tenía calefacción, pero la puerta los resguardaría de la lluvia y podrían sentarse en el banco del rincón. Después de colgar el sombrero y la bufanda mojados de un clavo oxidado que sobresalía de la puerta, Allie sacudió la melena proyectando una ducha de agua fría a su alrededor. Le estaba creciendo el pelo; los oscuros bucles ya le llegaban casi a media espalda.

—En parte, echo de menos el color rojo de tu pelo.

Allie se dio media vuelta y vio a Carter sentado en el banco, mirándola. Cuando se conocieron, ella llevaba el cabello teñido de caoba. Hacía meses que había recuperado su color natural.

—¿En serio? —Allie se cogió un mechón y observó el tono con desinterés—. La última vez que me teñí me sentía rara. Me miraba al espejo y tenía la sensación de que no era yo —se desplomó en el otro extremo del banco con un suspiro—. Aunque a lo mejor no es tan mala idea.

—¿Por qué? —le preguntó él—. ¿No te gustas?

—No siempre —Allie se encogió de hombros—. Ahora mismo, no.

—¿Por qué no? —quiso saber él.

Ella lo miró como si estuviera segura de que ya conocía la respuesta.

—Ah —repuso Carter bajando la vista—. Por eso.

—Sí, por eso —Allie cruzó los brazos con ademán irritado—. ¿Te importa si hablamos un poco del tema?

Carter hizo un gesto vago.

—Verás, es que... —Allie eligió las palabras—. Me siento muy rara por lo que pasó. Y desde aquel día, nos evitamos mutuamente y estamos como muy fríos. Tengo la sensación de que casi habíamos vuelto a ser amigos y ahora hemos dado un enorme paso hacia atrás. Y yo... —suspiró y hundió la espalda—. Odio sentirme así.

—Ya —reconoció Carter—. Es solo que... no sé cómo comportarme —parecía muy interesado en sus propias manos—. Tienes el don de confundirme. Creo que sé lo que quiero y, cuando tú apareces, todo se complica.

Allie conocía muy bien aquel sentimiento.

—A mí me pasa lo mismo contigo.

Carter se frotó los ojos.

—El caso es que... Jules y yo somos amigos desde que ella llegó a Cimmeria. ¿Alguna vez te lo había dicho? —Allie negó con la cabeza—. Éramos unos críos. Por aquel entonces, yo era el típico huérfano rebelde y conflictivo. Aquel primer día, ella apareció con sus carísimas maletas y su niñera, me miró y dijo: «Me llamo Jules y voy a ser tu mejor amiga» —soltó una carcajada al recordarlo—. Y tenía razón. Desde entonces, siempre hemos estado muy unidos. Parecía tan segura de sí misma... Estudiamos juntos, crecimos juntos, entramos en la Night School a la vez... Supongo que era inevitable que acabáramos juntos antes o después. Pero cuando nos enrollamos en el baile de invierno, no fue premeditado. Habíamos bebido demasiado y, bueno... sucedió. Al día siguiente, pensé que había cometido un error. Pero luego pasó el tiempo y me dije que quizá... —titubeó—. Que quizá esto sea lo mejor. Ella me conoce muy bien y... nos entendemos. Con ella, todo es distinto.

Allie sabía que Carter no pretendía herirla pero las palabras se le clavaron como cuchillos. Si algo no habían conseguido ellos dos cuando estaban juntos era llevarse bien. La idea de que Jules y Carter no discutieran —de que se entendieran a la perfección— le parecía una prueba más de su fracaso como pareja.

—La otra noche, cuando corríamos por el bosque... tuve la sensación de que todo volvía a ser como antes. Te miré y recordé lo que sentía cuando estaba contigo... las cosas buenas, como mínimo. Y entonces... no sé. Se me fue la olla. Metí la pata. Lo siento, Allie, pero quiero estar con Jules. Ella me importa mucho. No puedo... —se le encendieron las mejillas—. Si ella llegara a enterarse de lo que pasó...

Aquella era la señal que Allie estaba esperando.

—No lo hará —le aseguró con vehemencia—. Yo no se lo voy a decir. Y tú no debes contárselo nunca. Yo tampoco quería besarte. Fue un accidente. Como... dos coches que chocan o algo así. Estábamos allí fuera, solos, en la oscuridad. Y estamos

acostumbrados a besarnos. Pero ahora debemos fingir que nunca sucedió y aprender a ser amigos otra vez. Antes éramos buenos amigos. Muy buenos amigos. Quiero que volvamos a serlo —Allie hablaba con pasión—. No puedo perderte otra vez, Carter. Por favor. Solo te pido que... seas mi amigo.

Sorprendido por aquella explosión de sentimientos, Carter se volvió a mirarla.

—Nunca me has perdido, Allie. En realidad no.

Ella sabía que no era verdad.

—Nos perdimos el uno al otro. Y si alguna vez volvemos a estar juntos, creo que sucederá otra vez —hablaba con decisión—. Seamos amigos para siempre, Carter.

Él la miró a los ojos.

—Siempre seré tu amigo, Allie. Toda la vida. Te lo juro.

Cuando la última clase de la tarde terminó por fin, Allie bajó al vestíbulo a toda prisa. La pesada cartera le golpeaba la cadera al ritmo de cada paso. Casi había llegado abajo cuando alguien la llamó.

Se dio media vuelta y vio a Katie caminando hacia ella. Sus largos tirabuzones cobrizos resplandecían a la luz de la tarde.

—He estado buscando a tu... ¿cómo llamarla? Banda —Katie pronunció la palabra como si le diera repelús—. Necesito hablar contigo.

—Banda. Amigos. Da igual. ¿Qué pasa?

—Mis padres se han puesto en contacto conmigo.

Allie frunció el ceño; Isabelle no estaba por allí para facilitar el contacto entre padres y alumnos.

—¿Se han puesto en contacto? ¿Cómo?

Katie la miró con expresión hastiada.

—¿Hablas en serio, Allie? Ellos hacen lo que quieren. Si quieren contactar conmigo, contactan. Sabes, sería de gran ayuda que intentaras no discutir conmigo, o sea, por una vez.

Allie levantó las manos.

—Vale, vale. Has hablado con ellos. ¿Y va todo... bien?

—No, nada va bien, maldita sea —replicó Katie—. ¿Estaría aquí hablando contigo si todo fuera bien? —adoptó un tono empalagoso—. Ah, hola, Allie, solo venía a decirte que no ha pasado nada interesante.

Allie hizo esfuerzos por controlarse.

—Por Dios, Katie, pareces a punto de sufrir una crisis nerviosa. Tranquilízate y dime lo que ha pasado.

—No me puedo creer que seas la única persona que me puede ayudar —Katie parecía asqueada. Echando un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie podía oírlas, bajó la voz—. Me han dicho que puede que me marche esta semana, y

que a lo mejor me tengo que ir con ellos. Dicen que prepare una maleta por si acaso.

—¿Qué...? —empezó a decir Allie, pero cerró la boca cuando comprendió lo que Katie estaba insinuando—. Ah.

—Exacto.

Allie la miró consternada.

—¿Esta semana?

La gran crisis iba a desencadenarse justo cuando estaban a punto de identificar al verdadero espía. Habían encontrado la llave. Ahora tenían que informar a los instructores, idear un plan, desenmascarar a Zelazny y buscar la manera de utilizar la información que poseían contra Nathaniel. Y los instructores de la Night School no aparecían por ninguna parte. Nadie protegía a los alumnos. Todo estaba a punto de irse al cuerno.

—Mierda, mierda, mierda. ¡Katie, no estamos listos! —Allie alzó la voz de pura desesperación—. Es demasiado pronto.

—Bueno, pues pensad algo —el tono de Katie no era nada compasivo—. Necesitamos un plan. O sea, ahora mismo. No quiero que los gorilas de mis padres me saquen a rastras de aquí como a esa boba de Caroline.

—Hoy mismo nos pondremos a ello —le prometió Allie—. Mientras tanto, si aparecen, escóndete. Empieza a pensar dónde te puedes meter. En el tejado, en el desván, en el viejo sótano, en los cuartos de estudio de la biblioteca... En la capilla hay una cámara secreta para sacerdotes; te puedo enseñar dónde está.

Mientras Allie enumeraba todos los escondites que había empleado cuando huía de los profesores, Katie se había quedado a cuadros. Obviamente, aquella no era la gran evasión que ella esperaba.

Se pasó los dedos por la llamativa melena.

—Esto es una pesadilla.

—No te preocupes —la animó Allie en tono optimista—. Pensaremos un plan. Ahora mismo vamos a reunirnos para hablar de ello.

—Eso espero... —Katie se mordió el labio inferior—. Espero que se os ocurra algo. Porque esto tiene mala pinta.

Había perdido el aire arrogante. Parecía una niña asustada cuyo mundo se hace pedazos. Allie, que siempre la había considerado una persona muy segura de sí misma, no sabía qué hacer. No podía consolar a Katie.

Además, los demás la estaban esperando.

—Será mejor que me vaya...

Echó a andar pero Katie la siguió.

—Eh, oye... espera —cuando Allie se dio media vuelta, le dijo—: Si alguna vez queréis que asista a vuestras reuniones, por mí encantada. Podría, ya sabes... echaros una mano.

Incapaz de fingir indiferencia, Allie la miró estupefacta. La pelirroja parecía nerviosa y casi... desamparada. Como si, por una vez, fuera ella la marginada.

El invierno pasado, Allie le había preguntado por qué no se unía a la Night School, cuando era evidente que la habrían aceptado, y Katie le había respondido con una trivialidad. Sin embargo, debía de tener sus razones para evitar tan concienzudamente el grupo de poder que controlaba el corazón de Cimmeria.

En cualquier caso, no era el momento de hacer preguntas. Asintió con aire expeditivo.

—Hablaré con ellos.

—¿Sus padres le han dicho que ya ha empezado todo? —los expresivos ojos de Nicole se ensombrecieron.

—Aún no está segura de qué día vendrán a buscarla —asintió Allie—, pero podría ser esta misma semana.

Carter apretó los dientes.

—Si dice la verdad, la hemos cagado. No estamos listos.

Se habían reunido en un rincón del salón de actos. La pálida luz de la tarde se filtraba por los enormes ventanales del fondo. La vasta estancia de suelos de roble pulido y enorme hogar solo albergaba unas cuantas mesas y sillas amontonadas, que aguardaban la próxima celebración; la ausencia de muebles le daba un aspecto aún más desolado.

Aunque estaban solos, hablaban en voz baja; si hubieran elevado el tono, sus voces habrían resonado en el salón vacío.

—Les he dicho a los guardias que informen a mi padre de que necesito hablar con él esta misma noche —dijo Rachel—. Si se lo contamos todo, él nos ayudará.

—¿Ha llegado el momento de contarle lo que sabemos? —preguntó Sylvain mirando a los demás.

Al ver que nadie respondía, Rachel enrojeció.

—Venga. Podemos confiar en mi padre —hablaba en un tono chillón de pura frustración—. ¿Cuántas veces os lo tengo que decir? Está de nuestra parte.

—Estoy de acuerdo con Rachel —terció Nicole—. Creo que Raj Patel es leal a la escuela.

—Yo no dudo que sea de fiar —repuso Sylvain con voz conciliadora—, pero creo que todo lo que le digamos llegará a oídos de Isabelle. Precisamente porque es leal.

—Es verdad —intervino Carter—. ¿Estamos listos para revelarles a Isabelle todo lo que hemos estado haciendo?

—Todo, no —objetó Zoe—. O sea, no quiero que sepa que estuvimos en la casita del bosque hablando con Eloise, ni que nos colamos en su despacho. Se quedaría hecha polvo, en plan: «Alucina. Mis alumnos favoritos».

—Vale, pues omitamos esas partes. ¿De acuerdo? —Sylvain volvió la vista hacia el grupo. Todo el mundo asintió excepto Rachel. Sylvain le sostuvo la mirada unos instantes—. ¿Rachel?

De mala gana, Rachel hizo un gesto afirmativo.

—Pero tendremos que admitir que nos colamos en las habitaciones de Zelazny —arguyó Allie—. Si no lo hacemos, ¿cómo vamos a explicar lo de la llave?

—De acuerdo —dijo Carter. Se volvió a mirar a Allie—. ¿Katie dijo algo más?

—Poca cosa —titubeó—. Solo que... le gustaría... unirse a nosotros y tal.

—¿Qué? —exclamaron todos a la vez, y sus voces rebotaron por el salón de baile como una bala perdida (*¿Qué? ¿Qué? ¿QUÉ?*)

Y de repente, Allie se sorprendió a sí misma en la posición más marciana del mundo: defendiendo a Katie Gilmore. Algo que jamás había pensado que haría, ni en un millón de años.

—Dice que quiere ayudar. Parece muy asustada. Creo... —suspiró, forzándose a seguir hablando—. Creo que nos podría ser útil. Aunque sea una arpía, como todos sabemos.

—Por Dios, no —Rachel estaba horrorizada—. ¿No hay más remedio?

—Sus padres están muy vinculados al colegio y ella tiene relación con la junta y con los alumnos más próximos al bando de Nathaniel —caviló Sylvain—. Creen que ella está de su parte, así que le contarán cosas. Allie tiene razón. Nos podría ser muy útil.

Allie lo miró agradecida y él le sostuvo la mirada; la luz que entraba por los ventanales le iluminaba aquellos ojos parecidos a cristal de cobalto. Era difícil desviar la vista.

Los demás seguían discutiendo acerca de Katie.

—Es malvada —dijo Nicole.

—Y grosera —añadió Rachel.

—Está loca —murmuró Zoe.

—Pero deberíamos invitarla a unirse a nosotros —Carter pasó la vista por el grupo—. ¿De acuerdo?

A regañadientes, todos asintieron. No les quedaba otra.

—Genial —dijo Allie, aunque no lo pensaba, ni mucho menos—. Se lo diré.

—No debería venir a todas las reuniones —propuso Sylvain—. Creo que podemos confiar en ella pero aún no estamos seguros. Así que no podrá estar aquí cuando hablemos con Isabelle o... —desvió la mirada— en momentos como el de ayer.

—Buena observación —aplaudió Carter—. Está muy bien relacionada, pero no pertenece a la Night School y no es Rachel, así que solo la invitaremos a determinadas reuniones.



—Que Dios nos ayude —concluyó Rachel.

Aquella noche, después de cenar, volvieron a reunirse en un rincón de la concurrida sala común para esperar a Raj Patel.

Rachel, que había hablado con los guardias por la tarde, estaba convencida de que su padre acudiría pero, a medida que iba pasando el tiempo, se fue poniendo nerviosa; cada vez que alguien cruzaba el umbral, levantaba la vista.

—En el peor de los casos —dijo cuando tocaron las diez sin que su padre diera signos de vida—, acudiré a mi cuarto y seré yo la que tenga que contárselo todo.

—Si pasara eso, da unos golpecitos a la pared —le propuso Allie—. Te echaré una mano. Y evitaré que se lo largues todo.

—No tardará.

Rachel miró a su alrededor esperanzada. Sin embargo, la espaciosa sala con sus sofás de piel, sus estanterías repletas de libros y juegos y las mesas con tableros de ajedrez solo parecía atraer a ruidosos estudiantes. Alguien tocaba *Clair de Lune* en el piano del rincón mientras otros alumnos, congregados a su alrededor, le pedían que interpretase algo más animado.

Allie pasó una página del libro de Historia que intentaba leer. La música (y los recientes acontecimientos) la distraía. Iba muy atrasada con los deberes. Estaban pasando tantas cosas que le costaba concentrarse. Las clases se habían convertido en la aburrida tregua de unas jornadas, por lo demás, muy emocionantes. Por desgracia, le había prometido a Lucinda que sacaría buenas notas.

Por debajo de las pestañas entornadas miró de reojo a Sylvain, que se había apoltronado en un sillón de piel delante de ella, con la barbilla apoyada en la mano. Parecía inmerso en sus pensamientos. ¿Por qué estaba tan alicaído? Allie intuía que no podía quitarse a Zelazny de la cabeza.

Allí cerca, Carter escribía un trabajo de Geografía; poco a poco, su pulcra caligrafía iba llenando la página. Desde que habían charlado en el jardín, la trataba con absoluta normalidad; la incluía en las conversaciones e incluso le sonreía de vez en cuando. La tensión no había desaparecido del todo pero al menos ya no la ignoraba.

De repente, recordó algo que había comentado Katie. Irguiéndose en el asiento, miró al grupo con expresión animada.

—A lo mejor deberíamos escoger un nombre.

Los demás la miraron de hito en hito.

—¿Perdona? —dijo Rachel.

Nicole lanzó una carcajada cantarina.

—O sea, para el grupo —Allie se encogió ante aquella mirada colectiva de incredulidad—. Es que... Katie... se refirió a nosotros como una banda.

—No creo que necesitemos un nombre —Carter hacía esfuerzos por no echarse a reír—. De todas formas, los buenos ya están cogidos.

Los demás soltaron risillas. Allie notó que le subía un hormigueo por la piel del cuello y deseó con toda su alma que la tragase la tierra. Desesperada, miró a Sylvain, pero este no prestaba atención. Nadie iba a acudir a su rescate.

—Además, un grupo secreto no debería tener nombre porque no se puede hablar de él —arguyó Zoe—. Night School en realidad no es un nombre sino más bien... una descripción: una parte del colegio que se reúne por la noche.

—Por Dios. Dejadlo ya, ¿vale? —Allie procuró no mirar a nadie—. No he dicho nada.

—Bueno —intervino Rachel para cambiar de tema y darle tiempo a Allie de rehacerse—, deberíamos estar pendientes de la llegada de mi padre. Es tan sigiloso que siempre te pilla por sorpresa.

—¡Ya lo creo que sí! Es increíble —exclamó Nicole con admiración—. No sé cómo lo hace. Sencillamente —agitó su bonita mano— aparece de la nada. Tiene mucho talento en ese aspecto. Lo hace con mucha elegancia.

—Sí —perpleja ante el entusiasmo de Nicole, Rachel la miró con recelo—. En fin. Deberíamos llevar cuidado con los temas de conversación. No queremos que oiga más de la cuenta.

—Totalmente de acuerdo. Imaginaos que aparece justo cuando estamos hablando de penes.

—¡Zoe! —exclamaron Allie y Nicole a la vez.

La más joven las miró extrañada.

—Bueno, sería muy embarazoso, ¿o no?

—Sí —repuso Allie en plan cursi—. Y tú eres demasiado joven para hablar de penes con cualquiera.

—¿Por qué? —preguntó Zoe, desconcertada—. ¿Cuántos años hay que tener para hablar de penes?

—Dieciséis —dijo Allie.

Al mismo tiempo, Nicole respondió:

—Catorce.

Y Rachel:

—Quince.

Mirándose entre sí, las tres se echaron a reír.

—Mayor —Allie se partía de risa—. O sea... mayor que ahora.

Zoe las fulminó con la mirada.

—Puedo hablar de penes si quiero.

—Nadie te lo va a impedir —asintió Rachel—. Pero quedaría un poco raro que te pusieras a hablar de penes en clase de Alemán.

Volvieron a estallar en carcajadas. Esta vez, tardaron un poco más en recuperar la compostura.

—Me parece que se os va la olla —Sylvain reparó en el alboroto por fin y miró a su alrededor desconcertado.

—Perdón —se disculpó Nicole mientras se secaba los ojos—. Es la falta de sueño.

—Y la amenaza de muerte —añadió Rachel.

—Acaba por afectarte —apostilló Allie, haciendo esfuerzos por controlarse—. Así, al menos, evitamos los temas que no queremos que oiga tu padre.

—¿Por qué? —la voz de Raj los cogió a todos desprevenidos. Se dieron la vuelta y lo vieron plantado detrás de Rachel—. ¿Qué es lo que no queréis que oiga?

## Veinticinco

—¡Papá! —Rachel se abalanzó sobre su padre. Desprevenido, el hombre la abrazó instintivamente mientras trataba de mantener el equilibrio—. ¿Dónde te habías metido? Te hemos buscado por todas partes.

Ante aquella explosión de alivio, la expresión del jefe de seguridad se suavizó.

—Lo siento, cielo. Están pasando muchas cosas.

Allie notó una sensación de vacío. Hacía un tiempo, ella también estaba muy unida a su padre. Él se alegraba tanto de volver a verla como el padre de Rachel de reencontrarse con su hija. Le sorprendió lo mucho que le dolía estar pensando en eso precisamente ahora, cuando llevaba varias semanas sin hablar con él.

La voz de su amiga la devolvió al presente.

—Ya sabemos que están pasando muchas cosas. Por eso necesitamos hablar contigo —despegándose de su padre, Rachel regresó a su sitio—. ¿Podemos ir a otra parte?

El hombre los miró con expresión dubitativa.

—No tengo mucho tiempo ahora mismo... —empezó a decir.

—Por favor, papá —le suplicó Rachel—. Es importante.

Al ver lo serios que estaban todos, Patel cedió.

—Muy bien —dijo con un suspiro de resignación—. Venid conmigo.

Con paso vivo, salió de la sala común y los condujo a un aula vacía. Encendió la luz de uno de los laboratorios y aguardó a que todos hubieran entrado.

Un débil tufo a formaldehído impregnaba el ambiente. Allie empezó a respirar por la boca.

La calefacción llevaba horas apagada en la zona de las aulas; hacía tanto frío que Allie se estremeció mientras intentaba no mirar la réplica de esqueleto humano que se erguía en un rincón. No le gustaba cómo les sonreía, como si morirse fuera la bomba.

Raj se apoyó contra el escritorio del profesor y se cruzó de brazos. La dura luz del fluorescente destacaba su palidez. Allie no recordaba haberlo visto nunca tan cansado. Tenía ojeras, oscuras y profundas, y nuevas arrugas surcaban su frente.

—Y bien —dijo—. ¿A qué viene todo esto?

Durante unos instantes, el grupo al completo guardó silencio. Allie tenía la sensación de que todos esperaban a que Rachel llevara la voz cantante porque era su padre el que estaba allí, pero saltaba a la vista que su amiga no quería ser la portavoz; captando la mirada de Allie, le pidió por gestos que hablara ella.

—Queríamos hablarle de... Eloise —empezó a decir Allie.

Antes de que acabara de pronunciar el nombre de la bibliotecaria, Raj ya estaba negando con la cabeza.

—Ya sabéis que no puedo hablar de eso.

—No queremos que nos diga nada —lo interrumpió Carter—. Queremos contarle lo que nosotros hemos descubierto. Pensamos que... a lo mejor lo que sabemos les hace cambiar de idea.

Raj pareció extrañado, pero tras un instante de vacilación le indicó por gestos que siguiera hablando.

Entre todos, lo pusieron al corriente de lo que habían descubierto. Cuando llegaron al final del relato, Carter se volvió hacia Rachel.

—Enséñale lo que encontramos en el dormitorio de Zelazny.

Rachel levantó la mano; la llave le colgaba de los dedos, brillante como una joya.

Raj puso cara de escepticismo pero Carter siguió hablando con calma.

—Encaja en la cerradura del despacho de Isabelle.

—¿Habéis entrado en las dependencias privadas de Zelazny? —el padre de Rachel los miraba como si se hubieran vuelto locos—. ¿Tenéis idea del lío en el que os habéis metido?

—Teníamos que hacer algo —replicó Rachel a la defensiva—. Todos habíais desaparecido y el colegio se desintegraba por momentos.

—Rachel... —Raj habló en tono brusco, pero ella no le dejó acabar la frase. Se había sonrojado de la emoción.

—Tú no sabes lo que está pasando, papá. Os habéis quedado en el bosque, dándoos palmaditas por ser tan listos —alzó la voz—. ¿No os habéis parado a pensar que todo resultaba demasiado fácil? ¿Habéis considerado siquiera quién sale ganando si culpáis a la persona equivocada? —le tendió la llave—. Compruébalo tú mismo, papá. Abre la puerta de Isabelle.

Rachel y su padre se miraron a los ojos durante unos instantes; él con expresión de advertencia, ella impertérrita.

Fue Sylvain quien rompió el tenso silencio.

—Por favor, considera un momento lo que te estamos diciendo, Raj. Recuerda que fuiste tú quien nos enseñó a preguntarnos este tipo de cosas. Y hazte la misma pregunta que nos hicimos nosotros: ¿en qué cabeza cabe que fuera Eloise?

—Pudo ser cualquiera —bramó Raj, cerrándoles la boca—. Vosotros no tenéis toda la información. ¿Y qué os hizo sospechar de Zelazny, por cierto?

Recordando las palabras que Eloise les había susurrado a través de la ventana, Allie bajó la vista hacia el pupitre que tenía delante.

—Solo fue un comentario que oímos —soltó Carter como si no tuviera importancia.

—Decidme una cosa: ¿habéis entrado en las habitaciones de algún otro profesor? —preguntó Raj.

Todos intercambiaron una mirada.

—En las de Eloise —confesó Rachel.

Su padre se pasó los dedos por el pelo.

—Me gustaría saber qué os indujo a pensar que teníais derecho a hacer algo así.

Hablaba en tono mesurado, pero Allie sabía que estaba furioso.

Aquello tenía mala pinta. Los argumentos de los alumnos no lo convencían, ni mucho menos. Si acaso, estaba aún más seguro que antes de que no sabían de lo que hablaban.

De repente, Allie tuvo una idea y se echó hacia delante.

—Hace mucho que conoce a Eloise, ¿verdad, señor Patel? Desde que ella era alumna del colegio.

Raj asintió sin cambiar de expresión.

—Sí.

—En ese caso, ¿cómo puede pensar en serio que ella es la espía? —la voz de Allie rezumaba emoción—. No entiendo por qué se niega a creer que Eloise estaba allí con Jerry. ¿Por qué no confía en ella?

—Porque interrogamos a Jerry al respecto —respondió él entre dientes—. Y no estuvo con ella aquel día. Puede demostrar que se encontraba en su aula, corrigiendo trabajos.

Los chicos se miraron entre sí, horrorizados. O bien Eloise los había engañado, o bien el mentiroso era Jerry. Y ninguno de los dos daba el perfil.

Raj se pasó las manos por la cara; no se había afeitado y se frotó el bigote incipiente con los dedos.

—No se puede confiar en alguien solo porque te caiga bien. Esa actitud es propia de niños. Cuando te haces mayor, aprendes a prestar atención para asegurarte de que la vida... de que las circunstancias no han corrompido a tus amigos.

—¿De verdad crees que ha sido ella, papá? —Rachel habló en tono angustiado, casi asustado. Ni por un momento había considerado la posibilidad de que Eloise fuera culpable—. ¿Piensas en serio que pudo colaborar en el asesinato de Jo?

Raj los fue mirando por turnos, escudriñando los semblantes de los alumnos con su penetrante mirada. A continuación, negando con la cabeza como si no se pudiera creer lo que iba a hacer, tendió la mano.

—Dame esa llave. Hablaré con los demás.

Rachel se la tendió y él se la guardó en el bolsillo.

—Os prometo tener en cuenta todo lo que me habéis dicho. Pero, por favor —se puso muy serio— no sigáis investigando por vuestra cuenta. La situación es de extrema gravedad. Corréis un grave peligro.

Al oír aquello, Allie notó que la rabia le hervía por dentro. ***¿Que corremos un grave peligro? ¿Se puede ser más paternalista?***

Aquello pasaba de castaño oscuro.

—Ya sabemos que corremos peligro —le espetó—. No somos idiotas.

Raj se dio media vuelta y se la quedó mirando como si no pudiera dar crédito a lo que oía. Aunque sospechaba que se había pasado de la raya, Allie no se pudo contener.

—Señor Patel, tienen que volver. Todos. ¿Saben acaso lo que está pasando aquí? Las cosas se han puesto muy feas. Ustedes están en el bosque, jugando a sus estúpidos juegos de guerra —con la mano temblando de la emoción, señaló el aula con un gesto vago—. Pero le digo una cosa: la verdadera guerra se está librando aquí dentro. Vuelvan y ayúdenos a luchar.

—Voy a pasar por alto tu tono —dijo Raj sin alterarse— porque sé que estás disgustada.

Ya, pero alguien tenía que decirlo.

—No estoy disgustada. Los alumnos están al corriente de todo. Han oído hablar de Nathaniel. Saben que sus padres van a venir a buscarlos. Y algunos se niegan a marcharse. Se avecinan graves problemas y les necesitamos aquí. Ahora.

—¿Qué? —Raj miró al grupo como si aguardase una explicación—. ¿Y se puede saber quién los ha informado?

Sylvain tomó la palabra.

—Uno de los alumnos cuyos padres pertenecen al bando de Nathaniel nos ha dicho que esta misma semana se los van a llevar a todos. Los demás... se han enterado.

—Ya, se han enterado... —crispado, Raj desvió la vista un momento. A Allie no le gustaba ni un pelo su expresión—. Vosotros no tenéis ni idea —dijo con frialdad— de lo que está pasando en realidad. No vayáis a pensar que sí, ni por un momento, porque no es así. Solo tenéis dieciséis años —golpeó el escritorio con tanta fuerza que un montón de papeles salió volando para aterrizar después de cualquier manera—. ¿De verdad creéis que os lo hemos contado todo?

—Pues deberían —repuso Allie con voz queda—. Al fin y al cabo, si ustedes se vuelven a equivocar, lo pagaremos con la vida.

Rachel ahogó un grito.

Raj dio un respingo, como si Allie acabara de abofetearlo.

—Allie. Ya basta —Carter parecía asustado.

—No —poniéndose en pie, Sylvain se colocó junto a Allie—. Tiene razón. Raj. Tenéis que volver.

Todos empezaron a hablar al mismo tiempo y Raj levantó las manos para hacerlos callar. Se volvió hacia Allie.

—Comprendo que estés preocupada. Y has dejado muy clara tu postura. La he entendido perfectamente, ¿de acuerdo? Yo... veré qué puedo hacer —a continuación, dirigiéndose a todo el grupo, añadió—: Ahora, contádmelo todo. Empezad por el principio.

Al cabo de un rato, abandonaron por fin el aula de ciencias. Nadie quiso quedarse a charlar. Murmurando excusas, se largaron a toda prisa, cada uno por su lado. En vez de animarlos, la charla con Raj los había deprimido aún más. Un regusto amargo se había apoderado del ambiente.

Cuando los demás se marcharon, Allie se quedó atrás con la esperanza de poder hablar a solas con Rachel. Su amiga, sin embargo, se alejó cogida del brazo de su padre y evitó mirarla a los ojos.

—Lo siento —susurró Allie cuando nadie más pudo oírla. Agachó la cabeza.

Mentalmente, oía la voz condenatoria de su madre. «Siempre te pasas de la raya, Alyson. Nunca sabes cuándo ha llegado el momento de decir basta».

Puede que su madre tuviera razón, después de todo.

Tapándose la cara con las manos, trató de ahuyentar la voz materna junto con el dolor y el sentimiento de culpa.

—Es muy duro ser la única que se atreve a llamar a las cosas por su nombre.

Allie se giró de golpe y vio a Sylvain apoyado contra la pared, al otro lado del aula vacía. Estaba muy serio.

—¿Esa soy yo? ¿La que llama a las cosas por su nombre? —preguntó Allie con un nudo en la garganta—. ¿O solo soy una gilipollas? Porque me siento una gilipollas.

—Todos los líderes se arriesgan a quedar como gilipollas de vez en cuando —repuso él—. Esta noche, tú te has comportado como una líder.

Allie no estaba tan segura.

—¿De verdad crees que he actuado bien?

—Si te hubieras comportado como una niña asustada, Raj no nos habría tomado en serio —se encogió de hombros—. Le has obligado a escucharte. Has salido en defensa de otras personas.

A Allie le dolía el pecho de tanto contener las lágrimas.

—Es que... Raj me cae bien. Nunca me perdonará lo que le he dicho.

Sylvain negó con la cabeza.

—Raj, en tu lugar, habría dicho exactamente lo mismo. Te respetará por haber tenido el valor a expresarlo.

Los ojos azules del chico le sostenían la mirada. Aunque no estaba segura de que Sylvain tuviera razón, su apoyo la hizo sentir mejor, más segura de sí misma.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Allie.

—¿Hacer el qué?

—Que me sienta valiente.

—Siempre has sido muy valiente —replicó él.

Una ola de calor la inundó.



Si de verdad fuera valiente, le diría de una vez por todas lo que necesitaba decirle. Cruzó el aula y se apoyó contra un pupitre, delante de Sylvain. El esqueleto se erguía a su lado y Allie tocó los huesos de la mano con aire ausente.

Él la miraba como si quisiera leerle el pensamiento.

—Hay una cosa que te quiero decir —empezó. Incómoda, se dio cuenta de que acababa de pronunciar las mismas palabras exactas que Carter había empleado la otra noche en el bosque—. Desde hace tiempo.

—*D'accord* —repuso él en francés—. *Dîtes moi*. Dime.

El efecto fue devastador. Cuando hablaba en su propia lengua, el encanto de Sylvain alcanzaba su máximo apogeo.

Allie inspiró a fondo.

—Desde que Jo murió, te he estado evitando —la mirada de él se endureció un momento, casi como si la avisara de que no fuera por ahí, pero ella prosiguió. Tenía que decírselo—. Evitaba a todo el mundo, pero sobre todo a ti. Estaba hecha polvo y necesitaba estar sola. Día y noche. Para siempre. Me sentía culpable por todo, incluso por tener ganas de besarte. ¿Cómo podía estar pensando en eso si Jo ya no estaba entre nosotros? —apretó la mano del esqueleto como buscando apoyo—. Me parecía una actitud... egoísta andar pendiente de mis cosas mientras que ella lo había perdido todo. Y estaba enfadada porque nadie hacía esfuerzos por capturar a sus asesinos. Pero ahora sé lo mal que te sientes cuando te... tratan como un trapo. Y debió de dolerte mucho que yo estuviera tan fría y... distante.

—No tienes que disculparte por nada —dijo Sylvain en tono amable—. Necesitabas tiempo. Me di cuenta. Nunca te lo he reprochado.

—Y tú me esperaste —le temblaba el labio inferior. Allie se calló un momento para serenarse—. Nunca has pasado de mí. ¿Por qué? ¿Por qué no has renunciado a mí?

Alzó la vista, pero Sylvain bajó la mirada.

—A veces, me sentía tentado. No soy ningún superhombre, Allie. El rechazo me duele tanto como a cualquiera. Pero siempre he pensado que entre nosotros había algo... especial. Algo por lo que valía la pena luchar. Y tenía la sensación de que tú sentías lo mismo —sus ojos azules la miraron directamente. Reflejaban tanta vulnerabilidad que a Allie se le encogió el corazón—. Pero tú elegías a Carter una y otra vez. Y la otra noche, cuando Carter y tú volvisteis del bosque tan raros, como si hubiera pasado algo entre vosotros... me dije, se acabó. Hasta aquí he llegado. Luego tú volviste a acercarte a mí, mirándome con esa carita tuya —dibujó un círculo en el aire con los dedos, como enmarcando el rostro de Allie—. Y aquí estamos.

Allie discurrió una respuesta a toda prisa.

—No estoy con Carter. Tiene novia.

—Ya lo sé —Sylvain se encogió de hombros—. Pero he visto cómo te mira. Y

cómo le miras tú.

Ella negó con la cabeza.

—No. Me ha dejado muy claro que va en serio con Jules. Y ahora sé que nunca debimos salir juntos. Lo que siento por él es amor de amigos. Solo eso.

—¿Amor de amigos? —Sylvain enarcó las cejas.

Allie se sonrojó.

—Es una teoría... de Rachel... Mira. Da igual. Lo que importa es que estamos destinados a ser amigos. Nada más —declaró con convicción.

—Ya —Sylvain dio un paso hacia ella, reduciendo a la mitad el espacio que los separaba. Sin darse cuenta, Allie apretó la mano del esqueleto. Ni siquiera recordaba haberla cogido—. Y ahora, aquí estás, libre de tus ataduras con Carter. Porque yo soy tu... ¿cómo se dice? Tu plan B.

Allie se quedó tan sorprendida que estuvo a punto de tirar el esqueleto. El modelo traqueteó como un loco mientras ella lo empujaba para devolverlo a su lugar.

—No —hizo ademán de acercarse a él—. Eso no es justo.

—¿Seguro que no? —con la mirada, Sylvain la desafiaba a mostrarse sincera.

Por desgracia... él tenía parte de razón.

Sylvain llevaba meses tratando de recuperarla. De ganarse su confianza. Y Allie, mientras tanto, se había quedado esperando a que Carter se aclarase.

Allie notó un hormigueo en la cara y tendió el brazo hacia él.

—Sylvain, lo siento muchísimo. No quiero que seas mi plan B. Es que a veces me cuesta saber lo que quiero.

—¿A veces? —lo dijo con voz tan queda que Allie no estaba segura de haberle oído—. Tú nunca has sabido lo que querías.

Igual que había hecho la noche anterior, el chico posó la mano sobre la de Allie. El calor que desprendía su piel le recorrió todo el cuerpo. Sabía cómo se sentía cuando él le acariciaba la cara, el pelo. Cuando la atraía hacia sí.

—Tienes que aclararte, Allie. No quiero que me escojas porque Carter está con otra. Quiero que me escojas porque de verdad me prefieres a mí —sus ojos parecían dos llamas azules; le dolía mirarlos—. Es lo único que he querido siempre: ser el escogido, pero empiezo a pensar que ese momento nunca llegará. No te voy a esperar para siempre; nadie lo haría. Llevamos así mucho tiempo. Duele demasiado...

En el vestíbulo, una voz potente y desconocida gritó:

—¡Toque de queda!

Permanecieron muy juntos durante todo un minuto, mirándose a los ojos. Por fin, Sylvain dio un paso atrás y apartó la mano.

—Es tarde —su voz sonó cansada—. Deberíamos irnos.

## Veintiséis

Al día siguiente, cuando Allie llegó a clase de Historia, encontró a Zelazny sentado a su escritorio como si nada.

Al verlo, se detuvo a medio paso, tan de repente que el alumno que entraba detrás la empujó sin querer.

—Perdón —se disculpó Allie sin apartar los ojos del profesor.

—Por favor, que todo el mundo vuelva a sentarse en su sitio —gruñó Zelazny con su malhumor de siempre, como si nunca se hubiera ido. Como si nunca hubiera encerrado a Eloise.

El corazón de Allie latía desbocado mientras intentaba descifrar qué estaba pasando. ¿Significaba eso que Raj lo había conseguido? ¿Que había traído de vuelta a todos los profesores?

Unos minutos después, Carter entraba en el aula como un vendaval. Cuando reparó en Zelazny, estuvo a punto de tropezar consigo mismo.

Sylvain, al llegar, abrió unos ojos como platos. Cuando se topó con la mirada de Allie, enarcó las cejas para interrogarla en silencio. Ella negó con la cabeza muy suavemente, dándole a entender que sabía tan poco como él.

El intercambio la tranquilizó una pizca; al menos, aún se comunicaban.

La noche anterior había pasado varias horas despierta, pensando en lo que Sylvain le había dicho y en lo mal que había reaccionado ella. El chico le había brindado la ocasión perfecta para decirle que sus dudas se habían disipado, que lo escogía a él, pero ella no había sido capaz. ¿Por qué no se lo decía y en paz? La había pillado por sorpresa, pero aun así... ¿Por qué le costaba tanto expresar sus sentimientos?

Plantado junto a su escritorio en posición de descanso, el profesor escudriñó la clase con una expresión suspicaz en sus ojos claros.

Mientras sacaba la libreta de la cartera, Allie intentó comportarse con normalidad. ¿Y si Zelazny sabía que se habían colado en su habitación? Dios mío... ¿Y si sabía que lo habían acusado de ser el espía?

Se estremeció solo de pensarlo. Aguardó, tan nerviosa que apenas podía sostener el bolígrafo. En una hoja en blanco, se puso a dibujar trémulos barrotes y una gigantesca cerradura.

Sin embargo, Zelazny se limitó a... dar la clase. Estaban estudiando la batalla de Austerlitz y él reanudó la lección exactamente donde el profesor sustituto la había dejado, sin una palabra de explicación o de disculpa por su ausencia.

Al principio, Allie se limitó a esperar a que el hacha del verdugo cayera y Zelazny le dijera que quería hablar con ella. A que la acusara de haber inspeccionado su mesilla de noche e incluso la caja de debajo de la cama. Por suerte, a medida que fue pasando el tiempo, comprendió que nada de aquello iba a suceder.

Agazapada en la silla, se dispuso a tomar cuatro apuntes y a matar el tiempo hasta que llegara el momento de charlar con los demás sobre este nuevo giro de los acontecimientos.

Sin embargo, la lección resultó ser de lo más interesante. Cuando Zelazny empezó a explicar la batalla entre Napoleón y una aplastante coalición de tropas inglesas, rusas y austriacas, Allie se sorprendió a sí misma escuchando con atención.

—Napoleón era un magnífico estratega —dijo Zelazny esbozando un mapa en la pizarra—. Sabía que no podía ganar recurriendo a la fuerza bruta porque el otro bando lo superaba en número de hombres y de armas. De modo que decidió tenderle una trampa.

Borró la parte derecha del dibujo y golpeteó la pizarra con el dedo.

—Debilitó voluntariamente su flanco derecho para atraer hacia allí a las fuerzas de la coalición. Tenía la esperanza de que el enemigo se concentrara en aquella zona, lo que confundiría a las tropas y debilitaría las defensas del otro bando. Una vez allí, las fuerzas ocultas de Napoleón saldrían de su escondrijo y atacarían.

El profesor de Historia dibujó una serie de flechas que surcaban la pizarra. Cuando se volvió a mirar a la clase, parecía entusiasmado.

—No lo vieron venir.

Mientras Zelazny describía la batalla con toda clase de detalles escabrosos, Allie recordó la carta que Nathaniel había clavado en la pared de la capilla con un cuchillo. ¿Y si aquella maniobra respondía a una estrategia parecida a la de Napoleón? ¿Y si solo pretendía sembrar la paranoia para que empezaran a sospechar los unos de los otros? Alimentar la confusión y la distracción entre el enemigo. Y entonces atacar por el flanco.

Zelazny dibujaba nuevas líneas en la pizarra.

—Con las fuerzas de la coalición debilitadas, Napoleón se dispuso a dar el *coup de grâce*. Esta es la famosa frase que pronunció ante sus generales.

Escribió una frase en lo alto de la pizarra, apretando tanto con el rotulador que la punta chirrió contra la superficie. Luego se retiró y se volvió a mirar a las palabras.

La cita rezaba: «Un ataque rápido y la guerra habrá terminado».

Mientras leía la implacable declaración, Allie se estremeció.

***¿Y si se refiere a nosotros?***

Después de clase, Allie se reunió con Carter y Sylvain en el pasillo. Era la hora del almuerzo, y un tropel de alumnos pasaba por su lado de camino al comedor.

—¿Alguien me puede decir qué demonios está pasando? —preguntó.

Carter miró a Sylvain como si el francés conociese la respuesta.

—¿Raj Patel?

Sylvain se encogió de hombros.

—Supongo. No se anda con tonterías.

—Si Zelazny ha vuelto, ¿significa eso que...?

Allie se interrumpió a media frase al deducir ella misma la respuesta.

—¿Qué? —preguntó Sylvain, frunciendo el ceño.

Ella negó con la cabeza.

—Nada. Da igual. Me tengo que ir.

Se dio media vuelta y echó a andar, pero Carter gritó a su espalda:

—¿No vienes a comer?

Sin detenerse, Allie respondió por encima del hombro.

—Nos vemos en el comedor.

Corriendo contra la marea de estudiantes, bajó las escaleras como una exhalación y recorrió a un trote ligero el largo pasillo. Iba tan deprisa que, cuando llegó al aula de Literatura y giró para entrar, no pudo detenerse; cruzó el umbral al vuelo, hasta que una voz la detuvo en seco.

—Hola, Allie.

Isabelle estaba plantada al otro lado de la puerta y no parecía contenta precisamente.

—¿Dónde te habías metido? —Allie distinguió el tono de reproche en su propia voz.

Una parte de ella quería echarse a llorar. Otra —más dependiente— se moría por abrazar a la directora. Pero no hizo ninguna de las dos cosas. Se quedó donde estaba, con los brazos colgando.

—Por lo que parece —comentó la directora, pronunciando muy bien cada palabra—, sabes perfectamente dónde nos habíamos metido. Y me gustaría ser yo la que hiciera las preguntas, si no te importa.

—Pues la verdad es que sí me importa —Allie levantó la barbilla con insolencia—. ¿Cómo se os ocurre marcharos y dejarnos solos? ¿En qué cabeza cabe? Hemos tenido que afrontarlo todo lo mejor que hemos podido. ¿Y ahora te presentas aquí y me pides explicaciones? ¿De qué va todo esto? ¿Es una especie de prueba?

Si a la directora la había impresionado el estallido de Allie, lo disimuló muy bien; su arrogante mirada permaneció fija en ella, fría e impertérrita.

—Entraste en las dependencias privadas del señor Zelazny...

Allie no la dejó terminar.

—Y encontré lo que estabais buscando, sí. De nada —puso los brazos en jarras con aire desafiante—. ¿Quieres que hagamos algo más? ¿Avisar a los alumnos cuyos padres están de parte de Nathaniel? ¿Darles la oportunidad de tomar sus propias decisiones? ¿Pensar por nosotros mismos? ¿Ser creativos? ¿Hacer vuestro trabajo?

—Basta —la imponente voz de Isabelle resonó en el aula vacía—. Ya lo he entendido. Ahora siéntate. Tengo programado un taller durante el almuerzo y los

alumnos no tardarán en llegar.

Allie titubeó un momento; habría podido marcharse indignada, pero quería oír lo que Isabelle le quería decir.

A regañadientes, se desplomó en una silla cualquiera.

Apoyando las manos en el pupitre de Allie, Isabelle la miró a los ojos.

—Lo que habéis hecho, invadir el espacio privado del señor Zelazny, ha sido una imperdonable violación del Reglamento. No teníais ningún derecho de tomaros esa libertad. Si alguna vez llega a enterarse, no quiero ni pensar cómo reaccionará. Y si Lucinda lo descubre, tendrás suerte de seguir siquiera estudiando en este colegio.

Allie exhaló un largo suspiro de alivio; Zelazny no lo sabía. No le habían dicho nada.

Todo lo demás —el sermón de Isabelle— le traía sin cuidado. Ya sabía a lo que se exponía cuando cruzó la puerta de Zelazny.

—¿Qué hacía la llave en su habitación? —preguntó Allie, buscando en los marcados rasgos de Isabelle alguna pista de la respuesta—. ¿Se lo habéis preguntado? ¿Es Zelazny el espía?

La directora cerró los ojos un instante, como si hiciera acopio de paciencia.

—Allie, deja que nosotros nos ocupemos de eso; es nuestro trabajo.

Su voz sonaba casi rota de frustración, pero Allie siguió en sus trece.

—Ni siquiera sabíais que él tenía la llave...

—Lo sabíamos —Isabelle alzó la voz—. Y la llave vuelve a estar en el libro. Por favor, déjala ahí, por lo que más quieras.

## Veintisiete

Durante unos instantes, Allie se quedó muda de la impresión. Su cerebro acababa de sufrir un cortocircuito.

—Que vosotros... ¿qué? —tartamudeó estupefacta—. Yo... yo... no...

—¿No lo entiendes? No, supongo que no —Isabelle se alisó el cabello. Los mechones rubio oscuro se le estaban escapando de la pinza que le sujetaba la melena, como si echara chispas por la cabeza. Cuando volvió a hablar, lo hizo en un tono más controlado—. Allie, Raj y yo estamos investigando a todo aquel que pudiera ser el espía de Nathaniel. A todos. Llevamos meses haciéndolo. Sabemos lo que hay en todas las habitaciones, hasta la última mota de polvo. Hemos revisado hasta las huellas dactilares de sus libros. Y los tapones para los oídos que guardan en la mesilla de noche.

Mientras intentaba procesar lo que Isabelle le estaba diciendo, Allie levantó una mano; necesitaba que la directora se callase para asimilar todo aquello.

—¿Y por qué dejasteis la llave donde estaba? —preguntó al cabo de un momento—. ¿Por qué no interrogasteis a Zelazny al respecto?

—Si es el espía de Nathaniel, no nos conviene que sepa que lo estamos vigilando —replicó la directora—. Podría conducirnos hasta Nathaniel sin darse cuenta o delatar a otros traidores. Si le enseñamos nuestras cartas, no le sacaremos nada.

Desolada, Allie comprendió que el razonamiento tenía lógica. Sin embargo, había otras personas implicadas. Otras preguntas sin responder.

—Y si pensáis que podría ser él, ¿por qué retenéis a Eloise? —quiso saber Allie—. ¿La estáis usando como...? ¿Señuelo?

—Sí y no. Al principio, pensamos que podría ser la espía. Ahora estamos casi seguros de que no, pero la retenemos para que el verdadero espía se crea a salvo. También por ese motivo hemos reducido las patrullas y hemos suspendido la Night School.

Suspirando, Isabelle se sentó junto a su alumna.

—Allie, hay más guardias que nunca controlando el colegio. La noche que fuisteis a la casita del bosque, os estuvimos vigilando todo el tiempo.

El mundo enmudeció de repente. La charla de los estudiantes en el pasillo parecía proceder de otro continente. Allie ni siquiera oía los latidos de su propio corazón.

**¿Nos estuvieron vigilando todo el tiempo? ¿Nos vieron a Carter y a mí?**

¿Los habrían visto besarse? ¿Se habrían quedado allí escuchando mientras se confesaban sus más profundos sentimientos?

La idea de que hubieran invadido su intimidad hasta tal punto le revolvió el estómago.

Cuando alzó la vista, descubrió que Isabelle aguardaba una respuesta. Tratando de

aparentar tranquilidad, Allie carraspeó, pero solo fue capaz de pronunciar una palabra.

—¿Cómo...?

—Los guardias ya no patrullan —respondió Isabelle—. Solo se esconden y observan. Se comunican a través de un nuevo sistema que Raj ha implantado. Todo ha cambiado.

Mientras Allie trataba de comprender lo que estaba oyendo —asintiendo como una persona normal—, su mente seguía reproduciendo la frase anterior en un bucle sin fin.

***... vigilando todo el tiempo. Os estuvimos vigilando todo el tiempo. Os estuvimos vigilando...***

Isabelle seguía hablando, pero Allie apenas la oía.

—Seguro que los has visto hablar por los micros; llevan auriculares minúsculos. Es la primera tecnología que se implanta en el campus en cinco años. Ha cambiado nuestra manera de trabajar.

»Muy poca gente lo sabe, Allie. Los instructores de la Night School están al corriente de que usamos esta nueva tecnología pero ignoran que la manera de vigilar ha cambiado. Solo Raj, sus guardias y yo estamos enterados. Y ahora tú.

—Pero yo no... ¿Por qué?

Allie quería preguntarle a Isabelle por qué la habían seguido sin que ella lo supiera. Por qué nadie la había avisado de que podía pasar algo así. Por qué habían permitido que se sintiera tan vulnerable, si Allie siempre había confiado en que Isabelle cuidaría de ella.

La directora, sin embargo, malinterpretó el sentido de la pregunta.

—Decidimos prohibir el uso de cualquier tecnología, ordenadores, teléfonos, todo, cuando Nathaniel pirateó nuestro sistema hace cinco años. Consiguió acceder a nuestros archivos, documentos académicos, información de los instructores, planes de la Night School, nombres y direcciones de los guardias, horarios... A todo.

—¿Y por qué habéis cambiado de decisión? —preguntó Allie débilmente. No estaba segura de que le importara. Sencillamente, era la pregunta que tocaba.

—Un ex alumno reciente es ingeniero técnico; joven e innovador. Dice que este sistema es a prueba de hackers. Y después de lo que pasó con Jo y contigo... Comprendimos que debíamos introducir algunos cambios. Mejorar los sistemas de seguridad. Por eso los vigilantes patrullan ahora con menos frecuencia. Y por eso los veis menos por ahí. Han cambiado de táctica. Y, de momento, está funcionando.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —Allie miró a la directora a los ojos por si adivinaba en ellos algún signo de doblez, pero solo encontró cansancio.

—Nadie lo sabe. Y me gustaría que siguiera siendo así. Mientras no sepamos quién es el espía, quiero que me prometas que no le contarás esto a nadie. Y quiero



decir a nadie: ni a Carter ni a Rachel. A nadie.

Allie se sintió acorralada. Isabelle le estaba pidiendo que traicionara a sus amigos. A las personas que la habían ayudado a superar aquellos últimos meses. Que la habían sostenido cuando se había venido abajo tras la muerte de Jo. Que estaban viviendo un infierno por culpa de su familia.

—No puedo hacerlo —Isabelle cogió aire para hablar pero Allie continuó—: Lo siento, Isabelle. No puedo. Todo eso ha terminado. A partir de ahora, yo decidiré en quién confío.

—Estás cometiendo un gran error —replicó Isabelle. En ese momento, el primer alumno del taller entró en el aula. Mirándolas con curiosidad, se dirigió a su pupitre.

Con la mirada encendida de irritación, Isabelle se irguió. Cuando habló, en cambio, lo hizo en tono tranquilo y profesional, como si hubieran estado comentando las notas de Allie.

—Te ruego que vengas a mi despacho después de clase para que sigamos hablando de esto.

—No puedo —repuso Allie sin pensar—. Tengo una reunión con...

Se mordió la lengua. Había quedado con los demás para decidir el paso siguiente. No se lo podía decir a Isabelle, ¿verdad?

Isabelle replicó con brusquedad:

—«No puedo» no es una respuesta que te vaya a consentir ahora mismo, Allie. Te espero.

Cuando la directora echó a andar con la espalda muy recta, Allie suspiró. Sus amigos tendrían que reunirse sin ella.

A pesar de todo, cuando las clases finalizaron aquel día, Allie no acudió directamente a la oficina de Isabelle sino que se quedó esperando a Rachel en el pasillo de las aulas.

—¿Me puedes ayudar? —le dijo—. Tengo graves problemas y necesito que me eches una mano.

—¿Te has atascado con el Cálculo otra vez? —le preguntó Rachel en tono compasivo.

—Es mucho peor —Allie bajó la voz—. Se trata de Isabelle. Entre otras cosas.

—¿Cosas de chicos? —sugirió Rachel esperanzada.

Cuando Allie asintió, los ojos castaños de Rachel se iluminaron.

—¡Por fin! Esos son los problemas que me interesan —cogió a Allie del brazo y echó a andar por el pasillo—. Por aquí. El doctor está de guardia.

Allie la puso al corriente en voz baja mientras recorrían atestados corredores. Le resumió la conversación que había mantenido con Isabelle, omitiendo los detalles sobre el nuevo sistema de seguridad y el espionaje. Aquello podía esperar.

—¿No te ha dicho nada más que nos pueda ser útil? —preguntó Rachel—. ¿Como dónde está Eloise? ¿O de quién más sospechan?

Allie negó con la cabeza.

—Poco más. No hemos tenido tiempo. Además, estaba más por la labor de gritarme y amenazarme.

—Eso siempre se agradece —Rachel esquivó ágilmente a un alumno de primero que corría directo hacia ella—. A todos nos vienen bien unas cuantas amenazas.

Al ver al chico riendo con sus amigos, Allie envidió la sensación de libertad que proyectaba. No podía ni recordar la última vez que ella se había sentido tan inocente y feliz.

—Ya lo creo —respondió en tono cansado.

Había tenido un día muy largo, y todavía le esperaba otra charla con Isabelle. Allie se sujetó la frente con la punta de los dedos.

—¿Seguro que no te ha dicho nada más? —Rachel la observaba preocupada—. Parece como si te hubieran dado una paliza. ¿Te ha dado una paliza?

—Nadie me ha puesto la mano encima —dijo Allie—. Al menos, no físicamente. Mira, tengo que irme.

—Ah, no, ni hablar. Todavía no me has contado lo de los chicos.

Haciendo caso omiso de las protestas de Allie, Rachel la arrastró al descansillo de la primera planta y de allí a la zona del edificio principal donde las estatuas clásicas exhibían sus elegantes poses por los siglos de los siglos. Se deslizaron por detrás de la escultura de un joven vestido con una ridícula casaca, más larga por la parte del trasero, y se sentaron en un banco de piedra.

Acurrucadas en el tranquilo nicho, estaban a salvo de miradas indiscretas.

Rachel se apoyó contra la pared y lanzó un suspiro de satisfacción.

—Este es mi paraíso secreto. Venga. Cuenta.

Con timidez al principio, pero ganando seguridad a medida que el relato avanzaba, Allie le narró su conversación con Carter, su decisión de que lo que sentía por él solo era amor de amigos y lo que le había pasado después con Sylvain.

—He metido la pata... He metido la pata hasta el fondo..., otra vez —echándose hacia delante, apoyó la acalorada frente contra los fríos talones de mármol de la estatua—. Ay, Rachel. ¿Por qué me siento así? ¿Por qué todo esto es tan confuso?

Rachel repuso con dulzura:

—Allie, Carter ha sido tu primer amor. El primer amor siempre es el peor.

—Ya, pero ¿por qué tuvo que besarme? —lloriqueó Allie—. Con eso, solo ha conseguido empeorarlo todo.

—Por lo que parece, no eres la única que tiene dificultades para superarlo.

Allie no podía negarlo.

—¿Y qué vas a hacer con Sylvain? —le preguntó Rachel—. ¿Qué te dice el

corazón?

Allie se dejó caer en el banco.

—El corazón me dice que averigüe quién ayudó a matar a Jo y que pase de los chicos hasta entonces.

Rachel la miró pensativa.

—No puedes utilizar la muerte de Jo como excusa para evitar tomar decisiones sobre tu propia vida. Lo sabes, ¿verdad?

Allie la miró parpadeando.

—Yo no... ¿Es eso lo que estoy haciendo?

—¿Tú qué crees?

—¡Allie Sheridan!

Ambas oyeron la voz al mismo tiempo. Alguien la llamaba desde el rellano. Sin embargo, nadie podía verlas en su escondrijo.

—¿Quién es? —cuchicheó Allie.

—No lo sé. Echaré un vistazo —Rachel se levantó para espiar por encima de la cola del abrigo. De puntillas, alargó el cuello. Se volvió hacia Allie con los ojos desorbitados—. Jules. Mayday. Mayday. Inmersión. Inmersión.

—Mierda —Allie se agachó detrás de los pies de la estatua—. ¿Por qué me estará buscando?

—Bueno, es la prefecta, así que a lo mejor te necesita para... «prefectar» —desvarió Rachel—. O puede que te quiera dar una paliza por haber besado a su novio.

Su amiga intentó darle un manotazo pero no la alcanzó.

—Quieta —le ordenó Rachel.

Estaban al borde de un ataque de risa.

—¿Está muy cerca? —susurró Allie, haciendo esfuerzos por tranquilizarse.

Rachel se llevó un dedo a los labios. Tapándose la boca con ambas manos, Allie vio cómo Rachel volvía a sacar la cabeza por detrás de la escultura. Justo entonces apareció Jules delante de ella tratando de asomarse al nicho.

—Oh, Rachel —hablaba en tono repipi—. ¿Has visto a Allie?

Allie advirtió que Rachel se moría de ganas de soltarle una trola; lo notaba en la postura de su espalda, en su forma de coger aire para hablar. También sabía que su amiga mentía fatal.

—Estoy aquí —se levantó y miró a la prefecta por encima del hombro de Rachel—. ¿Qué pasa?

Jules le sostuvo la mirada unos instantes. Sus ojos proyectaban un mensaje desafiante. Como de advertencia. Quizá incluso amenazante.

Sin embargo, se limitó a decir:

—Isabelle quiere verte en su despacho.

Allie se giró y lanzó a su amiga una mirada elocuente.

—Toma apuntes o algo para acordarte de todo. Cuando veas a los demás.

—Lo haré. Buena suerte.

A espaldas de Jules, Rachel esbozó una sonrisa compasiva.

Allie siguió a la prefecta en dirección al gran vestíbulo, caminando un par de pasos por detrás de ella. A su alrededor, las estatuas blancas capturaban la luz de la tarde y resplandecían como ángeles que van a echar a volar.

Con cada paso, las botas Uggs de Jules emitían un molesto chirrido contra los tablones del suelo. Allie no sabía qué le daba más rabia, si aquellas botas forradas de borreguito o el hecho de que a Jules se le permitiera llevar sus propios zapatos como prerrogativa por ser prefecta.

—¿Qué tal te ha ido en el huerto? —le preguntó de repente.

—Mmm... ¿Qué? —la pregunta pilló a Allie por sorpresa—. ¿Te refieres al castigo?

Sin reducir el paso, Jules asintió.

—Pues bien, supongo —repuso—. O sea, es una chorrada como una casa; estoy aprendiendo una lección importante y bla, bla, bla...

Tras eso, caminaron un buen rato en completo silencio salvo por el ruidito de las botas de Jules. Por fin:

—¿Y Carter sigue yendo por allí?

Ñic, ñic, ñic...

Sin levantar la vista, Allie se preguntó adónde quería ir a parar Jules. Seguro que sabía que su novio seguía castigado.

—Sí, Carter también.

Sin previo aviso, Jules se volvió a mirarla.

—¿Por qué?

El tono agresivo la cogió desprevenida; Allie se echó hacia atrás, tropezando.

—¿Por qué... qué?

—¿Por qué sigue trabajando en el huerto contigo?

Allie esperaba que se le notara en la cara lo que pensaba: que Jules había perdido un tornillo.

—Porque está castigado, Jules. ¿Por qué si no iba nadie a darse un madrugón tres veces por semana con este frío?

En aquel momento, para sorpresa de Allie, la prefecta abandonó aquel aire peleón. A punto de echarse a llorar, desvió la vista.

—Ya, eso me pregunto yo también —musitó—. Carter no está castigado. No lo han castigado ni una vez en todo el semestre.

Allie la miró sin comprender.

—Eso es absurdo, Jules. Lo hace por obligación. Seguro que lo has entendido mal...

—Venga ya. Soy perfecta, ¿recuerdas? —dijo en un tono que no admitía discusión—. Me entregan a diario la lista de los castigados. Su nombre no aparece. Pero sigue yendo allí contigo...

A Allie le dio un vuelco el corazón.

—No... lo... entiendo... —repuso sin aliento.

—¿No? —por lo que parecía, Jules no se lo creía—. Bueno, pues deja que te lo aclare. Mi novio finge estar castigado contigo cuando no es así. Se ha unido a no sé qué banda imaginaria y desaparece cada noche a vete a saber dónde. También contigo —Jules se frotó los ojos con el dorso de las manos—. Apenas me habla, pero lo veo charlar contigo constantemente y parece muy... pendiente de lo que dices —soltó un suspiro tembloroso. Luego sostuvo la mirada de Allie con expresión apenada—. Dime la verdad, Allie. ¿Estáis juntos otra vez? ¿Tenéis tú y Carter un rollo a mis espaldas?

Allie se había quedado sin habla.

Carter había acudido al huerto un día sí y otro también, lloviera o hiciera frío. ¿Y había soportado todo eso solo para estar a solas con ella?

Durante un momento, dudó. Luego se recordó a sí misma la expresión de Carter cuando le había hablado de Jules y de lo mucho que significaba para él.

***Los amigos hacen ese tipo de cosas los unos por los otros. Se ha comportado como un buen amigo.***

Cuando respondió, le sorprendió la tranquilidad que transmitía su propia voz.

—No, Jules, Carter y yo no tenemos un rollo a tus espaldas. Sé de buena tinta que significas mucho para él y que jamás te engañaría. Eres una de las personas que más le importan del mundo.

Jules escudriñó sus ojos en busca de algún signo de falsedad, pero Allie no apartó la mirada.

—¿Y entonces por qué se porta así? —a la perfecta le temblaban los labios. Una lágrima, cristalina como agua de manantial, escapó de los lagos azules de sus ojos y le rodó por la mejilla—. Es que a veces no le entiendo.

—Mira, Carter es mi ex novio pero también es mi amigo. Pasamos una época de mierda cuando rompimos y luego... sucedieron otras cosas horribles —de hecho, en aquel mismo momento, Allie anhelaba con toda su alma contarle a Jo aquella conversación, y la seguridad de que nunca podría hacerlo la apenó tanto que se echó a temblar. Apretó los puños para serenarse—. Yo no sabía que Carter no estaba castigado. Pero supongo que estaba preocupado por mí porque... lo he pasado muy mal. Ha sido todo un detalle por su parte. Y yo ni siquiera... —exhaló un suspiro entrecortado—. Es un buen tío, Jules. De verdad que sí. Seguramente uno de los mejores que he conocido jamás. Tienes suerte de estar con él.

Jules se retorció las manos.

—Es que... me gustaría que fuera sincero conmigo. Me oculta cosas. Secretos.

Allie intentó discurrir un modo de consolarla, pero, por Dios, estaba hablando con Jules. Y ya llevaba demasiado rato haciendo de santa Allie de Cimmeria.

—Ojalá lo supiera —dijo, retrocediendo un paso—. Deberías... ya sabes... —otro paso— hablar con él. Mira, Isabelle me está esperando.

Con expresión compungida, se dio media vuelta y se alejó un poco más deprisa de lo que sería normal en aquellas circunstancias.

En cuanto dobló la esquina, echó a correr. Se sentía más ligera a cada paso. A pesar de todo lo que acababa de decir, no cabía en sí de alegría al saber lo lejos que había llegado Carter por ella. Por recuperar su amistad.

Se paró en seco al llegar a la puerta del despacho de Isabelle y dio unos golpes rápidos en la puerta de roble labrado.

—Soy Allie.

—Entra —respondió una voz.

Todavía le estaba dando vueltas a aquella historia de Carter y Jules, así que no prestó mucha atención al timbre de la voz. Empujó el pesado picaporte de latón y la puerta se abrió.

Sentada tranquilamente en la butaca de Isabelle, Lucinda Meldrum miró a Allie con unos ojos del mismo color exacto que los de su nieta.

—Hola, Allie —la saludó su abuela—. ¿Quieres un té?

## Veintiocho

Mientras Lucinda servía el té en una taza de porcelana blanca decorada con el escudo azul oscuro de Cimmeria, Allie se acomodó frente a ella, en una de las butacas de piel. Miraba a su abuela con avidez, como si quisiera memorizar cada uno de sus rasgos.

Lucinda había combinado con elegancia una americana de color azul marino con una impecable camisa blanca. Llevaba el canoso cabello muy corto, con un estilismo moderno que la hacía parecer más joven de lo que era. La luz arrancaba destellos a sus pendientes de diamantes.

Era la segunda vez que se veían. Allie había creído casi toda su vida que su abuela estaba muerta. No quería perderse ni un detalle.

—¿Azúcar? —le preguntó Lucinda en tono animado, con la mano suspendida sobre el delicado azucarero.

Allie negó con la cabeza e hizo ademán de coger la taza.

—No, gracias —añadió muy formal, aunque a destiempo.

Una sonrisa bailó en los labios de su abuela cuando le tendió la taza con su platito a juego.

—Me recuerdas a tu madre cuando tenía tu edad. Siempre olvidaba decir «gracias» hasta el último momento. Siempre ansiosa por anticiparse a los acontecimientos.

Le costaba aceptar que Lucinda —antigua ministra del Gobierno británico y renombrada asesora de varios líderes mundiales, famosa entre todos aquellos que hubieran visto las noticias alguna vez— fuera la madre de su madre. Le parecía imposible que pertenecieran a la misma familia siquiera.

La madre de Allie se había escapado de casa al terminar el último curso de la Academia Cimmeria y nunca había mirado atrás. Había cambiado el dinero y el poder de su madre por una vida sencilla, y había ocultado a sus hijos la historia familiar. Allie no supo nada de todo aquello hasta entrar en Cimmeria.

Acercándose la taza a los labios, Allie aspiró el aroma alimonado de la bergamota.

—Bueno —Lucinda apartó la tetera y se arrellanó en la butaca—. Charlemos.

De cerca, Allie distinguía el delicado dibujo de las arrugas que le enmarcaban los ojos; no parecían líneas de expresión. Nadie llega a acumular tanto poder como Lucinda si no es capaz de controlar sus emociones.

—Tenemos un problema, Allie —empezó Lucinda—. No tengo mucho tiempo, pero es importante que entiendas muy bien lo que sucede. Porque corres un grave peligro. Y quiero que estés preparada para lo que pueda pasar a partir de ahora.

—Los padres —apuntó Allie— van a sacar a sus hijos de Cimmeria, ¿verdad?

Lucinda asintió.

—Eso es lo que planea Nathaniel. A continuación presentará una moción de censura, sus aliados se identificarán, me destituirán, se apoderarán de la escuela y del conjunto de la organización, mis manos estarán atadas y él será libre para continuar con su toma de poder, que será, creo yo, enormemente perjudicial, al margen del daño que pueda hacer a Cimmeria.

Lucinda describía el proceso de su propia destrucción sin alterarse lo más mínimo, al menos en apariencia. A juzgar por su falta de emoción, podría estar describiendo un día normal de trabajo.

—Algunos de los chicos no se quieren marchar —dijo Allie. Levantó la barbilla con orgullo—. Les vamos a ayudar a quedarse.

Lucinda removi6 el té con una cucharilla de plata.

—La situación es complicada. Sería muy valiente por su parte plantar cara, pero me temo que sus padres encontrarán la manera de llevárselos. Todos tienen buenos abogados y sus hijos son menores de edad. Nathaniel es una persona con muchos... recursos.

—No podemos dejar que se vayan sin más —a Allie no se le había pasado por la cabeza la idea de que Lucinda no aprobase su plan—. No quieren hacerlo. Yo creo que tienen derecho a decidir de qué lado están.

—No. Mientras sean menores de edad, no lo tienen —replicó Lucinda—. Allie, no digo que no deban plantar cara y hacer lo posible por quedarse. Solo que... hables de ello con Isabelle. Asegúrate de que esté al corriente de todos vuestros planes. Ella os ayudará.

—¿Seguro? —dijo Allie con resentimiento—. Se ha marchado en el momento más delicado. Hemos tenido que hacerlo todo nosotros solos.

—En realidad, nunca se ha marchado. Lo único que tenías que hacer era preguntar por ella e Isabelle habría acudido al momento —la reprendió Lucinda con dulzura—. Sin embargo, dice mucho en tu favor y en el de tus amigos que hayáis tomado cartas en el asunto; que hayáis buscado vuestras propias soluciones. Por eso precisamente se os escogió para la Night School. No esperaba menos de vosotros.

Sorprendida, Allie advirtió que se había ruborizado de orgullo; no se había dado cuenta de que la aprobación de Lucinda le importara tanto.

—El problema es que Nathaniel nos tiene acorralados —reconoció Lucinda—. Su plan es casi infalible. Apenas nos ha dejado margen de maniobra.

Allie aferró la taza con fuerza mientras meditaba las connotaciones de aquellas palabras.

—El otro día, por teléfono... dijiste que la organización que dirige la Night School controla también el Gobierno. ¿Significa eso que si Nathaniel se sale con la suya se apoderará del Gobierno?



—Será mejor que empiece por el principio —golpeteándose la barbilla con el dedo, Lucinda consideró cómo abordar el tema—. ¿Has oído hablar del proyecto Orión?

Allie negó con la cabeza. Había oído mencionar a «Orión» alguna que otra vez por los pasillos de Cimmeria pero nunca había sabido qué significaba el término.

—Es el nombre de la organización de la que forman parte la Night School y Cimmeria. Se trata de un club privado de personas muy poderosas: diputados, jueces, abogados, financieros, altos ejecutivos, propietarios de grandes medios de comunicación... —agitó la mano, y el diamante de su anillo brilló como fuego helado—. La lista continúa, pero creo que ya te haces una idea de quiénes somos.

»Existen organizaciones parecidas en otros países, pero Orión es la más antigua. Yo soy la presidenta desde hace quince años, un cargo que, básicamente, heredé de mi padre. Siempre ha sido un cargo titular —miró a Allie con desconfianza y se interrumpió—. ¿Sabes lo que significa «titular»?

En silencio, Allie negó con la cabeza.

—Significa que solo es nominal. O sea, que el director de la organización se dedica, básicamente, a organizar reuniones, ofrecer cenas y asegurarse de que todo... siga su curso. Y así fue hasta mi llegada —sonrió con modestia—. Yo hice algunos cambios.

Tan confusa como fascinada, Allie trataba de seguir el hilo del discurso. Lamentó no estar tomando apuntes para poder acordarse de todo más tarde.

—¿Qué clase de cambios? —preguntó.

—Instauré un sistema de votaciones... de modo que ahora todas las decisiones se votan en junta. E hice presión para que chicos y chicas de distintos entornos tuvieran acceso a Cimmeria —explicó Lucinda—. Como ya sabes, la pertenencia a la organización empieza a fraguarse en los años escolares. La Night School es la cantera principal, pero existen grupos similares en los institutos más prestigiosos. Antes de mi llegada, uno solo podía acceder por derecho de sucesión; si tu familia pertenecía a la organización, te aceptaban automáticamente. Yo cambié eso... hasta cierto punto. Ahora, algunos alumnos, menos de los que me gustaría, son admitidos en función de su habilidad e inteligencia. Sangre fresca, como se suele decir.

Allie pensó en Carter, el hijo de una cocinera y un mecánico que se había quedado huérfano. Ahora entendía por qué lo habían admitido en la Night School.

—Vale —dijo—. ¿Y a qué se dedica... Orión... exactamente?

Lucinda lo meditó un momento antes de responder.

—Se asegura de que ciertas organizaciones funcionen como es debido.

—¿Organizaciones como...?

—El Gobierno —repuso Lucinda—. Los bancos. Las grandes corporaciones. Los medios de comunicación. Los tribunales.

Allie no se lo podía creer.

—Pero... ¿el Gobierno no se dirige a sí mismo? —preguntó.

—Claro —asintió Lucinda con suavidad—. Nosotros solo les ayudamos.

—¿Cómo les ayudáis?

—Asegurándonos de que las personas adecuadas salgan elegidas. Personas que forman parte de Orión. Personas que entienden lo que estamos haciendo —Lucinda ladeó la cabeza—. ¿Me explico?

—No —a Allie no le gustaba ni un pelo lo que estaba oyendo—. ¿Me estás diciendo que los votos de la gente no cuentan?

—No, no. Claro que cuentan —le aseguró su abuela—, pero las personas a las que votan son miembros de Orión.

La chica se quedó de piedra.

—¿Todas? —dijo con un hilo de voz.

—Claro que no —respondió Lucinda—. Solo... las suficientes.

—¿Y los jueces? —preguntó Allie con debilidad—. ¿Ellos también?

—Sin duda —repuso la mujer—. El sistema judicial es muy importante. Sobre todo la Corte Suprema. En realidad, controlamos por entero esta institución. Es... necesario.

Allie guardó silencio mientras trataba de asimilar todo aquello. De repente, los ruidos cotidianos le sonaban incongruentes: la tetera que crujía en el rincón al enfriarse; las risas que se colaban por las paredes. La vida seguía. Como si no hubiera una organización secreta que controlaba su destino.

—Entonces Orión lo controla... todo.

—El control no es absoluto —la corrigió Lucinda—. Pero a grandes rasgos, sí. Sí, supongo que puede decirse así.

—¿Por qué?

—Es una larga historia —Lucinda se sirvió más té—. Verás, Orión es una organización muy antigua. Se remonta a más de dos siglos de antigüedad. A una época en que la Corona había perdido casi todo su poder y el Parlamento, aunque empezaba a cobrar fuerza, todavía no estaba del todo asentado. Tras las Revoluciones francesa y americana, los nobles temían que estallara una revuelta aquí también. El rey carecía de la autoridad necesaria para controlar al Gobierno, y mucho menos al país. Así que algunos de los terratenientes y parlamentarios más poderosos se unieron para asegurarse de que el Gobierno funcionara bien. Adoptaron el nombre de «Sociedad Orión».

—Orión... —repitió Allie meditabunda—. ¿Como la constelación?

—Orión, el cazador —explicó Lucinda—. En la mitología griega, Orión era un dios. Los fundadores escogieron su nombre porque era capaz de caminar sobre las aguas. Una elección bastante presuntuosa, en mi opinión, pero... —levantó las manos

— solo es un nombre.

—Y... ¿qué hicieron? —la azuzó Allie.

—Pues tomar las riendas del poder. Se ayudaban mutuamente. Se aseguraban de acceder a los cargos importantes: primer ministro, ministro de Hacienda, regente... lo que hiciera falta para asegurarse de que el poder fuera estable y se transfiriera sin interrupción. De que estuviera bajo control.

—¿Y nadie conocía su existencia? —Allie no se lo acababa de creer—. ¿Cómo es posible?

—Se nos da muy bien guardar secretos —repuso Lucinda.

—¿Cómo acabaste a cargo de todo? —siguió preguntando la chica—. ¿Cómo acabó tu padre?

—Es muy sencillo: lo heredamos. El liderazgo pasa de una familia a la siguiente por orden estricto. Cada familia ocupa la presidencia durante tres años y luego la cede. O, al menos, así funcionaba hasta mi llegada. El bisabuelo de mi tatarabuelo fue uno de los fundadores. El conde de Lanarkshire —la penetrante mirada de Lucinda sostuvo la de su nieta—. Esa es nuestra familia de origen, ¿sabes? Estrictamente hablando, yo soy Lady Lanarkshire. Y también tu madre. Y tú.

Allie la miró boquiabierta.

—¿Soy... Lady?

Por primera vez aquella tarde, Lucinda sonrió con ganas. Tenía unos dientes blancos y regulares, y arrugaba los ojos con dulzura.

—Sí, lo eres.

—Pero tú eres baronesa —le reprochó Allie—. Oí a los guardias llamarte así el día del baile de invierno.

—Prefiero ese título al de Lady —le explicó Lucinda—. Verás, el de baronesa me lo gané yo.

***Maldita sea, soy Lady. Lady Allie Lanarkshire Sheridan Nosecuantos***, pensó Allie alucinada. Qué fuerte. Ya verás cuando Rachel se entere.

—Has dicho que la presidencia iba pasando de familia en familia. ¿Ya no es así?

La sonrisa de Lucinda se esfumó.

—No. Yo cambié esa norma. Me parecía más lógico elegir al líder por votación. Hay más de un inepto en la organización y no soportaba la idea de que esos idiotas tomaran decisiones sobre el futuro del país solo por ser hijos de fulanito o menganito. Me parecía un sistema anticuado. Una de las primeras cosas que hice cuando accedí a la presidencia fue cambiar los estatutos originales. A todo el mundo le pareció bien. Ahora, celebramos elecciones. Me han reelegido tres veces —torció el gesto—, pero me sorprendería mucho que volvieran a escogerme, dadas las circunstancias.

De repente, Allie cayó en la cuenta de algo. Le produjo una impresión tremenda, casi física.

—Y por eso Nathaniel está tan enfadado, ¿verdad? Tú cambiaste las reglas. Mi hermano dijo algo de que tú nos habías arrebatado nuestra herencia. Se refería a eso, ¿verdad?

—Exactamente —dijo Lucinda—. Puesto que tu madre habría rehusado el cargo y que él es el hijo mayor, habría sido el siguiente en heredarlo. Si yo no hubiera cambiado las reglas, se lo habría quedado él.

—Pero ¿cómo es posible que le moleste tanto? —se extrañó Allie—. O sea, a mí me da igual. Y yo tampoco podré acceder al cargo. ¿Por qué a Christopher le sabe tan mal?

—Seguro que Christopher pensaría igual que tú, Allie, de no ser por Nathaniel —Lucinda se echó hacia delante y su semblante se ensombreció—. Verás, aunque te parezca imposible, Nathaniel tiene mucho carisma. Mucho encanto. Y es muy convincente. Y un joven tan frágil como Christopher, que aún no ha encontrado su lugar en el mundo, se deja seducir fácilmente. Nathaniel le demostró que vuestra madre le había ocultado la verdad sobre la familia. Le prometió una vida de poder y privilegios. Es el método habitual. Lo hizo pedazos. Y luego lo reconstruyó. A su imagen y semejanza.

Mientras escuchaba a su abuela, Allie tuvo la sensación de que se le helaba la sangre en las venas. ¿Sería posible que su abuela tuviera razón? Eso explicaría muchas cosas. La extraña conducta de Christopher cuando lo había visto el pasado mes de diciembre. Por qué parecía una versión rara y rabiosa de sí mismo.

Recordando la escena —su hermano y ella en orillas opuestas del río— sintió frío. Siguió haciendo preguntas para ahuyentar la imagen.

—¿Por qué Nathaniel os odia tanto, a ti y a Isabelle? ¿Qué pasó? ¿O es que sencillamente está loco?

—Conozco a Nathaniel desde que era un chiquillo —explicó Lucinda—. Su padre y yo estuvimos... muy unidos. Por desgracia, el hombre murió cuando Nathaniel estaba en plena adolescencia. En aquellos tiempos, solo era un chico asustado y solitario, que había perdido a su madre de niño y acababa de quedarse sin padre también. Solo tenía a su hermanastra...

—Isabelle —apuntó Allie.

—Exacto.

Allie cogió la taza.

—Así que, Isabelle y Nathaniel, ¿eran hijos del mismo padre?

Lucinda asintió.

—Y tú estabas muy unida a él... —siguió diciendo la más joven—. ¿De qué lo conocías? ¿Trabajabais juntos?

—No exactamente —Lucinda esbozó una sonrisa irónica—. Me casé con él.

Allie, que acababa de tomar un sorbo de té, se atragantó. Tosiendo, dejó la taza y

el plato y se echó hacia delante para recuperar el aliento.

—¿Te casaste con él? —graznó—. ¿Eres la madre de Nathaniel?

Sin inmutarse lo más mínimo, Lucinda le tendió un pañuelo de papel.

—Oh, no. El padre de Nathaniel e Isabelle, mi ex marido, tuvo varias esposas; no todas al mismo tiempo, por supuesto. Nunca sentó la cabeza. Yo fui su primera esposa. Cuando nos divorciamos, se casó con la madre de Nathaniel, que por desgracia murió en un accidente de equitación a los veintipocos. Entonces contrajo matrimonio con la madre de Isabelle.

Allie se quedó de una pieza.

—Caray, debía de ser muy guapo para que tantas mujeres se colaran por él. ¿Quién era ese tío?

—«Ese tío», como tú lo describes, era Alistair St. John. Fue un importante diputado del Gobierno escocés y propietario de ILC, la empresa de tecnología más importante de Inglaterra —aclaró Lucinda. Dio un sorbo a su té con aire coqueto—. Un hombre encantador.

—Espera un momento —exclamó Allie—. Ese tal St. John... ¿era mi abuelo?

Lucinda apoyó la mano en el brazo de Allie.

—No, querida.

—¿Y entonces quién...? —la chica levantó las manos, como si renunciase a entender los complicados lazos amorosos de todos aquellos ancianos.

—Tu abuelo fue un hombre maravilloso, un buen hombre, llamado Thomas Meldrum —repuso Lucinda—. Fue mi segundo marido. Era mucho mayor que yo; murió antes de que tú nacieras.

No dijo nada más, pero, de repente, viejas líneas de tristeza se adueñaron de su rostro.

Se hizo un silencio incómodo, y Allie buscó a toda prisa alguna pregunta para cambiar de tema.

—Y ese señor —intentó recordar el nombre del primer marido de su abuela— St. John, ¿también pertenecía a Orión o a la Night School o lo que sea?

—Claro —afirmó Lucinda, como si lo contrario fuera impensable.

—¿Qué pasó tras su muerte? O sea, ¿qué fue de Nathaniel y de Isabelle?

—Como ya te he dicho, Alistair y yo siempre estuvimos muy unidos —prosiguió Lucinda—. La madre de Isabelle aún vivía (de hecho, aún vive), pero Nathaniel no tenía a nadie más que a mí.

—¿Y cómo era en aquel entonces? —preguntó Allie con curiosidad.

—Era un chico difícil —recordó la anciana—. Yo tenía que ausentarme a menudo por negocios. Tanto Nathaniel como Isabelle estudiaban en Cimmeria en aquel entonces, pero él estaba a punto de terminar. Y entonces, cuando se leyó el testamento... —Lucinda negó con la cabeza.

A Allie le sonaba aquella historia. Una vez, hacía tiempo, Isabelle había mencionado algo de una herencia.

—¿Qué pasó? ¿Qué decía el testamento?

Con sumo cuidado, Lucinda dejó la taza en el delicado platito blanco.

—Alistair se lo había dejado todo a Isabelle. A la más joven. A la hija. Ni un céntimo para el mayor. Fue una decisión extraña, y Nathaniel concluyó que su padre nunca lo había querido. Por supuesto, su padre se había asegurado de que no le faltara de nada; aun a día de hoy, Nathaniel recibe buena parte de los beneficios de las empresas y de las inversiones familiares, pero eso lo pasó por alto. Solo se fijó en que su padre no le había confiado la fortuna familiar. Se la había confiado a Isabelle.

Allie silbó por lo bajo.

—¿Y por qué lo hizo? O sea, ¿dejárselo todo a Isabelle?

—Alistair era un negociante nato —Lucinda adoptó una expresión astuta—. Vivía para el trabajo. Se daba cuenta de que Nathaniel era débil de carácter, de que no estaba muy centrado, y eso lo tenía preocupado. Estoy segura de que fue una decisión eminentemente práctica.

—¿Y por eso Nathaniel le guarda rencor? —preguntó Allie—. ¿Por eso está haciendo todo esto? ¿Por el testamento de su padre?

—Eso creo —repuso Lucinda—. O, como mínimo, ese es el origen de los problemas. Yo he contribuido a ello, desde luego. Las decisiones que tomé como líder de Orión le impiden heredar el cargo también, así que nos odia a todos.

Allie guardó silencio unos instantes. Cuanto más hablaba Lucinda, más piezas de su propia historia encajaban en su lugar. Como si estuviera haciendo un puzle muy complicado y de repente hubiera reconocido el cielo.

Pese a todo, seguía habiendo muchos huecos.

—Por teléfono dijiste que la policía está de su parte y que tiene aliados en los ministerios. Sigo sin entender cómo lo ha conseguido —observó Allie.

—Ah, ya. Eso te ayudará a comprender lo inteligente, lo concienzudo que es —dijo Lucinda—. Después de terminar la carrera en Oxford, vino a trabajar para mí. Parecía más tranquilo, como si se hubiera resignado. Pensé que aún había esperanza para él. Empezó como administrativo, pero era muy bueno en su trabajo y se ganó mi plena confianza —lanzó una carcajada amarga—. Ascendió muy deprisa. Al final, lo nombré director adjunto. Estaba a cargo del día a día de mis oficinas y de mi trabajo para Orión. Me sustituía cuando yo estaba fuera, lo cual sucedía a menudo. Gracias a eso, trabó relación personal con la junta de Orión y se hizo amigo de algunos de sus miembros. Para mi eterna desgracia, se dedicó a reunir información que pudiera utilizar contra mí. Averiguó quién estaba insatisfecho, quién quería más poder, quién criticaba mi manera de dirigir la organización, qué cambios les gustaría implantar. Plantó semillas de descontento entre todas aquellas personas. Al cabo de unos años,

había reunido toda la información que necesitaba para debilitar mi posición. Para destruirme.

Apoyó la mejilla en la mano con suavidad y sus atribulados ojos grises se perdieron en el infinito.

—Un día, hace unos seis años, volví de un viaje de negocios por Rusia y se había ido. Saqueó mi oficina y desapareció con todos los documentos importantes —miró a Allie a los ojos—. Aquello fue solo el principio.

Allie se estremeció solo de oírla.

—¿El principio?

Lucinda señaló la habitación con un gesto vago.

—El principio de la guerra por Orión, por Cimmeria, por ti... por todo.

—¿Lo tenía planeado desde el comienzo? —Allie no se lo podía creer—. En aquel entonces yo debía de tener... ¿cuántos años? Diez, como máximo.

—Creo que empezó a idear el plan en cuanto los abogados leyeron el testamento de su padre —opinó la anciana—. Se está vengando de un hombre que lleva muchos años muerto.

La habitación se enfrió de repente; Allie se frotó los brazos mientras meditaba la información. La historia que su abuela le acababa de contar era tan triste, tan desesperada...

—Y cuando desapareció, ¿no pudiste encontrarlo? Tú puedes localizar a cualquiera.

—Lo encontré, ya lo creo que sí —dijo Lucinda—. O más bien Raj Patel lo encontró. Al cabo de un par de meses, ya sabía dónde vivía, pero ¿qué podía hacer? No tenía ningún derecho sobre él. Ningún crimen del que acusarlo. Le habría dado todo lo que se llevó si me lo hubiera pedido. Y lo amaba como a un hijo. Yo solo... quería hablar con él. Decirle lo mucho que me importaba. Que le perdonaba. Pero él se negó —se frotó los ojos con gesto cansado—. Cuando supe que conspiraba contra mí, que se estaba aliando con ciertos miembros de la junta para destituirme, lo consideré tan solo una patética muestra de su desesperación. Y entonces... —su semblante se entristeció—. Entonces Christopher desapareció.

Allie palideció.

—Así que solo estaba...

—Esperando —prosiguió Lucinda—. Vigilando y esperando a que Christopher se hiciera mayor. Nathaniel sabía que la pérdida me rompería el corazón: mi «falso» hijo, tal como él lo veía, me había arrebatado a mi verdadero nieto. Era consciente de que la desaparición de Christopher envenenaría aún más si cabe la relación con tu madre. Y de que me causaría un dolor infinito. Por eso lo hizo. A su manera, es una estrategia brillante. Y ahora... —buscó los ojos de Allie—. Bueno, tú eres la pieza que falta del rompecabezas. El único miembro de la familia que me queda. La última

ficha del tablero. Quiere que te vayas con él. Entonces —levantó sus expresivas manos—, jaque mate.

Tendió la mano por encima de la mesa y Allie se la cogió con timidez. Lucinda se la apretó con fuerza.

—No se podía imaginar que, en vez de separarnos, su interferencia nos uniría. O que yo haría cualquier cosa por protegerte de él. Ni que nos íbamos a defender.

Ruborizada de orgullo, Allie estrechó a su vez la mano de su abuela. Luego dijo con cautela:

—Has dicho que estamos en apuros, que nos ha colocado entre la espada y la pared. ¿De verdad piensas que podemos ganar esta guerra?

—No tenemos elección, Allie —la expresión de Lucinda la sobresaltó. Toda dulzura había desaparecido de sus ojos; ahora su mirada era implacable—. Porque viene a por ti.



## Veintinueve

Cuando Allie salió dando tumbos del despacho de Isabelle, la cabeza le daba vueltas. Al final, se habían pasado más de una hora hablando, de Nathaniel y de Christopher principalmente, aunque Lucinda también le había revelado algún que otro detalle de su vida y su trabajo.

Lucinda le estaba contando la reunión que, en cierta ocasión, había mantenido con el primer ministro de Japón cuando Isabelle llamó a la puerta.

—Quería recordarte que has quedado con Raj dentro de cinco minutos —dijo en tono de disculpa.

Captando la indirecta, Allie se levantó.

—Debería irme ya.

Lucinda rodeó el escritorio para colocarse delante de ella. Con suavidad, le recogió unas cuantas ondas de cabello detrás de las orejas. Fue un gesto tan maternal e instintivo que a Allie se le encogió el corazón.

—Me ha encantado charlar contigo —declaró Lucinda—. Espero que se repita pronto.

Como no sabía cuándo la volvería a ver y le costaba separarse de ella, Allie la abrazó con cariño espontáneo.

—Gracias, abuela —era la primera vez que la llamaba así; se sintió rara pero le encantó—. Estoy tan contenta de haberte conocido...

Lucinda la estrechó entre sus brazos con fuerza; su perfume olía a flores exóticas.

—Lo mismo digo, Allie.

La chica no sabía cómo empezar a explicarles a los demás todo lo que había descubierto, pero algo tendría que decirles. Debían comprender la gravedad de la situación.

Primero, sin embargo, tendría que encontrarlos.

Sabía que sus amigos tenían pensado reunirse en una de las salitas de estudio de la biblioteca, así que buscó allí en primer lugar. Cuando llamó a la puerta, decorada con grabados de bellotas y hojas, un estudiante mayor al que apenas conocía se asomó con expresión de impaciencia.

—¿Qué quieres? —le espetó, mirándola a través de unas carísimas gafas. Llevaba el pelo de punta, como si se lo hubiera toqueteado mucho. El escritorio que tenía detrás estaba tan atestado de papeles que algunos habían caído al suelo, amontonados de cualquier manera.

—Perdón —Allie retrocedió tan deprisa que estuvo a punto de caerse—. Estaba buscando a otra persona.

Murmurando para sí algo sobre los «niñatos estúpidos», el chico cerró la puerta sin despedirse siquiera.

Allie miró en la sala común, en el vestíbulo e incluso en el vasto descansillo que precedía a las aulas.

No los encontró por ninguna parte.

Por fin, echando humo de tanto pensar en Lucinda y Orión, en Jules y en Carter, Allie se sentó a esperar en un sillón de la concurrida sala común. Cuando alguien no aparecía, siempre lo buscaban allí.

Atestada de ruidosos alumnos que compartían juegos de mesa, charlaban y estudiaban, la enorme sala de estar estaba tan animada como de costumbre. A su lado, un grupo de seis alumnos muy jóvenes celebraba una escandalosa partida de póquer, que, por lo visto, entrañaba vehementes acusaciones de presuntas trampas y dudas sobre las familias de los participantes. Allie apenas los oía.

Acurrucada en la confortable butaca, aguardó. Pasaron siglos antes de que Zoe cruzara el umbral a toda mecha, como una golondrina que se lanza desde un alero.

Su inquieta mirada aterrizó en Allie, que se puso en pie al momento. Zoe parecía aliviada.

—Nadie sabía dónde te habías metido. Sylvain y Rachel están de los nervios. Vamos.

Cruzó la sala a toda velocidad y Allie corrió tras ella, guardando los libros en la bolsa de cualquier manera.

Cuando alzó la vista, vio que Zoe enfilaba por el vestíbulo principal hacia la entrada delantera. Por primera vez, se dio cuenta de que su amiga llevaba puestos el abrigo y el gorro.

—¿Estáis fuera? —preguntó, alzando la voz por la sorpresa.

—Sí —Zoe se peleaba con la anticuada cerradura de hierro—. Hace tanto frío que a nadie se le ocurrirá buscarnos allí. Eso ha dicho Sylvain.

El mecanismo cedió por fin. Zoe tuvo que emplear las dos manos para abrir la pesada puerta. El aire invernal las azotó como un bofetón en la cara.

—¿Ves lo que te decía? —le preguntó Zoe dando saltitos en el sitio—. Hace un frío que pela.

—Tonificante —repuso Allie con sorna. Se preguntó cuánto tiempo aguantaría sin abrigo a la intemperie, pero no quería entretenerse en subir a buscarlo.

—Como un cubito de hielo en la cara —asintió Zoe, que ya había dejado atrás la escalera de entrada para internarse en el césped encharcado.

La noche estaba despejada; las estrellas, de un blanco plateado, se derramaban como escarcha contra la oscuridad del cielo cuando las chicas se aventuraron en el bosque.

Delante de ellas, la cubierta del cenador asomaba entre los árboles como un fantasma; el puntiagudo tejado parecía suspendido sobre los pinos. Solo cuando doblaron un recodo, pudieron ver el resto de la construcción.

Allie sabía que un alegre mosaico de colores cubría la piedra blanca de la pérgola, pero la oscuridad fundía en gris todos aquellos tonos.

Al acercarse, subiendo de dos en dos los peldaños de piedra, oyeron un coro de voces nerviosas.

—Allie está aquí —anunció Zoe, cuyo aliento se condensaba en nubecillas blancas—. Estaba haciendo los deberes.

—No estaba haciendo los deberes —protestó Allie—. Estaba... pensando. Y os he buscado.

—Sabíamos que a nadie se le ocurriría mirar aquí —la voz afrancesada de Nicole surgió de entre las sombras. Allie solo alcanzaba a ver su delgada pierna, enfundada en leotardos oscuros, que colgaba de la barandilla de piedra a la cual se había encaramado.

—Temía que te hubieran secuestrado —Rachel le lanzó una mirada elocuente antes de reparar en su atuendo—. ¿Por qué no llevas abrigo?

—Zoe ha olvidado mencionar la parte del aire libre —repuso Allie—, pero no pasa nada. La carrera me ha ayudado a entrar en calor.

En realidad, el sudor ya se le estaba enfriando en la piel, pero no quería que la obligaran a volver.

—Uno siempre se encuentra bien antes de congelarse —observó Rachel.

—¿Podemos hablar en serio? —Carter parecía exasperado—. Solo tenemos diez minutos antes de la cena. Allie, ¿qué te ha dicho Isabelle?

—En realidad, no he hablado con Isabelle —respondió ella—. He estado charlando con Lucinda Meldrum.

Allie soltó la bomba y todo el mundo se quedó de piedra.

—Jopetas —Zoe parecía impresionada—. Ni siquiera sabía que estaba aquí.

—¿Te ha dicho algo interesante? —la pierna de Nicole se movió cuando cambió de posición.

—Un montón de cosas, pero... —Allie pensó en todo lo que su abuela le había revelado sobre su familia, su historia, Nathaniel, Orión... No sabía por dónde empezar y solo tenían unos minutos—. Mejor os lo cuento más tarde. ¿Os habéis reunido con Katie? ¿Por qué estáis aquí fuera?

Tiritaba tan violentamente que le temblaba hasta la voz; la columna en la que se había apoyado estaba fría como el hielo y Allie se echó hacia delante.

—Nos hemos reunido, sí. Y ha sido... inquietante —al mismo tiempo que hablaba, Sylvain se desabrochó la chaqueta y se la quitó. Mirando a Allie a los ojos, se la tendió.

A ella, aquel gesto le recordó tanto a la noche del baile de invierno que, durante una milésima de segundo, se quedó paralizada. Jamás olvidaría el momento en que Sylvain se había quitado la chaqueta del esmoquin ni lo que había pasado después.

Se le puso la piel de gallina.

Luego tendió la mano.

El abrigo no era muy largo pero sí grueso. La suave tela de la prenda aún conservaba el calor del cuerpo de Sylvain y el aroma de su colonia. Se ajustaba a sus hombros helados como un abrazo.

—Katie piensa que unos noventa estudiantes se irán con Nathaniel. Hemos estado discutiendo qué hacer —la voz de Rachel trajo a Allie de vuelta a la realidad.

—¿Noventa? Pero eso es la mitad del colegio.

—Sí, es mucho más de lo que esperábamos —asintió Zoe.

—Ya he hablado con mi padre —intervino Rachel—. Ni siquiera ellos esperaban que fueran tantos. Ahora mismo están celebrando una reunión para hablar del tema.

—Pero algunos se quedarán... ¿no?

Fue Carter quien contestó.

—De los noventa, Katie cree que unos diez están dispuestos a plantarles cara a sus padres. O sea, casi ninguno de esos chicos pertenece a la Night School y no tienen ni idea de lo que está pasando en realidad.

Allie sintió que se le caía el alma a los pies. Diez alumnos. Eso no era nada. La mitad del colegio se marcharía. Nathaniel iba a tener su momento de gloria.

—Por lo que le han dicho sus padres, cree que el éxodo tendrá lugar esta misma semana —dijo Sylvain—. Puede que mañana mismo.

***Es demasiado pronto.***

—No, no, no —Allie se apretó las sienes con los dedos—. No estamos listos. ¿Qué vamos a hacer?

—Les hemos contado nuestro plan a los que quieren quedarse. Dónde esconderse. Maneras de evitar que los encuentren —la voz de Carter se abría paso entre la oscuridad—. Katie está informando a aquellos que le parecen de confianza. Rachel y Raj han hablado de ello, y él está al corriente de todo. ¿Se lo has contado a Lucinda?

—Ella dice que... —mientras se ceñía el enorme abrigo, Allie trató de recordar qué le había dicho su abuela exactamente—. Dice que está trabajando entre bastidores con la junta, presionando a aquellos que aún no han tomado partido. Si consigue que la mayoría se ponga de su parte, tendrá alguna oportunidad. Si más de la mitad de la junta apoya a Nathaniel... —dejó la frase inacabada. Lucinda no había especificado qué pasaría si casi todos los miembros de la junta se aliaban contra ella, pero le había dado a entender que la posibilidad entrañaba un grave peligro—. El caso es que necesita tiempo para convencerlos.

Miró a su alrededor. Los demás estaban más o menos apiñados en torno a ella, exhalando nubes de vapor. Parecían cansados y derrotados. Qué pocos eran... ¿Cómo iban a detener aquello?

—Pues no lo hay —suspirando, Carter se apoyó contra la columna de piedra que

se alzaba tras él y levantó la vista hacia el pico, invisible en la oscuridad, que remataba el tejadillo del cenador—. ¿Y si Nathaniel se da mucha prisa? ¿Y si llega mañana mismo?

Las mangas del abrigo de Sylvain tapaban las manos de Allie. Cuando las alzó para mostrar las palmas, se deslizaron hacia atrás lo justo para que le asomaran los dedos.

—También me ha dicho que si la gente se niega a marcharse, Nathaniel podría enviar a la policía —se rio con amargura—. Tiene gracia. La policía acude si los alumnos se niegan a irse pero no podemos avisarla de que se ha cometido un asesinato. Es que... el mundo se ha vuelto loco.

—Los tiranos listos siempre se salen con la suya.

Sylvain lo dijo en voz tan baja que solo Allie pudo oírlo. Le echó un vistazo. Apoyado contra la balaustrada de piedra, parecía tenso y fatigado.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rachel.

—Ahora, desarrollamos el plan —repuso Carter en tono lúgubre—. Y nos preparamos.

Justo antes de las siete, se encaminaron al edificio principal para cenar. Nadie tenía hambre pero la asistencia era obligatoria.

Cuando echaron a andar, Sylvain alcanzó a Allie.

—¿Qué tal te ha ido con tu abuela en realidad? ¿Te has alegrado de volver a verla?

El chico buscó la respuesta en sus ojos.

—Pues sí —dijo ella—. Me cae bien, ¿sabes?

Sylvain asintió.

—Intimida —reconoció—, pero tiene mucho carisma.

Qué raro que Sylvain entendiera a su abuela mejor que ella misma. Por otro lado, sus padres eran unos multimillonarios franceses. Sylvain llevaba toda la vida relacionándose con gente como Lucinda.

—Ahora bien —añadió Allie—, también ha sido preocupante.

—¿Por qué?

La chica se ciñó el abrigo.

—Porque creo que está asustada.

Detrás de ellos, Zoe y Carter charlaban en voz baja. Allie recordó la conversación con Jules. Tenía que contársela a Carter antes de entrar; él debía saber lo que habían hablado.

—Tengo que decirle una cosa a Carter —se disculpó Allie. Mientras lo decía, se fijó en que, a la luz de las estrellas, los ojos de Sylvain eran del mismo color exacto que el jersey que llevaba puesto—. ¿Nos vemos dentro?

El francés inclinó la cabeza con exquisita educación, sin dejar entrever emoción alguna.

Allie aminoró la marcha hasta que Zoe y Carter llegaron a su altura. Se volvió a mirar a la niña.

—Necesito hablar a solas con Carter un momento. ¿Te importa?

Zoe se encogió de hombros tan campante y corrió para alcanzar a Rachel. Allie la oyó decir:

—¿Has terminado los deberes de Química?

Como si fuera un día de clase normal y corriente.

Cuando nadie pudo oírlos, redujo el paso y se giró hacia Carter.

—¿Has visto a Jules esta tarde?

Él la miró extrañado.

—No. ¿Por qué?

—Me la he encontrado después de clase... —empezó Allie, y luego se corrigió—. En realidad, ha venido a buscarme. Estaba muy disgustada.

Carter se quedó clavado y luego se volvió a mirarla. El frío le había enrojecido las mejillas.

—¿Disgustada?

Nerviosa, Allie buscó las palabras adecuadas.

—Sabe... Me ha dicho... —exhaló una nube de aliento—. Sabe que no estás castigado. Quería saber por qué estabas trabajando en el jardín... conmigo.

Apretando los dientes, Carter escudriñó la oscuridad. Ahora estaba como un tomate.

—No he sabido qué decirle —Allie se metió las manos en los bolsillos de la falda y se miró los zapatos—. Piensa que la engañas conmigo.

Carter no la miró.

—¿Qué le has dicho?

—Que no, claro. Que eres mi amigo, que te preocupas por mí y que tiene que aceptarlo.

Él respiró aliviado.

—Gracias.

—Y, mira —Allie buscó sus ojos, pero Carter siguió mirando al frente—. Quería decirte que... gracias. O sea, es un trabajo muy duro y... yo no sabía... O sea, pensaba que te habían...

Maldijo su propia torpeza. Tres días a la semana, Carter se había levantado a las cinco y media de la mañana y se había pasado dos horas trabajando al aire libre, con un frío de muerte, todo para hacerle compañía. ¿Por qué no se le ocurría qué decirle?

Por fin, Carter la miró a los ojos.

—Tranquila. No tienes que darme las gracias —de repente, esbozó una sonrisa

maliciosa—. Es que no tenía nada mejor que hacer.

Mientras Allie, con la boca abierta, pensaba a toda prisa qué responder a eso, Carter dio media vuelta y echó a andar hacia la escuela.

Cuando Allie llegó al comedor, casi todos los alumnos ya estaban allí. Se detuvo en el umbral para contemplar la escena. Carter se paró a su lado y siguió su mirada.

Manteles de lino blanco cubrían las mesas, sobre las cuales descansaban cálidas velas, vasos de cristal y platos de porcelana blanca, todo marcado con el escudo de Cimmeria. Las lámparas de araña proyectaban su luz desde lo alto de la espaciosa sala. Un alegre fuego chisporroteaba en el enorme hogar. Flotaba un aroma a carne asada y a humo de leña.

Aquello era Cimmeria en todo su esplendor. Le parecía demasiado hermoso — demasiado perfecto— como para ser destruido.

***¿Qué pasará si Nathaniel gana? ¿Quién seguirá aquí mañana?***

—Esta noche me voy a sentar con Jules —anunció Carter.

—Oh —desconcertada, Allie buscó una respuesta. Habían compartido mesa a diario desde que habían formado el grupo, pero, claro, después de todo lo que había pasado, Carter quería sentarse con Jules—. O sea, genial. Es una buena idea.

Lo vio acercarse a la mesa donde Jules charlaba con Katie y otros amigos. Vio cómo a Jules se le iluminaba la cara cuando se daba cuenta de que el chico se dirigía hacia ella. La vio levantarse y abrazarlo. Y luego vio a Carter rozarle los labios antes de inclinarse para susurrarle algo al oído...

—¡Siéntense, por favor!

El bramido de Zelazny la pilló tan de sorpresa que volvió a la realidad dando un respingo.

Se reunió con los demás, que ya estaban sentados a su mesa habitual. El abrigo de cachemira de Sylvain estaba forrado de pura seda; le resbaló de los hombros con facilidad. Cuando Allie se lo tendió, Sylvain la miró con cautela, como temiendo que le hiciera algún comentario.

Ella, sin embargo, se limitó a decir:

—Gracias por el préstamo. Espero que no hayas cogido sabañones... o lo que sea.

—De nada —respondió él—. No sé lo que son los sabañones, pero no creo que los tenga.

—¿Y qué son los sabañones? —preguntó Nicole, mirando a sus compañeros—. Que yo sepa, solo los tienen los personajes de Dickens, ¿no?

—No lo sé —Allie se desplomó en un asiento libre, al lado de Zoe—. Y no quiero saberlo.

Zoe, que ya había abierto la boca para ofrecer una disertación, volvió a cerrarla.

—Yo sé lo que son —afirmó—, pero si no quieres saberlo, mejor no te lo digo.

—¿Dónde está Rachel? —preguntó Allie, que acababa de reparar en la ausencia.

—Sentada con Lucas.

Nicole señaló una mesa cercana. Lucas había rodeado con el brazo a Rachel, que le apoyaba la cabeza en el hombro.

—Y Carter se ha sentado con Jules esta noche.

Con aire meditabundo, Sylvain echó un vistazo a la pareja, que al parecer compartía una broma privada, y luego miró a Allie otra vez. Ella evitó sus ojos.

—Debe de ser una noche de citas —al mismo tiempo que Nicole hablaba, sus ojos de muñeca se posaron primero en Allie y luego en Sylvain; no se le escapaba una.

—Al menos quedamos nosotros.

Ajena al silencioso drama que se desplegaba a su alrededor, Zoe se comportaba con tanto desparpajo y normalidad como de costumbre. A Allie le entraron ganas de aplastarla con algo pesado.

Se preguntó si debía contarles lo que le había revelado Lucinda, qué era Orión en realidad y por qué Nathaniel quería apoderarse del colegio, pero no le pareció conveniente dejar fuera a Rachel y a Carter.

Además, no creía que a nadie le apeteciera hablar del tema ahora mismo. La idea de que la escuela pudiera quedarse vacía al día siguiente —de que Nathaniel se saliera con la suya— los había dejado sin energías. Todo parecía inútil. Como si, en vez de prepararse para la batalla, se estuvieran preparando para la derrota.

Allie levantó el vaso de agua y se quedó mirando el movimiento del líquido. Recordando la clase de Historia de la mañana, pensó en el plan de Napoleón: había vencido a un ejército más poderoso que el suyo a base de astucia y engaños.

***¿Pero quién es Napoleón? ¿Somos nosotros? ¿O Nathaniel?***



## Treinta

Sin embargo, Nathaniel no movió ficha al día siguiente. Ni al otro.

Ni al otro.

Conforme pasaba el tiempo, el colegio se instaló en una especie de normalidad precaria. Los alumnos iban a clase, estudiaban, jugaban... y esperaban.

Cuando transcurrió toda una semana sin que Nathaniel diera señales de vida, Allie empezó a albergar la esperanza de que todo hubiera sido una falsa alarma. A lo mejor Lucinda había convencido a la junta a tiempo. Era posible que le hubieran plantado cara y lo hubieran obligado a claudicar.

Cuando se lo consultó a Isabelle, la directora negó con la cabeza.

—Quiere que nos confiemos. Está esperando a que bajemos la guardia.

Tras el regreso de los instructores de la Night School, Allie y sus amigos empezaron a reunirse con menos frecuencia. Raj e Isabelle les habían ordenado que dejaran de buscar al espía y, dadas las circunstancias, no tenían mucha elección: los profesores no les quitaban ojo. Ahora no podían hacer nada salvo esperar. Jules y Lucas volvían a sentarse con ellos en las comidas y el parloteo sobre las clases había remplazado a las conversaciones sobre Nathaniel y los espías.

Reinaba una falsa normalidad que a Allie la ponía mala. Tenía la sensación de que todos estaban fingiendo que ningún desastre se avecinaba, pero ¿qué otra cosa podían hacer?

Descubrió que echaba de menos la descarga de adrenalina que le provocaban aquellas reuniones secretas a deshoras, las incursiones en habitaciones cerradas en busca de pruebas. Añoraba la sensación de estar haciendo algo. Se habían vuelto a quedar al margen. Quizá siempre había sido así, en parte, pero por lo menos antes tenían cierto control sobre la situación.

Como ya no se reunían a diario, le costaba menos guardar las distancias con Sylvain. Justo lo que quería. Necesitaba tiempo para pensar.

De vez en cuando, sin embargo, Allie alzaba la vista y lo sorprendía mirándola de lejos con una expresión de desamparo en aquellos ojos más azules que el cielo. Y se le encogía el corazón.

Entonces, recordaba lo que Sylvain le había dicho en su día: «No te voy a esperar para siempre... Duele demasiado...».

En ocasiones, cuando él no hacía ningún esfuerzo por acercarse a ella o no le reía una broma, temía que se hubiera cansado de esperar y se asustaba tanto que se le disparaba el corazón.

Sylvain... tenía que esperar. Solo hasta que hubieran dejado atrás aquella historia de Nathaniel. Después...

Carter, por su parte, no volvió a acudir al huerto. Después de su charla al

respecto, Allie ya sospechaba que no lo haría, pero aun así se deprimió cuando, al romper el alba, él no apareció por allí.

Eso sí, ahora se llevaban mejor. Él la trataba como a una amiga más (no como a una buena amiga), pero algo es algo.

Poquito a poco, se decía Allie.

Lo más sorprendente de todo fue que empezó a cogerle el gusto a eso de trabajar la tierra. Jo le había contado una vez que se había enamorado del huerto después de que la castigaran varias semanas seguidas. En aquel entonces, Allie no había entendido por qué, pero ahora comprendía a qué se refería. El olor a tierra mojada, el acto de dejar caer las semillas y luego cubrirlas... Trabajar en el huerto ejercía en ella un efecto terapéutico. La tranquilizaba.

También ayudaba el hecho de que ya no hiciera tanto frío. Entre unas cosas y otras, marzo había llegado al fin y los brotes verdes aparecían por todas partes, como si alguien, en alguna parte, hubiera apretado un botón marcado con la palabra «crecer». En las ordenadas zanjas que Carter y ella habían cavado bajo la lluvia muchos días atrás asomaban plantitas verdes que algún día se convertirían en zanahorias, coles y patatas. Mirándolas, Allie sentía el orgullo que inspira un trabajo bien hecho; había ayudado a crear aquello.

El señor Ellison la trataba con menos severidad desde que Allie y él volvían a estar solos, como si se apiadara de ella. Casi todos los días el hombre llevaba un termo de té caliente y unos paquetes de galletas. En un momento u otro se sentaban a descansar mientras comían galletas y observaban cómo los pájaros construían sus nidos. En esos ratos, hablaban de muchas cosas: de la infancia londinense del señor Ellison, de su decisión de abandonar la ciudad para irse a Cimmeria. Nunca compartió con ella la historia que Carter le había contado, eso de que cometió un error y lo abandonó todo, y Allie tampoco quiso preguntar. Sin embargo, se sorprendió a sí misma explicándole cosas que no le había confesado a nadie más. Que su madre y ella apenas se hablaban ya. Que echaba de menos a su padre. Aquel hombre tenía algo, una mezcla de sabiduría y capacidad de escucha, que la animaba a abrirle su corazón. Él también había cometido grandes errores. Y precisamente por eso era quizá el único adulto de todos los que conocía que rara vez la juzgaría.

Últimamente, Allie también había mantenido largas conversaciones con Isabelle. Tras la visita de Lucinda, la había machacado a preguntas sobre Orión, Nathaniel y Gabe.

Fue Isabelle quien le habló de las organizaciones hermanas que existían por todo el mundo. La de Europa se llamaba Deméter. La de América, Prometeo. Le dijo que Orión era la más antigua pero había dejado de ser la más importante y poderosa.

La directora también le dio más detalles sobre el plan de Nathaniel. Un viernes, después de las clases, cuando se sentaron a charlar en el despacho de Isabelle, Allie le

preguntó por su hermano.

—¿Qué quiere en realidad? O sea, ya sé que solo pretende vengarse de Lucinda. Y también sé que te odia desde aquello de la herencia pero tiene que haber algo más. ¿Por qué está haciendo todo esto?

Presas de un repentino escalofrío, Isabelle cogió la chaqueta azul marino que colgaba del respaldo de su butaca y se la echó sobre los hombros. Debajo, llevaba un polo blanco y unos pantalones estrechos de color gris. Al mirarla, jamás habrías pensado que se estaba preparando para un ataque inminente, que se disponía a luchar. Parecía una profesora normal y corriente.

—Nathaniel lleva varios años viajando por el mundo en busca de aliados que lo ayuden a derrocar a Lucinda y a hacerse con el control absoluto de la organización —le explicó Isabelle—. En parte, lo hace por razones personales, como ya sabes, pero también por ansia de riqueza y poder. Quiere acumular más dinero del que jamás tuvo su padre. Superarlo en todo. No cuenta con el suficiente apoyo en el seno de la organización y por eso está buscando aliados internacionales. En enero, visitó la sede de Deméter en Zúrich pero, por lo que me han dicho, lo mandaron a paseo —su expresión se endureció—. Pero me temo que, en Prometeo, lo recibieron mejor.

—¿En Estados Unidos? —Allie se había quedado de piedra—. ¿Y por qué iban a hacerle caso? Está loco.

—No es que le hagan caso exactamente —aclaró Isabelle—. Pretenden utilizarlo. Verás, algunos miembros de Prometeo llevan años reclamando lo que Nathaniel les ofrece. Lo consideran un aliado en potencia. Si Inglaterra estuviera de su lado, la balanza se inclinaría por fin a su favor. Conseguirían lo que siempre han querido: más control, más poder. Una riqueza inimaginable. La vuelta de las oligarquías. Sería el fin, me temo, de esa experiencia que conocemos como democracia moderna.

»Imagínate el dinero que llegarían a ganar si no tuvieran que acatar las leyes que han sido promulgadas para proteger a la gente. Serían los reyes.

Allie la miró con suspicacia.

—Pero eso no tiene ni pies ni cabeza. Es imposible que pase algo así. La gente no lo permitiría.

El semblante de Isabelle reflejaba una extraña mezcla de cinismo y tristeza.

—La gente ni siquiera se daría cuenta —afirmó.

—Claro que se daría cuenta; todo cambiaría.

—Sí, las cosas cambiarían, pero el cambio no sería evidente —aclaró Isabelle—. Y la mayoría de la gente ni siquiera presta atención. Tiene trabajos, hijos, hipotecas, problemas... No disponen de tiempo para reparar en pequeños cambios legales que, en apariencia, no les afectan. Mira todo lo que ha conseguido Orión; se ha infiltrado en los principales organismos de Inglaterra, desde el Gobierno hasta los medios, pasando por los tribunales. Que yo sepa, la organización nunca ha amañado unas

elecciones directamente, pero podría hacerlo si quisiera —la directora se retrepó en la silla—. Porque Orión controla la organización que monitoriza las elecciones.

Allie la miró boquiabierta.

—¿Me estás diciendo que Nathaniel de verdad podría salirse con la suya? ¿Podría —ni siquiera sabía cómo definirlo— conquistar el mundo?

—Me temo que sí —repuso Isabelle—. Por eso esta guerra es tan importante. Por eso algunas personas han muerto. Porque lo que está en juego... es el control absoluto.

Mientras duraba la espera, Allie no tuvo más remedio que ponerse al día con el trabajo de clase. Cada tarde, Rachel y ella se reunían en la biblioteca. Sentadas en suaves butacas de cuero a la mesa favorita de Rachel, estudiaban un buen rato bajo la luz de la lamparilla verde. Como en los viejos tiempos.

Un miércoles, casi dos semanas después del regreso de los instructores, Rachel le estaba dando clases de Química a su amiga. La tarde había sido larga y Allie estaba considerando muy seriamente la idea de bajar a buscar un tentempié a la cocina.

—Me parece que esa molécula está incompleta —Rachel señaló el diagrama que Allie había dibujado en la libreta—. Deberías añadirle otra parte. Mira —empujó el libro de texto y le mostró a Allie cómo debería quedar el dibujo—. En caso contrario sería, no sé, una molécula de tejón.

Mientras dibujaba la nueva sección, Allie replicó sin alzar la vista:

—¿Una molécula de tejón?

—¿Nunca te has fijado en que los tejones son un poco raros? ¿Como si hubieran perdido parte de sus moléculas y hubieran incorporado las de otro bicho sin querer? A eso me refiero.

A medida que la molécula de Allie iba cobrando sentido, un murmullo inquieto se extendió por la biblioteca. Cuando alzó la vista, Allie no vio nada raro, pero algunos alumnos se habían levantado e intercambiaban murmullos apiñados en corrillos. Unos cuantos salieron corriendo de la sala.

—¿Qué pasa? —preguntó más bien para sí.

—Seguro que nosequién ha roto con nosecuántos —Rachel siguió trabajando—. No me puedo creer que haya sido de las últimas en enterarme.

—En realidad, aún no te has enterado —objetó Allie.

—Buena observación —respondió Rachel, haciendo ademán de levantarse—. Así que voy a preguntar qué...

En aquel momento vio algo que la dejó muda.

Corriendo en silencio por los suelos alfombrados, Katie se dirigía hacia ellas con su llamativa coleta flotando tras de sí como una estela. Debía de venir de muy lejos; llegaba sin aliento. Su tez lechosa estaba aún más pálida que de costumbre.

Cuando las alcanzó, se cogió a la mesa con tanta fuerza que sus nudillos palidecieron.

—Ha empezado.

## Treinta y uno

—Ve.

Como Katie no se movía, Allie la empujó con fuerza.

—¡Ahora!

Prácticamente le gritó la orden. La otra se dio media vuelta y echó a correr sin mirar atrás.

En plena descarga de adrenalina y con el corazón desbocado, Allie se volvió hacia Rachel.

—¿Estás lista?

Asustada, Rachel se quitó las gafas y se las guardó en el bolsillo de la falda.

—¿Qué hacemos con las cosas? —señaló la mesa atestada de libros, papeles y bolis; los típicos accesorios de la vida escolar.

—Déjalas —Allie hablaba con suavidad. No quería que Rachel se bloquease—. Seguirán aquí cuando volvamos.

**Si volvemos**, pensó.

Rachel asintió como si el argumento fuera irrefutable.

La biblioteca se había quedado casi desierta.

—Vamos, Rach —Allie echó a andar hacia la puerta—. Tenemos que echar un cable.

Sin moverse, Rachel miró a su alrededor.

—Lucas.

Allie la cogió por el brazo.

—Sabe adónde ir. Se lo dijiste. Ya estará allí. Tienes que confiar en él. ¿Vale?

Rachel asintió y, respirando a duras penas, irguió la espalda.

Corriendo como alma que lleva el diablo, salieron al vestíbulo principal, súbitamente vacío, y remontaron la escalinata hasta el primer rellano, donde se arremolinaba un grupo de alumnos desconcertados.

A través de los ventanales atisbaron la fila de flamantes limusinas, Rolls Royces y Bentleys que se extendía sin fin por el camino de entrada.

Rachel palideció.

—Hay muchísimos.

—Debería haber noventa —crispada, Allie recorrió con la mirada el desfile de coches oscuros—. Vamos.

Recorrieron el pasillo caminando a toda prisa. Luego tomaron la escalera de caracol que conducía al antiguo sótano. Cuando entraron como un vendaval en la lúgubre cripta de piedra, descubrieron que los demás ya estaban allí. Muy apiñados, Zoe, Nicole y Sylvain hablaban en susurros desesperados.

—Aquí estáis —Nicole parecía aliviada.

—¿Dónde está Carter? —preguntó Allie.

Se hizo un silencio. Allie tuvo la desagradable intuición de que algo iba mal.

Fue Sylvain quien le dio la noticia.

—Está buscando a Jules —el francés le sostuvo la mirada—. Sus padres han sido de los primeros en llegar.

El suelo osciló bajo sus pies; horrorizada, se quedó mirando a Sylvain.

—¿Jules...? No, no es posible.

Sin embargo, mientras lo estaba negando supo que era verdad; Sylvain no lo habría dicho si no estuviera seguro.

Pasándose los dedos por el pelo, meditó la información. Carter nunca había mencionado de qué lado estaban los padres de Jules. Jamás había pronunciado ni una sola palabra al respecto. Allie había dado por supuesto que apoyaban a Isabelle; lo contrario le parecía impensable.

### ***Pobre Carter.***

En aquel momento, Allie comprendió la horrible realidad. Ahí fuera podían estar los padres de cualquiera. El pánico le impedía pensar con claridad.

—¿Ha escapado Jules? —preguntó, haciendo esfuerzos por serenarse—. ¿Ha escapado alguien? ¿Lo sabemos?

—Hemos bajado directamente, así que no sabemos lo que está pasando arriba —repuso Zoe.

A su lado, Nicole asintió con expresión preocupada.

—Han llegado de repente.

Ahora mismo, los alumnos que no querían marcharse deberían estar repartidos por los escondrijos del campus. Isabelle, que se había implicado en el plan y los había ayudado a pulir los detalles, les estaría diciendo a unos cuantos padres que no tenía ni idea de dónde se habían metido sus hijos.

—Alguien debería subir a echar un vistazo —sugirió Allie—. A Rachel y a mí no nos buscan, podríamos ir juntas.

Muy tensa, Rachel asintió. Su melena oscura se meció con el movimiento.

—No deberíais ir solas —objetó Sylvain—. A mí tampoco me buscan. Os acompañaré.

Mirándose las uñas, Nicole titubeó un instante de más.

—Yo me quedaré aquí abajo —dijo por fin. Cuando todos se volvieron a mirarla, se encogió de hombros con delicadeza, fingiendo una indiferencia que estaba lejos de sentir. Sus ojos oscuros la traicionaban—. Por si acaso. Me parece que mis padres están... indecisos.

Zoe tiró de la manga de Allie con ademán insistente.

—Yo quiero acompañarte.

Allie tenía tanto miedo por Zoe que apenas podía respirar. No podía permitirlo;

era muy pequeña. Solo tenía trece años.

***Si le pasara algo malo...***

—Venga, Zoe —Allie adoptó un tono dulce, persuasivo—. No es justo que Nicole se quede sola aquí abajo —al ver que Zoe levantaba la barbilla con obstinación, probó una táctica distinta—. Mira, no tardaremos nada. Volveré en unos minutos y entonces me podrás relevar. ¿Vale? Tenemos que permanecer unidos.

Por un momento, todos pensaron que Zoe se iba a negar, pero la niña hundió los hombros por fin como dándose por vencida.

—Vale —accedió haciendo un puchero—. Me quedaré aquí, bien escondida.

—Muy bien —Sylvain se volvió hacia las otras dos—. Tenemos que dividirnos. Yo iré a los dormitorios de los chicos. Tú, Rachel, ve a los de las chicas. Allie, a ti te toca el edificio principal: la biblioteca y la sala común. Y de paso busca a Isabelle. Nos encontraremos aquí abajo dentro de veinte minutos —mortalmente serio, las miró de una en una—. No os retraséis. No nos obliguéis a subir a buscaros.

El sótano tenía varias salidas. Sylvain se dirigió hacia un pasadizo que conducía a una escalera y, de ahí, al edificio principal. Allie y Rachel tomaron el camino por el que acababan de llegar: la escalera de servicio que llevaba directamente al pasillo de las chicas.

Mientras se alejaban, Nicole les gritó:

—Llevad cuidado.

La advertencia, pronunciada con un fuerte acento francés, rebotó en las paredes de piedra.

Rachel y Allie remontaron a toda prisa la oscura y polvorienta escalera, envueltas en el sonido de sus propias respiraciones ahogadas, de sus pisadas contra los irregulares peldaños.

En los dormitorios, las esperaba una escena espantosa. Las niñas se abrazaban llorando en el pasillo, mientras ceñudos chóferes y guardaespaldas, vestidos con uniformes diversos, se las llevaban a empujones con la violencia mal disimulada de una carga policial.

—Coge tus cosas —le ladraba un hombre de negro a una niña de doce años, que no quería soltar la mano de su amiga— o las dejaremos aquí. A mí me da igual.

Llorando a lágrima viva, la niña —de la misma altura y constitución que Zoe— se separó de su amiga y echó a andar delante de él muerta de miedo.

La que se había quedado atrás sollozaba amargamente. Al encontrarse con la mirada horrorizada de Allie, levantó las manos.

—No lo entiendo... ¿Qué está pasando?

—Maldita sea —le susurró Allie a Rachel.

La chiquilla era rubia y menuda. Llevaba una coleta atada con una cinta azul, y unas pálidas pecas le salpicaban las mejillas. Allie tuvo la sensación de que la había



visto antes, pero no conseguía ubicarla.

Se agachó para colocarse a su altura y, con un gesto amable pero firme, la cogió por los hombros.

—Escúchame bien. ¿Ves esa puerta? —señaló la entrada de su propia habitación. Llorando, la niña asintió—. Métete ahí y no salgas hasta que todos los coches se hayan marchado. Ni aunque te llamen. Ni siquiera si es algún conocido —aterrorizada, la chica volvió a asentir. Había dejado de llorar y la miraba como si Allie acabara de descender de un helicóptero para rescatarla de una casa inundada.

Tenía los ojos azules, del mismo color aciano que los de Jo.

Al darse cuenta de eso, Allie se quedó tan impresionada que perdió la voz. Jo no tenía una hermana pequeña; debía de ser una coincidencia. Sin embargo, el parecido era sobrecogedor...

—¿Cómo te llamas? —susurró.

—Emma.

—De apellido —Allie la estaba agobiando y la niña se echó a llorar otra vez.

—Hammond —dijo entre sollozos.

Rachel, que se había agachado al lado de Allie, cogió a la chica de la mano.

—Emma Hammond, ¿cuántos años tienes?

—Do... doce —respondió la niña.

Rachel afirmó con la cabeza, muy seria, como si le pareciera una edad estupenda.

—¿Te parece bien quedarte sola un rato, mientras vamos a ayudar a otras niñas?

La pequeña asintió, aunque saltaba a la vista que la idea no le hacía ninguna gracia.

Allie había recuperado la compostura. La niña no era pariente de Jo. Sencillamente tenía los ojos azules.

Hay mucha gente con los ojos azules.

—Encontrarás galletas en el primer cajón de mi escritorio. Cómetelas todas, ¿vale? Ahora ve.

Esperaron a que la chica se metiera en el dormitorio. Ella se volvió a mirarlas un momento antes de cerrar la puerta y Allie se estremeció otra vez al reparar en el enorme parecido.

Tragando saliva, le hizo un gesto de asentimiento. La puerta se cerró.

—Ojalá esas puertas tuvieran llave —musitó Rachel.

—Ya lo sé —Allie le apretó la mano.

Rachel la miró a los ojos.

—Has hecho lo que debías —dijo en respuesta a una pregunta que Allie no se atrevía a formular.

—Pero es demasiado joven —objetó Allie—. Demasiado joven para incluirla en nuestro plan. Nadie menor de dieciséis se puede quedar sin permiso de sus padres,

¿recuerdas? —dio una patada a la pared, con tanta rabia que una placa de yeso del tamaño de una pluma se desprendió y se posó junto a su pie—. ¿Por qué no hemos pensado un plan mejor? Somos estúpidas.

Rachel apretaba los dientes.

—Hemos hecho lo que hemos podido.

Por desgracia, ahora mismo tenían la sensación de haber fracasado.

Al ver la espantosa escena que las rodeaba, Allie le preguntó a su amiga:

—¿No te importa quedarte sola aquí arriba? Esto es peor de lo que imaginaba.

Una parte de ella esperaba que Rachel le pidiera que se quedase; no le apetecía nada separarse de ella. En cambio, Rachel sorprendió a Allie irguiendo la espalda.

—No me pasará nada. Pero, ¿Allie? —por la expresión de su amiga, Allie adivinó lo que estaba a punto de decir—. No pienso dejar colgadas a las pequeñas. Si se quieren esconder, las ayudaré.

Allie nunca se había sentido más orgullosa de Rachel que en aquel momento.

—De todas formas, era un plan de mierda —respondió, con una sombra de sonrisa.

Rachel le ofreció el puño.

—Cuídate.

Justo cuando se disponía a responder al saludo, Allie tuvo un pensamiento que la dejó pasmada. ***Es la primera vez que veo a Rachel comportarse como un auténtico miembro de la Night School.***

Sin darle tiempo a su amiga a que la viera titubear, Allie se recuperó y entrechocó el puño con el de Rachel.

—Lo haré.

Abajo, la escena era todavía más espantosa que en el dormitorio de las chicas. Mientras los alumnos lloraban y se retorcían y los hombres de uniforme gritaban y empujaban, Zelazny, rojo como un tomate, bramaba junto a la puerta principal:

—¡Por favor, reanuden sus actividades normales! No se demoren en los pasillos. Si han venido a buscar a algún alumno, háganlo de forma ordenada. ¡No alteren el orden del colegio!

Nadie le hacía el menor caso.

—¡No hace falta que me rompas el brazo! —protestó un chico alto de rostro añinado zafándose de la manaza de un gorila uniformado—. Estoy cooperando. Diles que he cooperado.

Allie reconoció al alumno estresado con el que había coincidido en la salita de la biblioteca; el que le había contestado mal hacía unos días. Ahora parecía joven y asustado. Con las gafas torcidas sobre la nariz, trataba de aparentar dignidad mientras caminaba unos pasos por delante del hombre.

—¡Eh! —Allie corrió para alcanzarlo y le tocó el hombro. Él se giró en redondo para mirarla. Tras sus gafas de montura oscura, sus ojos parecían asustados—. ¿Estás bien?

—Oh, sí, de maravilla —dijo haciéndose el valiente—, pero me voy a casa. Mi amigo Pete no me deja elección, ¿eh, Pete?

Aquella muestra de humor negro no le hizo ninguna gracia a Pete, que lo miró con expresión amenazadora.

—¿Te parece divertido? Estoy autorizado a reducirte por la fuerza, chaval. No me obligues a hacerlo.

Dicho eso, lo empujó con tanta brutalidad que el otro salió disparado hacia la puerta.

—¿Lo ves? —desesperado, el chico se incorporó—. Todo va como la seda.

Justo antes de salir, el chófer se giró hacia ella y la miró unos instantes con los ojos entornados. Allie creyó que se le iba a helar la sangre en las venas. Aquel hombre sabía quién era ella.

Cada vez más asustada, corrió hacia donde estaba Zelazny, que había dejado de gritar y ahora musitaba algo mirando el sujetapapeles que tenía entre las manos. Por lo que parecía, estaba marcando los nombres de los alumnos que abandonaban el colegio arrastrando enormes maletas.

—Señor Zelazny —empezó a decir Allie, pero él la cortó sin mirarla.

—Ahora no.

Allie, sin embargo, no iba a permitir que la hicieran de menos. En este momento, no.

—Señor Zelazny —esta vez pronunció el nombre con tanta autoridad que el profesor alzó la vista, boquiabierto por la sorpresa.

Cuando estuvo segura de tener toda su atención, Allie habló con claridad, vocalizando cada sílaba.

—¿Dónde está Isabelle?

Por un instante, él se la quedó mirando como si no supiera quién era. Allie, que fruncía el ceño esperando su respuesta, se dio cuenta de que el sujetapapeles le temblaba una pizca.

El más arrogante, colérico y feroz de los profesores estaba asustado. ¿De qué tenía miedo? ¿No se suponía que era el espía?

—¿Isabelle? —repitió Allie.

Zelazny se pasó una mano por la cara como si estuviera muy cansado.

—En el salón de actos.

Estaba afónico de tanto gritar y tenía los ojos inyectados en sangre por la falta de sueño.

Sin esperar a oír nada más, Allie se abrió paso entre aquella multitud histérica.

Corrió por los tablones de roble pulido, pasando junto a las doncellas de largas túnicas que, desde sus tapices, contemplaban el caos sin tomar partido, dejando atrás las resplandecientes lámparas de araña.

La puerta del salón de actos estaba abierta. Vestida con una falda oscura, una impecable blusa gris y un pañuelo de seda al cuello, Isabelle se había encaramado a la tarima que usaba el primer día de curso para pronunciar el discurso de bienvenida. La rodeaba un nutrido grupo de profesores angustiados y unos cuantos alumnos dispersos.

Si Zelazny irradiaba pánico, Isabelle emanaba una tranquilidad absoluta, pero Allie, a esas alturas, la conocía lo bastante bien como para saber que solo era una pose. La delataban la posición de las manos, la rigidez de los hombros y las minúsculas arrugas que se le marcaban alrededor de los ojos.

—Ahora mismo, no podemos hacer nada —estaba diciendo cuando Allie entró—. Debemos esperar a que se hayan ido todos para saber cuántos quedan.

Los profesores rezongaron.

—No solo se han ido los alumnos —arguyó una profesora—. Sarah Jones se ha marchado.

Alguien ahogó una exclamación y un susurro recorrió la sala. Allie tuvo que hacer memoria para recordar que se referían a la profesora de Biología. Rachel la había mencionado hacía un rato.

—¿Estás segura? —preguntó Isabelle, impertérrita.

—Su habitación estaba vacía cuando he pasado por delante al venir hacia aquí —la mujer parecía desolada—. No tenía ni idea de que apoyara a Nathaniel.

La directora no se molestó en consolarla.

—¿Alguien sabe si se ha ido algún otro profesor?

—Yo no he visto a Darren Campbell —gritó una voz procedente del fondo, y la concurrencia murmuró intranquila.

—¿Qué me decís de Ken Brade? —preguntó un profesor de Matemáticas.

Alguien repuso en el acto:

—Yo le he visto fuera, ayudando a August Zelazny.

Cuando la lealtad del aludido quedó confirmada, se oyó un suspiro de alivio colectivo.

—Necesito datos concretos —dijo Isabelle—. ¿Podrían dos voluntarios comprobar qué profesores faltan?

Cuando salieron los voluntarios, Isabelle bajó de la tarima. Un mar de preocupados instructores la engulló al instante, pero ella se abrió paso con decisión.

—No lo sé —repetía una y otra vez—. Lo hablaremos en la reunión de las siete. Para entonces ya sabré cuál es la situación.

Cuando se libró del enjambre, su mirada de acero se cruzó con la de Allie. Enarcó

las cejas y le pidió por gestos que se acercara.

—Ven conmigo.

Salieron al pasillo. Isabelle la cogió del brazo para ayudarla a sortear la multitud, y dos de los vigilantes de Raj aparecieron como por arte de magia para escoltarlas, uno a cada lado.

—¿Lo ha conseguido Jules? —preguntó Allie angustiada—. ¿Y Katie?

Isabelle se volvió a mirarla.

—Necesito que te escondas en el lugar acordado hasta que todo esto haya terminado —le dijo—. Ahora mismo no puedo protegerte. Están pasando demasiadas cosas al mismo tiempo.

—No puedo quedarme escondida con todo lo que está pasando —mientras lo decía, Allie se dio cuenta de que estaba hablando como Zoe—. Tengo que ayudar.

—No puedes ayudar. Nadie nos puede ayudar ahora —Isabelle bajó la guardia durante un breve instante y una expresión de angustia asomó a sus ojos. Enseguida, su voz se endureció—. Vuelve al lugar acordado. Los guardias de Raj lo tienen vigilado. Necesito que te quedes allí. Si ves a alguno de los demás por el camino, oblígales a volver, pero no te pongas a buscarlos. Ni a ellos ni a nadie.

Allie abrió la boca para protestar, pero la directora la cogió por el brazo. La intensidad del apretón la pilló desprevenida; las uñas de Isabelle se le clavaron como dagas.

—Allie, escúchame. ¿En serio te has creído que todos esos chóferes —escupió la palabra— son lo que dicen ser? Sus documentos están en regla pero... míralos, por Dios. Son vigilantes de seguridad de élite. Son los guardias personales de Nathaniel y están por todo el colegio —enfadada, la sacudió con tanta fuerza que Allie tembló—. Necesito que os quedéis en un lugar seguro. Ahora. Cualquiera de vosotros podría ser secuestrado y yo no me enteraría hasta que fuera demasiado tarde. En este momento no puedo protegeros. El plan queda cancelado hasta que esto haya terminado. Vete. Deprisa.

La furia de Isabelle hizo efecto. En cuanto la soltó, Allie echó a correr. Sin embargo, no corría para ponerse a salvo y, a pesar de las órdenes de la directora, no se dirigía al sótano sino a las escaleras. Mientras subía los peldaños de dos en dos, una sola palabra resonaba en su mente, como una sirena de alarma.

**Rachel.**

## Treinta y dos

La he dejado completamente sola. Si le pasara algo...

Mientras corría como una exhalación camino del piso superior, empezó a tener problemas para respirar. Al principio lo atribuyó al esfuerzo de la carrera, pero poco después descubrió horrorizada que empezaba a ver puntitos negros. Apenas le pasaba aire por la garganta. Se estaba ahogando.

***No, por favor. Ahora no.***

Allie hacía esfuerzos por mantener a raya el ataque de pánico: inspirar por la nariz y exhalar muuuy despacio por la boca, tal como había aprendido. Aunque las paredes se cerraban en torno a ella, se obligó a seguir avanzando.

***No voy a ceder, pensó. Encontraré a Rachel y luego sufriré la crisis nerviosa del siglo en el sótano, en compañía de mis mejores amigos.***

Intentó reírse de su propio chiste pero solo pudo sollozar. Pese a todo, la determinación la ayudaba a reducir la sensación de ahogo. Aliviada, tomó una bocanada de aire justo al llegar a lo alto de las escaleras, donde la esperaba... un pasillo desierto.

El largo corredor flanqueado de sencillas puertas blancas estaba vacío. Una absoluta quietud había remplazado el barullo anterior. Allí no había niñas llorando ni hombres enojados vestidos con uniformes espeluznantes. No había nadie en absoluto.

—¿Rachel? —la palabra resonó en el vacío con un eco burlón.

Perpleja, miró a su alrededor. Todas las puertas estaban cerradas. ¿Tendría que comprobarlas una a una?

—¿Rachel? —volvió a decir, ahora en voz más alta.

Hacia la mitad del corredor, una puerta se abrió con un chasquido discreto.

La invadió un alivio tan grande que se mareó. Era la puerta de su propio dormitorio.

***¡Claro! Rachel debe de haberse escondido allí con Emma.***

Corrió por el pasillo hacia la puerta abierta.

—¡Rach! —gritó al detenerse en el umbral—. Me estaba poniendo...

Pero no era Rachel quien la estaba esperando, sino Emma. Cubierta de sangre.

El mundo giraba como un tiovivo y el corazón le martilleaba el pecho mientras Allie buscaba al agresor con la mirada.

Salvo por la niña ensangrentada, el cuarto estaba vacío.

Se agachó delante de ella y le posó las manos en los hombros con un roce tan delicado como las alas de un pájaro para comprobar si estaba herida. La niña temblaba de miedo.

—¡Emma! —la obligó a dar media vuelta y luego la colocó de frente otra vez, pero no encontró ningún corte—. ¿Quién te ha hecho daño?

—Ha venido un hombre —Emma alzó hacia ella sus grandes ojos asustados—. Te estaba buscando.

Allie tragó saliva.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó con voz casi inaudible, como si hablara desde muy lejos—. Emma, ¿de dónde ha salido toda esta sangre?

Deshecha en lágrimas, la niña le tendió una hoja de papel plegada. Llevaba una huellas digitales impresas con sangre.

—Ha dicho que te entregara esto —mientras Allie cogía la hoja con recelo, por la mejilla de Emma rodó una lágrima solitaria que dibujó un surco blanco en la suciedad de su cara.

La cabeza le daba vueltas y tenía el corazón a punto de estallar, pero Allie sabía que no tenía más remedio que leer aquella nota. Aferrando el papel con fuerza, se volvió hacia Emma.

—¿Puedes correr?

La niña asintió.

Allie se incorporó y la cogió de la mano; era tan frágil, tan pequeña...

—Lo más deprisa que puedas, Emma —le sorprendió la consistencia de su propia voz.

Corrieron por el pasillo hacia el armario que ocultaba el viejo paso de servicio. Al ver la escalera de caracol, Emma retrocedió.

—Está muy oscuro.

Allie no pensaba detenerse ahora.

—No tengas miedo de la oscuridad, Emma. A quien debes temer es a ese hombre.

Tras eso, arrastró a la niña hacia las escaleras.

Solo los entrecortados sollozos de Emma y el roce de sus propios pasos las acompañaron camino abajo durante lo que les pareció una eternidad. La escalera giraba y giraba sin llegar nunca al final, como si avanzaran camino del infierno.

Allie controló la ola de pánico que amenazaba inundarla hasta que por fin vio a Zoe esperándolas al fondo de las escaleras.

—¡Está aquí! —gritó Zoe por encima del hombro. Cuando volvió a mirar a Allie, abrió unos ojos como platos—. ¿Quién ha venido contigo? ¿Qué ha pasado?

Carter y Sylvain aparecieron tras ella mientras Allie entraba en el sótano dando tumbos, sin soltar la mano de Emma. Todos se habían quedado mudos al ver a la niña cubierta de sangre.

—Rachel —jadeó Allie, haciendo esfuerzos por respirar. No pudo decir nada más. El oxígeno no le llegaba a los pulmones.

Con rápidos movimientos, Carter cogió a Emma y la examinó en busca de heridas.

Al darse cuenta de que estaba a punto de caerse, Allie apoyó una mano en una columna de piedra. La superficie estaba fría como el hielo.

—¿Está aquí? —resolló sin aliento. Las paredes avanzaban rápidamente hacia ella, como si se dispusieran a engullirla—. Rachel... ¿está aquí?

—¿Rachel? —la voz de Sylvain parecía llegar de muy lejos—. Estaba contigo. ¿Allie...?

Cuando Allie se desplomó, Sylvain la recogió al vuelo rodeándole el cuerpo con sus brazos fuertes y cálidos.

—Sylvain —la chica se esforzaba en vano por coger aire.

—Te tengo —repuso él, levantándola en vilo.

—Tenemos que encontrar a Raj Patel —Nicole parecía asustada. Que Allie recordase, era la primera vez en su vida que daba muestras de inquietud.

Sylvain le dijo algo en francés antes de volver al inglés.

—Aún no es seguro.

Se habían sentado en corro sobre el arenoso suelo de piedra. Tenían la sensación de estar hablando en círculos también.

Querían hacer algo, pero no se les ocurría nada.

Allie se sentía como si flotara.

Después de rescatarla al borde del desmayo, la habían forzado a beber agua y la habían obligado a sentarse con la cabeza apoyada en las rodillas. Su respiración ya se había normalizado. De hecho, los pulmones le funcionaban tan bien que casi le daba rabia.

Sus amigos le contaron lo que sabían: qué alumnos se habían ido y cuáles habían logrado ponerse a salvo.

Allie seguía esgrimiendo la ensangrentada carta de Nathaniel como si fuera un arma. Aunque en el sótano reinaba la penumbra, distinguía muy bien las palabras. Saltaba a la vista que el hombre había redactado la nota a toda prisa; por lo general, escribía con una letra pulcra y precisa, pero esta vez se había limitado a garabatear las palabras.

*Querida Allie:*

*Te he estado buscando pero no he podido encontrarte. Por desgracia, nadie ha querido decirme dónde estabas. Tu amiga Rachel se ha negado en redondo a cooperar y he tenido que castigarla por ser tan maleducada. Me la he llevado conmigo.*

*Allie, me estoy hartando de este jueguecito. Así que te voy a decir lo que haremos. Tú acudirás esta noche a donde yo te diga y te entregarás. Si lo*



*haces, soltaré a Rachel. Ven sola. Ni se te ocurra traer contigo a Raj Patel o a Isabelle, ni a ningún guardia o instructor.*

*Cuando lo hayas hecho, Rachel será liberada sana y salva. Si me fallas en algún aspecto, si ignoras alguna de las condiciones que te acabo de detallar, morirá exactamente igual que Jo. Y vivirás el resto de tu vida atormentada por el remordimiento de saber que pudiste salvarla y no lo hiciste.*

*Te espero en las ruinas del castillo a medianoche. No te retrases.*

*Nathaniel*

La idea de que Rachel estuviera a solas con aquel monstruo le revolvió las tripas. Doblada sobre sí misma, se apretó los puños contra el abdomen para contener el dolor.

***Hemos vuelto a subestimar a Nathaniel***, pensó desesperada. ***Oh, Rachel, cuánto lo siento.***

Carter la obligó a aflojar un puño y le apretó la mano.

—Sigue viva, Allie —le dijo con dulzura.

Ella sacudió la cabeza con tanta fuerza que unos cuantos mechones se le pegaron a las mejillas. En un momento como este no podía hacerse ilusiones; la esperanza solo serviría para retrasar el horror. Él debería entenderlo mejor que nadie: Jules se había ido. Carter no la había encontrado a tiempo.

—Ya deberías saberlo, Carter. Miente. Asesinó a Jo...

—Lo sé —respondió él en tono sensato—, pero no hay razón para pensar que la haya matado.

—La sangre —Allie señaló a Emma, que estaba sentada junto a Nicole. La francesa le limpiaba la cara con agua embotellada y la había envuelto con su propio jersey. La chica, que los miraba a todos en silencio, parecía en estado de shock—. ¿De dónde ha salido?

—Es de Rachel —reconoció Nicole—. Pero, por lo que cuenta Emma, las heridas debían de ser superficiales.

—¿Toda esa sangre procede de una herida superficial? —preguntó Allie con escepticismo.

Sylvain se acuclilló delante de ella, sus ojos azules oscurecidos por las sombras.

—Cortó a Rachel con una daga. Y ensució a Emma con su sangre. Dijo que lo haría —calló un momento y apretó los dientes. Allie advirtió que hacía esfuerzos por no gritar—. Dijo que quería captar tu atención.

—Le odio —musitó Zoe para sí a la vez que apuñalaba el suelo con un trozo de madera que había recogido por ahí.

Sin dejar de abrazar a Emma, Nicole se inclinó hacia delante para obligar a Allie a mirarla a los ojos.

—Emma dice que los cortes no parecían profundos y que Nathaniel le curó las heridas a Rachel. Allie, no habría sido tan cuidadoso si planeara matarla.

—Lo que no puedo entender es cómo se coló Nathaniel en el edificio —dijo Carter—. ¿Cómo es posible que nadie lo viera? ¿Tan malos son nuestros sistemas de seguridad?

Allie se frotó la cara con aire fatigado.

—Los chóferes. Isabelle me ha dicho que los chóferes, en realidad, eran guardias de Nathaniel. Es así como ha entrado. Se han metido en el edificio todos juntos, a mogollón. Han provocado tal caos que nuestros guardias no han podido llevar un registro.

—Y uno de ellos era Nathaniel —dedujo Sylvain con amargura—. Qué cínico. Típico de él.

—Así pues, les ha sido imposible llevar la cuenta de la gente que entraba y salía —la mandíbula de Carter se crispó—. Algunos podrían seguir en el edificio.

—Por eso Isabelle insiste en que nos quedemos aquí abajo —explicó Allie.

—Pues me da igual. Tenemos que salir de aquí —Zoe se puso en pie y tiró el palo a la otra punta del sótano. Rebotó contra algo oculto por las sombras y cayó al suelo con un golpe sordo—. Tenemos que contarle a Raj lo de Rachel. Él sabrá qué hacer.

Cogiéndose la frente con los dedos, Allie intentaba pensar.

—¿Seguro que es buena idea?

Los otros la miraron.

—Pues claro que se lo tenemos que decir, Allie —repuso Nicole—. Es su hija.

***Ni se te ocurra traer contigo a Raj Patel o a Isabelle, ni a ningún guardia o instructor.***

Al recordar las palabras de Nathaniel, Allie sintió frío por dentro, como si le corriera agua helada por las venas en vez de sangre. Pese a todo, no podía perder la concentración. Se lo debía a Rachel.

—Saldrá de aquí corriendo a matar a Nathaniel —dijo—. Y si lo hace, Rachel morirá.

Sylvain y Carter intercambiaron una mirada.

—¿Qué piensas tú? —preguntó Sylvain.

—No sé... —Carter estaba muy preocupado.

—Es un estratega —le recordó Sylvain—. Discurrirá alguna táctica.

—Sí, pero estamos hablando de su hija —objetó Carter.

Mientras discutían, Allie los miraba alternativamente. Conocían a Raj mejor que ella. Mejor que ninguno de los alumnos. Llevaban meses trabajando con él casi a diario.

—Aun así —afirmó Sylvain—, cree en la estrategia por encima de todo. Sabrá qué hacer.

Al cabo de un momento, Carter asintió y se volvió hacia Allie.

—Sylvain tiene razón. Deberíamos confiar en Raj. Es demasiado listo para salir corriendo sin meditar los pros y los contras, aunque se trate de Rachel. Nos ayudará a pensar un plan.

Allie sostuvo la mirada de Sylvain.

—¿Estás seguro?

Él francés no titubeó.

—Completamente.

Allie confió en él.

—Pues vamos a buscar a Raj.

Antes, sin embargo, tenían que salir del sótano.

—Isabelle dice que el sótano es seguro porque Raj ha apostado guardias alrededor; saben que estamos aquí abajo —explicó Allie—. Si están tan cerca, no nos costará mucho encontrarlos.

Zoe pasó la vista por el corro.

—Yo iré.

Todo el mundo protestó al mismo tiempo, lo que provocó una cacofonía de voces y ecos, pero Zoe levantó las manos. La determinación prestaba madurez a su expresión.

—Mirad, soy bajita y rápida. No iré al edificio principal. Echaré un vistazo a las escaleras y a los pasillos; a los lugares en los que puedan estar escondidos. Los encontraré.

—No —dijeron todos a la vez.

Con la cara enrojecida, Zoe los fulminó con la mirada.

—Puedo hacerlo mejor que vosotros. No me dejéis de lado solo porque soy pequeña y además chica.

Se hizo un pesado silencio.

Carter fue el primero en ceder.

—Creo que deberíamos dejarla...

A Allie le dio un vuelco el corazón.

—Carter, no...

—Es más rápida que ninguno de nosotros —Nicole se puso de parte de Carter.

—Sylvain... —Allie recurrió al francés, pero este, compungido, negó con la cabeza.

—Estoy de acuerdo con los demás.

Tras una rápida discusión sobre la ruta a seguir, Zoe se puso en pie y se dirigió a las escaleras. Mientras se alejaba, Sylvain la cogió del brazo. Atrayéndola hacia sí, le susurró algo al oído.

Zoe asintió con la carita muy seria. Allie la vio internarse en las sombras sin poder hacer nada por detenerla.

Tras la partida de Zoe, una especie de desidia claustrofóbica se apoderó del ambiente. El tiempo se dilataba; las manillas del reloj de Allie se arrastraban perezosas.

Para tranquilizarse, Allie recorría los bordes del antiguo sótano. Ya no se utilizaba y solo contenía unos cuantos baúles y algunos ladrillos amontonados que nadie iba a usar. Los escasos apliques de la pared, tan viejos y polvorientos que apenas dejaban pasar la luz de las pocas bombillas que funcionaban, brillaban con un fulgor tenue.

Miró a su alrededor para ver qué hacían los demás. Nicole hablaba con Emma en voz baja. Carter se había plantado al pie de las escaleras, como un centinela, con las manos en los bolsillos y expresión indescifrable. Sylvain estaba de pie contra la pared, absorto en sus pensamientos.

En el exterior, debía de estar a punto de anochecer. Allie pensó en Rachel, a solas con Nathaniel y con Gabe. Indefensa. Aterrorizada.

Un sollozo creció en su garganta pero pugnó por contenerlo; no podía perder la concentración.

Se metió las manos en los bolsillos de la falda y sus dedos rozaron la ensangrentada nota que Nathaniel le había dejado.

La sacó, la desplegó con cuidado y volvió a leerla, prestando mucha atención a cada palabra.

De repente, se irguió. Como si Allie hubiera dicho algo, Sylvain se giró hacia ella y la interrogó con la mirada.

Ella le tendió la nota.

—Creo que ya sé lo que podemos hacer.

## Treinta y tres

Sentados en corro, muy apiñados, esbozaban el plan de Allie en la arena del suelo cuando oyeron el ruido de unas botas pesadas contra los peldaños. Todos se movilaron a la vez. En un momento, se habían puesto en pie y se habían plantado al pie de las escaleras.

Carter esperaba con los dientes apretados, pálido pero implacable. A su lado, Nicole no parecía tan tensa. Empuñaba un grueso tablón como si fuera una porra y Allie tuvo la sensación de que se moría de ganas de usarlo. Allie y Sylvain se colocaron a ambos lados de la entrada del sótano. Ella llevaba un ladrillo en la mano.

Los hombres que llegaron por la escalera vestían como los guardias de Raj, pero a nadie le importó. Sabían que los uniformes ya no significaban nada.

—¿Alguien los conoce? —gritó Carter en tono urgente.

La respuesta de los demás fue inmediata.

—No.

A Nicole no le hizo falta oír más. Blandiendo el tablón con todas sus fuerzas golpeó al primer hombre en la barriga. Él gruñó de la sorpresa y el dolor. Allie se abalanzó sobre él esgrimiendo el ladrillo.

—¡Quietos! —la voz de Raj surgió de la nada justo antes de que Allie asestara el golpe; el ladrillo le resbaló entre los dedos. Confundida, se dio media vuelta mientras el jefe de seguridad salía del estrecho pasillo, seguido de la saltarina Zoe.

—Son los buenos.

Raj iba manchado de barro y tenía aún más arrugas en la cara, pero no parecía derrotado.

Mientras Nicole, con cara de arrepentimiento, ayudaba a levantarse al herido, Allie se acercó despacio al padre de Rachel. ¿Cómo explicarle lo que había pasado? No tenía palabras en el mundo para expresar cómo se sentía.

Se quedó de piedra cuando el hombre la abrazó sin darle tiempo a decir nada.

—Ya sé lo que ha pasado —expresó con voz ronca—. La traeremos de vuelta.

—Lo siento muchísimo, señor Patel —a Allie se le saltaban las lágrimas. Estaba tan rígida que no podía responder al abrazo—. Ha sido culpa mía.

—No digas eso —sin soltarla, Raj se despegó de ella para mirarla con firmeza—. Solo Nathaniel tiene la culpa. Y cuando lo encontremos, me aseguraré de que sepa exactamente cómo me siento.

Mientras hablaba, la mirada de Raj cambió. De repente, parecía un tipo peligroso; un cazador.

La expresión desapareció tan deprisa como había llegado, y el padre de Rachel miró a su alrededor, otra vez dueño de la situación.

—¿Todo el mundo está bien?

Los alumnos asintieron.

—¿Me dejas ver la nota, Allie? —Raj tendió la mano.

Ella titubeó un momento. Hacía unas semanas, no se la habría enseñado a nadie. Habría echado a correr pensando que ella sola podría rescatar a Rachel. Y su amiga, muy probablemente, habría muerto.

Por suerte, Allie había aprendido unas cuantas cosas en ese tiempo. Había visto a los demás exponerse por ella, por Jo. Los había visto correr riesgos que les podían haber costado todo aquello que más les importaba.

Confiaba en ellos. Creía en ellos.

De modo que se giró hacia sus amigos. Sylvain la miró a los ojos y asintió una vez.

Solo entonces se sacó del bolsillo ese papel arrugado y ensangrentado y se lo tendió a Raj.

—Tenemos que hablar con usted —empezó Allie. Los otros se apiñaron a su alrededor, para apoyarla—. Hemos tenido una idea.

—Isabelle jamás accederá —opinó Raj en tono amable.

—Lo sabemos —Nicole le lanzó una mirada elocuente—. Por eso tenemos que decidir cómo afrontamos esto.

Raj había enviado a sus guardias de vuelta a los pasillos y escaleras. Un par de ellos se habían llevado a Emma a la enfermería para que le echaran un vistazo. Ahora, en el frío sótano solo quedaban Raj y el grupo de amigos.

El hombre se frotó los ojos.

—Explicádmelo otra vez.

—Nathaniel dice en la nota que ni usted, ni Isabelle, ni ninguno de los guardias o instructores puede acompañarme —repitió Allie con paciencia—. Pero no menciona a los alumnos. Yo acudiré al castillo pero los demás me seguirán por el bosque por si hay problemas. Usted y sus guardias ya estarán allí, escondidos. Nathaniel pensará que he respetado las condiciones y Rachel se marchará —casi no se atrevía a decirlo, de tanto que deseaba que fuera verdad— sana y salva —respiró para serenarse—. Me reuniré con él yo sola pero los demás no me perderán de vista. Usted esperará a que libere a Rachel y entonces intervendrá; lo pillaremos por sorpresa.

—Ahora mismo, mis guardias están por todas partes —Raj hablaba con ademán meditabundo mientras miraba el esbozo que los chicos habían dibujado en la tierra del suelo: un círculo con un pequeño segmento borrado y un montón de flechas apuntando hacia allí. Era la estrategia que Napoleón había empleado en la batalla de Austerlitz pero Allie prefirió callarse esa parte—. Podría decirles que ocupasen posiciones de uno en uno. Nada de moverse en grupo. De ese modo, es casi imposible que sean detectados —volvió a mirar a los chicos y Allie supo por su expresión que

ya había tomado una decisión—. Es un buen plan.

Allie permaneció inexpresiva, pero el corazón le latía desbocado de la emoción. Podían conseguirlo.

—¿Y qué pasa con Isabelle? —Zoe no las tenía todas consigo—. No lo permitiré.

Raj se puso en pie y borró las flechas del piso con la suela de la bota. En un momento, todas las pruebas se habían esfumado.

—No se enterará.

Todos lo miraron boquiabiertos.

—¿Cómo...? —empezó a preguntar Allie, pero Raj levantó una mano. Parecía tenso, como si se preparase para encajar un golpe.

—Yo estoy al mando de la operación. Isabelle y yo ya hemos decidido dejar fuera a los instructores de la Night School porque no sabemos cuáles de ellos son de fiar. Ahora mismo, casi un centenar de guardias viene de camino, todos directamente a mis órdenes.

Los demás murmuraron.

—¿Un centenar? —Carter parecía estupefacto—. ¿De dónde...?

—Lucinda —Raj sostuvo la mirada de Allie—. Me ha enviado a su equipo personal de seguridad. Y yo he convocado a todos mis guardias. Llegarán sobre la medianoche, listos para actuar.

Allie elevó una silenciosa oración de gracias a su abuela.

***Cien guardias. Podemos conseguirlo.***

—¿Qué le dirás a Isabelle?

La trivialidad de la pregunta que acababa de formular Sylvain devolvió a Allie al presente.

—Me ha pedido que, por seguridad, os reúna a todos en una de las aulas —se encogió de hombros—. Le diré que es allí donde estáis.

—Pero ella... —balbuceó Allie—. Nunca se lo perdonará.

Adivinó por la expresión de Raj que él ya lo sabía.

—Yo me ocuparé de eso —repuso él—. Tú ocúpate de seguir con vida —echó un vistazo al reloj y les pidió por señas a todos que se levantaran—. Necesito que os pongáis el equipo y os preparéis para partir. Quedaos en la sala de entrenamiento hasta que vaya a buscaros. Mis hombres os acompañarán hasta allí —desvió la mirada—. Ahora tengo que reunirme con Isabelle.

Cuando Raj se marchó, los guardias los guiaron en silencio por sucesivos pasillos subterráneos. Allie, que presumía de conocer bien el edificio, jamás había pisado algunos de ellos. Los sótanos del colegio eran un laberinto. En ciertos momentos, ascendían un nivel solo para volver a descenderlo momentos después.

Allie se había desorientado por completo cuando, de repente, cruzaron la puerta

que daba al zaguán de las salas de entrenamiento.

Tras enfundarse rápidamente las oscuras prendas de la Night School, se reunieron en la sala número uno. En ausencia de los otros miembros, la estancia rectangular parecía vacía e inhóspita.

Zoe era la única que se comportaba con normalidad. Se puso a hacer gimnasia en el mullido tatami como si fuera un día de entrenamiento normal y corriente.

Los demás intercambiaban murmullos nerviosos mientras intentaban conservar la calma. Allie notaba todos los músculos del cuerpo crispados a más no poder. Apenas podía hacer los ejercicios de calentamiento.

No era la única. Al otro lado de la sala, Sylvain soplaba frunciendo los labios, como si buscara la manera de relajarse, pero el dibujo de sus músculos en la piel delataba su nerviosismo.

Al cabo de un rato, se quedaron sin nada que hacer salvo esperar. Allie se sentó contra una pared, se recogió las piernas con los brazos y apoyó la barbilla en las rodillas. Intentaba no pensar en lo que estaría sintiendo Rachel ahora mismo. En lo que estaría pensando.

¿Por qué Nathaniel le había pedido que aguardara a medianoche? La espera se le hacía eterna. Quería sacar de allí a Rachel ahora mismo.

Cuando Carter se sentó a su lado, Allie agradeció la distracción.

—¿Estás lista para esto? —le preguntó.

Ella lo miró con expresión grave.

—Solo quiero que acabe cuanto antes.

—Yo también.

Los ojos de Carter se perdieron en el infinito. Contemplando su rostro, Allie se dijo que debía de sentirse fatal después de todo lo que había pasado aquel día.

—Carter, siento muchísimo lo de Jules —dijo con cautela. No estaba segura de que su compasión fuera bien recibida—. No sabía lo de... sus padres.

El semblante del chico se ensombreció.

—La echo muchísimo de menos. Se suponía que tenía que acudir a uno de los escondites, pero no lo ha conseguido. He salido a buscarla pero su coche ya se había ido. Ha sido todo tan rápido...

Allie lo miró con tristeza.

—No sabía que sus padres estaban...

Carter negó con la cabeza.

—No iba a anunciarlo a los cuatro vientos. Además, vosotras dos...

**Os odiáis.**

—Sí —asintió ella, avergonzada—. Eso también lo lamento. Todas esas peleas... ahora me parecen absurdas —se volvió hacia él—. ¿Crees que escapará? ¿Qué volverá? Está entrenada.



Él negó con la cabeza. Le temblaba un músculo de la mandíbula.

—No lo sé. ¿Podríamos... hablar de otra cosa?

¿Pero de qué otra cosa iban a hablar?

Cuando Raj cruzó la puerta al cabo de un rato, todos estaban sentados en un silencio cargado, esperando. El padre de Rachel pasó la vista por la sala, sin omitir ni un detalle.

—Vamos —dijo.

—Póntelo en el oído, como si fuera un auricular —Raj le tendió un pequeño aparato y Allie se lo colocó con cuidado.

Lo notó frío contra la piel delicada. Se estremeció.

—¿No se caerá?

—Ajústatelo hasta que lo notes bien sujeto pero no aprietes demasiado —repuso él.

Allie lo movió para colocarlo en su sitio.

—Creo que ya está.

—Esto es el micrófono —le mostró una pieza minúscula de algo que parecía plástico negro, del tamaño de una cabeza de alfiler. Ven. Inclínate hacia delante.

Allie obedeció y él hundió el artilugio en la tela del abrigo, justo debajo de su mandíbula. Ella estiró el cuello para mirarlo; era invisible.

A continuación, Raj se ajustó su propio auricular.

—Di algo.

Allie dio un bote cuando la voz del hombre resonó con fuerza en su oído.

—Hala. Suena muy fuerte.

—Es porque estoy muy cerca de ti. La transmisión no es tan potente. En cuanto salgas del edificio, mi voz sonará más débil, pero no deberías perder el contacto conmigo en ningún momento.

Mordiéndose el labio, Allie asintió. Estaban de pie al final del pasillo, junto a las escaleras que conducían al jardín. Había cruzado aquella puerta cientos de veces durante los últimos meses con los demás alumnos de la Night School. Conocía la ruta que estaba a punto de emprender como la palma de su mano. Sabía adónde se dirigía y lo que se disponía a hacer. Estaba lista.

Jamás en su vida había tenido tanto miedo.

Como si se lo notara en la cara, Raj la cogió por los hombros. Los demás estaban apiñados detrás de ellos, así que el hombre bajó la voz para que solo Allie pudiera oírle.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Allie pensó en Rachel, sentada a su mesa de la biblioteca, recostada sobre los libros de Química, con las gafas en la punta de la nariz. Echando la cabeza hacia atrás

para reírle uno de sus chistes malos. Explicándole con paciencia la composición de moléculas complejas. Corriendo a consolarla cuando Allie sufría una pesadilla.

Sangrando aterrorizada mientras Gabe le hacía un corte en el brazo.

Levantó la barbilla y miró a Raj a los ojos con ferocidad. Tal vez estuviera asustada pero no iba a echarse atrás. Aquella era la oportunidad que estaba esperando para vengarse de los cerdos que habían asesinado a Jo. Y que ahora querían matar a Rachel.

Nathaniel los había utilizado a todos como peones de su partida.

Allie estaba harta de ser un peón.

—Estoy lista.

Solo fueron dos palabras, pero su tono lo decía todo. Raj no volvió a preguntar.

—Vale —retrocedió y le expresó con la mirada lo orgulloso que se sentía—. Ya conoces el plan. Sé que puedes hacerlo. Ve ahí fuera. Y tráela de vuelta.

## Treinta y cuatro

Con la vista fija al frente, Allie recorría el tenebroso camino a paso rápido y decidido. Aguzaba los sentidos hasta tal punto que tenía la sensación de que se le había erizado el pelo. Notaba un hormigueo de puro nerviosismo en la piel.

***No tengas miedo, Allie, se dijo. Puedes hacerlo.***

Recordó cómo se había sentido cuando Sylvain la había abrazado con fuerza, justo antes de partir. Le había susurrado algo en francés, unas palabras que ella no conocía pero que, de algún modo, había entendido.

Podía hacerlo.

Reinaba el silencio. Solo oía el ruido de sus pasos sobre el blando suelo y el rápido latido de su corazón. Su propia respiración. Los otros ya debían de estar en el bosque, siguiéndola de lejos, pero nada quebraba la quietud del camino.

No había luna y las nubes tapaban las estrellas. El ambiente estaba cargado, como si fuera a llover. La noche era tan tenebrosa que Allie apenas veía el sendero que se extendía ante ella, pero no sabía si encender la linterna que llevaba colgando de la muñeca. Si la usaba, el rayo de luz ocultaría todo lo demás. Además, sus ojos acabarían por acostumbrarse, solo que estaban tardando más de la cuenta en aquella oscuridad tan densa.

Un poco más adelante, el caminó empezó a ascender para volverse más rocoso con cada curva y revuelta de la cuesta.

—Estoy en la colina.

Susurró las palabras con la cabeza agachada hacia el minúsculo artilugio que llevaba prendido a la chaqueta.

—Bien —la voz de Raj sonó clara y firme en su oído.

Allie siguió avanzando, demasiado preocupada por si resbalaba con las piedras como para tener miedo. Un par de veces tropezó, pero pudo recuperar el equilibrio a tiempo.

Casi había llegado a la cima cuando oyó algo en los bosques. Un ruido muy débil pero inconfundible; una ramilla que se partía, luego... silencio.

Se le secó la boca mientras escudriñaba la oscuridad que la rodeaba. La noche, sin embargo, guardó sus secretos. Volvió al centro del camino y dio un paso.

—Hola, Allie.

Se quedó helada. Habría jurado que la escalofriante voz de Nathaniel surgía del auricular, pero eso no era posible.

Temblando, Allie toqueteó la linterna. De repente tenía los dedos tan entumecidos que había perdido el sentido del tacto. Por fin consiguió apretar el botón y un brillante rayo de luz surgió ante ella. Sostuvo la linterna por encima de la cabeza, apuntando al frente.

El sendero estaba vacío.

Exhaló un sollozo ahogado.

**¿Dónde está?**

Atterrada, giró sobre sí misma; el haz de la linterna oscilaba enloquecido.

Nada.

—Quiero que llegues a la cima y que entres en el castillo.

La voz de Nathaniel sonaba tranquila en su oído.

Aquella calma la asustó aún más.

**Ha pirateado el sistema de comunicación.**

—Una vez estés allí, te diré adónde tienes que ir. Haz lo que te digo y a Rachel no le pasará nada.

**Oye todo lo que decimos.**

El corazón de Allie latía con tanta violencia que le costaba oír la voz del hombre.

—Eso de burlar mis exigencias utilizando auriculares ha sido una travesura por tu parte —la regañó Nathaniel—. Ya sé que la carta no lo prohibía estrictamente. De todas formas, voy a ponerte una condición más. Si avisas a Raj de que estoy hablando contigo, Rachel morirá igual que Jo. Espero que entiendas que hablo muy en serio.

El miedo paralizó a Allie unos instantes. El hombre había ordenado que no avisase a Raj; ¿significaba eso que ella podía oír a Nathaniel pero Raj no? ¿Debía responder? Si lo hacía, Raj la oiría.

Se moría por echar a correr colina abajo para advertir al jefe de seguridad. Tenía que saberlo.

Entonces pensó en Rachel... sola y prisionera de aquel monstruo. No podía volver. Tenía que intentarlo.

—Allie, ¿va todo bien?

En aquel momento, la voz firme de Raj surgió del auricular. No parecía en absoluto alterado. No tenía ni idea de lo que había hecho Nathaniel.

—Allie —repitió el padre de Rachel. Esta vez parecía preocupado; tenía que contestar.

—Todo bien —susurró Allie con voz estrangulada.

No podía hacer nada. No podía avisar a Raj sin poner en peligro la vida de Rachel. Debía continuar, pero estaba tan asustada que sus pies parecían hundidos en la tierra, las manos pegadas a los costados.

**Venga, Allie, se apremió a sí misma. Rachel lo haría por ti.**

Apretando los dientes, dio un paso. Luego otro. De esa guisa, remontó la colina a trompicones, aferrando la linterna con fuerza. El vacilante rayo iluminaba el vacío que la aguardaba y arrancaba sombras a las ramas que se tendían hacia ella como largos dedos.

La cresta de la colina estaba allí mismo. Más allá, se erguían las piedras

irregulares de la torre del castillo.

Agachó la cabeza y siguió andando a un paso vacilante pero decidido.

Cuando llegó a los restos de lo que antaño fuera la imponente muralla del castillo, el corazón le latía tan deprisa que se mareó.

El viejo muro estaba en ruinas, pero en algunas zonas aún se erguía a más de dos metros de altura. Enfiló entre las piedras caídas hasta llegar al punto más bajo de la muralla. Allí, la gente había improvisado una escalera con los trozos de ruinas y Allie las remontó.

Se había levantado viento y el pelo le revoloteaba por la cara cuando llegó a lo alto de la muralla y miró la vieja torre, siniestra y ruinosa. Aquella noche, bajo las nubes de tormenta que se arremolinaban en el cielo, parecía tan encantada como decía la leyenda.

Allí al lado, un círculo quemado señalaba el lugar donde los alumnos de la escuela habían encendido una hoguera el semestre pasado. Allie tenía la sensación de que habían pasado cien años.

No veía ni rastro de Nathaniel, pero sabía que estaba allí, en alguna parte. Esperando.

Haciendo de tripas corazón, bajó y echó a andar por el escabroso terreno.

—Estoy en el castillo —dijo en dirección al micro.

—Bien —respondió Raj—. Tienes diez minutos.

Diez minutos hasta que Raj acudiera con sus guardias. Diez minutos para rescatar a Rachel. Diez minutos para sobrevivir.

Empezó a lloviznar. Las minúsculas gotas se le adherían a las pestañas.

El plan de Raj requería que se quedara en el exterior de la torre e hiciera salir a Nathaniel.

«Pase lo que pase —le había dicho— no entres en la torre. ¿Entendido?».

Sin embargo, al llegar al centro de lo que en su día fuera la torre del homenaje, la voz de Nathaniel, tan queda y sobrenatural que le provocaba escalofríos, le habló al oído.

—Entra en la torre.

Horrorizada, Allie replicó en voz alta:

—No.

—¿Allie? —ahora sonaba la voz de Raj.

Allie se mordió el labio.

—Todo bien —dijo.

Apretando los puños con fuerza, trató de concentrarse. Tenía que pensar.

Nathaniel había dicho que si no cumplía sus órdenes, Rachel moriría. Pero ¿hablaba en serio? Si mataba a Rachel, perdería cualquier poder sobre ella. Allie ya no tendría ni que hablar con él.

La lógica de su razonamiento le provocó una descarga de adrenalina que le proporcionó una falsa sensación de inmunidad. Iba a conseguirlo.

Inspiró profundamente y, plantada en mitad de las ruinas, abrió los brazos.

—¡Nathaniel! Dijiste que si alguna vez te buscaba, saldrías a mi encuentro. ¿Y bien? Aquí estoy. Da la cara.

Parecía como si las funestas nubes se tragaran sus palabras. Girando despacio sobre sí misma, buscó algún signo que delatase la presencia de Nathaniel. Su mirada saltaba de un lado a otro pasando de los rincones en sombras a las abruptos contornos del castillo.

La lluvia había arreciado. El pelo se le pegaba a la cabeza y se le ensortijaba sobre los hombros en empapados mechones.

Raj le había pedido que no provocase a Nathaniel, pero Allie estaba enfadada y no podía detenerse.

—Venga, Nathaniel. Tú eres el único que no miente, ¿no? Dijiste que tú no me harías algo así, ¿verdad?

—No me presiones, jovencita.

La flemática voz surgió de la base de la torre y del auricular al mismo tiempo. Allie se dio media vuelta a tiempo de ver cómo Nathaniel emergía de la oscuridad.

Frenética, miró por ahí buscando a Rachel, pero el hombre estaba solo.

Igual que le había sucedido la primera vez que lo vio, durante el verano anterior, se quedó pasmada de comprobar que era un tipo normal y corriente. Con su recortado cabello oscuro y su estatura media, habría podido pasar por uno de los profesores de Cimmeria. Nathaniel era bien parecido pero no espectacular; la nariz tirando a grande y los ojos demasiado pequeños para ser perfectos pero, en conjunto, nadie lo habría tomado por un monstruo.

Vestía, eso sí, un traje muy elegante que desentonaba en aquel entorno. Iba ataviado como un banquero. Los gemelos de su camisa reflejaron la luz de la linterna con un fulgor frío.

—Me has decepcionado —dijo—. Pensaba que tu amiga te importaba lo bastante como para obedecer mis órdenes.

—Me importa lo bastante como para no creer ni una palabra de lo que dices —replicó Allie. Le temblaban las manos, pero se irguió de todos modos—. ¿Dónde está, Nathaniel? ¿Dónde está Rachel? Déjame verla o me marcharé ahora mismo.

Para demostrar que hablaba en serio, se alejó unos pasos. Él levantó la mano.

—Christopher tiene razón; siempre vas por ahí con prisas —dijo con una sonrisa que daba escalofríos—. Yo en tu lugar me tomaría más tiempo para pensar las cosas.

Al oír mencionar el nombre de Christopher, Allie ahogó una exclamación, pero Nathaniel no debía darse cuenta de lo mucho que le dolía saber que su hermano la había abandonado para irse con él.

Tenía que pensar que le daba igual.

—Si sigues hablando de Christopher me voy a echar a llorar —replicó en un tono que rebosaba sarcasmo—. Ahora quiero recuperar a mi amiga. ¿Dónde está?

—Tu obstinación es asombrosa. ¿Te lo habían dicho alguna vez?

Allie le sostuvo la mirada con expresión desafiante.

—Sí. ¿Dónde está?

Con un dramático suspiro, Nathaniel levantó la mano derecha.

—Gabriel. Trae a la chica. Hasta que no la vea, no va a dar su brazo a torcer.

**Gabe.**

El asesino de Jo surgió de entre las sombras arrastrando a Rachel como a una presa indefensa. Le rodeaba el pecho con un brazo de acero mientras que con el otro sostenía un cuchillo contra su garganta.

Pálida y aterrorizada, Rachel temblaba en sus brazos. Tenía un ojo hinchado y sangre seca debajo de la nariz. Vendas sanguinolentas le rodeaban los brazos.

Le habían pegado.

Pese a todos sus esfuerzos por conservar la calma, Allie notó que le hervía la sangre con una rabia al rojo vivo.

—¡Gabe! —gritó Allie. Un sollozo le quebró la voz—. ¡Suéltala, cerdo psicópata!

El otro sonrió y, acercando un poco más el cuchillo al frágil cuello de Rachel, le apretó la punta contra la piel.

La sonrisa de Gabe tenía algo raro, y Allie le enfocó el rostro con el haz de la linterna. Gabe siempre había sido el niño bonito de Cimmeria; guapo y atlético, con una belleza clásica. En aquellos tiempos, le bastaba sonreír para que las chicas cayeran rendidas a sus pies.

Ahora, llevaba el oscuro cabello rapado casi al cero y una fea cicatriz le recorría la cara desde el rabillo del ojo izquierdo hasta el labio superior.

Al comprender que aquella cicatriz era un recuerdo del día que había intentado secuestrarla, la invadió una amarga satisfacción.

En aquel momento, Nathaniel sacudió la mano como si diera la escena por terminada, y Gabe volvió a hundirse en la sombras. Rachel chilló aterrada, como un animal herido.

—¡Rachel! —gritó Allie desesperada.

Pero su amiga ya no estaba.

—Dios mío.

Allie temblaba tanto que el rayo de la linterna oscilaba violentamente ante ella.

Tenía que tranquilizarse o no podría ayudar a nadie, así que inspiró hondo y caminó hasta situarse a unos cinco metros de Nathaniel, por más que la pusiera mala tenerlo tan cerca.

—He hecho lo que me pedías —Allie no se podía creer que estuviera hablando en

un tono tan sosegado—. He acudido a ti. Ahora suéltala.

Nathaniel sonreía con facilidad, como si estuvieran charlando del tiempo.

—La soltaré cuando esté seguro de que puedo confiar en ti, Allie. Y lo sabré cuando me digas si aceptas mi oferta.

Ella le sostuvo la mirada.

—¿Qué oferta?

—Como te decía en la nota, quiero que te vengas conmigo voluntariamente, igual que hizo Christopher. Quiero que formes parte de mi equipo. En cuanto me haya apoderado de Cimmeria, te llevaré de vuelta al colegio, donde podrás completar tu educación; te lo prometo. Christopher desea recuperar a su hermana y nada me gustaría más que ver a la familia reunida. Conmigo, tendrás lo que una persona de tu linaje merece; tu vida adquirirá un nuevo sentido. Te convertirás en una pieza clave de Orión y me aseguraré de que recibas el entrenamiento necesario para que, en su día, ocupes el cargo que te reservo en la organización. Disfrutarás de más riqueza y poder de los que puedas llegar a soñar —tendió las manos, con las palmas hacia arriba—. Esta es mi oferta, Allie. Contéstame ahora y Rachel saldrá de aquí con vida.

La lluvia, que ahora caía con fuerza, azotaba las antiguas piedras como un millón de pequeños chorros. Allie agachó la cabeza y notó los goterones que le caían del pelo a la tierra. Nathaniel le estaba tendiendo una trampa. Jamás dejaría marchar a Rachel. Tenía que estar preparada.

Por fin, se incorporó y miró a Nathaniel a través de la cortina de agua.

—Muy bien —aceptó—. Vale. Iré contigo.

Encantado, el hombre tendió los brazos como si quisiera abrazarla. Ella se lo quedó mirando con expresión de incredulidad.

Sonriendo, Nathaniel dejó caer los brazos.

—Por primera vez, me has sorprendido, Allie. Estaba seguro de que dirías que no.

—Pero —Allie levantó una mano—, no iré a ninguna parte hasta que Rachel esté a salvo. Solo te acompañaré si la dejas marchar ahora mismo. En este mismo instante.

—Venga, Allie... —empezó a decir él en tono conciliador.

Ella sacudió la cabeza con tanta fuerza que el agua salpicó a su alrededor.

—No, Nathaniel. Tú pones tus condiciones y yo pongo las mías. He venido. He hecho lo que me pedías. Suelta a Rachel y te acompañaré. En caso contrario, no hay trato.

Nathaniel la miró contrariado.

—Debería haberlo supuesto —echó un vistazo a su reloj—. Sin embargo, creo que llegaremos a un acuerdo. Por el bien de nuestra nueva relación y para demostrar que soy sincero... —se dio media vuelta y gritó en dirección a la oscuridad—. Gabe. Suéltala.

Se oyó una voz procedente de las sombras pero Allie no pudo distinguir las



palabras. En cualquier caso, enfurecieron a Nathaniel, que replicó con la rapidez de una cobra:

—No te he pedido tu opinión. Suéltala.

Durante unos instantes, todo siguió igual. Allie solo veía tinieblas. Solo oía la lluvia y su propia respiración acelerada.

De repente, algo se movió entre las sombras.

Instantes después, Rachel entró dando tumbos en el radio de luz de la linterna. Al pasar junto a Nathaniel, se encogió asustada, como para protegerse de un golpe. Parecía tan frágil que Allie temió que se cayera.

—¡Rachel!

Allie corrió hacia su amiga y, rodeándole los hombros con el brazo, la alejó de Nathaniel. Arrancándose el minúsculo micro del abrigo, le disparó una serie de instrucciones con la esperanza de que Rachel estuviera en condiciones de asimilarlas.

—Los demás están en el bosque. Tu padre viene hacia aquí. Corre a los árboles y escóndete hasta que todo haya terminado. No dejes que te cojan.

Por desgracia, Rachel no reaccionaba. Miraba a Allie como si no oyera nada.

—Rachel, ¿me entiendes? —el miedo roía las entrañas de Allie como un ácido. Si Rachel no se largaba de allí cuanto antes, todo el plan se iría al garete—. ¿Puedes hacerlo?

—No te... pienso dejar... aquí con ellos —respondió su amiga con un hilo de voz.

**No voy a llorar**, se dijo Allie. **No lo haré.**

—No me pasará nada —dijo en voz lo bastante alta como para que Nathaniel la oyera.

—Conmovedor —Nathaniel parecía aburrido—. Pero, en serio, no hay tiempo para esto.

—Por favor, Rach —susurró Allie, apretándole el hombro—. Tenemos un plan.

Contuvo el aliento mientras Rachel la observaba. Por fin, su amiga asintió y se separó de Allie de mala gana.

—Lo haré.

Con un suspiro de alivio, Allie la soltó y se quedó mirando, muy preocupada, cómo Rachel se alejaba dando traspiés pero erguida. Lo conseguiría.

Allie dio media vuelta y caminó hacia el lugar donde Nathaniel la observaba con ojo clínico, como quien mira al sujeto de un experimento que reacciona de manera inesperada.

A pocos pasos de él, la chica se plantó con los brazos en jarras.

—¿Y ahora qué, Nathaniel? ¿Gabe me va a clavar un cuchillo en la garganta? ¿Es ese tu plan maestro?

Por encima del golpeteo de la lluvia, un murmullo grave captó la atención de

Allie. Frunció el ceño y miró las turbulencias del cielo. ¿Era un trueno?

—No —Nathaniel sonreía encantado—. Ese no es mi plan, ni mucho menos.

El ruido, que en realidad —comprendió Allie— llevaba sonando un rato, aumentó de volumen.

Se levantó un fuerte viento y Allie notó un escozor en la cara cuando su propio pelo mojado la azotó con fuerza.

Una luz brillante apareció en lo alto. De repente, las ruinas del castillo se iluminaron y la lluvia empezó a brillar como minúsculos diamantes que se precipitaban a su alrededor.

El rumor se había transformado en un golpeteo regular. Ahora sonaba más alto, más familiar. El viento aullaba en torno a Allie como un pequeño tornado. Identificó el ruido antes de ver siquiera cuál era su origen.

Un helicóptero.

—Nada de cuchillos —vociferó Nathaniel por encima del estrépito de las hélices—. Mis métodos son más sofisticados.

Raj le gritaba algo a Allie por el auricular, pero el ruido del helicóptero era ensordecedor. Ella se tapó la oreja con la mano para poder distinguir lo que decía. Mientras tanto, el helicóptero empezó a descender hacia los terrenos del castillo.

En aquel momento, una mano le agarró el brazo y se lo retorció a la espalda con tanta fuerza que Allie vio las estrellas. Cuando se volvió a mirar, se encontró con la cara marcada de Gabe, que le sonreía.

Allie chilló.

Sujetándola sin miramientos, Gabe la arrastró de mala manera hacia el helicóptero, que ahora estaba a tres metros del suelo. Retorciéndose con todas sus fuerzas, Allie intentó golpearlo con la linterna, pero el objeto le resbaló de entre los dedos y salió volando.

En aquel momento, a través del viento, la lluvia y el rugido de las hélices, Allie oyó a Nathaniel gritar:

—¿Pero qué diablos...?

Forcejeando entre los brazos de Gabe, la chica atisbó a los demás, que corrían entre las piedras. Zoe —siempre la más rápida— iba la primera; los otros le pisaban los talones. Sylvain y Carter se separaron. El primero se abalanzó sobre Nathaniel.

Sin reducir el paso, Sylvain echó el brazo hacia atrás y le dio al criminal un puñetazo en la cara. El impulso de la carrera se sumó a la potencia del golpe. Nathaniel cayó hacia atrás.

El corazón de Allie dio un brinco de la emoción, pero el torno de acero de Gabe aumentó la presión en su cuello mientras la arrastraba rápidamente hacia el helicóptero.

Súbitamente, Carter apareció ante ellos, cortándoles el paso.

—Suéltala, Gabe —ordenó en tono gélido mientras sostenía la mirada de su antiguo compañero.

En su día habían sido buenos amigos, antes de que Gabe los traicionase a todos. La mirada de Carter proyectaba puro odio.

—Oh, Carter —suspiró Gabe con falsa compasión—. ¿Sigues enamorado de ella? Pero si no te corresponde... Qué patético. ¿No era Jules...?

En aquel momento, algo lo golpeó en la nuca. Gabe aflojó la presión lo bastante como para que Allie se liberase.

Cuando se dio media vuelta, vio a Nicole detrás del chico esgrimiendo el mismo tablón que había empleado en el sótano. Los ojos de la francesa se posaron en los de Allie.

—Empieza a gustarme esta cosa —dijo, refiriéndose a la improvisada porra.

Y entonces, igual de repentinamente, cayó gritando de dolor.

Estupefacta, Allie bajó la vista y vio a Gabe con una gran piedra en la mano, la misma que había usado para golpear a Nicole en la rodilla. Mientras ella se retorció, Gabe se arrodilló junto a ella y levantó la roca por encima de su cabeza.

Carter pasó junto a Allie como una flecha y, abalanzándose sobre Gabe, lo derribó. La piedra cayó a un lado mientras Carter y Gabe rodaban por el suelo. Allie estaba buscando la roca cuando oyó un grito a su espalda. Al volverse a mirar, vio que Nathaniel había levantado a Zoe en vilo. Sylvain se acuclilló delante de él, esperando el momento propicio para saltar.

—¿Es esto lo que quieres, Allie? —gritó Nathaniel, que había rodeado con el brazo el delgado cuello de Zoe—. ¿Estás dispuesta a dejar que ella muera para seguir con vida?

Allie notó que empezaba a perder visión.

Recurriendo a toda su fuerza de voluntad, se abalanzó contra él gritando:

—Suéltala.

Antes de que pudiera alcanzarlo, Nathaniel empujó a Zoe contra Sylvain y los derribó a los dos. Allie, sin embargo, ya no podía detenerse. Cayó directamente en sus brazos.

Nathaniel no era tan fuerte como Gabe, pero estaba bien entrenado. En un abrir y cerrar de ojos, cogió a Allie por la garganta. Apareció un cuchillo de la nada y se lo apretó contra la cara. Allie notó el filo de la hoja en la piel.

—O tú —le dijo al oído— o ellos. Escoge.

El helicóptero estaba ya a un par de metros del suelo. El viento de las hélices lo golpeaba con la fuerza de cien puños.

Desesperada, Allie miró a su alrededor. Carter y Gabe seguían luchando. Nicole yacía en el suelo sujetándose la pierna. Sylvain y Zoe, de pie, rodeaban a Nathaniel buscando un hueco, una oportunidad.

Si se marchaba con él, todos vivirían. En realidad no tenía elección.

—Llévame contigo —Allie aflojó los músculos; dejó de luchar. Apretó la cara contra el cuchillo, buscando el contacto de la hoja. Solo quería que todo aquello terminase—. Deja que se vayan. Llévame contigo.

Cuando Nathaniel sonrió, Allie vio que tenía los dientes llenos de sangre. El puñetazo de Sylvain había acertado de pleno.

—Buena chica —sin soltarla, Nathaniel echó a andar hacia el helicóptero. Ella se dejó llevar como hipnotizada.

Se le había helado el corazón. Todo le parecía irreal. ¿De verdad se iba a marchar con el hombre que había matado a Jo? ¿Realmente se iba a rendir? ¿No había ninguna alternativa?

A lo lejos, Gabe acababa de propinar a Carter un mal golpe en la cabeza. Horrorizada, Allie vio que su amigo se desplomaba como un árbol caído. Gabe se quedó un momento encima de él, mirándolo, y Allie temió que rematara la faena. Gabe, sin embargo, se dio media vuelta y cojeó hacia el helicóptero. Detrás de él, Carter yacía en el barro, inmóvil.

Observando el cuerpo de Carter, Allie oía el fragor de las hélices como a cien kilómetros de distancia.

***No se mueve. ¿Por qué no se mueve?***

Tenía que averiguar si Carter estaba vivo. De repente, saltó y se dejó caer a plomo. Cogido por sorpresa en mitad de un paso, Nathaniel gruñó sorprendido. La piel de Allie estaba resbaladiza a causa de la lluvia y la chica se le había escurrido entre las manos. Mientras bregaba por detenerla, le cortó el hombro con el cuchillo.

Nada más tocar el suelo, Allie rodó a un lado. A punto de gritar del dolor, se puso de rodillas y se cogió el brazo herido. Notaba como si le ardiera. La cálida sangre manaba entre sus dedos, y ella se miraba el brazo en estado de estupor, demasiado aturdida para salir huyendo.

Por suerte, Sylvain y Zoe se habían interpuesto ya entre Allie y Nathaniel. Zoe sostenía en una mano una piedra muy pesada. Sylvain no la necesitaba.

El viento que levantaban las hélices del helicóptero los abofeteaba con fuerza; la cazadora de Zoe se hinchaba como un globo y Allie tuvo que hacer contrapeso con el cuerpo para evitar que las poderosas hélices la arrastraran. Colocando una mano como visera, se protegió los ojos de las gotas de lluvia que la golpeaban como piedras.

En aquel momento, Nathaniel miró por encima de Allie y maldijo con toda su alma.

Cuando siguió su mirada, Allie vio que un ejército de guardias vestidos de negro trepaban por la muralla del castillo. Decenas y decenas. Moviéndose en silencio con una agilidad letal, se diseminaban por la piedra como una fuga de petróleo.

Raj estaba allí.

Nathaniel se volvió a mirarla con los ojos entornados.

—Has elegido el bando equivocado, Allie —le gritó por encima de la cacofonía—. Lo vas a lamentar. ***Dile a Lucinda que ya está acabada.***

Allí cerca, los vigilantes uniformados tomaban los terrenos del castillo.

Con la espalda muy erguida, Nathaniel trepó al helicóptero. A través de la lluvia, Allie lo vio hacerle una seña al piloto. El aparato empezó a ascender, dando peligrosos bandazos con el viento.

Allie levantó la cabeza para verlo marchar, rezando para que se estrellara. No fue así. El aparato se internó en la tormenta y desapareció. El golpeteo rítmico de las hélices se fue perdiendo a lo lejos.

## Treinta y cinco

—¡Ay!

Allie retiró el brazo que le estaba palpando Sylvain y se lo protegió con la mano.

—Allie, tengo que enrollarte la manga para ver la herida —insistió él con dulzura—. Ya sé que te duele pero hay que detener la hemorragia.

—Ya lo sé —repuso ella—. Es que... uf.

En las intermediaciones, los guardias pululaban de acá para allá como insectos, registrando hasta el último centímetro de las ruinas del castillo en busca de cualquier pista que Nathaniel hubiera dejado tras de sí.

—Espera un momento —dijo Carter. Se giró hacia uno de los guardias—. Perdona, colega. ¿Me puedes prestar un cuchillo?

El guardia se detuvo y observó la escena. El brazo de Allie aún perdía sangre, que se mezclaba con el barro en el suelo. Se sacó una inquietante daga de la funda que llevaba a la cadera, le dio la vuelta con un giro experto y se la tendió a Carter por la empuñadura.

—Gracias —Carter le pasó el cuchillo a Sylvain.

—Venga, Allie —Sylvain alargó la mano hacia ella—. Un intento más.

Mordiéndose el labio, Allie le mostró el brazo. Con sumo cuidado, el francés le levantó el puño de la camisa y cortó la manga con el cuchillo. La hoja estaba muy afilada y la tela se rasgó con facilidad hasta la altura del hombro. Sylvain le devolvió el cuchillo a Carter y luego retiró la tela empapada. Allie notó el aire frío contra la herida.

Sylvain silbó entre dientes al ver el corte. Le apretó la muñeca con fuerza.

Ella solo había visto la sangre. Hizo una mueca de dolor y desvió la vista para no mirar.

—Es un corte largo, pero no creo que haga falta un torniquete —Sylvain se volvió hacia Carter como pidiéndole su opinión.

Mirando la herida, Carter asintió.

—La hemorragia ya está parando. Véndale el brazo y volveremos para que le pongan puntos.

Todos se quedaron mirando cómo Sylvain se quitaba la chaqueta y cortaba una manga con el cuchillo. Envolvió la herida con la tela y luego usó una tira de la manga rota de Allie para hacer un atado.

El vendaje quedó bien sujeto. Allie se sintió mejor al instante.

—Colócalo así —le mostró Sylvain, doblando su propio brazo contra el pecho. Obediente, Allie lo imitó, y él sonrió apretándole la mano buena—. Ahora tenemos que llevarte de vuelta.

—Primero hay que encontrar a Rachel —exclamó Allie—. No me iré sin ella.

Frunciendo el ceño, Nicole oteó el bosque.

—Hace siglos que Zoe ha salido a buscarla. Ya deberían haber vuelto.

—Vamos a buscar a Raj —propuso Carter—. Él sabrá qué hacer.

—Creo que lo he visto por la zona de la muralla —señaló Sylvain.

Se dirigieron hacia allí. Carter sujetaba a Nicole por la cintura para ayudarla a caminar. En cuanto a él, tenía la mandíbula amoratada e hinchada. A Allie no le gustaba nada su aspecto.

—Eso tiene mala pinta, Carter.

—Solo necesita un poco de hielo —el chico se frotó la nuca—. Lo que más me duele es el cuello. Ha sonado un crujido muy feo cuando Gabe me ha golpeado.

Sylvain se volvió a mirar a Allie.

—Eres tú la que me preocupa. Has perdido mucha sangre.

—Me encuentro bien —le aseguró ella. Luego lo miró un momento de reojo—. Zoe y tú habéis estado impresionantes. Aún no os he dado las gracias.

Sylvain apretó los labios.

—Siento que Nathaniel haya escapado.

—Yo también —dijo Allie en voz baja.

Cuando llegaron a la muralla, uno de los guardias les sugirió que se encaminaran a los bosques. Allí encontrarían a Raj.

Carter ayudó a Nicole a pasar al otro lado. Sylvain se encaramó al muro y ayudó a Allie a cruzar levantándola en vilo como si fuera una niña.

—Allí está Zoe.

Un poco adelantado, Carter señalaba en dirección a los bosques, donde acababa de aparecer una figurita que llevaba de la mano a otra más alta.

A Allie se le paró el corazón.

—Rachel —musitó.

Echó a andar hacia ellas sin importarle lo mucho que le dolía el brazo.

—¡Rachel! —cuando vio a su amiga de más cerca, gritó su nombre y salió corriendo.

Oyó que Rachel la llamaba también y luego la vio avanzar hacia ella dando traspiés. Poco después, las dos chicas se abrazaban llorando.

Rachel dio un paso hacia atrás. Estaba mirando a Allie con expresión asustada.

—¿Qué ha pasado? Estás sangrando.

—No es nada —repuso Allie como si la herida no tuviera importancia—. Solo necesito unos puntos. Es que nunca miro por dónde voy.

Rachel se volvió hacia los demás, que acababan de alcanzarlas.

—¿De verdad está bien? ¿Es grave?

Sylvain se colocó junto a Allie.

—Está bien. Vamos a llevarla a la enfermería. ¿Y tú cómo estás?

Señaló la nariz ensangrentada y la mejilla hinchada de Rachel.

—Son heridas superficiales —le aseguró ella—. Sobreviviré.

Sin embargo, parecía débil y exhausta a pesar de lo que decía.

—¿Has visto a tu padre? —le preguntó Allie—. Estaba muy preocupado por ti.

Los ojos de Rachel se inundaron de lágrimas.

—Ha salido a mi encuentro en cuanto he llegado al bosque.

—Qué bien —asintió Allie, a punto de llorar también.

Todo el mundo estaba a salvo.

—Tendríamos que movernos —se impacientó Zoe—. Raj ha ordenado que fuéramos directamente al colegio.

—Sí, pongámonos en marcha —asintió Carter—. No creo que la pierna de Nicole resista mucho más.

—No es nada —insistió Nicole, pero Allie se dio cuenta, por la cara que ponía, de que le dolía mucho la rodilla.

Aunque había dejado de llover, el camino estaba embarrado y debían avanzar con cuidado para no resbalar.

La adrenalina que había ayudado a Allie a llegar hasta allí empezaba a abandonarla, y mientras bajaban por la pendiente la pobre fue recuperando poco a poco las sensaciones. Tenía el cuerpo rígido y entumecido, como si acabara de sufrir otro accidente de coche. Por otra parte, sabía que los demás no estaban mucho mejor, así que apretó los dientes y siguió avanzando.

Sin embargo, poco después tropezó con una piedra que le provocó un fuerte dolor en el hombro y no pudo reprimir un gemido.

—Ven —Sylvain le rodeó la cintura con el brazo para que Allie lo usara como muleta—. Apóyate en mí.

—Estoy bien —mintió ella, y Sylvain estuvo a punto de sonreír.

—Ya lo sé —le dijo.

El camino de vuelta se les hizo eterno, aunque Allie sabía que no habrían tardado más de veinte minutos.

Cuando recorrieron dando traspies los terraplenes del jardín trasero y cruzaron la puerta por fin, descubrieron que las luces del edificio estaban encendidas y que hacía casi un calor asfixiante después de tanto rato bajo la lluvia. Solo entonces, al notar el cambio de temperatura, Allie se dio cuenta de que estaba tiritando.

Qué raro... No había ni un alma esperándolos en el vestíbulo.

Intercambiando miradas de perplejidad, avanzaban dejando atrás las estatuas de mármol y las pinturas al óleo. Sus pasos resonaban en el silencio. Cuando llegaron al pie de la escalinata principal, se detuvieron y miraron a su alrededor, perplejos.

—¿Dónde se ha metido todo el mundo? —susurró Zoe.



Carter negó con la cabeza.

—¿En el salón de actos?

Fueron juntos a mirar, pero el gran salón de baile estaba desierto.

—A lo mejor deberíamos probar en el despacho de Isabelle —sugirió Allie con tranquilidad, aunque se estaba poniendo nerviosa. Algo iba mal. El silencio era excesivo.

Volviendo sobre sus pasos, se encaminaron otra vez a la escalera. Isabelle había dejado la puerta entornada, pero la luz del despacho estaba apagada. Allí no había nadie.

—No lo entiendo —dijo Zoe—. Tienen que estar en alguna parte.

—A lo mejor han salido al jardín —sugirió Nicole.

—¿Todos? —se extrañó Carter—. ¿Isabelle y los profesores también? No puede ser.

Despegándose de Sylvain, Allie dio una vuelta sobre sí misma, escuchando el silencio. El edificio le producía una sensación extraña. No se oían pasos en el piso superior, ni risas procedentes de los dormitorios.

Parecía... hueco. Vacío.

El susurro suave de unos pasos quedos rompió el silencio; alguien bajaba por las escaleras.

Sylvain, Carter y Zoe —los únicos que conservaban fuerzas para luchar— se adelantaron con cautela.

Los pasos se acercaron a un ritmo lento y regular hasta alcanzar el rellano del primer piso; al llegar allí, se detuvieron.

—Oh, Dios mío —dijo Katie, horrorizada—. ¿Qué os ha pasado?

Se había recogido el despampanante cabello en una coleta baja. Llevaba el pijama blanco de Cimmeria y zapatillas de estar por casa. En la mano sostenía una botella de agua caliente, vacía. Se la veía tan limpia —tan normal— que se quedaron unos instantes mirándola.

Agotada y tiritando a causa del frío y de la pérdida de sangre, Allie se pasó una temblorosa mano por el pelo, como para alisárselo, antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—¿Dónde se ha metido todo el mundo? —Zoe subió unos peldaños en dirección a la pelirroja.

—Todo el mundo... ¿quién? —le preguntó Katie, mirándola con una expresión extraña.

—Se refiere a los profesores —aclaró Carter.

—Los profesores están reunidos en un aula —repuso Katie—. O, por lo menos, estaban allí hace una hora.

Allie, sin embargo, tenía un mal presentimiento. Aquel silencio no le gustaba

nada.

—¿Y los alumnos? —preguntó con voz ronca y cansada—. ¿Dónde están los alumnos?

Katie bajó despacio hacia ellos. Sus zapatillas susurraron con cada paso.

—Los alumnos que quedan están en los dormitorios —levantó la botella—. Esto es para Emma. No puede dormir.

—¿Los alumnos que quedan, dices? —Nicole parecía pálida y derrotada a la luz blanca de la lámpara de araña—. ¿Cuántos se han ido?

La mirada de Katie se posó en la manga rota de Allie y en su brazo ensangrentado, en la barbilla hinchada de Carter, en la cara amoratada de Rachel.

—Quedamos cuarenta —dijo con gravedad—. Lo siento.

A Allie le dio un vuelco el corazón. Por la mañana, había casi doscientos alumnos en el colegio. ¿Y ahora solo quedaban cuarenta?

Se habría echado a llorar, pero estaba demasiado cansada. Habían luchado a muerte esta noche. Habían derrotado a Nathaniel y rescatado a Rachel... ¿pero habían perdido a pesar de todo?

¿Cómo era posible?

La desesperación se abatió sobre ellos como un peso tangible.

Katie intentó decir algo que los animara, pero no lo consiguió. Derrotada, les enseñó la botella.

—Mejor voy a llenar esto. No puedo dejar sola a Emma.

Aturdidos, se apartaron para cederle el paso, y las zapatillas de Katie susurraron pasillo abajo. Un par de metros más allá, la chica se detuvo y se dio media vuelta.

—Lo habéis hecho lo mejor que habéis podido. Todos los sabemos.

Cuando se marchó, todos se miraron mutuamente con impotencia. Allie no sabía qué decir; no tenía palabras. Los alumnos se habían marchado. No habían encontrado al espía. Y Nathaniel seguía ahí fuera, en alguna parte.

Las punzadas del brazo le recordaron lo mucho que se habían esforzado. Se lo cogió con la mano buena para calmar el dolor.

Mentalmente, seguía viendo la cara de Nathaniel, la expresión victoriosa de su mirada. ***Dile a Lucinda que está acabada.***

¿Tenía razón? ¿Había terminado todo? Le parecía inconcebible. Pero aquello tenía toda la pinta de ser un fracaso.

—¿Y ahora qué? —la pregunta de Zoe resonó en el silencio.

Allie miró aquella carita embarrada. La niña se había caído y se había arañado la frente, pero sus ojos castaños seguían proyectando el mismo brillo.

Fue Carter quien contestó, ronco pero decidido.

—Ahora seguimos luchando. Hasta que ganemos.

Sylvain soltó un leve bufido y se alejó. Allie sabía, sin necesidad de oírlo, lo que

estaba pensando. Porque ella pensaba lo mismo.

**¿Cómo?**

## Epílogo

—Por aquí, señorita Sheridan, señorita Patel.

Un hombre de uniforme les tendió los pasaportes con calculada formalidad y les indicó por gestos que lo acompañaran.

Las dos chicas intercambiaron una mirada y lo siguieron escaleras abajo. El sol de la mañana brillaba implacable; Allie advirtió que Rachel había intentado taparse el ojo morado con maquillaje sin conseguirlo. Los polvos solo servían para resaltar aún más las marcas de su piel.

Allie llevaba el brazo herido en cabestrillo, inmovilizado contra el pecho. Había tenido que cortar la manga de la blusa para que cupieran los gruesos vendajes. No quería ni imaginar el mal aspecto que ofrecían, pero el hombre que las escoltaba ni había enarcado una ceja.

Al pie de las escaleras, abrió una puerta, y los tres salieron a la pista. El aire era frío y húmedo. Allie arrugó la nariz al notar el fuerte olor del combustible.

Delante de ellas, el jet privado de Lucinda brillaba en la pista. En otras circunstancias, la perspectiva de viajar a bordo del imponente avión plateado habría emocionado a Allie, pero no en estas.

Estaban huyendo.

Lucinda se lo había explicado muy sucintamente por teléfono.

«Mientras no sepamos quién es el espía, el colegio no es seguro para ti».

«¿Pero adónde vamos?», había preguntado Allie.

«No puedo darte esa información. Ni a ti ni a nadie —repuso Lucinda—. Ya lo averiguarás cuando aterrice el avión. No podemos correr más riesgos, Allie».

Ella ya lo sabía. Llevaba en el cuerpo quince nuevos puntos, obsequio de Nathaniel. Sin embargo, no se marcharía sin oponer resistencia.

«No dejaré a los demás —insistió—. ¿Qué pasa con ellos? También corren peligro».

«Nathaniel no tiene nada contra ellos —dijo Lucinda—. Sino contra ti. Y si te borro del mapa un tiempo, creo que podré protegerlos, al menos durante una temporada».

«¿Y por qué no se pueden venir conmigo?», había preguntado Allie, sin dar su brazo a torcer.

La respuesta de Lucinda fue muy sencilla.

«Porque es mucho más fácil esconder a dos personas que a seis».

Le explicó que enviaba a Rachel con ella para que no se sintiera sola y también para que la ayudase con los estudios. Raj coordinaría la seguridad.

La puerta del avión se abrió; las escaleras se desplegaron como las patas de un insecto hasta dar con la pista.

En silencio, las dos chicas siguieron al hombre uniformado hasta el avión.

En el interior, había lujo por doquier. Los doce sillones de la cabina estaban tapizados de suavísima piel teñida de un elegante tono gris. El mobiliario no habría desentonado en un hotel de cinco estrellas o en una oficina selecta. Un ligero olor a cuero y a abrillantador de muebles impregnaba el ambiente; nada que ver con los vuelos comerciales que Allie recordaba de las vacaciones familiares.

Las dos chicas se sentaron donde les dijeron, la una frente a la otra a ambos lados de una mesa de nogal. Una azafata les trajo zumo de naranja con hielo, y Allie se quedó mirando cómo el agua se condensaba en la ventanilla del avión para resbalar después por el cristal como las gotas de lluvia.

Le dolía el brazo y se lo palpó con cuidado. El médico le había dado analgésicos, pero aún no se los había tomado. Sabía que le darían sueño y no quería perderse nada; necesitaba estar bien despierta.

Por encima de todo, quería saber adónde iban.

Los motores se pusieron en marcha.

Al otro lado de la mesa, Rachel parecía cansada y asustada. Allie alargó la mano buena; su amiga se la cogió y se la apretó una pizca.

—¿Estás bien? —le preguntó Allie.

Rachel asintió.

—Sí, solo que... —hizo un gesto vago, como dando a entender: **todo esto es de locos**.

Allie sabía a qué se refería. Todo había pasado tan deprisa... No habían tenido tiempo de asimilarlo. Ni siquiera habían podido despedirse. Zoe se disgustaría cuando se enterara de que se habían ido. Nicole seguía en la enfermería. Y Carter y Sylvain... se habían jugado la vida para salvarla la noche anterior. Y ahora ella los dejaba colgados.

Raj subió al avión justo antes de que se cerrasen las puertas y se acercó a la mesa.

—¿Estáis listas?

Ambas asintieron como buenas chicas.

El hombre apoyó la mano en el hombro de Rachel antes de dirigirse a la cabina de los pilotos. Al cabo de unos minutos, el avión empezó a rodar por la pista. Fue cogiendo velocidad con una especie de urgencia desesperada; como si estuviera ansioso por echar a volar.

Allie, en cambio, solo quería quedarse.

En clase de Física habían estudiado cómo despegan los aviones. Existe algo llamado el punto de no retorno: cuando la velocidad es muy alta y el tramo de pista se empieza a acortar ante el aparato, no hay modo de detener el avión sin correr un grave peligro. Si no despegá, se estrellará.

Allie se sentía exactamente así: tenían que irse. No les quedaba otra opción.

El avión era tan potente, tan veloz, que cuando las ruedas abandonaron la pista Allie apenas lo notó, pero se agarró igualmente al borde de la mesa, mirando el mundo que dejaba atrás. La verde campiña inglesa se desplegó a sus pies, con sus viejos setos y castillos, sus pueblos y sus concurridas autopistas. Todo se fue difuminando tras una cortina de nubes grises hasta desaparecer por completo.

Allie veía la escena entre una bruma de lágrimas a punto de caer.

Ya no había vuelta atrás.

## Agradecimientos

Si estás leyendo este libro, eres una de las personas que más quiero de este mundo y me gustaría darte las gracias por haberme acompañado tan lejos en este viaje. Tus cartas, emails y tweets me hacen feliz día tras día. Siempre estaré en deuda contigo. Muchas gracias.

Quiero expresar mi agradecimiento a la increíble Madeleine Milburn, que además de ser mi amiga es la mejor agente que una podría soñar. De no ser por ella, ahora mismo este libro no estaría en tus manos. ¡Consigue todo lo que se propone! Maddy, eres mi ídolo.

Muchísimas gracias a los fantásticos equipos de editores y traductores internacionales. En primer lugar, al equipo de Atom/Little, Brown de Reino Unido, sobre todo a la fabulosa y brillantísima Samantha Smith. Sam, te seguiría hasta el fin del mundo. Muchas gracias por todo. También al equipo francés de Collection R de Robert Laffont —dirigido por la increíble Glenn Tavenec, cuya dulzura y tranquilidad bajo presión son admirables— y al maravilloso grupo alemán de Oetinger, dirigido por la imperturbable y maravillosa Doris Jahnsen. Y a todos mis editores internacionales; ¡mil gracias por vuestro trabajo! Entre todos lo estamos haciendo posible.

Mis primeras lectoras siempre son un grupo de amigas que se encargan de la complicada pero importante tarea de ser sinceras conmigo. Laura Barbey, Kate Bell, Catriona Verner-Jeffries y Hélène Rudyck, sois mis musas. No lo conseguiría sin vosotras. No sabéis cuánto os lo agradezco. Por favor, nunca dejéis de leer mis libros. A cambio, os prepararé montones de *cupcakes*.

A todos los librereros y bibliotecarios que han recomendado personalmente mis libros... si no estuviera ya casada me casaría con todos. De no ser por personas como vosotros, nunca me habría convertido en la lectora voraz que soy y, en consecuencia, jamás habría llegado a ser escritora. Enriquecéis la vida de las personas. Gracias.

Y, por fin, a mi paciente y considerado marido, que se traga los primeros esbozos, me ayuda cuando me encallo con el argumento, me recoge cuando caigo y me convence de que siga adelante cuando no puedo más. Muchísimas gracias. Te quiero.



C. J. DAUGHERTY. Es escritora y editora, trabajó muchos años como reportera en la sección de crímenes para algunos periódicos en Estados Unidos, y ha publicado muchos libros de no ficción bajo su verdadero nombre, Christi Daugherty y co-escrito algunos con su marido, un cineasta.

Actualmente se dedica a la ficción juvenil, siendo la saga Night School su primer éxito. Vive en el Sur de Inglaterra, donde reside junto a su marido y sus pequeñas fieras domésticas.